

LIBRO QUINTO

El Decimotercio Trabajo de Hércules
o Tratado de la Lujuria

VISITÓ a Thespio Minerva esplendorosa, la buena consejera, que porta la égida, y ordenadamente le relató el debate de los dioses olímpicos sobre la mejor forma de gobierno para los pueblos de hombres.

El joven rey entonces se aprestó a fundar, al pie del Helicón, hacia el sureste de Aonia beocia, la ciudad que de él tomó nombre y que ha sido célebre en más recientes días porque allí nació Friné, la hetaira bella como Venus misma, a quien amaron Apeles y Praxíteles y a quien, viéndola desnuda, por su belleza, que era su defensa elocuente, los jueces disculparon de la acusación de impúdica que le habían promovido espíritus mezquinos. Y primeramente Thespio dedicó a Helicón a Apolo y a las Musas, a quienes construyó en la cumbre un espacioso santuario de hermosas columnas, y la gruta que allí había la consagró también a Apolo y a las Gracias. Frente a la gruta sembró umbroso huerto de laureles para que el dios a quien ese árbol deleita se sintiese agradao del lugar y lo hiciera su paraje favorito más que lo fue en un tiempo el llano del Eurotas. Porque una vez Apolo, el luminoso, visitando la Laconia de maravillosos atardeceres, desunció allí los caballos flamígeros de su carro de oro y disfrazado en guisa de

*Patria de
Friné.*

*El
Helicón.*

forastero recorrió el país, ya que caía la noche, cuando Véspero, el límpido lucero de brillo húmedo como ojo de doncella enamorada, asomaba por sobre el horizonte anunciando la hora de los deseos dulces. Así llegó a Amiclæ, la ciudad laconia cabe el rumoroso Eurotas, famosa por la belleza de sus mujeres.

*Historia
de
Dafne.*

Halló manera Apolo de trabar amistad con Dafne, preclara hija de Amyclas rey, princesa de castidad irreprochable, fina de cuerpo, de bello cuello y voz clara para el canto. Recatada la doncella entró fácilmente en conversación con el extraño, sin embargo, pues la Lacedemonia es de antaño famosa por la libertad que da a las jóvenes, por una parte, y, por otra, aun las más reaciosas suelen en todos los países poner confianza ilimitada en los forasteros mientras que a los de su propia tierra los rehuyen desconfiadas. Comenzada esa amistad, se aficionó Apolo a los anocheceres y con Dafne se paseaba, bajo cielo de celajes nacarados, entreteniéndose amenamente con bellas conversaciones y con cantares de flores. Y ya que oscurecía hundían juntos las manos en las aguas dormidas del Eurotas, para ver de coger las estrellas reflejadas, o la luna, o mordían la misma fruta, para endulzarse las bocas de un mismo sabor, y a veces, junto al bello dios que le ocultaba el esplendor de su naturaleza verdadera, recostábase Dafne en los prados para mirar enmudecida la profundidad de los cielos, y era feliz con esta amistad. La castidad de Apolo le maravillaba y le encantaba.

*Celos
de
Diana.*

Pero un día Diana, la hermana del Flechador, flechadora ella misma, juzgó de su incumbencia poner sobre aviso a Dafne, y le infundió terror de Apolo, como suelen hacer las hermanas, castas o no, con sus amigas respecto de sus propios hermanos, por razón

de envidias irreprimibles que se ceban en ellas sin ellas entenderlas, pues si llegaran a comprender por qué celan a los nacidos de su misma madre, se horrorizarían de sí mismas. Y los hermanos, a su vez, y del mismo modo y por la misma razón, celan a las hermanas, en ocasiones más que a las esposas cuando tienen esposas, y los padres celan a las hijas, y las madres a los hijos, y los hijos a las madres, todo en un oscuro enredo de amoríos sentimientos y de instintos prohibidos.

—Sí, Dafne querida —díjole Diana haciéndose pasar por fuereña llegada a Amiclæ a venerar santuarios—, Apolo es verdaderamente fascinador, y si te pretendiera en matrimonio me sentiría feliz, por ti, desde luego, pero especialmente por él. Porque has de saber que su obstinación en quedarse soltero y el no querer ni cortarse la bella cabellera, y el llevarla en rizos, y su amor a los ungüentos perfumados, le hacen daño a su fama viril. Sus enemigos, que son muchos, lo calumnian. ¡Hasta dicen que es de quienes, ya tú sabes, no hallan deleite en las mujeres y prefieren el gozo estéril de varón con varón, esa inmundicia!

Mala fama de Apolo.

—¡Oh! —exclamó Dafne, palideciendo de horror—. Yo no lo puedo creer, Diana.

Pero el dardo que la Cazadora había así lanzado se le clavó en el corazón a la infeliz doncella quien desde ese instante se sintió la más desgraciada de todas las mujeres al ver hundida su amistad en cieno tan asqueroso. Lágrimas candentes surcaban sus mejillas.

—Claro es que nada de eso es cierto —replicó Diana— y no es más que un mal decir de quienes lo odian por luminoso. Más bien es otro el afeamiento de Apolo, lleno de mañas. Porque has de saber que



el mosquita —muerta y mátalas— callando de mi hermano es, al contrario, un impenitente engañador de ingenuas, pues las prefiere siempre jovencitas inexpertas, como tú, a quienes corrompe, adormeciéndolas primero con la finura y gentileza de su trato y el brillo de su fantasía. Seguramente que no te habría ganado la confianza de haberse mostrado lujurioso desde el primer instante, o lleno de palabras eróticas, pero es para refrenarse a sí mismo que evita en su conversación toda referencia al amor o tema parecido. Sólo habla de elevadas cosas espirituales, con lo que a veces se lleva grandes chascos, porque a algunas las aburre. Mas cuando le dan oídos, gana y doblega voluntades. Así elimina de antemano toda resistencia y en el instante cuando cree que ya tiene a su víctima a punto, monta en súbita violencia y no respeta el poder de las niñas. ¡Tú cuídate, Dafne!

Ansia viril de posesión.

Así dijo la diosa casta que se corona con la luna nueva, ardida en celos, y cuando ese anochecer Apolo visitó a Dafne, el dios halló rara a su amiga, esquiva, cautelosa. Temió entonces Apolo que durante las horas del día alguien le hubiese ganado el corazón a la buena moza, y con esto se le puso ese fuego en los ojos que turba la mirada y la razón de quienes temen repentinamente perder algo que aman y no se han atrevido a codiciar abiertamente. Es lo que siente un hombre cuando se percata por primera vez de que la chiquilla a quien ha venido mimando y tratando como a niña, ya es mujer hecha y cabal ante quien es quedar en ridículo comportarse de otro modo que como varón completo. Con nimia lástima cuidamos algún arbolillo magro, oscuro, sin saber qué sea porque no tiene hojas que lo digan. Es un árbol cualquiera, decimos, pero, ¡pobre!, mueve a compasión mirarlo. Por eso lo regamos, por eso le

amontonamos la suave tierra al pie, le hacemos cerca en derredor contra la crueldad de los hombres y el ultraje de los perros, y lo cubrimos de paja en el invierno para guardarlo de las heladas, hasta que una mañana, cuando ha salido tibio el sol después de noche en que llovió, el árbol nos asombra, recubierto de flores como de plumas de alas, y tememos entonces que se nos vaya en vuelo, o que, como es ajeno el suelo donde crece, nos lo vengán a reclamar, diciéndonos “Es mío” una voz extraña y áspera y burlona. Por lo que Apolo, poseído de este sentimiento, extendió los brazos para abrazar a Dafne, y Dafne se sonrojó de vergüenza y huyó, y Apolo echó a correr para alcanzarla y ya llegaba a ella cuando Dafne con lastimero grito imploró a Diana, defensora del pudor y de la castidad, tremenda vengadora de todo atentado contra la virtud de las doncellas. La diosa entonces la convirtió al instante en árbol de extraordinaria belleza, laurel de hojas esmaltadas. Apolo, pese a quedar burlado, se abrazó a ese árbol y comprendió que la doncella lo amaba. sintiéndola estremecerse en tronco y ramas, y aunque ya no podían gozarse mutuamente, poseyéndose, árbol y dios se unieron, sin embargo, en caricia deleitosa. Por eso el laurel es amado de Apolo, con que corona a quienes ama.

Metamorfosis de Dafne.

Pero otros poetas cuentan la historia de otro modo, diciendo que Dafne era incapaz de amar, porque la sangre no corría roja y salada en sus venas, sino chirle y dulzona como savia de árbol, y que fue el dios mismo, Apolo incomparable, quien por eso la transformó en laurel de jugo amargo, pero después la perdonó, y el laurel le es sagrado y significa su perdón. Las ramas de laurel que los suplicantes llevan, tienen por eso virtud para mover a compasión y piedad. Y otra versión cuenta,

Virtud del laurel.

Historia de Leucippo.

además, que antes de requerirla Apolo se enamoró de ella el príncipe Leucippo, hijo del pisano Enomao, encendiéndose en tal pasión trastornadora que para ver de poseerla se disfrazó de doncella y formó en el séquito de Dafne, de jóvenes princesas, porque Dafne sólo a doncellas hermosas podía amar. Al bañarse en la fuente donde Dafne solía recrearse, hete aquí que se descubrió el engaño.

—¡Leucippa, Leucippa! —gritó Dafne despavorida, pues el joven había tomado ese nombre de mujer, junto con su disfraz— ¡Leucippa, que te pica la culebra!

Leucippo se llevó las manos al bajo vientre, para taparse las vergüenzas viriles, pero una de las otras muchachas exclamó:

—¡No es la culebra sino peor que culebra! Esta Leucippa es varón —y se echó a reír desvergonzadamente.

En su bochorno de ser descubierto Leucippo resbaló en la poza de la fuente, y las jóvenes, para vengarse de él, se le encaramaron, amontonándose, y no dejaron que pudiera alzar la cabeza para respirar, y Leucippo se ahogó. Por ello Dafne, de horror de los varones, le huyó a Apolo cuando Apolo se prendó de ella. Para detenerla en su huida, el dios la convirtió en árbol que, por más que prepare fuga con las ramas y las anuncie con el vocerío de sus hojas en el viento, nunca puede moverse de lugar porque la sujetan las raíces. Entonces, hecha árbol, el dios la poseyó, enloquecido de lascivia, de manera que quien masca hoja de laurel enloquece también, con locura apolínea, y hace libidinosos versos.

*El laurel
enloquece.*

Piadosamente meditaba Thespio acerca de estos misterios y confusiones sobre la naturaleza de los dioses mientras con sus propias manos sembraba laureles frente a la gruta de Apolo bienhechor, en la cumbre del Helicón sagrado. Y poco tiempo después de esto, cuando ya los laureles florecían, voló tan bajo para verlos Pegaso, el caballo de maravilla que los mismos inmortales jamás se cansan de admirar —a quien el Océano había engendrado en Medusa y en cuyo lomo resguardado por potentes alas iban las impares Piérides—, que tocó roca con el lustroso casco e hizo brotar fuente de fresquísimas aguas, un poco más abajo del huerto de Apolo, en el lugar que llaman Aganippe, y la fuente se llamó Hippocrene.

La fuente Hippocrene.

De esa maravilla se valió Thespio, rey prudente, para llamar hacia su reino la atención de los hombres, pues envió heraldos de hermosas voces a los cuatro puntos de la tierra a contar las bondades del milagroso Chorro del Caballo, diciendo cómo aquí recobraban la vista los ciegos y el oído los sordos y gracia las de llano continente y se volvían fecundas las mujeres estériles y alcanzaban inspiración auténtica los aspirantes a poeta, por lo que de todas partes llegaron con presentes que ofrecer los que buscaban favores divinos. Así enriqueció Thespio su tesoro.

Política turística.

Y en derredor del jardín de Apolo, el del arco fulgurante, midió la tierra Thespio, valiéndose de los cordajes egipcios que Cécrope había traído consigo a Atenas y había enseñado a usar a toda Grecia, y le puso precio a la tierra y la vendió en parcelas para que la labraran los hombres, y a éstos les aconsejó encareciéndoles que pusieran amor en sus labores, y dictó

Política agraria.



leyes para evitar el acaparamiento de los campos. De ese modo agradados los inmortales dioses, otra vez floreció la agricultura en la feraz Beocia, porque tierra que se labra con cariño la bendicen los benignos dioses y da su mejor fruto, y tierra que puede vender su dueño a su albedrío, o que pocos dueños acaparan, aumenta su valor que consiste en que haya siempre quienes quieran comprarla.

Fundación de Thespia.

UNA VEZ que hubo aplacado con semejantes actos la cólera del flechador tremendo, bajó Thespio del sacro monte que recubre la frondosa montaña, y se apartó de los valles circundantes y de las cañadas que separaban los valles unos de otros, y en una planicie limitada por precioso río, trazó el plano de su ciudad, con anchos coros al estilo cretense, y la elevó, y en ella recibió a aquellos beocios que de grado quisieron someterse a la sabia regla de su cetro. Cuando la ciudad ya prosperaba, cuando hacían bordes a sus calles cómodas viviendas de las que se alzaba, azuloso, el humo dulce de los hogares que el amor hace dichosos, o bien construcciones palaciales, o casas menos vistosas pero erigidas con respeto al parecer de las divinas Musas que no toleran nada falto de gracia ni desmedido ni que gaste energía en alardes vanidosos, cuando se levantaban bellos templos en los sitios que las divinidades propicias a la ciudad habían señalado ellas mismas de diversas maneras, ora por boca de onirocritos, adivinos de sueños, y de vates, visionarios, ora por manifestaciones sobrenaturales como centellas, como nubes, como apariciones, y cuando, en fin, los campos en redor del poblado y en las faldas del monte abundaban en fruto, entonces Thespio,

que antes, incansable, sólo había laborado como si el trabajo fuera la única razón de su vida, pensó que le convenía tomar esposa para formar prudente casta, encargada de gobernar la riqueza común, cuyos miembros desde temprana edad fuesen criados en temor del Dios y, en previsión de que habrían de regir la ciudad, en disciplina constante de sus deberes y obligaciones, especialmente el respeto a la libertad de los ciudadanos.

Base de aristocracia.

Pero por temor a Apolo, pues difícilmente saben los mortales a ciencia cierta cuándo han acabado de apaciguar a un dios airado, no quiso tomar doncella beocia para su lecho, ni le pareció, por otra parte, que llevarían a bien sus súbditos la elección de extranjera princesa para compartir el trono de la ciudad, porque, todavía descivilizados desde tiempos de Labdaco, sentían infantiles terrores de las mujeres que no eran de su raza, atribuyéndoles vicio de hechicería. En su inquietud acudió Thespio al consejo de la diosa que en todo lo guiaba, y Minerva, la de los ojos verdes y tremolante casco, le habló como una madre que educa a su hijo primogénito en cuestiones de amor, y dijo:

Exogamia.

—Neptuno, portador del tridente, no quiso, después de ver destronado a Cronos, tener morada en el espacioso Olimpo junto a su hermano Júpiter, sino que escogió para sí la vastedad del mar, que es pródigo de vida y se mantiene en constante conmoción de amoroso ayuntamiento. Así se ven, las ménades cuando van en manada en pos de Baco y se tienden, amontonándose unas junto a las otras, y las poseen los poseídos por el dios, subiendo y bajando los alientos, en frenesí de gozo. Y cuando Neptuno lo quería, se ayuntaba con esta o con aquella Ninfa de las playas, y en Thoösa hubo a Polifemo, el salvaje Cíclope antropófago que

Morada de Neptuno.

Amores y prole de Neptuno.

Polifemo.

Medusa.
Pegaso.

penó de amores por la bella Galatea, y en otras Ninfas engendró a Anteo el gigante, invencible mientras sus pies tocan la tierra, y a los monstruos Procrustes, Cercyón y los Aloides. Y Medusa, la que baña lustrosa cabellera en las charcas marinas de transparentes agua, le dio Pegaso, el alado corcel que lo mismo lleva y trae las almas de los muertos, por orden del Destino, que se deja frenar por los poetas inspirados. Hasta que se cansó el inquieto dios de engendrar prole deforme o animal y ansió tener hijos hermosos e hijas bellas, y habiendo visto bañarse en sus aguas a Alope, su propia nieta, bellísima pese a ser hija de Cercyón, la violó pensando hacerla su esposa, pero Alope odió al hijo de ese incesto, y lo expuso, recién nacido, por lo que Neptuno la transformó en honda poza cavernosa, en las costas de Tesalia, y buscó ansioso quien pudiera amarlo. Tuvo suerte en hallarla, y pidió por esposa a Thetys, la esplendorosa hija de Nereo, el dios a quien el Ponto había engendrado en el seno de Gea, en los primeros tiempos. Neptuno quería que Thetys gozase con él el imperio de sus vastos dominios, pero era tímida la diosa. La asustaban los fuertes vientos y las desasosegadas aguas grandes del mar. Antes de poderla ganar Neptuno tuvo que domar los fieros elementos del océano que desde entonces acatan los golpes del tridente prodigioso que labró Vulcano en las entrañas del Etna resonante.

Thetys.

“Thetys —siguió diciendo Minerva, la que todo lo sabe, para aleccionar al joven rey soltero— fue deidad fecundísima al lado de Neptuno. Sus pies son más blancos que la espuma del mar cuando sopla con reciedumbre el Aquilón y las olas se despedazan unas contra otras y se rehacen y se lanzan temerosas y retumbantes sobre las rocas de las playas, revistiendo de blancura

relumbrosa el vasto piélago y sus extensas lindes. Por eso ha cobrado la diosa fama de tener los pies de plata. Su rostro brilla más que el disco de la luna, porque su sangre es blanca y no se le distinguen las venas de la piel, ni pareciera que sangre alguna discurriera en ella —ni roja como la de los mortales, ni el ícor de los dioses, que es violáceo con tintes de oro— a no ser por el dulce latido de sus pulsos y el delicioso palpar que se le siente en la parte más suave del cuello y en el cálido hueco que hace el fresco brazo cuando se dobla en codo. La nívea diosa le dio tres mil hijas a Neptuno, gozándose en ser madre tantas veces. Y la mayor de sus hijas fue Asia, de gran gloria, madre de todas las religiones y de toda poesía, y la segunda fue Estigia, virgen temible que guarda las regiones infernales rodeándolas con su cinturón que parece rojo río que arde. Ella fue la primera de los inmortales que llevó a sus hijos a pelear con Júpiter contra los Titanes, cuando pretendían destronarlo. Porque Pallas, el Titán, la había violado y tenido en queridaje, de la cual mancebía habían nacido, más fuertes que su padre, Zelus, Bía, Cratos y la Titanesa Niké, que es la victoria. Auxiliando a Júpiter hubo ella venganza, y en el consejo de los dioses, el Cronida cuando celebraba su triunfo preguntó a los poderosos hijos de Estigia qué premio querían, y a una voz pidieron ellos que a su madre le fuese devuelta la virginidad, puesto que ella mucho había llorado de perderla. Por eso Estigia es virgen, y el Estigio es su cinturón que la defiende contra todo estupro y por el que Júpiter jura sus juramentos inquebrantables. Y la tercera hija de Thetys que Neptuno engendró fue Metis, más sabia que juntos los dioses y los hombres, y que hoy siempre es un solo cuerpo y un solo espíritu con Júpiter, mi padre, por lo que se la tiene como la Oceánida

*Asia.
Estigia.*

*Los
Titanes.*

*El juramento de
Júpiter.*

primogénita. A Metis la tengo yo por madre, pues ella me concibió, aunque no pudo darme a luz”.

Aquí suspiró la piadosa Minerva y un escalofrío la hizo estremecerse, y Thespio le besó el borde de la clámide, en señal de reconocimiento de la confianza maternal que la diosa le brindaba. Minerva sonrió agradada y siguió su letanía:

“Y la cuarta hija de Thetys —dijo— fue Electra, *Electra.* deidad que se eleva del mar envuelta en nube vaporosa, y goza con lanzarse estrepitosamente desde lo alto, ceñida en cegadora luz, y es esposa de Thaumás, hermano de Nereo, grande entre los viejos dioses, de quien dio a luz a Iris, la linda mensajera de Júpiter, que vive en el Olimpo. Pero luego de haber nacido Iris, Electra dio a luz a las Harpías, doncellas de lindas cabelleras, aladas y más veloces en su vuelo que el viento en su carrera, y se llaman Podarge, Aëila y Acypete y viven en una cueva de las costas de Creta, donde por perversión se entregan a hacer el mal a los navegantes, porque con su aliento poderoso inflan desmesuradamente las ambiciosas velas de las barcas de los hombres y las desgarran, y quiebran los crujientes mástiles. Esta índole maligna de sus hijas la conoció Electra desde que se movían en sus entrañas, por lo que nunca más quiso volver a concebir, ella, la radiante, que no merecía sufrir esa desgracia pero en quien se cumplió la voluntad inescrutable del Destino, que jamás da, ni a los mismos dioses, dicha perfecta, ni belleza que no sea causa de dolor. Y la quinta hija de Thetys fue Eurýnome a quien Júpiter amó, madre de las Gracias, y la sexta fue Perseida, esposa del Sol y madre de Circe y de Æetes y de Pasifae, a quienes Venus odia, y la séptima fue Anfitrita, con quien Neptuno mismo, su padre, cometió famoso incesto del que

Las
Gracias.
La prole
del Sol.
Los
Tritones.

fueron fruto los Tritones y las Nereidas menores, y la octava fue Phytón, de cuerpo de serpiente, a quien Juno celosa azuzó contra Apolo y Diana recién nacidos, pero Apolo la tomó por el cuello con sus manos de niño y la apretó fuertemente, sin embargo, y la estranguló de esa manera, y luego la aventó al centro del mundo, en las hondonadas de Delfos sacrosanto. La novena fue Admete, y la décima Prynno, y la undécima Ianthe, y la duodécima Rhodia, y la decimatercera Hippo, madre de los Hipocampos, y la decimacuarta Callirrhoë que tiene nueve hermosos pechos y cuya leche se ve flotar a veces en la superficie del mar, llena de burbujas, y es madre de Geryón y de Equidne, y de otros monstruos pelirrojos todos, y sólo monstruos engendra porque su marido, Chrysaor, es monstruoso pese a su cabellera de oro. Y la decimaquinta fue Clýmene, que primero casó con Mérope, rey de los etíopes, de quien fue madre de Faetón, el aprendiz de Apolo que quiso manejar la carroza del sol y pereció por causa de su imprudencia de muchacho audaz. La precocidad, que los padres torpemente celebran en los hijos, las más veces es mala y lleva a prematura ruina. De la pena de la muerte de Faetón, mortal como él, murió Mérope sin otra descendencia, pero Clýmene fue consolada en aguas de la Atlántida, que eran calmas y propicias a las pasiones tiernas, por Iapeto, el Titán, a quien las lindas lágrimas de la Océanida viuda enamoraron, y en ella, fruto de esa consolación, engendró a Atlas, de anchos hombros, y al presuntuoso Menecio, y al artificioso Prometeo, y a Epimeteo que parece timorato por ser de consejo lento y tardío: todos éstos son hijos de Iapeto y Clýmene. Y la decimasexta hija de Thetys fue Ieiya, y la decimaséptima fue Galatea, la de Polifemo, su medio

*Faetón.**Atlas.**Prometeo.**Galatea.*

hermano, tan horrendo cuanto ella era hermosa. Y la decimoctava Philira, y la decimanona fue Asterope a quien Júpiter estupro, en aguas de Sicilia, porque ella no quiso entregársele de grado, y de este estupro nació Acragas epónimo, fundador de Agrigento, y la vigésima fue Næera en quien el mismo Júpiter engendró a Aglæ, compañera de las Gracias, y la vigésima primera fue Æthra, a quien Atlas enamoró e hizo madre de un hijo, Hýas, y de las doce Hýades, doncellas anunciadoras de las lluvias y de las tormentas, —y así, una a una, las fue nombrando a todas, diciendo de ellas lo que tenían de notable, bien en lo tocante a su vida y a sus amores, bien en lo referente a su físico, bien en virtud de sus hijos ilustres o protervos, que de todo han concebido y siguen concibiendo las hijas de Neptuno.

*Las
Hyades.*

Tan clara en pormenores era la sabia diosa, tan a colores vivos pintaba a cada Oceánida, que Thespio creía verlas desfilar y se sentía como quien desde alto acantilado contempla las infinitas olas de la costa y las mira, hermanas todas, ninguna igual a otra, sin embargo, cada una individual y única, con fuerza propia y singular belleza. Ese encanto de mar le fascinaba.

*Eurys-
themis,
madre de
las Thés-
piades.*

Habló por fin Minerva de Eurysthemis, la menor de las Oceánidas, doncella aún, apenas núbil, bella como la onda suave que no se eleva en cresta, sus curvas llenas de gracia virginal, ágil entre las demás ondas de mar adentro, huidiza como en perenne juego de adolescente.

—Eurysthemis —dijo la diosa— tiene los ojos glaucos como los míos, y sus pechos están sembrados en amplia base, y entre pecho y pecho tiene un como valle reposado entre alcores gemelos, señal de que es

virtuosa y será madre fecunda. Su vientre es liso como un espejo y relumbrante. De seguro que te daría hermosos descendientes.

Así le encendió la fantasía Thespio la diosa sapientísima, y poderosamente le provocó el deseo de ayuntarse con esposa, y se lo fijó en Eurysthemis de modo que nadie sino ésta podía llamarle la atención, mucho menos calmarle el tormento de estar enamorado.

Y A LA OCEÁNIDA también la visitó Minerva, la del buen consejo, y le habló de Thespio, y le decía:

—O te decides a permanecer soltera todos tus días, Eurysthemis, cosa que no creo porque a todas vosotras las Oceánidas os hierva eso en el cuerpo que pide varón a gritos, con lo que el ruido de la brama femenina del mar sube a los cielos, o te juntas con esposo, que creo será lo que prefieres, dulce niña. Piensa, pues, que así se trate de dioses o de mortales hombres, ello es como quien dice las conchas y las arenas del mar, que tantos son y tan diversas cualidades poseen. ¿Quién podrá decir que éste es mejor que aquél, o que sea peor? ¿Qué criterio o medida vale para esto? Porque si uno tiene anchura de hombros, otro tendrá mayor largor de piernas, y un tercero será de más bella manera de hablar, y la hermosura de cada uno no tiene comparación posible con la de los demás. Sin embargo, nada es más importante que sepa una doncella, cuando ella misma ha de escoger marido, que esto de la belleza verdadera de los varones, porque la felicidad se juega en esta suerte. Pero tú tal vez has tenido alguna lección de estas cosas en tu casa.

*La
belleza
varonil.*

*Lujuria
marina.*

—En cuanto a madre, no puedo decir que tenga tal, ya tú sabes por qué, con el horror de Thetys de vivir en su propio solar, el hondo océano, de manera que no se despega jamás de las playas. Y a mi padre lo conoces de sobra, oh Minerva —respondió sonriente la Oceánida preciosa—: libres nos deja para que cada una de nosotras, sus hijas, haga lo que le viene en gana, y si nos raptan, o si nos enamoran para esposas habidas en hermosa ceremonia con testigos y cantos— ¡oh Hymen, Hymen!, lo mismo le da. O si nos quedamos solteronas, o si vamos de unos brazos a otros por nuestra propia voluntad y aburrimiento, todo le tiene sin cuidado. Y sabrás que a ratos no sabe reconocer ni respetar su propia sangre. Al subírsele la marea nos sigue con los ojos inflamados de pasión, hecho un cabro de ola, y nos persigue igual que a las Ninfas las corretean en tierra firme los Sátiros medio-chivos, y en la que atrapa de nosotras, en ésa calma el deseo vehemente que lo pone loco. Habrás oído en la resaca nota lánguida, triste, surgir del fondo del mar: quejido es de Oceánida violada por su propio padre, en lo que no hay deleite sino mancilla solamente. Pero a mí, gracias a que soy más lista que mis hermanas, jamás ha podido estrecharme la cintura. Antes sueño con apuesto joven de tibio aliento bien oliente, a cuyo lado me echaría en dulce quietud como esas aguas que se quedan en honduras de ancha playa al bajar la marea y la luz las penetra hasta el fondo y se ven transparentes, frescas, lindas, limpias. ¡Por sobre todas las cosas, dame la limpieza, oh Minerva! Nada de lama, por favor, ni de seres pegajosos con piel de légamo. Joven quiero, pero que sea aseado. Por eso detesto a los Tritones de barbas enmarañadas, verdosas de algas, y de peludos pechos, apestosos a pez muerto. ¡Me horrorizan cuando me acosan! Y la vida, si no me

la alegre yo sola, con ensueños, o cuando me vienes a ver, no es nada fácil ni jubilosa, ni aprendo todavía a tener paciencia para aguantar soltería perenne.

Y le respondió Minerva, la diosa compasiva, hablándole como una madre que aconseja a su hija, y dijo:

—Eurysthemis, lo que me cuentas me llena de pesar. Bien sé todo lo que sufre la que para amar ha nacido y no halla a quien dar su corazón, que lo merezca, ni a quien entregarse que no la aje y la rebaje. Pero dichosa eres, sin embargo, y me llena de alegría pensar que puedo socorrerte. Óyeme, pues, que soy mayor que tú y aun tengo otra ventaja sobre ti, que como varón ninguno me conmueve, con mirada jamás turbada los veo a todos, dioses y hombres por igual, y no me engaña nadie, por más que, en cuestión de amor, sé que la belleza está más bien en el deseo de quien ama que en el amado o en la amada. De otro modo sólo las hermosas y los apuestos serían amados y amarían y no es así, sino que pueden amar todos y todos pueden ser amados. Y por esta misma razón cuando el deseo falta, muchas veces —más de lo que te imaginas—, la belleza en sí de nada vale, se vuelve cosa fofa, enfadosa. El deseo te hará ver todo lo hermoso que quieras a quien llegues a desear. Más siendo como soy, exenta de deseo, reparando, observando y estudiando, pues de estudiosa tengo fama, como sabes, creo haber hallado sin prejuicio el varón que te conviene. Mira si no.

*Ubicación
de la
belleza.*

—¡Que no sea viejo, oh Minerva! Dime que no es viejo.

—¡Cálmate, Eurysthemis, y escucha! Es rey.

—¡Aunque no lo sea, Minerva, pero que sea joven! Los reyes hijos de reyes suelen ser odiosos, presu-
midos, ultrajantes. No me importaría que no fuese rey.

—Pero es rey —replicó Minerva— y no porque heredara trono, sino porque Júpiter mismo lo escogió para llevar corona y blandir cetro en premio a su virtud.

—¡Minerva, oh Minerva, perdóname, diosa—dijo Eurysthemis con nueva y nerviosa interrupción—, no me importa que no sea muy, muy virtuoso, pero dime si es joven!

—Me divierte, Eurysthemis, mirarte inquieta —respondió la deidad de ojos verdes, la buena consejera—, por más que a mí jamás pueda moverme, lo que está revolviéndose dentro de ti con barullo de mar. Alégrate, pues, saber que es joven y soltero y que jamás ha amado hasta ahora, y que es suave en su mirada, suave en su decir, y tan prudente que los dioses mismos lo tienen en grande estimación y los hombres le dan epíteto de divinal, porque en verdad es semejante a un dios y aun mejor que muchos dioses que conozco. Y en cuanto a aseo, qué digo, huele bien y es barbilampiño con apenas un bozo sedoso sobre el labio. ¡Ah, mucho me temo que cualquiera de estos días se fije en él Venus, la insaciable! Ya ves cómo es ella. Lo acosará como ha acosado a tantos y sólo la muerte podrá librarlo de su abrazo. ¡Acuérdate de Adonis! Yo, francamente, lamentaría que así fuera, pues el príncipe de quien te hablo merece llevar doncella muy doncella a su lecho, no acostarse con hembra tan jugada como Venus, ignominiosa diosa que te juro que se unta colorete, de estragada que está por licenciosa.

*Minerva
contra
Venus.*

Contra Venus —replicó la vivaz Eurysthemis— debiéramos hacer alianza todas las doncellas casaderas. ¡Yo bien sé cómo es la diosa! Y no es ella la única de esa índole. Porque nosotras las jóvenes, aunque no tenemos la experiencia de las deidades mayores, oh Minerva, no por eso somos tan ignorantes como se cree, y en algunas cosas me parece que sabemos cuanto es posible saber, pues no hay modo en este mundo de que las mayores, que nos creen despreocupadas y bobas, nos oculten sus desvergüenzas, de manera que antes aprendemos cómo se peca y cómo se finge que nos vienen las naturales ganas de pecar y tenemos apremio de fingir. ¡Y en el ancho mar se ve y se oye cada cosa que sólo siendo ciega y estando sorda se puede ser inocente! Tú has dicho una gran verdad, que yo tengo de sobra comprobada. Nada sacia jamás el apetito de la diosa que nació de la onda. Bagazo suyo es lo que cede a las demás, por lo que tantas veces la ilusión que se hacen los esposos, que es resabio dulce de ella, la hallan burlada en las esposas, pues ninguna mujer, ni diosa tampoco, puede tener el sabor ni el calor ni la ternura de regazo ni la gracia para amar que Venus tiene y que ella da a probar, en la esperanza, a los jóvenes, cuando les infunde el deseo de amor. ¡Guay de ese mozo rey si cae entre sus lindas garras! Por caridad, Minerva, tú que lo puedes, cuídale a ese joven la cabeza, que no le ponga allí ningún encanto de sí misma la temible y bella diosa. Guárdale la doncellidad, porque la virginidad de los varones la tienen en la mente y es más delicada que la de nosotras, más fácil de perder. Pero dime quién es, si reina en alguna isla florecida o en ciudad de las costas del Asia o en región de Grecia, en valle tranquilo, rodeado de preciosos montes. ¿Será lustroso etíope, tal vez, de ensortijado pelo y gruesos labios? Y tú que todo lo sabes, porque nadie

*Ilusión
de
amor.*

*Virgini-
dad viril.*



es más sabia que tú, guardiana de la mente del padre de los dioses, dime también si crees que yo le gustaría o en qué forma debo conducirme para que me quiera.

—Lo traiciono al decírtelo —respondió Minerva con hermosa sonrisa que le llenaba el rostro de esplendor—, pero la verdad es que se ha prendado de ti. ¡Aprovéchate, porque el enamoramiento es fugaz en los jóvenes si no se fija a tiempo!

—No me hagas burla, oh Minerva. ¿Enamorado de mí, dices? ¿Y por qué no viene, por qué no me llama? Yo correría a su lado, me apretaría a él, y no tendría palabra que decirle, pero mis ojos se lo dirían todo, y mis labios sobre sus labios y el latido de mi pecho sobre su pecho lo harían feliz. ¿Crees tú que lo harían feliz?

La diosa entonces asumió de nuevo su imponente seriedad, y:

*Enemigos
del amor.*

—Hagamos las cosas en regla —dijo—, porque donde no hay orden falta la cordura y ausente esta virtud sobreviene la ruina. Los deseos desordenados son los peores enemigos del amor. Encargo tengo de pedir tu mano para Thespio, que así se llama el príncipe, y de convenir en la celebración de tus bodas al son de hermosos cánticos, ¡oh Hymen, Hymen!

No esperó a oír más la fogosa Eurysthemis sino que por todos los ámbitos del vasto mar salió saltando, semejante a los delfines de graciosos lomos brillantes, e iba gritando:

—¡Papá, papá, papá! Que Minerva trae recado urgente para ti.

El Padre Océano dio gustoso a su hija doncella.

—Me alegra que se case —dijo—, pues no respondo ni de mí ni de ninguno de éstos —y rio con una risa de viejo, maliciosa, señalando a los Tritones.

Entonces Minerva condujo a Eurysthemis al palacio de Thespio, en alegre procesión, pero Eurysthemis iba inmensamente seria y sus ojos brillaban húmedos de lágrimas, porque así pone el himeneo a las vírgenes. Y Thespio también estaba al recibirla, solemne, de una sola pieza, y se le advertía agotamiento de mucho trabajar. Pero luego que tomó a Eurysthemis en sus brazos, recobró bríos y alegría, como quien se repone de fatiga con los baños de mar en tibia playa.

*Bodas
de
Thespio.*

Supo de estos Juno, la celosa, y ardiendo en cólera, alegó que Minerva le había usurpado funciones, pues a la esposa de Júpiter, la que comparte el trono del padre de los dioses en el alto Olimpo, es a quien incumbe de manera exclusiva solicitar esposa para los reyes.

*Cólera
de
Juno.*

—Hija —le dijo el que blande el rayo y tiene el águila a sus pies, reconviniendo a la diosa portadora de la égida—, sabes lo mucho que te estimo. Por eso deberías considerarme. ¿Por qué enfureces al energúmeno que tengo por esposa? ¿Por qué me la sublevas y la haces rabiarse, encendiéndole envidias? No te bastó una vez oír los ruegos de las mujeres de la Élide cuando, habiendo sufrido su país pérdida de muchos hombres en cruel guerra, te rogaron que dejaras concebir varones en su primer encuentro con sus esposos, por lo que te elevaron santuario en Pisa donde te veneran dándote el dulce nombre de madre, gran honor para ti que eres doncella. Menudo pleito me armó Juno esa vez, y yo te defendí, como bien sabes, y no permití que el don que habías dado a esas mujeres les fallara. Pero ahora has

reincidido. No te quejes si tus planes respecto de la descendencia de Thespio se te tuercen.

Venganza de Juno. Revocar la fecundidad de las hijas del Océano no estaba al alcance de Juno, por poderosa que fuera, pero sí el determinar el sexo de su prole. Cincuenta veces dio a luz Eurysthemis gozosa, y cincuenta veces nació de ella mujer, entristeciéndola. Rodeado de hijas se preocupaba Thespio, por la sucesión del trono, y encanecía. Caminaba doblegando el cuerpo.

—Ay, muchachas —les decía a sus cincuenta princesas—, ¡que siquiera una de vosotras fuese hombre!

Condición de las mujeres. —Varones quisiéramos ser todas, oh padre —decían ellas—, que bien sabemos cuán penosa es en el mundo la condición de las mujeres. A las mejores se nos confunde en un mismo desprecio con las peores, y no hay mal que no se nos impute, ¡tan desgraciadas somos! Pero, ¿por qué no nos das maridos? A falta de vástagos directos, igualmente valiosos son los nietos. Cécrope el rey sólo hijas tuvo, pero por nacido de Aglauros exaltaron los atenienses a Erechtheo.

Las Thés-piades. —Yo —decía una—, en cuanto me des esposo digo a tener hijos, todos varones, ¡verás si no!

—Dame hombre con quien juntarme —decía otra— y de mi vientre te saldrán guerreros, ¡un ejército!, porque los siento recubiertos de bronce en mis entrañas.

—Por favor, Eurysthemis —decía entonces Thespio—, estas niñas son terribles. ¡Más recato, hijas mías!

Pero había sido Thespio mismo quien en la dulzura del hogar y en la charla de familia, en las veladas,

les había hablado a sus hijas de la fuente preciosa que había cerca del jardín de Apolo, cuyas aguas favorecían la concepción. Esas linfas bullían en los vientres de sus cincuenta vírgenes, que a diario las tomaban.

Se hizo profunda la melancolía de Thespío, atribulado con la cuestión de tantas hijas y sólo hijas y con el problema resultante de la sucesión del trono que, aun en el mejor de los casos, siempre es grave. Y la sonrisa no volvió a sus labios hasta que los dioses le depararon la visita de Hércules, el héroe hermoso, hijo de Júpiter, pues fue en Thespia donde el hijo de Alcmena la fuerte realizó la más bella de sus hazañas, la que los poetas cantan apagando la voz y los mancebos oyen con envidia y las doncellas escuchan con los labios entreabiertos que el dulce deseo reseca y enrojece, y a los viejos les encabrita el cuerpo y oyéndola sueltan risa y risa y se mean de gozo.

¡Pero primero, oh Musa, Polymnia de suave voz, canta a Dánae y luego canta a Alcmena!

EN LA REGIÓN de Argos, desde que el Dios echó *Historia de Ío.* los cimientos firmísimos de la tierra, corrían Inaco, sagrado río venerable. E Inaco casto tomó por esposa a Melia, hija del Océano, doncella de ojos negros y de piel morena y de brillantes dientes blancos. De esa unión nació Ío, semejante a su madre, pero más hermosa de pechos y más delgada de caderas y más fina de piernas. Y por Ío concibió Júpiter potente un deseo incontenible que no supo velar, y persiguió a la joven, que le huía porque era casta como su padre. Los ojos encendidos de Júpiter y la ancha cara de rizosas barbas



le infundían pavor. Oyó la celosa Juno los clamores de la doncella perseguida y para salvarla, y más aún, para burlar los designios lascivos de su marido, la convirtió en vaquilla.

Aun así transformada Ío era bella, luna nueva los cuernos de su frente, brillantes sus pezuñas y lánguidos los ojos y húmedo y oloroso el tierno belfo. Semejaban botones de rosa sus tetillas bien sembradas en la redonda ubre. Y Júpiter la rondaba. Puso Juno para cuidar a la vaquilla al monstruo Argos, el de cien ojos, hijo de Apis dios del Nilo, que había emigrado a Grecia y establecido un anchuroso reino. Pero Júpiter le ofreció a Mercurio exclusividad del caduceo si lograba apartar al centinela, y el dios amigo primero durmió a Argos y luego le dio muerte sin dolor, y Júpiter gozó a la ternera hasta haber saciado la pasión que le inflamaba.

Furiosa entonces la que comparte con Júpiter el trono de oro del Olimpo envió tábano inmortal que torturase a Ío, víctima inocente, y para gloriarse de esto puso los ojos de Argos, de hermosos colores, como adorno del plumaje de su pavo. Atormentada la vaquilla enloqueció y mugiendo echó carrera. Llegó al mar y lo cruzó demente, y recorrió las tierras del mundo, toda la Hélade de hermosos caballos y las espesas selvas de Europa que habitan jabalíes y hombres que jabalíes engendraron en las rosadas Ninfas y en las Dríadas de ojos azules y cabellos dorados, y llegada al Ponto Euxino pasó Ío al Asia y no se detuvo allí, aguijoneada ferozmente, sino que saltó al África y en la tierra que el sacro Nilo baña plugo a Júpiter, a espaldas de su violenta esposa, espantar al tábano y obligarlo a volver a los infiernos subterráneos, y a la triste hija de Inaco le devolvió la razón y la figura.

Allí dio Ío a luz a Épafos, hijo de Júpiter, que fue rey fundador de la sagrada Memfis. Y Épafos casó con Annippe, princesa etíope, y engendró a Libya, hija única. Y Libya tuvo amores playeros con el Océano y alumbró gemelos, Agenor y Belos. Agenor reinó en Fenicia, Belos en África, y Belos africano tomó por esposa a la Ninfa Aquirrhoë, hija del Nilo, y fue padre de Egipto y de Dánao, también gemelos.

*Linaje de
Agenor y
Belos.*

Pero entre Dánao y Egipto sembró la Discordia fatales disensiones, pues el primero tenía cincuenta hijas, el segundo cincuenta hijos, y para no dar sus doncellas a los hijos de su hermano, que las solicitaban, Dánao construyó una ancha barca remera, la primera nave que jamás surcó el mar, adornada en la popa con aplustro en forma de flor de loto, y emigró a la tierra de sus ancestros, Argos de valles anchurosos. Pero antes de llegar a ese término tocó en Rodas y erigió un templo a Minerva, con lo que ofendió a Juno, la envidiosa. Y la razón por la que Dánao malquería a su hermano era que Dánao tenía más clara la color que Egipto, y sus hijas eran casi blancas, mientras que los hijos de Egipto tenían retostada la piel y enrosquillado el pelo. Decía Dánao:

*Egipto
y
Dánao.*

—Mis hijas no son para negros. Veo claro que pues nacieron diferentes hay ley natural que prohíbe que se unan. Sea ello como fuere, los negros deben guardarse de ayuntarse con blancas, si no ¿adónde vamos a parar? Hasta entre los dioses hay superiores e inferiores, y así como el día, sagrado a Júpiter, es superior a la noche, consagrada a Juno, así también los blancos somos superiores a los negros.

*Tesis
racista.*

Lo oyó Juno y no le hizo gracia este razonamiento.

*Doctrina
de la
igualdad
humana.*

—¡Con que con esos pelillos andamos! —exclamó la diosa soberana— Hermana soy, de padre y madre, de Júpiter, su igual en todo, inferior en nada. Su lecho comparto, y su trono y poderío. Y entre los humanos no alcanzo a distinguir superioridad de unos sobre otros sino que todos me son iguales, como son iguales todos los gusanos. Es fatuidad imperdonable que se jacten de ser unos mejores que los demás. ¡Ya verá Dánao!

*Historia
de las
Danaiades.*

Dánao, mientras tanto, había tomado de manos de Gelanor, descendiente de Inaco, el mando sobre Argos, y trazó ahora hermosa red de canales para regar la tierra y cavó pozos para haber abundancia de agua, y estimuló la agricultura, porque por blanco que se creyera añoraba la corriente del Nilo y su fecundo limo, y le tenía amor lo mismo que Egipto y que los oscuros hijos de éste. Y Dánao erigió a Deméter y a Apolo hermosos templos, desatendiendo a Juno. Preocupado andaba en estas construcciones cuando por sorpresa lo cogieron sus cincuenta sobrinos, a quienes él detestaba por morenos, y por la fuerza lo obligaron a consentir que se casaran con ellos las cincuenta princesas. Era Juno quien guiaba a estos mancebos y los dirigía en todo.

Entonces Dánao, porque una violencia engendra otra y ésta muchas más, tramó el asesinato más célebre que se haya cometido en tierra de Argos. Antes de entregar a sus hijas les infundió el prejuicio de raza, y las aleccionó, y dio a cada una, una daga para que, al calor del primer abrazo, que ciega a los hombres, les clavasen el filoso bronce degollador y así fuese castigada su insolencia. No con fragante sangre de vírgenes se mancharon esa noche en los tálamos nupciales las impolutas sábanas, sino que de espesa sangre africana de maridos asesinados por sus propias esposas, y de este

cruel destino se salvó únicamente Linceo, esposo de Hypermnestra, la que atrevida desobedeció a su padre y abrazó lealmente al hermoso negro y concibió a Abas en casto ayuntamiento conyugal y fue bendita de Juno. Y como sólo en ella, de las cincuenta hermanas, prendió el fuego de amor que arde en las antorchas olorosas del himeneo —¡oh Hymen, Hymen!— Venus también le brindó cariño y obró en el corazón de Dánao para que se reconciliase con su hija y la tomara en su palacio. Las demás Danaides, en cambio, fueron echadas por mandato de los dioses de sobre el haz de la tierra y en la mansión lúgubre del Hades sufren castigo eterno, con oficio de aguadoras que llenan sin cesar toneles que jamás se colman, como jamás colmaron ellas el deseo de sus esposos.

A Dánao, llegado el término de su pesada vida, lo sucedió Linceo el negro, su yerno, en el trono de Argos, y a Linceo lo sucedió Abas el hijo habido en la leal Hypermnestra, y Abas heredó también el escudo que cuando Dánao se reconcilió con Linceo le había dado Juno, que era un espejo de relumbre que podía contener la corriente de los ríos y salvar de inundación la tierra ya sembrada. Y cuando Abas casó con Ocalia, hija de Mantineo rey, su esposa le dio gemelos, Acrisio rubio y Preto moreno, en quienes renació la contienda ancestral, pues los hermanos se odiaban desde en el vientre de su madre y cuando nacían, por la lucha que libraron para ver de ser cada uno el primogénito, en tal forma la desgarraron que Ocalia no soportó ese sufrimiento y murió dejando a Abas viudo y a sus hijos huérfanos.

*Escudo
de
Linceo.*

*Acrisio
y
Preto.*

Como Preto el moreno había sido a la postre de la pugna uterina el gemelo que primero nació, una vez

que llegó a edad de poder reinar le fue dada la espaciosa
Tirynto. Tirynto de hermosas puertas guardadas por leones de
 piedra que escultores de Egipto vinieron a tallar. Pero
Guerra de hermanos. el rubio Acrisio levantó un fuerte ejército en contra de su
 hermano y lo asedió y lo hizo huir. Preto cruzó en bar-
 cas al otro lado del mar, al reino de Lycia, donde Iobates
 rey le concedió la mano de la princesa Esthenobea y le
 dio armas y ejército para que recobrase su ciudad. Así
 volvió Preto a Tirynto, la de las puertas de leones, y
 venció a Acrisio en guerra cruel, con tropas extranjeras,
 e importó Cíclopes de Lycia, grandes constructores que
 alzaban las piedras como si fuesen guijarros, y levanta-
 ró recia fortaleza inexpugnable para mantener dominio
 soberano sobre su tierra, y extendió su imperio hasta
 abarcar la garganta de Corinto.

Las hijas de Preto. Esthenobea dio dos hijas a Preto rey, a saber,
 Ifianasa y Lýssippe, y las dos eran bellas trigueñas,
 pero petulantes y altaneras porque la grandeza de su
 padre las llenaba de soberbia y orgullo hasta creerse
 superiores a las mismas diosas del Olimpo, y la una a la
 otra se decían, mirándose y admirándose desnudas: “Ya
 quisiera, oh Lýssippe, tener Venus pechos tan altos y tan
 duros como los tuyos”, y “Ya quisiera Venus tener tus
 cuadriles, oh Ifianasa hermana”, y mil desbocadas razo-
 nes de este mismo curso, yendo de Venus a Minerva y
 de Minerva a Juno, a Diana, a Deméter, a Proserpina
 y a las demás deidades, a quienes consideraban dema-
 siado anchas de hombros, demasiado voluminosas de
 vientre, demasiado cortas de piernas, demasiado cua-
 dradas o caídas de trasero, demasiado bastas de tobi-
 llos, en comparación con la perfección de sus propios
 encantos. Y como nada afea tanto, hasta a las más her-
 mosas, así sean diosas o mortales, como el exceso de

soberbia, los inmortales castigaron a las pecaminosas hermanas enviando inmundas lacras sobre sus morenas carnes, fétidas llagas, horribles manchas alfosas.

Huyeron las doncellas asqueadas de sí mismas a esconderse en los bosques, y maldecían su suerte hasta que Melampo el adivino, a quien serpientes lamían el oído y que sabía el lenguaje de los pájaros, las sanó con hierbas y obtuvo a la más bella, que era Ifianasa, por esposa, y con su hermano Bías, que casó con Lýssippe, recibió de Preto la soberanía de Tirynto y fue fundador de dinastía de agoreros. La piedad de estos reyes movió a Júpiter, defensor de los tronos, a conceder a quienes legítimamente gobiernan pueblos el don de saber escudriñar el porvenir mejor que los demás hombres. Pero muchos reyes, por su falta de piedad, se oscurecen ellos mismos la visión.

*Sabiduría
de gober-
nantes.*

El rubio Acrisio, en tanto, había huido con vida y se hizo fuerte en Argos, y desistió de guerrear contra Preto porque se lamentaba de no tener descendencia varonil sino una hija única, Dánae, niña todavía. Ni varón ninguno con quien Acrisio se aliara la había pretendido, porque los pechos apenas le apuntaban en botón y no se sabía cómo llegaría a ser una vez que se desarrollara, pues a esa edad las mozas por princesas que sean, no dan sino inciertos indicios y titubeantes augurios de sí mismas. Curioso Acrisio acerca del futuro, envió a consultar el oráculo de Delfos, donde la pitonisa consagrada a Apolo esplendoroso profetiza en nombre y por el poder del dios, y la respuesta que dieron los versos sacrosantos fue que más nunca engendraría Acrisio pero que Dánae, su hija, concebiría con el tiempo un varón luminoso, o hijo de la luz, quien llegaría a grande gloria después de haber matado al propio Acrisio.

*Historia
de
Dánae.*

*Oráculo
de
Delfos.*

Impuesto de tales razones alarmantes el rubio rey se llenó de congojas amarguísimas, y queriendo, insensato, burlar el Destino, que está aun por encima de los dioses pues ni los inmortales mismos se pueden señalar su derrotero propio, hizo construir segura torre forrada en bronce, inaccesible, junto a torrente caudaloso en la estación de lluvias, y allí encerró a la doncella Dánae, su hija, sordo a las lamentaciones tiernas de la niña que así se veía sepultada en vida. Oscura era la prisión. Apenas por estrecha hendidura se le colaba el aire, y, cuando el sol estaba en el cenit, angosta franja de bienhechora luz del cielo.

Comentose en el imperecedero palacio del Olimpo la dolorosa suerte de Dánae, y Venus preguntó si era bonita. Diana respondió diciendo conocerla y afirmando que poco prometía de belleza porque era larguirucha de piernas y apretada de hombros. Y Venus dijo que ya entraría en carnes y entonces, sin duda, luciría su beldad. Pero Diana repuso que difícilmente sería así, en el encierro en que estaba, que le pondría el cuerpo flácido y rugoso como la asquerosa carne de las viejas.

Así dijo la Flechadora nacida de una misma madre con Apolo, y Júpiter potente, que se había hecho el desinteresado, la escuchó con atención, sin embargo, y pensó en sus adentros que las hembras, así diosas como hijas de hombre, poco saben de los encantos inefables de las que están a punto de empezar a ser mujeres cuando el sabor se les realza con lo agraz de ser niñas todavía, y se propuso ir en persona a indagar el caso por si algo deleitable prometía, antes de que Dánae sin poder madurar se malograra.

Soportó esa noche Júpiter ilusionado dormir al lado de Juno, la celosa, cuyas gruesas carnes las sentía junto a sí casi como una injuria, pero llegado el nuevo día, más urgido por la curiosidad que por el deseo, como suele ser en estos casos, transformose en suave luz de oro y sutilmente penetró en el oscuro calabozo de Dánae, llenándolo de incomparable claridad.

*Desgano
de
marido.*

En el duro suelo por lecho estaba tendida la doncella, desnuda, por el húmedo calor oprimente que hacía en la estrecha prisión. ¡Qué alegría sintió con la inundación de luz tierna que la acariciaba toda y le secaba los sudores refrescándola! Y este júbilo la puso deseable, más que si fuese ya mujer, como es más encantador el árbol tierno que se cubre de la primera flor que cuando sus ramas se doblagan cargadas de riqueza frutal. Y cuando la luminosidad de oro la envolvió completamente, toda ella brilló como si sangre áurea corriese por sus venas, y dulce sensación la estremeció, de calidez que era un deleite. La pujanza del dios la desgarró por fin, y conoció ella el amor, lo dulce que es y lo duro que es cuando doncella de tiernos años por primera vez lo prueba, más intenso que cuando ha llegado a pubertad completa.

*Estupro
de
Dánae.*

—Venus —le dijo a la diosa de cerúleos ojos de padre Júpiter cuando hubo regresado a su palacio de oro del Olimpo—, no te imaginas lo linda que es Dánae y lo sabrosa.

—Tú ¿ya? —le replicó la diosa de sonrisa indecible.

—Ya, oh Venus, sí, ya yo.



Gravidez de Dánae.

QUIENES guardaban la torre de Dánae y tenían obligación de visitarla periódicamente para dejarle pan y una ánfora de agua, y para informar a Acrisio acerca de su estado, al enterarse de que estaba grávida no pudieron comprender cómo se pudo haber burlado su vigilancia. “Por aquí andan los dioses”, se dijeron con miedo, pero temiendo la cólera del amo juntaron sus avisos y resolvieron esperar, por si Dánae daba a luz, o por si acaso se engañaban y no fuese preñez la de la niña, sino alguna inflamación de que muriese, como mandaron a advertir al rey, por más que jamás habían visto a nadie más lleno de salud que ahora a Dánae luminosa a quien embellecía sobremanera estar encinta.

Nacimiento de Perseo.

Y como naciera niño, lo pusieron junto con su madre en un cofre que cerraron y echaron en la corriente del río para que la arrastrara al mar, y perecieran, y luego decir ellos al rey que su hija había muerto y obtener de él rica recompensa. No tenían el más leve temor de que el cruel Acrisio quisiera mirar el cadáver de su hija.

Río abajo flotó la caja precintada y dentro Dánae, desmayada de dolor y de temor y de fatiga, porque las que dan a luz vástago de Júpiter tienen parto doloroso, a causa de los celos de Juno, en primer lugar, pero también porque de semejante dios siempre es gruesa la criatura. Y el pequeño Perseo iba suelto en llanto que parecía no callaría nunca.

Recibió el mar la extraña nave y las olas revoltosas la sacudieron como sacude el perro cazador la liebre que ha acorralado y clavado con los dientes, y como cuando el animal astuto advierte que la presa, en la que hundió colmillo despiadado, dejó de vivir, la arroja y ya

no le hace caso, así el mar arrojó el mueble que contenía a Dánae y a su hijo a las playas de la isla de Serifo donde Dictys, pescador, maravillado de aquel hallazgo, los rescató salvándolos de horrible muerte, y los llevó a su humilde choza.

*Rescate
de
Perseo.*

Allí creció Perseo, hijo de Júpiter. Era de belleza extraordinaria y de fuerza más grande que la de los hombres ordinarios, de modo que los sencillos pescadores del contorno lo tenían en veneración y acataban sus órdenes. Y de allí, por inclinación propia, salió, llegado a edad viril, a emprender peligrosas aventuras que los poetas cuentan de mil modos y no acaban nunca de contar, y el oráculo que había acobardado a Acrisio se cumplió, porque, puesto que no conocía a su abuelo, Perseo en un casual encuentro y riña le dio muerte. Apolo el justiciero, abogó por este parricida y obtuvo que lo dejaran en paz las Furias venerables, y Minerva misma le lavó las manos de la sangre derramada en ignorancia de que era su sangre propia. Y después de esto, al saber por los rumores y decires del mundo la terrible suerte de Andrómeda divina, hija de Cefeo y Cassiopeia, rey y reina de Etiopía, Perseo fue en auxilio de la doncella y la salvó de que la devorase el dragón del mar.

*Historia
de Andró-
meda.*

Porque Cassiopeia la reina se había jactado de ser más hermosa que las Oceánidas mismas y éstas, ofendidas, dijeron a Neptuno, su propio padre, que le negarían sus caricias a menos que él las vengase de tamaña afrenta. Y aunque Neptuno creyó que no era para tanto, en cuanto le sobrevino el deseo de acostarse con alguna de sus hijas, libidinoso e incestuoso que era, accedió al capricho de ellas y echó una inundación de mar sobre Etiopía y en medio de esas aguas al dragón. Cefeo

entonces, afligido de muerte, envió por consejo del oráculo de Amnón, en Meroe, oasis en medio del desierto, y recibió instrucción de entregar a Andrómeda, su propia hija, a que el dragón la devorase. Ni pudo el rey sustraerse a ese sino, porque primero está la salud de su pueblo que la propia sangre de los príncipes. Lloroso, él mismo llevó a su linda hija y en la salvaje roca de Iope la encadenó y la dejó desnuda, al alcance del monstruo, y se fue a encerrar en su ciudad para celebrar amargas fiestas fúnebres, proclamando a Andrómeda salvadora del reino.

En esa roca la halló Perseo, rodeada de altas olas de muchas garras, y escudándola con su cuerpo trabó lucha con el fiero dragón, y lo venció. Cuando las olas se aplacaron, regadas con la pesada sangre de la fiera, Perseo rompió las cadenas crueles y descansó al lado de Andrómeda. Para hacerla entrar en calor, porque el terror la había helado, la cubrió, y ella agradecida se abrazó a él con pasión, y él la llevó como a esposa al palacio de los reyes etíopes que allí lo recibieron como a yerno habido en pudorosas ceremonias. Pero en medio de los festejos jubilosos —¡oh Hymen, Hymen!— se presentó Phineos, que era hijo de Belos habido en la princesa Aquirrhoë y a quien Andrómeda había sido prometida antes de la inundación de Etiopía. No había sido Phineos valiente para desafiar al dragón, pero ahora sus amigos hacían befa de él y le prometían ayudarlo a raptar a Andrómeda y subestimaban en su jactancia la potencia de Perseo. Así vociferaban, y no se comidieron en el banquete nupcial sino que se excedieron en el vino, y cuando Phineos reclamó a Andrómeda, Perseo le reprochó la conducta, y dijo:

*Historia
de
Phineos.*

—De no haber sido tú cobarde, oh Phineos insolente, esta gloria que yo tengo, bien ganada, fuera tuya, y Andrómeda sería tu esposa.

Pero Phineos y sus amigos sacaron de entre sus mantos las filosas espadas relumbrantes de pesado bronce, y se abalanzaron, los unos sobre Perseo, que estaba inerme, para matarle, y los otros sobre Andrómeda, para arrebatlarla. Perseo entonces agarró al más adelantado de los facinerosos y asiéndolo por los pies lo blandió como maza y con él asestó tremendos golpes a sus atacantes hasta dejar a ese mancebo destrozado, y luego tomó a otro de igual modo, y luego a un tercero y aún a un cuarto. Así venció a quienes demasiadamente osados querían a traición disputarle a Andrómeda la bien ganada.

Y en Andrómeda Perseo hubo tres hijos radiantes, semejantes a los dioses inmortales, a saber, Electryón, Alceo y Esthénelo. Y de éstos, Electryón, cuando sintió moverse en sus entrañas ansia varonil de aventuras, alzó mástil en bien construida barca y partió de las playas etíopes a recobrar el trono de Argos, vacante con la muerte de Acrisio y que Perseo, ocupado en proezas, no quiso para sí. En Argos casó Electryón con argiva princesa, la bella Anaxo, de stirpe autóctona, y tuvo una hija, Alcmena. Alceo también abandonó la tierra etíope por Tebas griega, la ciudad de siete puertas monumentales, mientras que Esthénelo se acogió con Electryón en Argos donde, a su debido tiempo, le sucedió en el trono, porque Electryón no tuvo más descendencia que Alcmena.

*Los hijos
de
Perseo.*

Y era Alcmena doncella fuerte, de angosta frente oscura, de anchos hombros y anchos pechos y caderas

*Alcmena
y
Anfitryón.*

anchas, y de reluciente cabellera negra, de fino pelo en-
sortijado. Y Anfitryón, rubio doncel, hijo de Alceo y de
Hippónome, princesa tebana, se enamoró de su prima
hermana, Alcmena por las noticias que hubo de ella, y
la pidió para esposa y para que compartiese con él el
trono de Tebas, y Electryón hubo gran gozo de entregar
para esposa a su doncella.

*Depreda-
ciones de
los tafios.*

Pero mientras Anfitryón andaba en Argos, en so-
licitud de Alcmena, los tafios de las islas del mar, capi-
taneados por el centauro Teleboas, gente de pelea que
peleando se llenaba la panza día con día, invadieron las
tierras de Beocia y sitiaron la ciudad de Tebas y hacían
grandes estragos en los ganados de los campos. Se ro-
baban a las mujeres campesinas y los más fuertes de
puños arrastrábanlas a apartados lugares para saciar en
ellas brutalmente carnales apetitos y después las juga-
ban a suerte de dados para ver quién había de acostarse
con ellas la otra noche. De modo que al tener noticias
desde lejos de las depredaciones que en la ancha Tebas
hacía Teleboas, Centauro de fuerte voz clamorosa, An-
fitryón se dio prisa para regresar a su tierra, celebrando
rápidas bodas, y no se detuvo a cantar el himeneal sa-
grado —¡oh Hymen, Hymen!— sino que con su esposa
doncella todavía volvió a Tebas, y cuando esperaba que
la ciudad lo recibiera con cantos y con luces de antor-
chas olorosas, con danzas y toda manera de alegría, se
maravilló de oír largos lamentos. Supo entonces lo gra-
ve que era la invasión de Teleboas y grande fue su ira.

—De mal augurio fuera, oh mujer —dijo a Alcmena
la fuerte—, que te gozara en medio de las lamentacio-
nes de éstas que lloran por sus hijos destrozados en ruda
guerra y por sus hijas llevadas en cautiverio. Enemigo me
ha atacado a traición, estando yo ausente. No debe el rey

alejarse de su pueblo, por razón de estos riesgos. Y pues por ti dejé sola a Tebas, tolera que primero me revista de armas y castigue a quienes excesivamente atrevidos quisieron afrentarme mientras me ocupaba de ganarte para mi ansioso lecho. Ése es mi deber de guerrero, porque con guerrerador casaste, oh dulce Alcmena, y más que jamás tú deseo yo la hora de poseerte. No tardaré en volver, y doblemente dulce me será entonces la celebración de la victoria.

Alcmena la fuerte tomó entonces filosas tijeras, se cortó un rizo de su fragante cabellera untada de perfume y que brillaba como si fuera de azabache, y se lo dio a Anfityrón con coquetería de que era para que él no la olvidase y para que le avivara las ganas de regresar sin dilaciones por si acaso algún otro asunto lo quisiera retener, o tal vez alguna cautiva rescatada, ansiosa de demostrar su gratitud.

—Vosotros los guerreros enloquecéis a las mujeres y ninguna os puede resistir —dijo Alcmena la fuerte, a lo que Anfityrón sonrió agradao y se retorció los bigotes de príncipe guerrerador.

Así salió el animoso hijo de Alceo, en son de guerra, guiando espléndido carro y seguido de numerosa hueste que cobraba valor con la presencia de su rey, porque es al gobernante a quien primeramente corresponde infundir valentía en los pueblos y cuando quien gobierna se aparta de la lucha en que los pueblos se empeñan y deja a otro el mando de las fuerzas, entonces sobreviene la cobardía popular, a menos que el estratega escogido, o quienquiera que surja con arrojo, les infunda virtud y ganas de pelea, pero entonces el príncipe tiene contados los días de su gobierno, pues

Deber de príncipe.

seguramente que lo desplazará el guerreador en son de gran caudillo. Quien quiera mandar un pueblo debe, lo primero, ser la cabeza indiscutible del ejército.

El suelo resonaba al paso de los tebanos bien armados y en el aire brillaban los escudos y flameaban las relucientes puntas de las lanzas. Pero no dormía Teleboas Centauro de fuerte voz, sino que con sus tafios dispuestos en orden de batalla esperaba a Anfityón. Eran los días claros, porque Júpiter que rige el cielo miraba hacia la tierra y la envolvía en la gloriosa luz de sus cerúleos ojos, gozoso de ver los inicios del cruel combate de los hombres, porque a los dioses inmortales deleita, lo mismo que a los mortales, el espectáculo de la muerte de muchos trabados en pelea entre nubes de polvo y grandes gritos. Pero también vio Júpiter potente a la morena Alcmena cuando salió a despedir a su marido, y ardió en codicia de poseerla, porque la desposada estaba doncella todavía y no había probado amoroso ayuntamiento y era sobremanera bella, de fuertes pechos y de fuertes miembros y de fuerte vientre, amplio como de diosa. Y Júpiter se estuvo deseándola hasta que oscureció.

*Codicia
de
Júpiter.*

Esa noche fue cuando Aurora, la de manos sonrosadas, raptó a Céfalo, el marido de Procris, en el palacio que la diosa tiene, en los pórticos del Olimpo de techos de oro, luchaba porque el virtuoso mortal, fidelísimo esposo, la gozase de grado. Miró Júpiter la tremenda pugna de Aurora con el esquivo joven, y por causa de estas contemplaciones se le avivó aún más el ansia que tenía de Alcmena, pues comparándola con la Aurora la mortal le pareció más ardorosa y de tal encanto que, seguramente —pensó de manera convencida—, a la de piel morena Céfalo no la hubiera podido desdeñar.

Pero en la media oscuridad del anochecer vio Júpiter que en los llanos de Tebas se disponía el combate destructor de hombres, porque Teleboas, traicionero, no esperó a que los heraldos parlamentasen con hermosas voces, ni menos a que la noche pasara y nuevo día amaneciera, sino que a mansalva lanzó a los suyos de repente, y se lanzó él mismo contra el carro que conducía a Anfityón al frente de su ejército, y de seguro que con ese golpe artero hubiera dado muerte al tebano valeroso si Júpiter, protector de los reyes, no advierte el peligro y baja él, en persona, a salvar al esposo de Alcmena.

Asumió el padre de los dioses la forma y figura de Anfityón, y se colocó a su lado, en el carro, y lo abrazó y cubrió. Sintió entonces el héroe un desdoblamiento de su propio ser y admirado vio cómo, con su misma espada, ese doble suyo se abría campo en medio del enemigo, a medida que cerraba la noche, derribando a quienes se le oponían, destrozándolos a golpe de cascos de caballos, triturándolos bajo las ruedas del carro incontenible.

*Engaño
de
Júpiter.*

Mas vuelto en sí, una vez terminada la pelea, Anfityón sonrió de verse solo, y cantó el peán de la victoria. Para enjugarse el sudor se quitó el casco de tremolante crin, y se maravilló de no hallar, donde lo había puesto, el rizo de Alcmena. No dio cuidado largo tiempo a eso sino que recompuso el orden de su ejército, y apostó centinelas por si volvían esa noche los de Teleboas a agredir, y quiso que los suyos descansaran en derredor de las fogatas que calentaban el frío sereno de la noche, para atacar vehementemente, en cuanto amaneciera, con tropas frescas, resuelto a exterminar la detestable estirpe de los tafios. Y toda la noche las mujeres tebanas que Teleboas, el Centauro de fuerte voz,



había robado, se fugaban al campamento de Anfityrón en busca de sus maridos, de sus padres queridos, de sus hermanos, felices cuando los hallaban pero al mismo tiempo adoloridas por los pesares y humillaciones que habían soportado.

Pero Júpiter, luego que hubo salvado a Anfityrón, revestido con armas iguales a las del héroe y apropiado de su figura y de su genio, y dueño del negro rizo oloroso y reluciente de Alcmena la fuerte, llegó a escondidas a Tebas esa noche, y penetró en la morada del rey sin ser notado, y del mismo modo entró en el tálamo fragante donde esperaba Alcmena, virgen todavía. Y con el rizo que ella había dado a su marido, el gozoso padre de los dioses la despertó de los sueños que la embargaban, haciéndole dulce cosquilleo en la barbilla.

*Estupro
de
Alcmena.*

Aurora, mientras tanto, en los pórticos del cielo, a la altura del Olimpo inaccesible, no cesaba de luchar por vencer a Céfalo en guerra de amor, a fin de sojuzgarlo al encendido capricho que la martirizaba, y se olvidaba de anunciar la alborada. Toda esa noche, igual al espacio de tres días corrientes, no se apartó de Alcmena la fuerte el abrasado Júpiter sino que la ceñía estrechamente, deseoso de engendrar de esa manera héroe que los mismos dioses envidiaran y que a todos los mortales sobrepusiera en virtud y en cuanto más es digno de honra. Pero cuando Aurora nada satisfecha recobró el sentido de su deber, y se levantó, presurosa, y dejó en paz a Céfalo, y recorrió con sus radiantes dedos las cortinas que vedaban el día, Júpiter magnífico se alzó de sobre Alcmena.

El dios se sintió exhausto, con un como vacío en las entrañas, y la bella esposa que el marido dejó

doncella, Alcmena potente, engañada por Júpiter, tuvo la misma sensación, pero con mayor fuerza, y se quedó todo ese día inerte, sin resuello, con dolor en las tiernas carnes que tan largo tiempo habían resistido el empuje tremendo del poderoso padre de los dioses. Por fin suspiró Alcmena. De su pecho brotó suavísima queja que se le hizo sonrisa en los labios ahítos, de besar, y comprendió que nada comúnmente había concebido. Ni quedó en ella huella ninguna de violación, lo que le confirmó haber sido amada, no de su esposo, sino de un inmortal, seguramente del que a todos sobrepasa en potencia, Júpiter fecundador.

Concepción de Hércules.

Tampoco Anfityrón notó, cuando la montó en abrazo, al volver con gran rumbo de victoria, que ya su esposa había sido poseída, sino que probó gran gozo al sentir lo estrecha que Alcmena era de la puerta de su vientre, y filosofó diciéndose que muchos se equivocan creyendo que porque alguna doncella es de hombros angostos, de frágiles brazos y caderas escurridas, necesariamente es pequeñita de sexo, mientras que las doncellas de altos pechos y carnosos muslos por fuerza han de ser holgadas para recibir la virilidad, siendo la verdad que sobre esto no hay regla fija ni en las mujeres ni en las hembras de los animales, ni cabe definición, y acontece más bien que la oveja más flaca es la más honda y ancha de vagina. Cuestión es de azar, y Anfityrón que, pues era guerrero, no estaba dotado con extravagancia de virilidad que se diga, alabó su suerte incomparable y creyó halagar a Alcmena diciéndole:

—Ea, ya he guerreado bastante. Que de hoy en adelante guerreen otros, yo ya no más. Estarme contigo será toda mi guerra— que así hablan los suerteros como

él, jactanciosos de sus armas, ya que espada y lanza no son sino ficciones de miembro viril que blanden los que se sienten breves.

Cólera de Juno. HÉRCULES fue la singular criatura engendrada por Júpiter en Alcmena la fuerte. Orgulloso de su pujanza para sembrar tal hijo se vanagloriaba el preclaro padre de los dioses, en las veladas del Olimpo, y la soberbia Juno se encendía en ira. Su cólera poblaba de nubes tormentosas el empíreo. De manera que al acercarse la hora cuando Alcmena debía desembarazarse de la fructificada simiente inmortal, y cuando alabancioso Júpiter anunció que esa noche nacería niño que llegaría a hombre, si no capaz de igualarse en todo con los seres olímpicos, por lo menos destinado a enseñorearse sobre los demás varones de su estirpe:

—¡Viejo verde que eres! —exclamó Juno— Varón de poca vergüenza. ¿A esto has llegado, a hacerte bocas de tus correrías inútiles, como esos ancianos libidinosos que no abandonan la costumbre de frecuentar las ventas y que, impotentes que son, se creen, sin embargo, que empuñan a las venteras con sólo pellizcarles en público las faldas?

Las palabras de la iracunda diosa cortaban como los hilos filosos del granizo que, en tormenta de a mediados del verano, azotan de súbito la tierra rasgando ríspidamente el aire. Herido en su vanidad respondió el soberano padre de los dioses:

—¿Impotente, dices? ¿Impotente, quién? ¿Impotente yo?

Sobre las sienes y el ceño arrogantes de Júpiter amontonábanse las nubes que conciben el rayo.

—Jura, si quieres que te creamos, oh Júpiter —le respondió la retadora Juno—, jura que esta noche ha de nacer en efecto quien dices.

Y Júpiter, picado en su amor propio y sin reflexionar un instante, juró por el Estigio, su juramento inquebrantable.

Hizo un mohín de desprecio la diosa de blanquísimos brazos y anchos ojos oscuros, y con imperial majestad se levantó entonces como quien, gran dama ofendida, se retira de compañía burda.

Ida ella, hizo Júpiter que Ganímedes, el precioso doncel, le llenase la áurea copa mientras Hebe, divina escanciadora, servía a los demás dioses, y la larga noche se pasaron los inmortales oyendo al ensimismado estuprador de Alcmena contar ésa y otras hazañas suyas.

Juno en tanto se hizo conducir al instante al palacio de Lucina, la diosa impecable que con manos de dolor abre el vientre de las mujeres que están encinta, cuando les ha llegado su hora, y saca al mundo a los que nacen y los hace llorar, porque lágrimas atienden el comienzo de la vida de los mortales.

Lucina.

—Diosa ninguna me es tan cara como lo eres tú, oh Lucina —dijo la esposa de Júpiter, guardiana de los misterios del lecho conyugal—, pues a nosotras dos juntas nos corresponde velar por las más sagradas cosas, y de tal modo nos vincula la labor que realizamos que se creyera que no somos sino una sola divinidad.

Siendo ello así, ¿cómo no iba a deslustrarme el agravio que se te hiciera, ya fuese un mortal ya un inmortal el hacedor del daño? Pretender desentenderme de lo que te atañe me restaría gloria, y a ti deben dolerte como propias las ofensas contra mi majestad.

Así empezó largo discurso persuasivo la que comparte con Júpiter el trono de oro del Olimpo, y Lucina se sintió halagada de manera que con ésas y las demás razones de Juno cedió a esta diosa su voluntad enteramente.

*Jactancia
de
Anfitryón.*

No se volverá a ver mujeres como las de los antiguos tiempos, cuya belleza y cuyos encantos eran tales que hacían a los inmortales descender por ellas del Olimpo. Bella era Alcmena, morena y sobremanera fuerte, pero así también fueron extraordinarios los dolores que la acosaban y grandes los gritos que le rasgaban la garganta y honda la herida que se hacía con sus lindos dientes al morderse el labio, en la agonía del parto. Anfitryón explicaba, acongojado, la angostura de su divinal esposa. “Es que es así de estrechita”, decía, y apretaba las yemas del pulgar y del índice de su diestra

*Venganza
de
Juno.*

mano. Pero la superior razón de esta pasión de Alcmena era que, abrazada a Lucina, Juno rencorosa le tapaba los oídos a la diosa del feliz alumbramiento, para que no oyera a la parturienta. Y nada despaciosa para llevar a cabo sus designios, Juno, abrazada a Lucina, corrió en el éter invisible a la espléndida Argos donde, en el palacio real, la mujer de Esthénelo hacía siete meses que gestaba en sus entrañas la simiente de su legítimo marido.

Hábil en cuestiones de parto, Juno tomó por las caderas a la reina grávida y haló de modo que la mujer



gritó que la despedazaba el dolor. Corrieron las matronas a ayudarla, alarmadas, porque era primeriza y el alumbramiento se venía prematuramente, y entre estas damas Juno ni un momento descansó en su propósito hasta que hubo nacido, forzado, aquel Eurystheo en quien había de cumplirse la predicción del soberano Júpiter, sellada con inviolable juramento, por más que este príncipe fuera de enclenque complexión sietemesina. Y Lucina, la impecable, estaba atolondrada con estas cosas y por eso no oía los gritos de Alcmena ni los ruegos del atribulado Anfityón. Ni oía a Alcmena el vanidoso Júpiter, ensordecido de oírse a sí mismo las grandes alabanzas que hacía de ella.

Nacimiento de Eurystheo.

Pero al alborear el nuevo día concedió la imperiosa Juno que Lucina oyese y ayudase a la desventurada Alcmena. Así, en Tebas de las grandes puertas, nació Hércules, fuerte que ya tenía dientes, musculoso desde en el vientre de su madre, bello como un dios, de luminoso rostro, destinado, empero, irrevocablemente, por la palabra de su divino padre, a servir al argivo Eurystheo a quien la implacable Juno protegía.

Nacimiento de Hércules.

Pero ignorante de este sino creció el mozo, deleite y honra de su padre mortal, el guerreador Anfityón, que solía gloriarse de tal hijo y decía a sus compañeros de armas:

—Fijarse en Hércules, fijarse. ¡Ni que lo hubiese engendrado Júpiter!— Y oyéndolo sonreía Alcmena a quien por cortedad no había podido su marido volver a empreñar.

No conviene, no, que los padres de hijos hermosos sean engreídos, para que los dioses, que todo lo saben,

Pecado de engreimiento paternal. porque todo lo miran desde lo alto, no se befén de ellos, si acaso no son suyos esos hijos admirables.

Mientras tanto el joven Hércules se ponía esbelto y macizo como tronco de roble joven. Lucía sobre su tez morena barbas áureas de cabello finísimo en rizos como era rizado el pelo de su madre. Pero “De mí sacó el pelo” decía el envanecido Anfityón, que era rubio.

Educación de Hércules.

Hércules le ganaba a su padre mortal en anchura y rectitud de hombros, y en ser enjuto y apretado de cadera, cosa que son pocos guerreros, teniéndolo los más de ellos a lo graso, y Anfityón fue de los que empanzan pronto. Hércules tenía en todo movimiento la gracia de la fuerza disciplinada. Quirón, el sabio Centauro hijo de la Oceánida, que era sabio en dirigir la educación de los jóvenes, tomó a su encargo al príncipe, y otros maestros suyos fueron Rhadamanto el piadoso, y su hermano, Minos el justiciero, habido ambos en Europa por el potente Júpiter, que le instruyeron en la justicia y en el respeto de las leyes y en la virtud de la continencia, y Lino, hijo de Urania, la divina Musa que dirige la armonía de la floración y de la fructificación de toda cosa, le enseñó a tañer la septicorde lira. Pero era en los juegos del gimnasio en lo que mayor goce hallaba el bello hijo de Alcmena la fuerte, y allí, mirándolo desnudo, los propios Centauros le admiraban el glorioso tamaño que adquiriría en el miembro viril y la hermosura de los testículos bien acojinados.

Castidad viril.

Mas era casto el joven héroe como no pueden serlo quienes se preocupan porque tienen mediano el órgano y tiran de él por ver si así logran que les crezca. Su agrado era perseguir a los veloces ciervos y a los jabalíes de rápida carrera, hasta cansarlos. Así

los alcanzaba, y los tomaba, palpitantes y exhaustos, por las flaqueantes patas, y los llevaba vivos y trémulos a casa y los criaba él mismo. O bien hacía fuerza con toros naturales, de puntiagudos cuernos, arremetedores cabizbajos, guardianes del rebaño, y los dominaba como a corderillos. Y ardía Hércules en deseo de enfrentarse con animal de fuerza aun más grande y de ferocidad aun más temible. Ésa era su ambición, y no el goce con mujeres.

ACONTECIÓ entonces que en las montañas del Cytherón anunciase con potentes rugidos un león formidable, llevado allí de Libya por la rencorosa Juno. La fiera diezmaba los ganados del virtuoso Thespio y amedrentaba de tal modo a los boyeros, pastores y labriegos que nadie se aventuraba lejos de los muros de la ciudad por temor de caer presa, como muchos habían caído ya, del animal inexorable.

Lloraba Thespio lamentándose de no haber engendrado hijo varón, porque los varones son las columnas de las familias y libran los campos de los monstruos que aparecen y defienden a las ciudades contra todo enemigo. Las cincuenta doncellas hijas suyas le hacían coro doloroso y se avergonzaban de su sexo y deseaban no haber nacido.

*Dolor
de
Thespio.*

Demasiado bien comprendió Minerva protectora la venganza de Juno, la implacable, y dolíase de la desdicha que plañían Thespio y las divinales Théspiades. Y meditando la diosa portadora de la égida, por si columbraba manera de auxiliar a su protegido, paró mientes en Hércules efebo y asumiendo forma y figura de Centauresa

se acercó a él una mañana cuando el príncipe nacido de Alcmena la fuerte se había internado monte adentro en la Tesalia agreste.

Corría Hércules persiguiendo veloz corza cuando, ya para alcanzarla, oyó ruido como de súbita garúa a medio bosque, lluvia trepidante. Por entre los tupidos ramajes de los árboles advirtió, empero, que brillaba el sol. Detúvose en su carrera entonces, pensando con acierto que alguna divinidad se acercaba a él, y a corto rato divisó a la blanca cuadrúpedo, radiante de ancas más que jamás lo fue ningún descendiente del desagradecido y atrevido Ixión.

Supo la diosa infundirle al joven coraje ilimitado y luego le habló prudentemente, aconsejándole emprender la hazaña de matar el león que Juno vengativa había llevado, ella misma, de la llameante Libya al Cytherón boscoso. Montó Hércules a la Centauresa magnífica, yegua virgen, y esa noche, lejos de la Tesalia nemorosa y de Quirón y Rhadamanto y Lino, comía con el doliente rey, servido por las llorosas Théspiades.

*Belleza
de las
Théspiades.*

Era la vez primera que Hércules trataba con doncellas. Abatidas por su pena las luminosas princesas se movían con lentitud, que nada como el dolor pone tan pesados los pasos aun a las que son ágiles para danzar, así como nada como la alegría vuelve ligeros los pies, aun de las que son torpes en los coros. El despacioso movimiento de las Théspiades, el suave olor virginal que juntas despedían, su palidez de luna con violáceas sombras debajo de los ojos, todo en ellas sembró lánguida inquietud en el mancebo, y los ojos se le iban contra su voluntad en arrobador embobamiento de una a otra de las divinales hermanas. Las doncellas, a su

vez, bajaban la mirada en su presencia, y se les dulcificaba la voz extraordinariamente. Con sus ropas negras de fina tela curiosamente labrada, parecían moverse entre nubes de la noche.

Terminado el banquete, el huésped recién llegado dijo su propósito, y tal vez habría una migaja de jactancia en su voz y en su manera pero no mucha. Thespio lo oyó con íntima alegría, pero Minerva sagaz, sutilmente removió en el ánimo del rey un espíritu de duda.

Estratagemas de Minerva.

—¿No ves que vas, oh joven incauto, a ciertísima muerte? —dijo entonces el severo Thespio— Vuelve a tu tierra y al amparo y abrigo de quien te concibió. Eso sería lo prudente. ¡Qué! ¿Sufren las mujeres los achaques del largo embarazo y luego los dolores de parir, que son como de muerte, y sobrellevan después innarrables aflicciones con la crianza de los hijos, para que un día, como hoy tú, la estulticia y la vanidad y la inexperiencia, que juntas descarrían a los jóvenes, los lleven, como a ti ahora, a ser presa de fierísimo animal? Porque demasiado tierno te veo, oh Hércules hermoso, para hazaña como la que insensatamente quieres emprender.

Se le pusieron a Hércules rojas de vergüenza las orejas.

—Pues sabe —dijo—, oh rey, que fue como tú dices, doloroso el trance de mi madre para sacarme a luz, y no volvió a concebir porque en mí vació toda su potencia de concepción, que otras mujeres distribuyen entre muchos hijos, y por boca de ella misma sé que me engendró mi padre en largo ayuntamiento. Por eso sería que apenas era yo nacido cuando Juno, enemiga de la noble Alcmena, ya te puedes figurar por qué motivo,

Nacimiento de Hércules.

lanzó dos serpientes monstruosas para que me devorasen. Pero riendo las tomé en mis manos mientras mi madre se desmayaba de terror y la servidumbre huía despavorida, y las estrangulé, tierno aunque era entonces, de modo que no soy lo débil que te imaginas. Fuerte nací, y no me glorío de mi fuerza sino de lo que con ella me sea dado hacer que sea honorable y provechoso.

—Apuesto a que eres tañedor de lira —le replicó el rey, y Hércules asintió con la cabeza, porque así era en verdad—. Anda, pues —prosiguió diciéndole Thespio, a quien Minerva inspiraba—, cántanos eso, porque para cantarlo es tema propio. Las madres suelen contar a los hijos maravillas de cuando estaban recién nacidos, y la señal de que éstos han dejado de ser niños es que ya no creen los amables embustes maternos. Proclamarlos los grandes como ciertos es manera de creer que quien los oye es imbécil y fácil de engañar. Empero, joven, cuando se habla lisa y llanamente, como lo hacemos en Beocia con quien nos ha brindado la hospitalidad de su techo, que es don de Júpiter, conviene mayor comedi-
 miento en las palabras. ¿Serás poeta de profesión? Decláralo, pues, que sólo a los poetas se les perdona lactar eternamente. No soy Labdaco yo, y no te enfren-
 tado, por más que esta tierra de mi reino sea infecunda para la poesía pese a que veneramos a Apolo, a las Musas y a las Gracias.

*Hércules
 afren-
 tado.*

Las atónitas Théspiades se llevaban angustiadas las manos a las bocas entreabiertas de pavor. Temblaban de oír a su padre lastimar de esa manera al glorioso joven, su huésped, porque Hércules palidecía y se le volvían brasas los ojos debajo de las bien pobladas cejas, y ponía cara de dolor. De Júpiter que empuña el rayo heredaba Hércules el carácter susceptible

en extremo y no era paciente para oírse tratado de ese modo, especialmente delante de doncellas.

—De no obligarme, oh rey, los deberes del huésped —dijo, tratando de sonreír mientras contenía la pálida cólera—, caro pagarías el ser osado a hablarme en ese tono. No soy poeta, pero el castigo que sufrió ese Labdaco que dices debiera aconsejarte.

—Sea —respondió Thespicio secamente—. Mañana seguiremos hablando, a ver quién tiene la razón.

Y se levantó, bajó del trono y acompañó a su esposa, la radiante Eurysthemis, al tálamo real.

Las princesas doncellas condujeron a Hércules al aposento que le estaba destinado. Todas cuchicheaban entre sí, todas suspiraban y sus cuchicheos y suspiros era como rumor de mar cuando hace luna llena, pero no se atrevieron a hablarle al joven enojado, ni él halló voz con que dirigirles la palabra.

NO DURMIÓ Hércules. Cerraba los ojos para conciliar el sueño pero resonaban en sus oídos las injurias de Thespicio, y en su mente revolvía mil razones. De pronto se esfumaba en su memoria ese desagrado y sentía sólo el ir y venir procesional de las Théspiades divinales, y repasaba en su imaginación los rasgos de cada una. Medio se adormecía ya cuando, de nuevo, le parecía oír la voz del insolente rey, y despertaba por completo. Así pasó la noche, insomne.

Confusión de Hércules.

Ni esperó que fuera pleno día. Apenas en las cumbreras asomaban las coloridas narices de los corceles del carro del Sol, resoplando para levantar las holgadas

neblinas tendidas a dormir en las cañadas del mundo, cuando sigilosamente se levantó y salió del palacio y abandonó la bien construida ciudad de Thespio y cogió rumbo a la montaña en busca de la temible fiera.

*El león
del Cy-
therón.*

Vio los campos abandonados, sin mandador los hatos y los rebaños sin pastor. Anduvo, anduvo, anduvo. Por fin oyó el rugido tremendo del león, semejante al bramido del mar, y el aire le trajo olor de la melena hedionda en la que se habían enredado y podrido innumerables moscas y abejas. Siguió esa huella el joven héroe, olfateándola con mayor deleite que respira el votario de Pafos o de Chipre el marino olor sexual. Se adelantaba Hércules con valerosa cautela, y en un claro de la montaña vio al león echado sobre una roca.

Era enorme. Parecía bajo el sol como tallado en oro. ¡Presas así era lo que Hércules ansiaba! Bostezó el león y mostró en la encarnada boca, ribeteada de negro húmedo, los filosos colmillos amarillos. Rasgó con la garra la roca y cada zarpazo suyo era como para desjarretar a un toro. Hércules, sin más armas que sus puños, lleno de valor invencible se acercó al temible animal.

La roca era alta como de la estatura de un hombre de aquellos días. Ya frente a ella, a corta distancia, Hércules hizo un curioso ruido gutural para llamarle la atención a su enemigo. El león se incorporó, miró hacia él, alargó el cuello recubierto de la espesa melena lanuda, cabeceó, y con desprecio majestuoso se recogió sobre las patas traseras sin hacer caso del atrevido mozo, mirando a lo lejos sobre la cabeza de su retador.

Sintió Hércules en el desdén de la alimaña real un como eco o reiteración de la voz insultativa de Thespio.

Dando ahora rienda suelta a la ira, atronó el aire con un grito feroz el hijo de Alcmena la fuerte.

Asustado, el león huyó. Detrás corría y saltaba Hércules.

De súbito la fiera se volvió y se encaró con su perseguidor y de un enorme brinco iba a caerle encima. Rápidamente torciéndose a un lado Hércules ágil y evitó la muerte.

En esa danza elemental pugnaron largo rato, con fuertes resoplidos, el hombre y la fiera, por obtener ventaja, con destreza y con furia cien veces mayores que muestran en el pancracio los luchadores ilustres que se disputan coronas en las insignes Olimpíadas cuatrienales.

Danza elemental.

El león fue el primero en aburrirse, y se retiraba del combate cuando Hércules se le arrojó encima y asiéndole con ambas manos las tiernas comisuras de la boca, lo cabalgó gran trecho, corcel más bronco que Pegaso. El león sacudía rabiosamente la cabeza y regaba sangre a chorros del hocico atrozmente desgarrado.

Gran parte de la tarde duró la carrera temerosa. Comenzaba a declinar el sol cuando el animal, desangrado, dio señales de desmayo. Ya no saltaba, ya no se sacudía. Hércules brincaba sobre él, como jinetea el niño los caballos de palo de sus juegos. Así logró quebrarle el espinazo duro. El león hipó y se echó. Los ojos se le volvieron casi humanamente expresivos y decían lo completo de su derrota. La cruel muerte le enturbió la azulosa pupila dilatada, lejos de su nativa Libya donde hermosa leona lo había amamantado en rocoso cubil.

Cargó entonces Hércules al león para llevarlo a cuestras, y así regresó, portador de incomparable presa,



al palacio de Thespio. E iba el joven con la frente doblada, hundido en pesados pensamientos, y no se fijó en el claror de oro de la luna ascendente en fase llena.

Recibió al héroe con fría cortesía el sabio rey que tesoneramente acataba la inspiración de la preclara diosa de ojos verdes, Minerva, la buena consejera. Las Théspiades, en cambio, le prepararon reconfortante baño cálido, y en su ir y venir demostraban una alegría que no podían contener, una jubilosa inquietud como de luna cuando le parece, al viajero apresurado, que la luna corre con él pareja en el espacio, o danza, luminosa, entre las desgarradas nubes.

*Fiesta
de
Thespio.*

En el banquete de esa noche se oyó por primera vez después de muchos días música en la casa de Thespio. Dulces flautas en boca de núbiles esclavas llenaban de armonía la sala del convite. Pero Hércules no supo que era agasajo especial, porque no tenía todavía roce y saber de sociedad, ni comprendía a Thespio.

Después que hubieron comido sin pronunciar palabra, y ya que el joven héroe había devorado recia porción de toro asado y enorme cantidad de pan empapado en olorosa grasa, y libado más de una ánfora de oscuro vino dulzón templado con agua tibia, las hijas de Thespio acarrearón agua lustral en espléndidas vasijas, con que se lavó el satisfecho huésped las manos y el rostro, y le tendieron paños finos que ellas mismas habían tejido con sus lindas manos, con que se secó. Y Hércules, hermoso al hablar, contó cómo había vencido al león.

THESPIO lo escuchó con despreocupación premeditada. Las doncellas, en cambio, se quedaban suspensas

en las palabras del héroe. Sus virginales pechos agitados parecían moverse con ritmo de marea. De sus labios surgían, a veces, exclamaciones, de asombro o de terror, redondas como la luna que salta grande y roja del extremo del mar y sube en el empíreo y palidece.

—Digamos, oh joven, que anduviste afortunado —dijo Thespio secamente—, pues no escasa fortuna fue encontrar ya muerto al león caduco. Pero si no quieres hacer que zozobre la vida de tu noble madre, guárdate de contarle inverosímiles proezas como la que hoy has inventado, porque nada hay, por imposible que sea, con tal de que respira valentía, que las madres no crean de sus hijos, ya lo cuenten ellos, ya vengan de otros labios. Las fantásticas hazañas que engendra tu avivado magín, cuéntalas sólo a doncellas como éstas, que no saben de nada, pues bien se trasluce en todo tu discurso, y en la manera de decirlo, que eres de éstos que sólo alborotan a las jóvenes. Empero, hijas mías —continuó diciendo gravemente, dirigiéndose ahora a las vírgenes princesas—, sabed vosotras que la hombría la demuestra el hombre verdadero en la pujanza para estrecharos en el lecho, que no con la hechicería de palabras concebidas para arrancarles admiración a las ingenuas.

Sonrójese Hércules y hubiera querido asir al rey por las venerables barbas, y abajarlo del trono y arrastrarlo, tan iracundo estaba. Pero Júpiter, protector de los reyes, a quien su hija predilecta, la de ojos garzos, había llamado para que se gozase en su hijo, infundió en el corazón de Hércules un grave respeto por el cetro divino, y así quedose el héroe rojo de sus mejillas como brasa y, como brasa también, recogido en ardoroso silencio.

*Goce
paternal
de
Júpiter.*

Reto de Thespio. —Ya veis que este mancebo —siguió diciendo Thespio con palabras que la diosa le ponía en la boca— no tiene trazas de conocer mujer, ni viril experiencia aprendida de algún modo, como es regla que aprendan, los que son aptos para el amor, aun antes de que el instinto los encienda y los guíe. Confiaría en que cualquiera de vosotras, la que él elija, podría pasar la noche a su lado, en oloroso tálamo, y amanecer inviolada todavía.

Pudor de virgenes. —No me parece propio, oh Thespio —dijo entonces Hércules, hallando de pronto la perdida voz—, extenderse sobre estas cosas varón prudente delante de doncellas recatadas, y menos siendo rey y ellas sus hijas. Porque el pudor, que es la mejor dote de virgen casadera, así lo van perdiendo quienes crecen donde se le viola en las conversaciones cabe el hogar, y ellas van entonces al matrimonio, pese a la novedad de sus galas materiales, con el vestido interior de sus almas ya raído. Tú, yo no, has querido que hable. Ni negaré que no he conocido mujer alguna, pues me pareció siempre poco digno ese ejercicio antes de querer fundar hogar. Y hallé feo llenar la ociosidad con imágenes de los actos sexuales, en charla con los compañeros de estudio y de gimnasio. Pero me han retado con insolencia demasiada, pretendiendo que estas jóvenes, merecedoras de nobilísimos esposos, me desprecien. ¡Acepto el reto, oh rey! Escoge a aquella de tus hijas que esta noche ha de ir, doncella sin cantos a mi lecho, y que de allí no se levantará doncella en la mañana. Y no la escojo yo porque sería confesar que he puesto ojos de lascivia en ellas y las he comparado unas con otras y alguna me ha despertado más que las demás el deseo de la fornicación.

Júpiter invisible sonreía con orgullo de padre. Porque por perdido que sea quien ha engendrado un hijo,

lo quiere viril y casto a la vez, sabio y fogoso al mismo tiempo, y así era Hércules. Y en su vanidad Júpiter se gloriaba que sólo él podía haber sembrado semilla que tan hermosamente floreciera.

Minerva, mientras tanto, mantenía firme la voluntad de Thespio para llevar a cabo la estratagema que ella había urdido en la mente del rey. Y mientras Hércules se retiraba solo a su aposento, Thespio congregó en su redor a sus divinales hijas y les dijo:

—Convencido estoy en mi corazón, oh doncellas mías, que mortal ninguno engendró a este bello príncipe, huésped nuestro, sino que su padre es un dios, y me parece que el mayor de los dioses, el potentísimo Júpiter, fecundador incomparable. Creo tal a Hércules que no dudo que pueda, ya no con una o con dos o tres o cuatro de vosotras, porque esto no sería extraordinario en quien posee su juventud, sino que con todas, una a una, en esta sola noche. De manera que si en vuestro pecho se ha encendido la esperanza de ser, cada una, la escogida para probar el reto que Hércules ha aceptado, alentad el dulce anhelo todas. Y si cualquiera de vosotras tiene envidia de no ser esta noche desflorada, aparte de su corazón semejante pesar, porque os aseguro que todas os acostaréis con Hércules antes de que amanezca, y quiera el dios que me llenéis de varoniles nietos la postrimería de mis días.

*Anhelo
de
Thespio.*

Eurysthemis Oceánida preparó entonces para el dulce holocausto a sus amadas hijas, y las ungió a todas de un mismo suave perfume de reseda, que no empalaga, y les explicó el orden que debían seguir, y las aleccionó en cuanto habían de decir y hacer. Y no se estaban quietas las doncellas sino que brincaban de nerviosas y

ansiosas, y se estremecían como jóvenes yeguas en celo que han olido en el viento olor de garañón potente.

*El primer
amor de
Hércules.*

TOCÓ EL PRIMER turno a Polycasta, la mayor de las cincuenta hermanas vírgenes. Entró humildosa, con una lámpara encendida, a la recámara tibia donde completamente desnudo esperaba en el lecho el recio joven. En la una mano llevaba ella la luz, con la otra sostenía un velo oscuro que le cubría la cara y le caía hasta los pies y se le untaba sobre los pechos erguidos y sobre las caderas bien formadas. Hércules la miraba con azoro. Habló la doncella, y dijo:

—Mal ninguno te hemos hecho, oh Hércules longánimo, ni yo ni mis hermanas. Considera, pues, que en mí nos posees a todas, ya que la suerte ha querido que sea yo la víctima de este sacrificio para saciar tu cólera. Dime, ¿soy acaso león feroz para que me trates con rudeza? ¿Me montarás con fuerza hasta quebrarme todo hueso? Pero aun eso preferiría antes que me quebrantaras el pudor, y tú no eres, conforme has hablado reconviendo a mi padre, de los que no saben qué sea eso, o de quienes ignoran su inapreciable valor. Sé benévolo. Tolera poseerme en la oscuridad. Así los dioses te concedan esposa pudorosa cuando quieras esposa.

—No me pareces mortal —respondió Hércules cortés, muy conmovido—, tan firmes y tan bellas son las razones que expones, sino que alguna de las Gracias o quizá alguna de las divinas Musas, hijas de Júpiter, que acompaña en sus danzas al Citareda. Acércate y no temas. Yo lo haré todo con decoro.

—¿Apago?

—Apaga.

Apagó Polycasta y se tendió temblorosa al lado de Hércules, y el incomparable hijo de Júpiter engendrado en Alcmena la fuerte durante larga noche de apretado abrazo y gestado más tiempo que los demás mortales, respiró fuertemente y quiso montar a la doncella. Para eso le cruzó la pierna. Pero ella le rogó que esperase un momento por compasión.

—Si no quieres —le dijo Hércules—, no te haré nada. Dormiremos castamente hasta el amanecer, aunque tu padre me colme de vergüenza. Yo no te forzaré.

—¡Sí quiero, oh Hércules, sí quiero! —respondió con vehemencia Polycasta— Lo que deseara es que me amaras un poquito. Que me violes sin tenerme amor me duele. ¿Me podrías amar?

—Tú, quienquiera que sea, y tus hermanas, todas sois adorables —le repuso Hércules—. Contigo, la primera, hablo a solas, y si te place saberlo, sí te amo, si es amor querer acariciarte y poseerte.

—¿A mí más que a todas?

—Como a todas. A todas en ti.

Polycasta alargó el brazo y rozó el pecho potente de Hércules, mozo todavía, sin aquella maraña de pelambre que después le fue característica, y posó su cabeza cerca del cuerpo de él, y lo olió aspirando fuertemente.

—¡Hueles a león, Hércules! —le dijo.

—Se me habrá quedado pegado el olor del animal, con el sudor. ¿Te ofende?

*Poema
de las
caricias.*

—No. Me gusta. Me gusta mucho. —Y Polycasta le lamió las tetillas a Hércules, y siguió acariciándole el cuerpo, tentándole los firmes músculos, y lo besaba en las axilas.

—Tu pelo —le dijo— es suave como el mío.

—¿Tú también tienes pelo en el cuerpo? —le preguntó Hércules.

Polycasta rio de eso.

—No. Tócame, Hércules.

Hércules puso mano en ella y le sobó los brazos y le tentó los pechos y se los acarició, estrujándolos delicadamente, maravillado de la dura suavidad de su consistencia, y a su vez respiró hondo y le besó los senos a la virgen.

—Es más abajo en donde soy velluda —dijo ella.

Hércules sintió áspera su propia mano, al recorrer lentamente el terso vientre de Polycasta, y debajo del ombligo de la doncella se detuvo un instante, y la tentó en sesgo hasta tocarle en la cadera el fino hueso resaltado bajo la piel tirante. Subió entonces otra vez la mano hasta el ombligo y otra vez en sesgo la resbaló con suavidad hasta acariciar el otro hueso. Pero de allí alargó los dedos, vivos con vida propia, tal los dedos del escultor que manosea el barro bien manido y le da forma y la vida que la forma suscita. Los dedos de Hércules reptaron como con impulso propio, semejantes a cautelosos guerreros que van sigilosamente arrastrándose al asalto. Ya las yemas tocaban los sedosos rizos, ya se internaban en la dulce espesura, ya trepaban al sacrosanto monte caro a Venus. Polycasta vibraba. Se convertía

en música, se deshacía en música no oída, sentida solamente.

Hércules desplegó los dedos entonces, de manera que la palma de la mano le cubrió a la virgen el monte de la diosa y los dedos laterales se asían al tierno campo triangular, pero el dedo que los hombres llaman del corazón, el más largo de los cinco hermanos digitales, bajó en curva y entró adonde la ternura es indecible y la calidez inefable y la humedad no se puede expresar y la consistencia de la carne es blandamente granulosa como la carne melosa de los higos maduros.

Lo que el navegante que ha perdido el derrotero siente cuando divisa tierra, y con los ojos húmedos y la voz entrecortada dice que ha vuelto a nacer, y lo que siente el que largos días horadó el suelo aquí y allá, ardido bajo el sol, en las empinadas laderas de los montes, sintiéndose agobiado, hasta que por fin estruja entre los dedos encallecidos el terrón, y toca el oro y lo ve brillar, y quiere gritar de júbilo pero se queda mudo y boquiabierto, eso siente el mancebo viril cuando por primera vez descubre el sexo de la hembra y lo palpa. En el dedo de Hércules había un sagrado temblor, una alegría incontenible, al descubrir por el tacto las secretas carnes de Polycasta. Y Polycasta virgen se estremecía locamente, toda su carne un grito largo no oído sino sentido sólo.

Sus bocas se juntaron —¡de Venus fue el impulso!— y Hércules abrazó a la doncella y la montó, y ella con los brazos y las piernas se agarro de él con fuerza extraordinaria. *Primer abrazo.*

—¡Esto es estupendo! —exclamó Júpiter, contemplando, desde el balcón del Olimpo esplendoroso

que da a la tierra, el hermoso espectáculo —¡Es mi hijo, mi hijo! —le decía a Venus, a quien había llamado a su vera para que compartiera su gozo.

Deslumbramiento del amor.

—Algo tengo yo en ello —le replicó Venus—. Mi aliento los envuelve y en medio de la oscuridad que los rodea, oscuridad para los ojos de su carne mortal, brilla, para los ojos de su espíritu como para nuestros ojos inmortales, la luz de mi mirada. Nadie gozó de veras —prosiguió diciendo la diosa de los ojos azules—, nadie gozó de amor sin sentir el deslumbramiento de mirarme. Yo soy la luz, yo soy la vida.

Cuando Hércules se desmontó se quedó junto a Polycasta un rato como yerto. Dulce muerte habían probado y convalecientemente revivían. Pero Polycasta recordó que sus hermanas esperaban.

—Con demasiada pujanza me apretaste —dijo—, y me has dejado adolorida y sin respiro. Pero me temo, Hércules, que aun así y todo no lograste hendirme plenamente. Déjame ir afuera y ver, que volveré.

—Ve y vuelve —le dijo Hércules, seguro de sí mismo.

Levantose Polycasta y al tanteo cogió el velo y la lámpara y salió de la estancia, y al corto rato, con el mismo velo y la misma luz y olorosa al mismo olor limpio de reseda, entró al aposento de Hércules Niké, la hermana que le seguía, haciéndose, velada, pasar por la otra, engañando al inexperto joven.

—Todavía soy virgen —dijo secamente, apagando la luz a distancia del lecho, y, acercándose, en la oscuridad: —prueba otra vez.

Como se le corta la alegría al marinero cuando lo que le pareció tierra en lontananza, al borde del mar, se disuelve en nube que se alza y deja ver de nuevo la fina línea curva del horizonte en arco, y sus ojos arden con ardor de llanto contenido, y como se desconsuela el buscador de oro cuando lo que creyó áurea pepita le resulta, al rascarla con la uña y al frotarla y olerla, vil metal, así se entristeció Hércules mozo, creyendo que había fracasado, y se sumió en vergüenza de haber sentido inútilmente el cegador espasmo que le paralizó los muslos.

*Hércules
engañado.*

—¡Pero cómo! —exclamó.

Se tendió Niké a su lado, y más osadamente que a Polycasta él la palpó entre los muslos.

—¡Me lastimas con el dedo! —gritó Niké.

—Sí —le dijo Hércules—. Todavía estás como primeramente, pero juraría haber entrado en ti y haberte empapado. Y la hurgó con suavidad, dulce recreo, y se enardeció tocándola y la enardeció a ella.

Volvió Hércules al trabajo, dispuesto ahora a reutilizarlo, tratando de guardar conciencia clara de cuanto hacía, pero a poco la conciencia se le turbó en ceguera de pasión, y cuando creyó que su acometida no había sido en vano, desmontose.

—Ahora creo que sí pude —dijo sonriente—. ¿Quieres ir a ver y regresar? Me gustaría que toda la noche la pasaras a mi lado.

Fuése Niké y la substituyó Glycera, dulcísima de pechos. Y a Glycera la substituyó Graya, de cabellos tan blondos que parecían más bien luz de luna que de sol,

*Gozo
de las
cincuenta
vírgenes.*

pero Hércules, en aquel tálamo oscuro, no pudo advertirlo creyendo que se las había con Polycasta todavía. Y a Graya la sustituyó Lálage, parlanchina y risueña, que sintió cosquillas y se soltó en argentina risa cuando Hércules la acarició. Hércules le tapó la abierta boca con ardientes besos y probó la lengua de la virgen y sorbió el jugo de ese ósculo, más rico para encender amor que el mejor vino. Y a Lálage la sustituyó Alcystone, de blando aliento, que no sabía del beso de Lálage, de manera que al besarla Hércules creyó ahogarse cuando la lengua de él y los labios le forzaron abierta la suave boca y la llenaron. Y a Alcystone la sustituyó Neda, la de rodillas preciosas. Y a Neda la sustituyó Maïra, de cabellera roja, más ancha de caderas que sus hermanas y más llena de carnes en los labios del sexo.

—Soy muy torpe. Te debo de tener muy lastimada —le dijo Hércules.

—No importa —respondió con aliento entrecortado la doncella.

*Inspira-
ción de
Venus.*

Pero él sintió una inmensa ternura por la virgen, y bajó hasta su vientre la hermosa cabeza y le abrió a Maïra los muslos apartándolos con las manos, y para sanarla donde creía haberla lastimado, la lamió, como la vaca solícita lame al tierno crío. Y todo ello era por inspiración de Venus que en el Olimpo reía como una loca de ver que a Júpiter se le encandilaban los ojos con cada caricia que su hijo inventaba.

Y a Maïra la sustituyó Foloe, de grandes ojos negros, casi más grande que sus pequeños pechos. Y a Foloe la sustituyó Clyte, la brillante. Y a Clyte la sustituyó Adesia de espléndido vientre y blancura esplendorosa. Y a Adesia la sustituyó Septeria, que tenía un lunar rojo

bajo el pecho izquierdo. Y a Septeria la substituyó Estero-
ropa, de largas piernas macizas, la más alta de las cin-
cuenta hermanas. Sus tobillos eran finos y relumbrosos,
como de diosa, y en las rodillas se le hacían preciosos
hoyuelos. Sus bien torneados muslos remataban en am-
pulosas nalgas que, como era morena, parecían enne-
grecerse donde se dividían, igual a como queda la loza
de barro bien quemado, ennegrecida en los bordes y en
los pliegues por el fuego del horno. Pero Hércules no
advertía nada de esto en la oscuridad, y sólo Júpiter, su
padre, tomaba nota de ello y lo gozaba. Y a Estero-
ropa la substituyó Plinteria, de brazos fuertes con que apretó a
Hércules más que lo habían apretado las otras herma-
nas. Y a Plinteria la substituyó Foronée. Y a Foronée la
substituyó Dorichia, de manos hábiles.

Cuando Hércules la acarició —porque todas le
decían: “Acaríciame antes de cubrirme”— ella lo aca-
rició a él también, sopesándole los testículos, y asién-
dole, maravillada, la vital columna, siguiendo con el
tacto delicado de sus lindas manos el venoso fuste, re-
creándose con la suavidad tersa del espléndido capitel
redondo. Y como Hércules, así inflamado, no se diera
descanso en las caricias que le hacía a ella, ambos lle-
garon al órgasmo estérilmente, y se avergonzaron de
lo que habían hecho, con lo que Venus no cabía en sí,
riendo como si le hicieran cosquillas y saltándosele de
los cerúleos ojos lágrimas más brillantes que estrellas.
Júpiter también se regocijaba de lo lindo y se mojaba
las espléndidas ropas. Las piernas le chorreaban.

*Rego-
cijo de
Venus y
Júpiter.*

Se repuso Hércules y siguió la tarea.

Y a Dorichia la substituyó Phæna, de imperioso ta-
lante porque tenía muy alto el busto y largo el vientre,

y a Phæna la sustituyó Ariona, de piernas finas y preciosas nalguitas apretadas. Y a Ariona la sustituyó Deí-dia, de sedosas pestañas y ojos dulcemente húmedos, tiernísima al mirar si Hércules la hubiera podido ver. Y a Deídia la sustituyó Brima, de larga nuca y hombros ligeramente caídos. Y a Brima la sustituyó Cleodora, la de níveo vientre recubierto de pelusilla de oro fino como la pelusilla de los melocotones maduros, que son los más dulces. Y a Cleodora la sustituyó Althea, de azules ojos como los de la diosa que nació de la onda, quien por eso la amaba especialmente y le hizo el gozo largo, de modo que Althea concibió gemelos. Y a Althea la sustituyó Euriganeia, alegradora de las fiestas. Y a Euriganeia, la sustituyó Agallis, inquieta como un ciervo, quien apenas sintió que Hércules la hendía se le zafó, y Hércules tuvo que apretarla con las fuertes manos detrás de las caderas para sujetarla y poder trabajar. Y a Agallis la sustituyó Ardota, que tenía dientes como perlas y vivía sonriendo para mejor lucirlos. Y a Ardota la sustituyó Inaca, más morena todavía que Esteropa y más ardiente. Y a Inaca la sustituyó Lyca, de largos dedos pálidos, muy fríos. Y como Hércules le dijo: “Se te han puesto de nieve los dedos”, la virgen le replicó que, en cambio, tenía de fuego la boca, y en la boca tomó el duro miembro de Hércules y le hizo sentir, con ardientes lamidas, como si dulce llama lo abrasara. Júpiter bufaba y no podía hablar, y Venus misma se relamía y se mordía los labios y temblaba.

*Paroxis-
mo de
Júpiter.*

Y a Lyca la sustituyó Nausíthoa, a quien las carreras deleitaban y que todo lo hacía aprisa. Por eso tembló tres veces en el espasmo antes de que Hércules lo sintiera. Y a Nausíthoa la sustituyó Esquiroforia, la invocada en los festines, por jubilosa que era. Y a

Esquiroforia la sustituyó Gygas, que tenía pasión por los pájaros y que le dijo a Hércules cuando el mozo le besaba los senos con la boca abierta: “Alimenta a tus polluelos, águila real”. Y a Gygas, las sustituyó Jacintha la de labios como pétalos de flor, que era tardía —nadie más calmosa y sosegada que ella— y quien, temerosa de que el mozo brioso se le desmontara antes de tiempo, angustiadamente lo urgía a que siguiera, no callando su largo ruego hasta quedar exhausta. Y a Jacintha la sustituyó Leuké, calipigia y brincona. Y a Leuké la sustituyó Kerite, ágil danzadora, que se empeñó en hacer danza el abrazo y se ladeaba a uno y otro lado. Y a Kerite la sustituyó Eurifilia, de lustrosas pantorrillas maravillosamente torneadas, si Hércules la hubiese podido ver. Y a Eurifilia la sustituyó Elocia, que de nerviosa ceceaba y a quien por eso sus hermanas le habían ordenado que no hablase palabra, pero al sentirse poseída suspiró clamando: “Hérculez, Hérculez”. Hércules no reparó en ello porque el gozo lo ponía sordo. Y a Elocia la sustituyó Glauca, rubia, a quien se le hacían hoyuelos en las mejillas cuando sonreía, que era su gracia. Y a Glauca la sustituyó Deidamia, de redondos hombros admirables, y a Deidamia la sustituyó Crisa, la que parecía de oro. Y a Crisa la sustituyó Lyssa, de oblicuos ojos de leopardo que arañó a Hércules en el eretimo, agarrándosele de los hombros con delirio. Y a Lyssa la sustituyó Pirena, de finísima cintura. Y a Pirena la sustituyó Oreada, fresquísima, y sobre ella recordó Hércules la frescura de la hierba en las mañanas cuando se tendía desnudo en los prados, junto a los ríos, en su mocedad. Y a Oreada la sustituyó Thalassiana, de ojos verdes bajo tupidas cejas negras y de dientes pronunciados. Y a Thalassiana la sustituyó Xutha, diestra cazadora. Cuando Hércules se disponía

a entrarle ella le dijo: “¡Apunta bien la flecha y da en el blanco” y Hércules le respondió: “Y tú, tiende bien el arco” y bruscamente le abrió las piernas con fuerza de sus manos. Y a Xutha la sustituyó Trissauleya, de fino y largo pie divinamente arqueado con curvatura de luna que llegó al extremo de la fase menguante.

Y Hércules no se había dado cuenta de que cada vez se había esforzado con diferente hermana, al revés de quien, pensando en diferente mujer cada vez, abraza a una sola muchas veces.

Leda
niña. Tocábale su turno a Leda, la menor, clara y rubia, de carnes casi transparentes, semejante al filo de la más fina y tierna luna, y que aún estaba demasiado pequeña para desear varón. Sus preciosos pechos, no mayores que un par de ciruelas verdes todavía, ni siquiera mostraban red de venas azulosas, ni se le coloreaban los pezones, y las rodillas las tenía ásperas de tanto arrojarse sobre el duro suelo en sus juegos de niña. Con la vigilia y la excitación de la velada larga, temblaba de miedo y parecía que iba a desmayarse. Polycasta, que había sido la primera, la abrazó con ternura, diciéndole:

—Tiemblas, llena de temor, y así, a tu edad, hubiera temblado yo. Pero ahora, prueba mis labios encendidos —y besó la mejilla helada de la impúber—. ¿Verdad que soy de fuego? ¡Cédeme, pues, tu turno!

Huyó la pequeña Leda al regazo de su madre, la Océanida Eurysthemis, y se echó a llorar, y Eurysthemis le hizo una seña a Polycasta, y Polycasta tomó la lámpara y dejó a un lado el velo, y entró desnuda y a plena luz al aposento de Hércules, y le dijo:

—Vamos, ¡concluye de una vez! Abrázame como nunca has abrazado, no quieras que al amanecer tengas que abochornarte delante de mi padre y mis hermanas.

—Es que no he querido hacerte daño —respondió entre mohino y pretencioso el potentísimo Hércules quien con el mucho ejercicio ya sentía que se le había agrandado el miembro, y montaba en furia por acabar lo tantas veces comenzado.

Así, quien arde en inspiración, escribe y borra y rompe las tablillas, y vuelve a escribir una y muchas veces, hasta que llega un momento cuando con ira dice:

*Trabajo
de
poeta.*

“Ahora, de golpe, a como salga”, y el poema fluye entonces sin tropiezo, y quienes lo leen no adivinan el esfuerzo cincuenta veces repetido que costó, porque las Musas a quien pretende poseer una de ellas lo obligan con engaño a poseerlas a todas repetidamente. ¡Ay del que no puede!

—Pues ahora —replicó Polycasta— hazme el daño que quieras.

Y clavó la boca en la boca del mozo, y lo cubrió a él, y en la convulsión del largo abrazo desesperado él la volvió de espaldas y se le encimó, y ella se encabrió de gozo con tal fuerza que ambos rodaron del lecho de colchones de lana tendidos sobre bandas de cuero entrelazadas, y cayeron al duro suelo de maciza tierra pisoneada, pero tan apretadamente estaban abrazados que no se separaron. Allí decía Hércules:

—¡Qué te voy a quebrar el espinazo!

Y Polycasta:

—¡Quiébrame toda, toda!

*Fin
de la
proeza.*



Polycasta quedó tendida en un desmayo.

Hércules entonces la vio cómo chorreaba sangre entre las piernas, y con el día, que ya brillaba esplendoroso —porque grande era la alegría de Júpiter por la potencia de su hijo—, se alzó del suelo y sin despedirse de su huésped cargó su león y su báculo de caminante y salió del palacio de Thespio, y abandonó la ciudad amada de los dioses excepto sólo de la implacable Juno, y se volvió, triston y fatigado, a la compañía casta de sus maestros, los Centauros, en Tesalia boscosa.

CUANDO los poetas, y los que cuentan los mitos y las leyendas de los dioses y de los héroes, narran las hazañas de Hércules, primero dicen las doce labores que le impuso Eurystheo, protegido de Juno, después de haberse purificado en Delfos de la sangre de sus hijos que vertió acosado de locura. El oráculo del dios le ordenó entonces dejar el nombre de Alcides que le dieron al nacer, y tomar el de Heracles —que significa Gloria de Hera, que es decir, gloria de Juno porque las desgracias que se amontonaban sobre la cabeza de Alcides proclamaban el triunfo de la esposa de Júpiter—, y que se trasladara a Tyrinto, donde reinaba Eurystheo a la sazón, y se sometiera doce años a la voluntad de este enemigo. Pero en habiendo contado en alta voz esos trabajos —la lucha con el nemeo león y con el otro vástago de Typhaón y Equidna infernales, la hidra de Lerne, y con el jabalí que destruía los campos de Psafia en la región de Eurymanthos en la Arcadia, y con la corza Cerynea sagrada a Diana, y que tenía filosos cuernos de oro, y con las aves antropófagas que mataban lanzando

*Los
trabajos
de
Hércules.*

sus plumas como dardos y que infestaban las márgenes del lago de Estinfalio, y la limpieza que hizo en los establos de Augias, y cómo dominó al toro cretense, cómo amansó a las yeguas de Diomedes que comían carne humana, cómo robó el cinto de Hipólita que la amazona había recibido de Marte y Marte se lo había robado a Venus, y que Admete, la hija de Eurystheo, deseaba para hacerse amar, y cómo cometió abigeato en los bueyes de Geryón que un tricéfalo monstruo guardaba en Erytheia, y cómo cortó las manzanas del jardín de las Hespérides, regalo de la Tierra a Juno en la fiesta de sus bodas, y cómo finalmente bajó a la mansión de Hades en compañía de Minerva y Mercurio y sacó de la morada de los muertos al can Cerbero—, entonces relatan las hazañas secundarias del héroe, las parerga: *Las parerga.* cómo no intencionadamente dio muerte a Quirón, su maestro, estando en lucha, por una barrica de vino, con Folo y con los hermanos de éste que ese vino embriagó: una flecha que Hércules disparó, torció el vuelo, por el aire, y se clavó en el costado de Quirón quien con su último aliento pidió a Deméter purificase al discípulo amado. Y cómo en el país de los hiperbóreos, Equidna, que tenía busto y cabeza de mujer pero en lo demás era una gran serpiente, se abrazó a él y se le enroscó y no lo soltaba hasta que hubiese engendrado en ella, y él, potentísimo, de una sola vez la dejó encinta de tres hijos, Agathyrso, Geloneo y Escita. Y cómo, volviendo de esa hazaña a su casa, llegó a la Tróade y rescató a Hesione de que la devorase un dragón que Neptuno había echado contra Troya. Laomedonte, en premio, le había ofrecido los bueyes que Júpiter le había dado en compensación por Ganimedes, pero no cumplió lo prometido y Hércules castigó a Troya pérfida y mezquina,

pero a Hesione la amó y la empuñó. Y contadas todas estas cosas, luego cuentan sus profundas tragedias personales, y la tragedia grande de su muerte, porque las gentes jamás se cansan de oír hablar del hijo de Júpiter habido en la potente Alcmena. Y si el poeta halla de su agrado a quienes le escuchan, entonces vuelve sobre los pasos de la vida del héroe y en voz baja y espesa canta o dice la historia de las divinales Théspiades y la estupenda ventura que con ellas hubo el casto mozo, que nunca se glorió de esto pues al jactarse de potencia extraordinaria es manera de consolarse a sí mismos los débiles.

Pero yo, Hércules glorioso, he de cantarte un himno.

HIMNO A HÉRCULES

QUÉ bien hacen, oh Hijo de Júpiter, en llamar trabajos tus hazañas, tanto te costaron. Nadie es digno de ti si no es capaz, como tú fuiste, de largo aguante de lo que imponen los tiranos.

Después de tu cruel muerte, quemado vivo en pira que tú mismo suplicaste a piadosa mano que encendiera, cuanto era impuro en ti quedó purificado y tu padre que está en el cielo te llevó consigo, otorgándote inmortalidad y dándote por esposa a Hebe de dulcísimas mejillas. Allí fuiste por fin libre, oh amante de la libertad, engendrador de hombres que no toleran esclavitud ni servidumbre para sí ni para nadie.

Ven, en esta oscura noche del mundo y con el brío de tus años mozos desflora a las naciones vírgenes.

Engendra en ellas generación de hombres, gozándolas jubilosamente en retahíla, porque sólo tú eres digno de gozarlas. De otro modo, oh padre, ¿cómo podremos tener quienes hagan fuertes y nobles a estos pueblos? Su suerte me llena de preocupación constante: tú la resuelve.

Ven, con tu maza potente, a abatir tanta ruindad que se ha encumbrado, tanta esclavitud que se ha hecho la regla de los hombres, tanta vileza de los que gobiernan a los pueblos y de los pueblos gobernados.

Qué júbilo será el de la Tierra de sentir otra vez la fuerza de tus plantas. Volverán a imperar las santi-dades olvidadas ahora: la Lealtad inquebrantable, la Amistad que es el mejor baluarte de los hombres, la Pureza que es la fuerza de las ciudades, y la Pasión por las cosas hermosas y las acciones buenas.

Ven a dominar las aguas que desbordadas destruyen la riqueza de los suelos, y a debelar las ambiciones egoístas que enriquecen a los pocos y empobrecen y llenan de miseria a los muchos. Ven a aplacar a los enloquecidos vientos que se llevan los suelos en turbios remolinos, y a domar con tus puños las fuerzas nuevas que descúbr^{en} los sabios pero que los ignaros emplean para el mal.

¡Aprisa, aprisa, Hércules, tú que fuiste mortal, porque en mi juventud, oh padre, quiero estrecharte entre mis brazos, yo que pienso y siento como un dios pero que, ay, soy súbdito de la vejez y de la muerte!

LIBRO SEXTO

Las mocedades y el Casamiento
de Helena o Tratado de la Moral

*Los Heraclidas
thespianos.*

LOS HIJOS de Hércules habidos en las Théspiades crecían en bondad y en belleza y se hacían valientes en los ejercicios del gimnasio, teniendo por maestro al célebre Iolaos, bajo cuyo guión, más tarde, fundaron pacíficas ciudades en la Cerdeña, isla muy apartada, de bellas mujeres que tenían fama de ser sabias en hechicería. Allí estos Heraclidas, porque los autóctonos eran de menguada estatura, cobraron renombre de gigantes. Entretanto feliz estaba Thespio con sus cincuenta y dos nietos, que le llenaban el corazón de alegre bullicio, para él como una segunda juventud, y su ciudad, regida según la doctrina de libertad de Apolo esplendoroso, se hizo famosa por la hospitalidad que dispensaba: jamás necesitado alguno llamó a thespiana puerta en vano. Y el amor al prójimo, que crece proporcionalmente a la capacidad que se tiene de brindarle ayuda, era la ley común de los ciudadanos —grabada en sus corazones con mayor firmeza que en tallada piedra— que les hacía llevadera la vida más que a los otros hombres.

Porque si los desdichados no quieren bien a los dichosos, cuando ellos mismos han probado la felicidad y caído en desgracia, en cambio, aquellos que han sufrido primero y logrado buena suerte después, son más aptos

para gozar compartiendo su dicha, sensibles al sentido de solidaridad humana que la desdicha despierta y activa, y forman colectividades prósperas por parejo, en vez de aislarse en grupos que egoístamente disfrutan del bien en medio de la miseria que los rodea. Y así era con los thespianos.

Meditaba sobre estas cosas Minerva y conversaba de ellas con Apolo, decoro de las divinas Musas, hijas de Júpiter, y con Vulcano, orfebre de los dioses y maestro y amigo de los hombres, y juntos los tres, en los consejos del Olimpo, se empeñaban en colmar de beneficios a la pro genie humana. Pero había inmortales —Marte, el de las matanzas, y Mercurio, el que todo lo enreda— que recordaban cuántas veces la prosperidad había infundido en los hombres la soberbia y el menosprecio de las cosas divinas, y los había inducido a faltas gravísimas que obligaron a los dioses a infligirles castigo.

—Por mi parte —decía Mercurio, de fácil lengua, el hijo de Júpiter habido en Maya, hija de Atlas—, por mi parte, que sean lo prósperos que se quiera los humanos, pero os advierto que mientras mayores caudales amontonen, peores se volverán. Porque el poder y la riqueza hacen vanos a los hombres, y la vanidad de poderosos y de ricos engendra en ellos el orgullo, y el orgullo los lleva a la impiedad de creerse superiores al ordenamiento moral que tú, oh Juno, has instituido, y a olvidar la liberalidad que Júpiter alienta lo mismo aquí en el Olimpo de palacios de oro que en el ancho regazo de la poblada tierra. Entonces querrán los hombres dar rienda suelta a sus caprichos perversos, sin temernos a los dioses y sin temer las leyes que dioses y hombres por igual forzosamente hemos de acatar bajo riesgo de inescapables penas. No puede el sol apartarse un

Discurso de Mercurio.

Orígenes y fuentes del pecado.

ápice del curso que tiene señalado sin perder por eso sola causa su brillo incomparable y su don de equilibrio, con que rige a las estrellas, tan fuertes son las leyes que digo. Pero vueltos insensatos por causa de soberbia, los hombres brincarán fuera de sus órbitas propias, se creerán capaces de cometer impunemente cualquiera transgresión, y para esconder la primera falta cometerán una mayor, y otra, y otras cada vez más atroces, en cadena de crímenes crecientes, hasta anegarse en sangre de incestos, fratricidios, guerras, asolamientos, fieros males, los individuos primero, pero luego las familias, los bandos, las facciones, las ciudades, los pueblos.

—Más vale, pues —dijo entonces Juno, la imperiosa—, tenerlos de manera que a toda hora se sientan desvalidos. Entonces los veréis atentos a nosotros de continuo, comedidos en todo, conservadores fieles de las leyes eternas, y buscándose los unos a los otros por vía de consuelo y de mutua caridad.

*Maldad
de la
misericordia.*

—Lo que dices, oh Mercurio —respondió Minerva, haciendo caso omiso de Juno—, se refiere sólo a la riqueza extrema. Y razón tienes. Porque la mucha riqueza da el poder, y el mucho poder no es potro para que lo cabalguen y dominen los mortales. Él los arrastra a los infortunios sanguinarios que tú has dicho. Pero igualmente mala es para los hombres la miseria, porque ésta aniquila la conciencia. Juno sabe estas cosas mejor que yo, ella que es madre, que hasta la madre le pierde el cariño a la criatura de su vientre cuando se ve incapacitada para darle el auxilio que la criatura necesita.

—¡Lo dices porque no crié a Vulcano! —gritó Juno iracunda, interrumpiendo el discurso lleno de sabiduría de Minerva.

—No, madre, no es por eso —dijo Vulcano, inter-
viniendo—. No ventilamos aquí cuestiones personales.
Estamos discutiendo sobre principios elementales que
la experiencia fundamenta.

—¡Dale con la experiencia! —gritó Juno airada,
de ninguna manera dispuesta a quedarse sin replicar—
Y yo, ¿no hablaré por experiencia? Lo que Minerva
quiere es hacernos convenir a todos en hacer felices a
quienes ella ama. Y no. Yo no me dejo.

—No, oh Juno —replicó Minerva—. Se trata de
si somos o no representaciones divinas de principios
imperecederos: tú, de la majestad y del honor del ma-
trimonio, que dignifica a la familia, mi augusto padre
de la largueza y de la hospitalidad, y del ordenamiento
que debe reinar en las ciudades y en el corazón de cada
ciudadano, especialmente en el de los llamados a go-
bernar, Venus del amor, y así cada uno y cada una de
nosotros y nosotras. Y nos gloriamos de que los hom-
bres nos comprendan de esa manera y nos honren y es-
tén atentos, en su conciencia y a su modo cada quien,
a nuestras voluntades. Porque eso es la libertad. Pero
digo que la miseria, cuando se ceba en los mortales,
es nuestro peor enemigo. Entonces apartan completa-
mente los hombres sus ojos de nosotros los dioses lu-
minosos y nos relegan a olvido ultrajante. Se entregan
a horripilantes cultos de dioses deformes y oscuros, y
caen presa del despotismo, impotentes para librarse de
él. En la miseria no es posible el hogar respetado en
castidad como tú, oh Juno, lo deseas, ni la liberalidad,
ni el orden, ni el sentido de responsabilidad caros a Júpiter
y a mí, ni consiente el amor, oh Venus, vivir un
instante en ese medio, y parece, como la planta floral

*Discurso
de
Minerva.*

*Defini-
ción de la
libertad.*

que falta de luz y de rocío crece magra y pronto deja de crecer. Yo vi a los hombres antes de que se organizaran en sociedad para darse unos a otros ayuda y proveer mejor a las necesidades de todos bajo régimen de ley.

*La
primitiva
humanidad.*

Vivían sin sentido de honor, sin goce hospitalario, sin conciencia de amor. Ni hembra y varón iban al tálamo en jubiloso sacramento —¡oh Hymen, Hymen!— sino que se buscaban olfateándose como perro y perra, y peleábanse, como fieras, por las bellotas y la carroña de que se alimentaban, tiranizados por el miedo y por el hambre. Ni los padres entonces amaban a sus hijos, ni existíamos nosotros en la superior necesidad de nadie. De manera que no porque en la prosperidad, mansión de muchas puertas, logren colarse el orgullo, la injusticia, la maldad y el crimen, será preferible para los hombres la miseria, que es la prístina condición humana, cárcel sin salida, donde el espíritu enloquece de terror y perece asfixiado.

*Discurso
de
Apolo.*

Iba a replicar Juno, incapaz de darse nunca por vencida, cuando Júpiter, el que blande el rayo y todo lo domina, volviose hacia Apolo luminoso y le pidió que hablara.

El alma.

—Lo que la sabia Minerva ha dicho —dijo Apolo— expresa enteramente mi modo de pensar. Pero quiero extenderme un poco acerca de esto que ella nombra espíritu y que otros llaman alma, cosa cara a Juno, contra quien jamás deseo decir palabra alguna que pueda ofenderla. Digo, pues, que el espíritu o el alma es propiedad o atributo exclusivo de los hombres, y la otra propiedad humana es tener forma en la materia. En cuanto a ésta, que es mortal, muchos otros seres superan a los hombres, hasta en belleza, y tienen mayor

fuerza para resistir la inclemencia de la naturaleza, porque los humanos son débiles de colmillos y de garras y suaves de pellejo en comparación con las fieras, a quienes, sin embargo, vencen y domeñan, enseñoreándose sobre ellas en tal grado que es obvio que el hombre es superior a toda otra criatura de la tierra. Por débil que sea en la materia, vence a las demás y ninguna lo vence a él, y aun escala los altos montes y cruza el proceloso océano. Sus invenciones son incontables, sus recursos infinitos. Sólo la muerte no la vence, al parecer. Pero me atrevería a decir que en esto andamos equivocados quienes juzgamos a los hombres, ya que poseen una manera o una porción de inmortalidad que se debe a esa primordial propiedad suya, alma o espíritu, que es inmortal como lo somos nosotros mismos, debiendo ser entonces esta propiedad humana nuestro mayor cuidado. Pero encarcelado el espíritu en la carne, razón tiene Minerva para afligirse y predecir el torcimiento del alma y su conversión a lo enteramente animal, movidos los hombres sólo por instintos irrazonables y no por los estímulos capaces de acatar a la razón. Y así como quien está condenado a convivir con leopardo feroz, se mantiene en perenne peligro de su furia, que ha de estallar cuando le acose el hambre, así vive el hombre, en cuanto es alma, con su propio cuerpo, conviniéndole estar alerta a que no carezca de alimento la fiera que, hambrienta, lo atacará y devorará. Por eso es esencial que se combata la miseria, de manera que, libres lo más posible de esa preocupación de lo inferior, que es homicida, los hombres atiendan a lo que atañe al alma, su parte superior.

“Y en esto, lo primero debe ser el orden. Ésta *Orden.* es la primordial necesidad del espíritu, para que no

se produzcan confusiones entre diversos derechos y diversas obligaciones concurrentes, puesto que todo lo que es, sea cual fuere su índole, existe sólo en virtud de relaciones con la naturaleza y con los seres naturales y sobrenaturales, y estas relaciones que son tantas y tan variadas, las podemos resumir en obligaciones y derechos, esto es, en correspondencias y equilibrios, lo mismo en la materia que en el espíritu. Mas debe ser el

Libertad. orden que digo, un orden de los hombres que no infrinja en los terrenos de la libertad, que no la incapacite, ni la burle, ni la destruya, porque la libertad es el alimento espiritual sin el cual el espíritu mismo adquiere condición o naturaleza de fiera, pues contrariamente a lo que muchos equivocadamente creen, no es libertad, sino despotismo de los instintos, la condición de las alimañas, sin ley ni convivencia. Libre es sólo aquel que por voluntad propia acata las leyes, entendiendo su bondad, porque el no entender la ley es también una manera de esclavitud. El orden dentro de la libertad y por el entendimiento es, pues, lo conveniente y lo que en todo instante debe buscarse. Lo cual no será difícil, o no tan difícil como pudiera parecer, si se atiende y reconoce esta tercera necesidad del espíritu que es la obediencia,

Obediencia. y que no consiste en la sumisión bajo la fuerza sino en la concurrencia voluntaria, en reconocimiento de lo justo, y en la capacidad para asumir responsabilidades y cumplirlas.

Jerarquía. “Haya jerarquía —siguió diciendo Apolo—. Juno es celosa de esto, y abunda en razón. Pero sea esa jerarquía en virtud de justicia y en virtud de ser y de sentirse cada quien útil y necesario en la colectividad, de manera que ningún rango sea ni despreciable ni innecesario, sino todos los rangos útiles e indispensables para el

bien general. Sea la jerarquía ordenamiento de utilidad, y no será incompatible con la libertad ni con este otro alimento del espíritu que es la igualdad, que hace bellas y nobles a las almas así como la libertad las hace fuertes. Y pues tenéis alguna duda, conforme lo observo en vuestros rostros, acerca de la compatibilidad de la jerarquía y de la obediencia con la libertad y la igualdad, la quiero resolver recordándoos el sentido del honor que es quien armoniza las necesidades espirituales. De manera que si se desea una regla común a todas las reglas, señalemos el honor y digamos que cuanto tiende a nutrirlo y a elevarlo es bueno, y malo cuanto lo rebaja y debilita. Donde hay honor reconocido en cumplir cada quien con su deber, y en saber obedecer lo conveniente, allí no habrá conflicto de jerarquía y libertad, sino libertad y jerarquía en orden de igualdad”.

Igualdad.

Honor.

—¿Y la belleza? —preguntó Venus—. La belleza también es alimento del alma, y me parece que lo principal de todo, porque es por su belleza que los hombres se asemejan a nosotros los dioses, no sólo en lo físico, pese a que sean de forma efímera y materia corruptible, sino también en lo espiritual, que es perdurable. ¿Por qué, pues, oh Apolo, te has desentendido de esto?

Belleza.

Juno sonrió, contenta de vérselas con una contendiente a quien vencer, y:

—Déjame, oh Apolo —dijo—, que contesto yo a la deidad que ha abogado por la belleza. Venus, con lo poco que ha dicho, nos ha enseñado que hemos estado discutiendo en un plano tan por encima de su caletre que no nos ha entendido. Y me parece que habrá otros como ella —y con esto volvió la mirada ojibovina en derredor—, que tampoco saben entendernos.

—Habla y déjate de sarcasmo —dijo Júpiter, a quien a veces su mujer exasperaba, especialmente cuando ella tenía la razón.

Discurso de Juno.
Bondad.

—Venus —dijo entonces Juno, la que comparte el trono imperecedero de Júpiter—, confunde, al igual que aquellos a quienes ella tiene embobados por el instinto, la esencia de la belleza con la forma de lo bello, y atiende sólo a su propia figura personal, consistiendo su error en no entender que lo bello no lo es en sí sino por consecuencia o resultado de la bondad, y que la bondad, a su vez, depende de lo justo, de lo preciso, de lo propio, de lo adecuado, en fin. Así, un ojo es bueno en cuanto es plenamente el órgano de la vista completa, y le faltará en bondad todo lo que le falta en su función. De modo que podrá ser azul como tus ojos, oh Venus, que de ese color te precias, pero si es miope para ver, esa falta de bondad le restará esencia de belleza. En efecto, no será de veras bello, sino sólo tendrá apariencia engañosa de tal. Porque lo bello da contento y felicidad, pero la miopía, no importa de qué color se vista y atavíe, es una falta, una carencia, una mengua, y dará dolor y desagrado.

Armonía.

“Lo que decimos del ojo, lo podemos y debemos decir de todas y cada una de las demás partes del rostro, y del cuerpo entero, por ejemplo, del pie, cuya belleza consiste en ser pie y no mano ni garra, y pie enteramente conformado para servir como pie, que es su función. Decir un buen pie, o concebirlo, es pues, concebir o significar un bello pie, y no hay belleza donde primeramente no hay bondad. Pero cuando se trata de un conjunto formado por diversos miembros o partes, la bondad que es belleza, tendrá también otro requisito, que es la armonía en lo que forma el todo. Un pie de

niño, si como tal es un primor, en un adulto, en cambio, es una deformidad, porque desarmoniza en el conjunto. Pues es sólo en virtud de la armonía que el cuerpo — y toda cosa que la posee— agrada, cautiva, deleita y satisface a la mirada. Pero la razón aprehende la armonía en figuras, y la figura en medidas, y la medida en números, que son esencia del intelecto. Por eso, para la comprensión más ruda, la belleza tiene que manifestarse en cualidades materiales, de color, de dimensión y las demás características de la materia, pero para los espíritus elevados, la belleza es enteramente intelectual y por esa razón, su esencia es moral pura, y lo bello es lo bueno y lo santo”.

—¡Entonces, yo soy santa! —exclamó Venus. Y los dioses rieron al unísono, de ver su sencillez.

—Oh Venus —le respondió Juno, la de grandes ojos semejantes a los ojos de los bueyes—, aprende que nada hay sin sus contrarios, y al mismo tiempo nada hay que no tenga graduación, de modo que no sólo es una cosa diferente de todas las demás cosas —así un árbol es diferente de todo lo que no es árbol— sino que el concepto de árbol entraña el de árbol perfecto y el de árboles imperfectos en infinitos grados de imperfección. Y el sentido moral es el que, en lo referente a los árboles, da preferencia al que más se acerca al árbol perfecto, que conocemos por instinto intelectual. Como con el árbol, así con todo. Es el instinto de intelecto lo que en cada caso nos avisa a la voluntad, y nos rige con mando político como de rey. Pero otros instintos hay, ajenos al intelecto, y éstos son, por eso mismo, ajenos a lo moral. Cuando nos domina, es con fuerza de despota. Tú no eres santa, oh Venus, porque todo tu ser es esencia de instinto despótico, y no creo que jamás hayas

*Intelecto
e
instinto.*

hecho distinción entre los animales irrazonables y los hombres dotados de razón, a quienes vuelves irrazonables en virtud de tu gran poder sobre ellos.

De esta suerte discutían los dioses soberanos.

*Historia
de
Hippocoonte.*

PERO PARA probar su punto en contra de la proposición de hacer prósperos a los hombres, Mercurio, gran intrigante, en connivencia con Juno, testaruda, instigó rebeldía en la Lacedemonia. Allí, en Esparta, reinaba Týndaro ilustre, vástago de Perseo, y en Amyclæ gobernaba su hermano Icario, y unas veces en la una ciudad y otras en la otra, compartía con ellos los honores reales el medio hermano de ambos, Hippocoonte. La suerte de Hippocoonte era envidiable, porque sobre sus hermanos pesaba toda la gravedad de gobernar y a él le correspondía sólo el disfrute de los privilegios preeminentes de quien ejerce la soberanía. Pero en Hippocoonte obraron Mercurio y Juno de manera que la impiedad naciera en su corazón y fuese la ingratitud el primer fruto que diese, pues les cobró odio de envidia a sus hermanos generosos, y este perverso sentimiento lo llevó de la mano a la traición. Con traicionero golpe derrocó a Týndaro y a Icario, y los arrojó de la tierra que sólo a ellos pertenecía en derecho.

—Ya veis vosotros todos, oh dioses —decía Juno—, lo que proviene de las doctrinas de Minerva. Ahí tenéis a Hippocoonte, engreído por el fácil disfrute de bienestar y buena suerte. ¡Mejor conducta hubiera sido la suya si en vez de holgura hubiera tenido aprietos, trabajos, preocupaciones y pobreza!

Pero Minerva señalaba, para mantener su tesis, la hospitalidad que Thespio había dado a los derrocados reyes, y Júpiter mismo se glorió de que Hércules, su hijo muy querido hubiera alzado bandera de justicia y tuviese sitiado al usurpador para restaurar en sus derechos a Týndaro y a Icarío, amados de sus pueblos.

En medio de esa campaña visitó Hércules a Cefeo, rey de Tegea, hijo de Aleïs y le solicitó ayuda en contra de Hippocoonte. Mercurio, entonces, en connivencia con Juno, puso en camino de tentación al hijo de Júpiter habido en Alcmena la fuerte. Ya no era Hércules el efebo tímido ante las doncellas, que había visitado la casa de Thespio, sino que en plena madurez gozabase en hazañas de amor adulto y no se avenía a la continencia sexual sino que por la naturaleza que heredó de su divino padre debía en todo tiempo ayuntarse con hembra y fecundarla. Y si es cierto que ése era todo su cuidado acerca de la progenie, porque luego de engendrarlos abandonaba a los hijos, la verdad entera es que todo lo hacía movido por la piedad trascendental de quienes saben, como él, que criatura ninguna es huérfana de padre, porque hay un padre universal que solícitamente y en todo instante cuida de todos los que nacen. De modo que al conocer Hércules, por designio de Juno, a Auge, la hermana brillantísima de Cefeo, que era sacerdotisa de Minerva y debía conservarse virgen, prendose de ella, y faltando al respeto debido a su huésped y al temor que la diosa debía imponerle, violó ocultamente a la doncella veneranda, asaltándola de noche, estando ella dominada a medias por el sueño. Así la gozó Hércules hasta el amanecer cuando, auxiliado de los veinte hijos de Cefeo, que todo esto ignoraban, emprendió la campaña contra Hippocoonte y lo venció y le dio

*Historia
de
Auge.*

La maza de Hércules. muerte aplastándolo con su pesada maza, el arma de su predilección, hecha de tronco de árbol con puyones de bronce remachados en los talleres de Vulcano.

Télefo. Télefo fue el hijo de Hércules a quien dio a luz la desventurada Auge, y de él se cuentan intrincadas historias. Porque Aleïs, de inflexible rectitud, cuando conoció que Auge, su hija, había faltado a la castidad, expuso en Tegea a la criatura de ese sacrilegio, y vendió a la madre para esclava en tierras más allá de la mar.

—¡Con que! —exclamó Juno en el Olimpo—, ¿qué os parece la piedad de Hércules? No me dirás que prueba lo que Minerva sostiene, el haber estuprado tu desvergonzado hijo, oh Júpiter, a la sacerdotisa de tu hija.

El juicio de los dioses. Bien comprendieron los dioses hasta qué grado de ira, hacedora de males, había llegado Juno en su rencor. Pero Minerva, la diosa comprensiva, no le guardó encono a la desgraciada Auge, sino que buscó Ninfa que en forma de cierva amamantara a Télefo, y halló manera para que a su debido tiempo se juntaran hijo expósito y madre esclava, y en Mysia, donde reinaba el excelente Teuthras, exaltó a Auge al trono real, y Télefo heredó la corona suntuosa de su padrastro. Porque el juicio de los dioses no es infame.

Casa-miento de Leda. Pero en Thespia, antes de regresar a sus ciudades propias que Hércules les había recobrado, Týndaro e Icarío celebraron jubilosas bodas —¡oh Hymen, Hymen!—, Týndaro con Leda, la menor de las divinales Théspiades y la única que no se acostó con Hércules cuando las demás hermanas fueron gozosamente violadas, e Icarío con Polycasta, la que dos veces fue poseída

por el hijo de Alcmena la fuerte y que había dado a luz admirables gemelos. El ser madre le había acrecentado la belleza, de modo que superaba a la de muchas doncellas su hermosura. Icarío llevó su desposada a Amyclæ y Týndaro sentó a Leda en alto trono en Esparta.

EL PALACIO de Týndaro en Esparta estaba rodeado de jardín. Ni había allí fortaleza, ni fuertes muros, como en las demás ciudades de los hombres. En derredor del jardín fluía dulce río, bordeado por cañas verdeantes, que purificaba las aguas que de antiguo se estancaron en el valle y cuenca de Laconia, y esta labor se debía a Eurotas, hijo de Myles el hijo de Lélex aborigen, que fue rey de aquella tierra antes de regresar de Egipto los hijos de Perseo, por lo que el río se llamó la Corriente de Eurotas y más tarde Eurotas a secas. En el jardín de Týndaro formaba claro remanso, en lecho de menuda arena, bajo el brillante cielo. Allí solía Leda, recién casada, bañarse alegremente, ora en compañía de sus amigas predilectas, ora sola.

Ahora había concebido de Týndaro la linda reina y se sentía lánguida. Así, sobre aguas de soñoliento murmullo, se mira en los atardeceres la blanca luna vaga reflejada. Más que luna ninguna era blanca Leda. A lo largo de sus brazos el pálido azul de las venas le realzaba la sin igual blancura. El vello de su cuerpo era musgo de oro pálido. La miró Venus y la cubrió de gracia, y llamó aparte al ardoroso padre de los dioses a quien dijo:

—¿Por qué, oh Júpiter, deslustras la reputación de todos nosotros los inmortales, dioses y diosas,

ayuntándote con mujeres y con Ninfas cualesquiera?

Ío. No hay quien no diga horrores de tu pasión por la tetuda

Ío, flaca de caderas y enjuta de nalgas, prieta, e igual

en todo a una vaquilla vulgar. Y ahora el ancho mun-

Calisto.

do está enterado del lío que te traes con Calisto, cuyo

nombre de “la más bella” es un sarcasmo, porque es

peluda como un oso, y hocicuda, desvivida por hartarse

del licor que la fiera abeja montaraz liba en las flores y

acopia en los panales, con lo que tu Ninfa anda de gor-

da que se cae, bamboleándose. Con eso tienes a Diana

convertida en perra con rabia.

—¿Me vas a dar tú, por ventura, lecciones de continencia? —replicó el ilustre Júpiter.

—No te pongas irónico —respondió la diosa de

dulcísima sonrisa—. Lo que deseo es recordarte a Leda,

la menor de las hijas de Thespio, que temblaba del te-

mor de acostarse con Hércules, tu hijo, y le cedió su

turno a Polycasta, la mayor de las hermanas excelsas,

aquella noche, ¡acuérdate!

—¡Linda la criatura! —exclamó Júpiter— Yo

quería arrancarla de entre los brazos de su madre esa

mañana, y poseerla. Tiernecitas así, son una delicia,

¡oh Dánae, oh Europa! Pero Minerva no me dejó, y tú

misma fuiste ingrata conmigo, Venus, que no le pusiste

gananas de amor, por curiosidad siquiera, a la princesa.

—Estaba demasiado mozuela —replicó Venus.

¡Hablas como si no conocieras a las impúberes!

Yo, en cambio, sé que son tremendas. Es Juno junto

con Minerva quien les ha infiltrado a los hombres esas

teorías absurdas en cuya virtud las leyes protegen a las

doncellas mientras están deseosas con el primer deseo,

que es el más dulce y provoca anhelos inefables. La protección debiera ser para aquellas que ni desean ellas mismas ni saben engendrar deseo alguno, pues me parece que la ley no debe contrariar a la naturaleza sino conformarse con cuanto es natural, y de no seguirse esto *La ley.* que digo nos sobrevendrá a la postre la ruina a nosotros los dioses del Olimpo. Esa moral que Juno ha inventado y que Apolo y Minerva defienden va a ser nuestro desastre y perdición.

“¡Qué de alimentos para el alma no nos han recetado Juno y Apolo y Minerva! Libertad, igualdad, *Alegría.* jerarquía, todos muy bien, ¡ah!, pero la alegría, ¿no es también indispensable?”.

—Pierdes el tiempo filosofando conmigo, oh Júpiter —respondió Venus secamente—. Natural soy yo, la alegría es mi elemento, y ley ninguna me sujeta y estrecha. Yo misma soy mi propia ley, y ley de todo ser. Y eso porque sí. Allá tú y tu mujer, y tu hija y su búho, y Apolo el carilindo, discutidlo y escudriñadlo a vuestras anchas, armando tremolina de disputa. Yo no temo perecer jamás sino por causa de tristeza. Pero ahora, en cuanto a Leda. ¿Sabes que se casó? ¿Sabes que acaba de concebir? Si antaño fue preciosa, como dices, ahora no tiene quien la iguale en lindura. Por andar tras de la osa, dejaste que se te escapara ésta, que hubiera sido tu más primorosa conquista. ¡Hubieras visto qué deleite halló Týndaro en ella! Pero creo que no ha podido llenarla por completo. Rey y todo, Týndaro no tiene lo que muchos pastores de ganado que yo sé, y de ahí por qué me río de esas jerarquías en que insiste tu esposa.

Pero Júpiter ya no la escuchaba. Había vuelto los ojos a la tierra y miraba a Leda, que sola se recreaba a

esa hora en el Eurotas, y crecía en el pecho del dios incontinente una desorbitada codicia de la mujer de Týndaro, deseo irreprimible.

—Oh Venus —dijo febril—, si te di marido que tolera todas tus diabluras y engaños, ayúdame ahora sin tardanza, tú que eres toda acción. Asume, pues, forma y aire de águila de anchas alas y cruel garra, y haz que me persigues, trocado yo en engaño de reluciente cisne.

Violación de Leda. No se negó Venus sonriente, porque la deleitan los ardidés de amor, las violaciones, los estupro y los adulterios. Y creyendo Leda que era cierto el simulacro celeste, desnuda como estaba, en las márgenes tibias del plácido río, amparó entre sus cándidos brazos, sobre su tibio cuerpo, al blanquísimo cisne perseguido. El dios entonces batió las potentes alas sobre los flancos divinales de la recién casada, mordiéndola en los húmedos labios con el lustroso pico, y desmayados de goce él y ella largo rato estuvieron en el abrazo milagroso, con revuelo de plumas.

Nacimiento de Helena. Llegado el tiempo cuando Leda debía dar a luz, Ilityha, la veneranda ayuda de las madres en la hora de su mayor angustia, le dio auxilio para que se desembarazara de dos huevos, y del uno, rompiendo frágil cáscara, salió pareja engendrada por Týndaro, a saber, Cástor y Clytemnestra, y del otro huevo, de cascarón más grueso, los hijos de Júpiter el Cisne, Póllux y Helena.

Grande fue el regocijo del padre de los dioses, con el nacimiento extraordinario de estos hijos, y llamó a Mercurio, de aladas sandalias, y le ordenó llevar a los varonzuelos a Palena para que recibieran de Quirón, el ilustre Centauro hijo de Cronos habido en Phillyra la

Oceánida, instrucción digna de la heroicidad a que estaban destinados.

Mientras tanto, en Phtía, en la Tesalia abundante en caballos, los myrmidones —descendientes de aquella princesa Eurymedusa a quien Júpiter engañó disfrazado de hormiga macho, metiéndosele así entre las ropas— habían hecho rey a Peleo hijo de Eaco, rey de Egina. Y Eurytón, que había reinado hasta entonces en Phtía, dio a Antígona, su hija, para esposa de Peleo. Pero, por artes de Venus, la engañosa, dejó Peleo a Antígona y casó con la Oceánida Thetys, divorciada de Neptuno, y hubo en ella a Aquiles, a quien también educaba Quirón, el Centauro incomparable, por lo que Aquiles y Cástor y Póllux fueron compañeros fraternales que miraban a Hércules, mayor que ellos, con respeto y a distancia, y por eso apretaban entre sí los vínculos de compartir la escuela, y esforzábanse por emular a Hércules en todo.

Los myrmidones.

Nacimiento de Aquiles.

Pero a las hembritas —Clytemnestra que parecía la mayor, de oscuro pelo y sombrías pupilas, y Helena, la más bella, rubia como una espiga, clara de ojos y de franco mirar— las puso Júpiter, que dominaba la voluntad de Týndaro, al especial cuidado de Venus y de las desnudas Gracias. Y de estas hermanas le hablaban Cástor y Póllux a Aquiles, su inseparable amigo, y Aquiles desde entonces, aun sin haberla visto, prefirió a Helena y la amó en secretas ensoñaciones, como suelen amar los jóvenes impúberes, y a nadie más amó nunca en su vida.

Educación de Helena.

CRECIERON las hijas de Leda, y aun no era llegada Helena a los diez años ni daba señal de entrar en pubertad cuando, tal era el sortilegio de belleza que la

Historia de Egeo.

amorosa diosa le había comunicado, que aquel gran rey de Atenas, Theseo, prendose de ella con locura y la raptó.

En Atenas a Cécrope II, hijo de Erechtheo, había sucedido Egeo su hijo, que dio nombre a un gran mar, y Egeo tuvo por primera esposa a Meta, hija de Hoples, y muerta ésta sin haberle dado descendencia casó con otra princesa ateniense, Chalcípeo, hija de Rhexenor, quien tampoco le dio la ventura de un hijo. La esterilidad de sus esposas la atribuyó Egeo a malquerencia de Venus, de modo que para congraciarse con la dulce diosa y conciliarla introdujo su culto en la divina Atenas. Pero los Metiónides, familia de gran orgullo y poderío, rival de las tribus de Hoples y Rhexenor, descontentos porque Egeo no había casado con una de sus doncellas, se alzaron en rebelión potente y lo expulsaron de Atenas.

Refugiose el bello rey en Megara, donde se juntó con sus hermanos, Palas, Nyssos y Lyco, y con los hermanos de su padre, y habiendo recibido ayuda megareense emprendió gloriosa expedición contra Metión y sus hijos, tiranos de su patria, y recobró el troño ateniense que había fundado Júpiter mismo cuando estableció a Cécrope atlántida. Pero no quería reinar Egeo, afligido por no tener descendencia, y no atreviéndose a tomar tercera esposa para no provocar otra revuelta, porque, cuando llegan a creer que serán malqueridos, los que gobiernan hombres aborrecen el mando si son sensatos, y buena razón tienen. Pero a los más ni eso los acobarda, quedándoles el recurso de tiranía. Con estas alarmas en su corazón, Egeo hizo viaje a Delfos, tierra de hondonadas, en el centro del mundo, a consultar

el oráculo. Cuando de allí regresaba a Atenas, lleno de esperanzas que el dios esclarecido le infundió, al pasar por el Treceno fue huésped de Pítheo, y conoció y se prendó de Æthra, la hermosa hija de este piadoso rey hospitalario, y no pensó ya más en abandonar el trono sintiéndose otra vez potente.

Conversaban los dos reyes, Pítheo y Egeo, después de la comida de succulentas carnes, a la hora del tibio vino que abre el corazón de los hombres, y el corazón de Pítheo se quejó de Minerva.

—Doncella esplendorosa tuve por hija —decía *Æthra*. Pítheo—, ésta que ves, Æthra radiante. Y era doncella casta. Más bien odiaba que le despertara curiosidad todo cuanto tuviese sugerencia lasciva. Pero Minerva le envió sueño sutil y ese sueño la condujo a Esferia, la sagrada isla solitaria. Allí violó a Æthra el Océano, libidinoso viejo. Di, pues, si no tendré encono contra la diosa.

Pero de Æthra se había enamorado Egeo, sin embargo, y al tomarla por esposa quiso aplacar el rencor que la diosa pudiera guardar por la mala voluntad que Pítheo le tenía, por lo que el día de las jubilosas bodas —¡oh Hymen, Hymen!— los recién desposados, antes de partir para Atenas en hermosos carros, le erigieron a Minerva Apaturia, la del Engaño, santuario en Esferia, donde la veneran las esposas que tienen maridos celosos de lo que a ellas les aconteció antes de casarse, con que perdieron la inocencia, porque es la razonable Minerva quien llena de piadosos sentimientos a esos esposos y les aplaca los roedores celos de lo que fue antes que ellos.

Glorioso fue el reinado de Egeo en Atenas, pese a que tardó en empreñar a Æthra muchos años, y Æthra era dichosa. Pero cuando Theseo hubo nacido y había sido criado y su fama se extendía por todo el mundo, por las gloriosas hazañas que el Destino le deparó, Æthra quedó viuda y no quiso vivir más en la ciudad reina y flor de ciudades, sino que se retiró a su suntuoso castillo de Efidne, en el Treceno, que había heredado de su padre, y recordaba allí sus años vírgenes.

Las Amazonas. Hazañoso, Theseo había pedido a su padre mando de armas y primero luchó contra las Amazonas que, bajando por la Tesalia, tenían invadida toda Grecia hasta el Ática. Eran mujeres terribles, diestras más que jamás lo fueron los varones en el manejo del arco, y peleaban montadas en furiosos corceles de lustrosos cascos y largas crines. Marte las había engendrado en la Náyade Amonia, y ellas habían fundado ciudad propia, que llamaron Themíscyra, cerca de donde después fue Trebizonda, cabe el río Thermodonte, al pie de la sierra del Cáucaso. Al otro lado de estos altos montes vivían los gargareanos, pueblo fiero, a quienes las Amazonas permitían una vez al año llegar a Themíscyra, a gozarse una noche en sus brazos. A los que nacían varones de este ayuntamiento las madres los enviaban a sus padres, pero a las hembras les rebanaban con filosos cuchillos el pecho derecho, para que pudieran mejor manejar el arco, su arma favorita, y les enseñaban a domar potros salvajes y a blandir la espada y a arrojar las temibles jabalinas. De Themíscyra salieron muchas veces, potentemente aguerridas, a fundar otras ciudades en tierras conquistadas, y Grecia era el país que más les avivaba la codicia de imperio. Por lo que, antes que Theseo, Belerofonte les había hecho la guerra, enviado por el

piadoso Iobates, rey de Lycia, padre de Esthenobea, la hermosa pero lasciva mujer de Preto, señor del trono de Tirynto.

Había nacido Belerofonte en Corinto, hijo de Neptuno, habido en Eurýmeda, hija de Glauco rey, pero obligado a abandonar la ciudad nativa al llegar a edad viril, halló refugio en la espléndida casa de Preto, y Esthenobea lo deseó y lo tentó. Belerofonte, empero, guardó la lealtad debida al hospitalario huésped, y la reina, sintiéndose ultrajada por tal desdén, lo acusó falsamente ante su marido en la dulce confidencia del tálamo, a la hora cuando los hombres son más crédulos y las esposas infieles más sagaces.

Historia de Belerofonte.

Amaneció, después de esa noche de calumnias, y Preto escribió en tablas secretas un mensaje a su suegro y le pidió al bello corintio llevarlo con urgencia en persona. Voló Belerofonte sobre el mar, caballero en Pegaso, y entregó las tablas. Enterose así Iobates de la acusación de Esthenobea, que creyó cierta, por lo que le impuso trabajos a Belerofonte que sólo los de Hércules superan. Y el primer trabajo fue hacerles la guerra a las Amazonas, para que las belicosas mujeres en cuyos dominios nõ se toleran hombres lo mataran.

Hércules también había trabajado ruda campaña contra las fieras hembras, para arrebatarle a Hipólita, su reina, el cinturón de Venus que la infiel esposa de Vulcano le había dado a Marte, y Marte a Hipólita, y que la hija de Eurystheo, que era de llano continente, ansiaba poseer, porque ese cinturón tenía la virtud de poner bella a su dueña. Pero a pesar de haberlas castigado Hércules rudamente, las Amazonas, nada abatidas, comandadas por Hipólita temible, atacaban las avanzadas fortalezas

El cinturón de Venus.

del Ática, destruyéndolas y sembrando el terror en los pequeños poblados apartados, amenazando las propias puertas de Colona. Contra ellas salió Theseo, y las venció, y a su ruda reina le conquistó también el corazón, porque era bello él, y ella, al fin, era mujer. Así engendró Theseo al impecable Hipólito, votario de Diana, en quien la pérfida Venus, porque era casto el joven, hubo cruel venganza de hembra despechada.

Hipólito.

*Historia
del Mino-
tauro.*

DESPUÉS Theseo glorioso dio muerte al Minotauro, monstruo terrible nacido del insano amor de Pasifae —esposa indigna del justiciero Minos— por el toro cretense. El Océano le había dado a Minos, rey de Creta, un reluciente cornúpeto, para que hiciera hermoso sacrificio cuyos olores de rica grasa consumida por el fuego el dios deseaba aspirar, porque andaba en brama extraordinaria y lo graso del toro podía reconfortarlo. Pero Minos, acosado extremosamente por su mujer, a quien la belleza del toro había cautivado, quiso engañar a Neptuno, y sacrificó en su honor animal menos valioso, buey por colmo. Venus entonces, a ruego del Océano y en virtud de la ayuda que un dios debe a otro dios, y en venganza también de la afrenta que la que nació de la onda había sufrido a causa de haberla delatado el Sol, hizo crecer en Pasifae, la princesa solar, irresistible pasión por el pujante toro, y la reina obligó a Dédalo ilustre, prófugo de Atenas, a hacerle, curiosamente hueca, una vaca artificial. Dentro de esta efigie se colocó Pasifae para saciar bestial deseo. Allí la poseyó tremendamente el toro, de un solo empuje que a otra mujer hubiera desgarrado, no a la potente nieta del Sol. Y de este encuentro nació el Minotauro. Entonces,

por orden de Minos, Dédalo, que no se daba un instante de reposo ni en esas labores ni en la edificación de hermosos coros, construyó el laberinto de mil oscuros corredores intrincados donde el feroz aborto de la reina fue recluido.

El laberinto de Creta.

Pero Pasifae había concebido y dado a luz, engendradas por Minos, a dos lindas hermanas, Ariadne y Eglé, de brillantes mejillas y encendidos ojos, pues eran solares como ella, y cuando Theseo fue a la ciudad de Minos —dispuesto a librar a Atenas de pagar el censo que Creta le cobraba desde un antaño, tan lejano que ya nadie sabía el origen de la deuda, y que era tributo de jóvenes atenienses, antiguamente siervos de Creta, pero que ahora el Minotauro devoraba— Ariadne le ayudó, movida a traicionar a su padre y a su patria por amor del bello héroe hijo de Egeo y de Æthra pero a quien, para restarle gloria a Atenas, muchos envidiosos decían que lo había engendrado el Océano, y en verdad que parecía vástago de un dios. Con Theseo se fugó Ariadne apasionada, pero de Eglé estaba enamorado el ateniense, conforme lo había dispuesto Venus vengativa, y llegada la noche de espesos velos, mientras Ariadne, fatigada del primer encuentro de amor, dormía en la cueva consagrada a Baco, el dios benigno, en la isla de Día, Theseo volvió sigilosamente a Creta, abandonando a Ariadne, y raptó a Eglé y con Eglé en su barca zarpó de regreso a Atenas.

Historia de Ariadne.

Era la misma nave en que había salido del Pireo, singular por la comba vela negra que recogía al impenetrable viento, y con el rey Egeo había convenido Theseo en que, si regresaba victorioso de la aventura cretense, debía el príncipe bajar la vela negra e izar vela blanca.

Muerte de Egeo.



Olvidose de ello Theseo, por embargarlo el amoroso goce con Eglé, y al acercarse la barca al puerto y prorumpir en llanto los atenienses desde el Pireo hasta la Acrópolis, Egeo no quiso vivir más y él mismo se dio muerte, con cuchillo de bronce hundido en las entrañas y lanzándose al mar que de él entonces tomó nombre.

Historia de Fedra. Theseo culpó de su olvido parricida a la inocente Eglé y porque Venus vengativa le negó ahora encantos a la princesa, la apartó de su lado, y ocupó el trono, y tomó por esposa a la radiante Fedra, hermana de Pasifae, trayéndola de la salvaje Cólquida. Y ahora Venus, en arranque de sevicia, inspiró a Fedra pasión por el impecable Hipólito, hijo de la Amazona, que estas cuatro, Pasifae y Ariadne y Eglé y Fedra, eran prole del Sol, hijas la primera y la última de Eetes, rey de Cólquida, a quien el radiante dios auriga hubo en la Oceánida Persé. Y por el Sol, que la había delatado cuando otorgaba ella sus favores a Marte en ausencia de Vulcano, abrigaba Venus rencor inextinguible y no descansaba en zaherirlo haciéndole desdichadas a sus hijas.

Fedra, deseosa de guardarse casta para su marido, luchaba contra el loco deseo que la atormentaba, encerrando su dolor en un silencio hermético, pero la aya, que la había criado, le arrancó a la dama desdichada la confesión del punzador secreto y violando la triste confianza le reveló a Hipólito la pasión de la madrastra. Indignado el mancebo hirió en el corazón a la infortunada Fedra, lanzándole filosas palabras de reproche, y ella, para huir de su vergüenza, se ahorcó, dejando acusación escrita contra el impecable Hipólito a quien Theseo echó de la casa paterna y de la ciudad. En el destierro Hipólito murió en accidente de mar.



SUMIDO en tales pesarosas intimidaciones hogareñas estaba Theseo cuando Piríthoos, vástago de Júpiter y rey de los lapitas tesalienses, queriendo probar el valor del rey de Atenas, invadió el Ática y se robó manada de hermosos bueyes, riqueza para muchos hombres. Porque Piríthoos era sobremanera atrevido, semejante en su brío a un corcel joven no castrado, y esto lo heredaba de su padre. Pues, cuando Ixión pretendió burlar a Juno, Júpiter tomó curiosa venganza y en forma de hermoso garañón rondó a Día, la mujer legítima de Ixión, enamorándola con relinchos y cabriteos de los que suelen encender pasión brutal en las mujeres, y en forma y en manera de caballo entero poseyó a Día, anegándola en espumoso semen. Por eso era Piríthoos arriesgado como era.

*Historia
de
Piríthoos.*

Puso a un lado Theseo el dolor de su viudez y la honda pena de la muerte de su hijo, pues Hipólito, desterrado, no sobrevivió muchos días a Fedra. Armose el rey y salió en son de guerra a recobrar su espléndido ganado.

Ni huyó Piríthoos de su presencia, ni frente a Piríthoos alzó Theseo la cortante espada, sino que ambos, el hijo de Día y el de Æthra, en sublime admiración uno de otro, se quedaron suspensos. El lugar de su encuentro memorable no estaba lejos del santuario de Sérapis, la deidad egipcia, que Cécrope había erigido en tierra de Atenas. Allí se estrecharon fraternalmente las manos los dos héroes y se juraron eterna amistad, tomando por testigo al dios de las naciones subterráneas.

Contáronse entonces sus pesares, como es dulce que hagan los amigos, y Piríthoos dijo:



*Histo-
ria de
Hippoda-
mia.*

—Eryto el Centauro, de la casta de Ixión, violador de la fe que se debe entre amigos, irrumpió ebrio en las fiestas de mis bodas con Hippodamia, la hija de Adraastro argivo, y me robó la novia. Ni quedará impune sino que contigo cuento para hacerles la guerra a los Centauros Ixionidas. Los venceremos, y me buscaré nueva consorte, y tú también volverás a casarte, porque sin hijos tú, Theseo, caerá en desuso el trono real de Atenas. ¿Te conformarás con ser el último rey de la ciudad que divinalmente construyeron los votarios de la munificente diosa? Fuerte estás aún, joven más que muchos reyes. Busca, pues, quien comparta tu lecho y prolongue la ilustre estirpe tuya. Yo también quiero esposa. ¡Vamos los dos en busca de mujeres!

—Amé a las más ardientes —replicó Theseo—, y en los labios me dejaron un no se qué que me hace probar desabridas todas las bocas.

*Fama
de
Helena.*

—Hasta mí ha llegado —dijo entonces Piríthoos— el renombre de Helena, pequeña hija de Leda y del rey Týndaro de Esparta. ¿Sería extraño que la hubiesen prometido ya? Allí las doncellas tienen fama de que si sus padres no se apresuran a casarlas, el heredero les llega antes que el marido. Pienso, por ende, que no hay remedio sino robar a la doncella, bien que sus años sean pocos, no vaya a ser que ya le hayan determinado esposo sus padres, o sus hermanos radiantes que se educan bajo la regla de Quirón.

Convinieron en esta aventura los amigos y la emprendieron, después de haber capitaneado a los lapitas, que eran el pueblo de Piríthoos, y vencido a los Centauros en la guerra que celebran incomparables mármoles. Secretamente entraron en Esparta, la ciudad sin



murallas, escondiendo las espadas debajo de los regios mantos. Fuera del poblado, en lugar seguro, dejaron sus hermosos caballos. Y en la hora propicia para sus designios, cuando la linda Helena recorría la ciudad encendiendo tentaciones y provocando envidias, los dos ilustres forasteros se fueron detrás de ella.

AL PASAR Helena por las calles de Esparta iba dejando estela de decires, que era costumbre lacedemonia el darles a las niñas igual libertad que a los mancebos, porque sólo en Atenas se exigía el recato extremo de las mujeres y hasta a los jóvenes varones se educaba en un pudor digno de doncellas. *Helena
niña.*

Desnuda de piernas, suelta la cabellera luminosa, abultándole el busto los enhiestos pezones que plegada clámide cubrían, así iba Helena niña, y el viento zalamero se ceñía a ella untándole las ropas para que se viera mejor que si anduviese desnuda. Los hombres se extasiaban. Las mujeres, en cambio, haciendo rueda aparte en las fuentes donde cogían agua, la miraban con encono.

—¡Va a ser una perdida! —decían las mujeres—
Tiempo es ya de que la tuvieran en el gineceo aprendiendo a ser esposa y madre.

Si se mecía en el columpio, que los antiguos llamaban *eora*, no se cuidaba Helena de recogerse el pelo bajo las piernas, sino que nada le importaba que se le levantase en el vaivén y le dejase desnudas las brillantes entrepiernas. Las viejas meneaban la cabeza. Con exclamaciones de horror lamentaban la pérdida de

las buenas costumbres y auguraban males irremediables por causa de la relajación de la moral.

—Yo sé —decía alguien— que en la salvaje Tracia, de gentes pelirrojas, dejan andar desnudas a las doncellas, y de ellas echan mano los varones en plena calle, y las tumban, porque tienen costumbres de animales. ¡Si en eso pararemos en Esparta!

Clytemnestra.

Porque seguía a Helena enjambre de muchachos, en continuo juego de escondite, que mentaban *apodidraskinda*, y donde ella se escondía, allí la cercaban, y ella les sonreía a todos. Se apretaban contra ella, y alargaban las manos y le palpaban las divinales formas. Ella se dejaba, divertida. Hasta que llegaba Clytemnestra y —¿Qué manera de juego es éste? —preguntaba. Las chiquilladas pretendían hacer con ella también sus inocentes insolencias. Clytemnestra entonces se encendía de ira, y le brillaban furibundos fuegos en los ojos. Los muchachos le huían, corrían temerosos.

—En cuanto a acusarte —decíale Clytemnestra a Helena—, no te acusaré, pero yo misma te daré de cachetadas si te vuelvo a encontrar dejándote manosear. ¡No sé qué estómago tendrás para soportar tanta mano de mocosos sobre tu limpio cuerpo!

—Yo no le veo nada malo —respondía Helena, ni un punto abochornada—. ¡Si vieras, Clytemnestra! Se me ponen duros, duros, los pezones cuando me los tocan con sus ásperas manos los muchachos. Pero las manos de los hombres lo harán mejor, siendo más limpias.

—¡Calla, calla! —gritaba Clytemnestra.



—¡Eres rara! —exclamaba Helena— ¿Por qué ha de ser malo eso?

Pero en cuanto Clytemnestra se alejaba, a Helena volvía la muchachería, como las abejas vuelven a la flor cuando ya nadie agita el lienzo que las espanta.

Vieron Piríthoos y Theseo rodear a la niña tentadora los impúberes enamorados, y como nadie de edad viril estaba cerca, empujaron a los muchachos, abriéndose paso, y echaron mano sobre Helena, y la alzó en brazos Theseo. Piríthoos desenvolvió la espada reluciente y con ella amenazaba y ponía en fuga a quienes pretendían rescatarla. Helena sonreía y no pugnaba por escapar de su raptor, pero miraba a sus pequeños compañeros que se esforzaban por luchar en su defensa, y los alentaba llamándolos con movimientos de sus manos.

*Primer
rpto de
Helena.*

Fuera de la ciudad echaron suertes los amigos, para ver a quién correspondía el precioso botín, y la fortuna favoreció a Theseo.

La montó el ateniense en su caballo, y montó él, y la abrazó con un brazo y con el otro llevaba la rienda de cuero, blanda pero fuerte, recamada con botones de bronce. Cálida y dulce y sonriente supo Theseo a la niña, más que jamás había sentido a la poderosa Amazona y a las demasiado ardientes Ariadne, Eglé y Fedra.

—¡Te llevo raptada, Helena! —le dijo con sofocada voz.

—Sí —repuso ella—. ¿Es tuyo este caballo?

—¡Te llevo raptada para que duermas conmigo!

—No tengo sueño —respondió la niña—. ¿No sería mejor estarnos despiertos en el lecho y jugar?

—Y Helena miraba a Theseo con grandes ojos claros, azules, azules como el cielo, azules como el mar, y él la sentía como una brasa.

—Jugaremos —le prometió Theseo—. Y si te gusta este caballo, te lo doy. Es tuyo. Y yo también soy tuyo.

Pero Helena había dejado de sonreír. Un temblor le estremecía toda, y temblorosa se hizo pequeñita apretándose al cuerpo de Theseo, porque en los ojos del rey que la llevaba había visto brillar el fuego de aquel perro.

La perrita de Helena.

Cástor le había dado —¡oh, qué tiempo hacía de eso!— una perrita, y Helena la había criado con infinitos mimos y la llamaba Señorita. Cuando se bañaba, Helena obligaba a bañarse a la pequeña perra, y mientras se vestía la regañaba porque el animal se le restregaba mojándole la ropa. Cuando comía, Helena dejaba que Señorita metiera el hocico en su plato. Cuando dormía Helena era con Señorita, al pie de su cama o en su cama misma. Eran inseparables. —Tenemos una sola alma —decía ingenuamente Helena, y los mayores se divertían de oírle semejante gracia.

Historia del metagón.

Pero Póllux había criado un perro enorme, el primero de los metagontes traídos de Creta a Esparta donde produjeron bella raza, incomparables para las cacerías, veloces como el rayo para ir sobre la presa y finos para cogerla con las fauces, si es ave, y traerla al amo cazador, o, si es animal de tierra, fieros para prendérsele al cuello y sujetarlo. Y sucedió que un día caluroso, estando Helena con Señorita en el jardín de palacio, he aquí que de pronto irrumpió el metagón de Póllux y asustó a

Helena, pero Señorita dio muestras de contento y mansamente se dejó olfatear del perro grande, y lo alfateó, y se dejó lamer debajo de la cola, y ella lamió también al macho, con lo que Helena se quedó embelesada, mirando. Y cuando con esas caricias se hubieron enardecido perro y perra, entonces el metagón tomó a Señorita entre sus piernas, y se agachó, porque ella era pequeñita, y la hendió con larga verga roja, y agarrándola curiosamente con las patas iba y venía sobre ella con el lomo enarcado en rítmico mete-saca de su miembro. Señorita había puesto cara boba, pero el metagón parecía un dios de tanto brillo que fulguraba en sus ojos, y Helena no podía apartar de esos ojos la mirada, y sentía que era a ella a quien el gran perro poseía, de tal manera absorta en esa función que no advirtió cuando sus hermanos la agarraron y la llevaron dentro de palacio diciéndole que cuidado con decir algo a Týndaro o a Leda, de lo que había visto, porque si sabían que ella había mirado lo que hacían los perros seguramente que la molerían a nalgadas.

Y Cástor y Póllux se llevaron al metagón y a Señorita, Helena nunca supo adónde y muchos días se quedaba muña y cabizbaja recordando aquellos ojos, los ojos y el fuego de aquel perro, sin acordarse de nada más. Clytemnestra la reñía:

—¡Caramba, Helena! Ya es bastante echar de menos a una perra.

Y ahora Helena, en los ojos de Theseo volvió a ver el alma del metagón, y se sintió perrita en su regazo. Por eso dejó de sonreír y tembló y se apretó contra él. Así cabalgaban, con Piríthoos al lado, entendiéndose Theseo y Helena con estremecimientos de sus cuerpos.

*Helena
en
Efidne.*

EN VEZ de llegar a Atenas y levantar el luto de la ciudad y tomar con festines a Helena por esposa, temeroso de que con ello se escandalizara la casta Minerva, rigió Theseo el paso veloz de su cabalgadura hacia Efidne donde Æthra, su madre, vivía en hermoso castillo. Pero Theseo hizo un alto en la jornada, en tierra corintia cara a Neptuno, sobre el camino que atraviesa los montes de Hermione en el Treceno, y junto al ojo de agua de donde nacen las frescas corrientes del Hílico, erigió santuario a Venus Nymphia, la de los esponsales, porque allí le dijo Helena que con ningún varón se había acostado antes y le prometió acostarse gustosa con él la noche de ese día.

Llegados al alcázar de Efidne, le dijo Theseo a Æthra, venerable matrona:

—¡Alégrate, oh madre, porque las penas de tu hijo han vacado su corazón! Doncella he ganado hoy, ganancia más que cuanto jamás perdí. Llévala tú dentro y prepáranos cena con vino enardecedor y con cantos —¡oh Hymen, Hymen!—, y atavíanos el deleitoso tálamo. Pero primero enseñale qué dolor y qué goce ha de esperar en mis brazos, porque es sencilla. Lãs que llegan ignorantes al primer encuentro, a veces se horrorizan, y ya no pueden haber ni dar placer nunca jamás. Alecciónala.

Con esto recordó Æthra lo que el Océano le había hecho a ella, de niña, y dulcemente tomó a Helena de la mano y la condujo al gineceo.

*El juego
de
cóttabos.*

Y Theseo, pese a que era hombre maduro, se hizo traer ancha palangana llena de agua y en ella metió, para que flotara, una taza vacía, y entre sorbo y sorbo

del vino que Æthra le había hecho servir para reconfortarlo de la larga jornada, se puso a jugar al *cottabos* como si fuera un adolescente que por vez primera se enamora.

Pero Æthra, luego que hubo llevado a Helena a las moradas de las mujeres, y que la hubo bañado y perfumado y después de hablar con ella largamente, se volvió adonde estaba su hijo, y exhalando aire puro le habló y dijo:

—No puede, oh Theseo, la linda vaquilla que has traído soportar el yugo, aparejarse para el trabajo, ni sostener el amoroso embiste del pesado toro. El alma de tu ternerilla erra por los verdegueantes prados. No tiene más deseos sino ir, ora a sustraerse en los ríos al calor ardiente, ora a loquear con sus compañeras en medio de los húmedos sauces. ¡No cojas la uva verde! Pronto el otoño teñirá de púrpura los pálidos racimos. Pronto te buscará ella misma, porque el tiempo que huye sin piedad, le dará los años que te robe. Pronto, sin timidez la frente, provocará al amante, y será más adorable que lo fue jamás mujer alguna. Blanco es su cuerpo, sin mácula, y tendrá el brillo de la luna que se refleja en el seno del mar. Bella será como la diosa del amor. Si la pusieran en medio del coro de las Piérides, los dioses mismos dirían ¿qué nueva Musa es ésta más bella que las otras?

*Razones
de
Æthra.*

Pero como estas razones no convencían a su hijo, Æthra puso sobre las rodillas del apasionado Theseo la tabla de la cena, y, sabia que era, le aderezó con sus virtuosas manos la carne de cerdo apetitosa, y ahogó un pez triglé en vino blanco, y le dio la rebosante copa al enardecido varón.



Y con la copa enfriósele el ánimo amoroso a Theseo, porque el triglé tenía esa virtud. Y es que cuando Cronos, el más joven y el más valiente de los hijos de Urano, puso manos de violencia sobre su propio padre y lo mutiló, y arrojó los miembros viriles chorreantes de sangre al seno del anchuroso mar, tiñose la espuma de las olas con la sangre del dios vertida sobre ellas, y de allí surgió Venus sonrosada, pero las mudas tribus de los peces que habitan las aguas jamás quietas, a mordiscos menudos devoraron los miembros de Urano y adquirieron virtud para inflamar apetito amoroso, excepto sólo el pez triglé, que se apartó de aquel banquete, con asco de la carne sexual de Urano, y adquirió poder contrario. Y de los peces que no tuvieron las náuseas que el triglé, los unos se comieron los testes del castrado dios y adquirieron virtud para despertar deseo de gozar mujer, y los otros devoraron el miembro incorruptible y les fue dado avivar en varones el deseo de ser poseídos por varones. De esta última especie es el pez-perro de Rodas, y de este pescado le dio a Theseo Tlepolemo, hijo de Hércules habido en la princesa Astyoque, cuando Theseo se puso hermoso sobremanera, apenas llegado a la pubertad, y le otorgó a Tlepolemo sus favores. Pero esto había sido en la mocedad del héroe.

El pez-perro de Rodas.

Ahora celebró Æthra reverente el dormírsele a Theseo el ardor por Helena niña, y Helena, cuando volvió a ver a Theseo, se extrañó de mirarle sin fuego, sin luz, sin divinidad los ojos, y sintió como una onda fría que le inundaba el cuerpo y la dejaba triste. Piadosa que era la reina, erigió entonces aplacador altar a Venus Engañosa, la que despierta en los hombres maduros pasión por las doncellas que aún no están de edad para probar amor. Y como esta suerte de pasión también la provoca

Venus engañosa.

Neptuno, fundó santuario en honor del dios proveccto, que la había violado a ella, y fijó reglas de que debía servirlo niña violada, hasta llegar a los años de pubertad. En este recogimiento puso a Helena. Y respecto del altar a Venus, se hizo costumbre del Treceno que las doncellas le ofrendaran, en víspera de sus bodas, los virginales cinturones.

Entretanto al saber que hombres armados habían raptado a su hija: —Venus, Venus es quien ha conducido a la pequeña a la desvergüenza— decía Týndaro. Y en Boneta, que era un alcor en los alrededores de Esparta, levantó templo, el único en toda Grecia que tenía piso alto, y lo consagró a Venus dándole a la diosa el epíteto de Mœfo, que significa cautiva porque Týndaro colocó allí una estatua de la hija de la ola, tallada en madera policromada, que representaba a la sonriente deidad sedante, velada y con grilletes, castigándola así por todo lo que él supo de Helena y cómo la doncella se dejaba de quien quería poner manos libidinosas sobre sus lindas formas.

*Venus
cautiva.*

—¡A mí me lo achacan todo! —exclamó Venus— Bueno, pero Týndaro me las pagará.

Y Venus trastornó el carácter antes recatado de la pequeña Clytemnestra.

CUANDO en el palacio de áureo techo del rey de Esparta se recordaba a la raptada princesa, en hogareña charla pesarosa, “¡Feliz, feliz Helena!” chillaba Clytemnestra, y Leda se quedaba pensativa, temiendo que si no se le buscaba marido pronto, a ésta le pasaría lo que a la otra.

*Clytem-
nestra
alborota-
da.*



Clytemnestra no era como Helena. Era morena, lo que bajo soplo de Venus la hacía verse más desarrollada de lo que en verdad estaba. Finísimo vello oscuro y largo, en los sobacos, y bozo en el labio, le daban aspecto de sensual. La voz se le puso más bien ronca, y seguramente que de las esclavas egipcias del palacio de su padre había aprendido danzas de vientre y voluptuoso meneo de caderas. No había hombre, por burdo que fuese, que no la encandilara ahora, y a los huéspedes de Týndaro los ponía en penosos aprietos, sentándoseles familiarmente en las rodillas y ardiéndoles el rostro con el cálido aliento de su boca de gruesos labios.

Leda se desvelaba, preocupada por su hija. Se levantaba cien veces en la noche y se acercaba al lecho de la doncella, y la hallaba desnuda y perniabierta, y la cubría. Dormida, Clytemnestra se volvía a desnudar. Leda entonces despertaba a Týndaro y lo reñía por su tardanza en colocar decentemente a la princesa.

—Helena se dejaba —decían las comadres espartanas—, pero Clytemnestra busca la ocasión, ella misma, y no la espera sino que la provoca.

Historia de Egistho. Y aconteció que por entonces Atreo, rey de Argos, que sabía que Egistho era hijo de Thyestes, rey de Mycenas, habido incestuosamente en Pelopia Thyestida, y a quien, cuando fue expuesto por la violada princesa, pastores de cabras recogieron y criaron, lo acogió en su palacio y lo aleccionó mal y lo mandó a matar a Thyestes, y en esa aventura andaba Egistho cuando pasó por Esparta, sin darse a conocer habiendo tomado una ruta tortuosa para llegar a Mycenas y despistar al mundo. Pero cuando llegó al palacio de

Thyestes y alzó la espada sobre él, Thyestes reconoció el arma como suya, y padre e hijo se abrazaron.

—¡Atreo, mi mal hermano es quien te ha enviado!— exclamó Thyestes, y contra Atreo tramaron en Mycenas cruel venganza, y Egistho se alegró sobremanera de saberse hijo de rey, porque a su paso por Esparta había conocido a Clytemnestra y la había enamorado, y Clytemnestra le había dado ocultamente a gozar la flor de su virginidad, y Egistho había huido temeroso de ser castigado, pero ahora, porque mucho amaba a Clytemnestra, soñó con pedirla para esposa.

Pero antes de que Egistho pudiera llevar a cabo esa determinación, llegó a Esparta Agamemnon, príncipe imperioso, hijo de Atreo, en cuyas manos lucía el cetro incomparable que Vulcano había labrado en oro para Júpiter. El soberano del Olimpo se lo había dado a Mercurio, y Mercurio a Pélope, el primer rey argivo, famoso conductor de carros, y de éste lo había heredado Atreo, y de Atreo lo hubo Agamemnon. Y Agamemnon deseaba someter toda la península del Peloponeso bajo su mando único en llegando a rey. Por eso buscaba alianza con Týndaro. Pidió la mano de Clytemnestra, dolida secretamente porque Egistho la había abandonado, y celebró con ella regias bodas. Para estas fiestas llevó Mercurio a Esparta a los pupilos de Quirón —Cástor y Póllux—, hermanos de la novia.

*El cetro
de Agamemnon.*

Allí supieron los gemelos ilustres la afrenta hecha a su patria en la impúber persona de su hermana Helena, y mientras todo era alegría por la unión de Clytemnestra y Agamemnon los mancebos valerosos se dirigieron a Atenas, ellos solos, y solos tomaron la ínclita ciudad, y cogieron rehenes, y gobernaron allí

*Captura
de
Atenas.*



hasta que heraldos que habían sido enviados a Efidne, al alcázar de Æthra, volvieron con la princesa raptada.

Theseo estaba ausente.

—¡Mi madre y sus vetusteces! —había dicho Theseo— Ha de querer la señora que viudo me quede toda la vida.

—En lo de Helena ha de tener razón —dijo Piríthoos.

—Pues si no a Helena, ¿a quién hallaré digna de mí? —preguntó el héroe matador del Minotauro.

Aventura en el Hades. —Vamos al Hades temeroso —le respondió el hijo de Júpiter—, donde Plutón guarda a Proserpina, la hija de Deméter. Más bella es esa diosa que mortal ninguna lo pudiera ser. No dirás que es indigna de ti. Ni tu madre se opondrá a que la tomes por esposa, pues si para los mortales sigue siendo doncella, con Plutón se ha acostado y ya sabe qué cosa es varón.

Historia de Deméter.

DEMÉTER era deidad grandiosa, hija de Cronos habida en Thea, y hermana de Hestia, de Juno, de Aïdes, de Neptuno y de Júpiter, y, como a éstos, Cronos la había devorado, pero tuvo que devolverla cuando Metis Oceánida hizo tomar al dios filiófago poderoso vomitivo. Y antes de enviciarse de doncellas mortales, Júpiter halló una vez a Deméter tendida venturosamente en su verdeante campo de avena cultivada, y allí la gozó, bajo espléndido sol, ese verano, de modo que llegada otra vez la primavera, Deméter dio a luz a Proserpina, que era la primavera misma, alegría de la naturaleza reverdecida y florecida. Proserpina creció rápidamente,

llegando a gran belleza, y si en su juventud tenía la frescura y el olor de las flores, hecha mujer olía a fruta y era sabrosa como fruta. Por esto, en los antros de la tierra se prendó de ella Plutón, que mora en el Hades tenebroso, quien, para solaz de su pálida vida, pidió Proserpina a Júpiter, engendrador de la diosa doncella, y Júpiter, el dadivoso, se la prometió.

Pero se olvidó Júpiter de hablarle de esto a Deméter, y Plutón tampoco dijo palabra a su propuesta suegra, sino que un día, estando Proserpina recogiendo la madura cosecha en los campos Eríneos que el Cefiso baña y alimenta cerca de Eleusis, de súbito se abrió la tierra bajo sus pies, y Plutón la atrajo a sí, en brazos la llevó a sus moradas subterráneas y la gozó —¡oh Hymen, Hymen!—, ansioso como estaba de poseerla. Los gritos que Proserpina había lanzado, llena de pavor, al ser raptada, no los oyó, ni en la tierra ni en el cielo ni en el ancho mar, nadie sino Hécate, que habita en hondo suelo, y el Sol que brilla en las alturas celestiales.

*Rapto
de Proserpina.*

Clamorosa y llorosa, nueve días y sus noches anduvo la gloriosa Deméter, sumida ahora en duro luto, buscando y preguntando por su hija, y en Sicilia, por el paraje de Enna, en las laderas temblorosas del Etna resonante, halló a Hécate, y la diosa de las regiones subterráneas le contestó, y dijo:

—Será sin duda, oh Deméter, madre desolada, como quien mete los dedos en dolorosa herida, el decirte lo que, sin embargo, pues me lo preguntas, debo responderte con verdad. Yo oí a tu hija que gritaba. Resonaban las concavidades de la tierra con sus gritos y mil ecos los multiplicaban, de manera que no pude saber en qué punto había sido atacada la doncella, ni por quién.

*Dolor
de
Deméter.*



Sigue buscando, oh diosa. ¿Pero por qué no acudes al Sol, el que todo lo ve desde los altos cielos, mientras que los que vivimos en la tierra no alcanzamos a mirar sino lo que está cerca y aun para eso somos cegatones?

Atendió ese consejo Deméter adolorida, y con voz desfalleciente, porque esos nueve días con sus noches no había probado ni sueño ni bocado, imprecó al Sol y el Sol la oyó y por compasión le declaró cómo Júpiter había prometido a Proserpina, y cómo Plutón había abierto ancha grieta en la firme tierra para cobrar a la doncella. Con lo que Deméter se llenó de enojo contra Júpiter, su hermano que la había hecho madre, y se negó a habitar en el Olimpo, renunciando al Cielo, prefiriendo la piedad de los hombres en la tierra, colmando de bendiciones a quienes la amparan y le dan albergue y sustento, trabajando para ellos a fin de llenarles de dorado grano las altas trojes.

*Los hijos
de
Celeo.*

Pero primero, en lo grande de su ira, Deméter, disfrazada de pobre campesina, en la granja de Celeo, piadoso rey de Eleusis, pidió amparo, y Celeo benigno dijo que se dejase a la infeliz anciana sentarse cabe el fuego y ordenó que le sirvieran de comer, y luego llevó junto a ella sus dos hijos, Demofonte y Triptolemo, habidos en la hermosa reina Metaneira, ateniense de familia eupátrida, y habló Celeo, y dijo:

—Venerable señora, quien quiera que tú seas, pese a tus vestes harapientas, y al dolor que demuda tu rostro, no me pareces, no, mortal común, sino que no sé qué tienes de divino en tu esencia, o serán tus muchos años los que te infunden santidad. Sea ello como fuere, bendíceme a mis hijos, y si aquí te place vivir, descansa y vive aquí.

Entonces Deméter bendijo a los hijos de Celeo y esa noche quiso dar la inmortalidad a Demofonte y para destruirle la porción mortal, lo metió entre las llamas de un gran fuego. Pero Metaneira, que ignoraba que Deméter fuese poderosa deidad, y que menos sabía la razón de aquello, dio de gritos y echó arena sobre el fuego, y con esta alharaca todo lo estropeó y Demofonte pereció quemado. Declarose la diosa por quien era y consoló a Metaneira y colmó de beneficios al otro hijo, Triptolemo, y a Celeo lo hizo el primer sacerdote de los sagrados ritos y misterios que estableció en Eleusis.

Fundación de los misterios eleusinos.

Y como hasta entonces, en su duelo, se había negado a fructificar la tierra, el hambre se produjo y los hombres iban a perecer, por lo que Júpiter, apiadado de los mortales que en tan gran trance estaban sin haber culpa de nada, rogó a todos los dioses del Olimpo bajar a Eleusis en rogación ante Deméter y así aplacó la ira de la diosa. Habiendo todos los dioses convencido a Plutón que dejara a Proserpina visitar a su madre en Eleusis, Plutón accedió a la razonable súplica, pero, porque mucho amaba a Proserpina y no la quería perder, le dio que comiera una granada, y esta fruta era de virtud que llegado cierto tiempo Proserpina de su propia voluntad volvió a su lado, y medio año la linda diosa esplende sobre la tierra, decoro de su madre, y medio año alegría a Plutón en las moradas tenebrosas del Hades.

La grandeza de Proserpina.

Al retorno de Proserpina les es dado a las matronas en Eleusis contarse unas a otras historietas obscenas, en alta voz, en recuerdo de que de la tierra son, fango sin pretensión de elevación mayor, pero luego que la diosa se ha entronizado en su templo las matronas recobran su decoro habitual, y ahora en procesión visitan

Misterio de Eleusis.

a la diosa rediviva y veneran a su augusta madre. A los hombres también les toca parte en la celebración de los misterios, y Proserpina les enseña el secreto de su sexo. Mientras lo contemplan, sus ojos se abren a la visión de que toda flor y todo fruto, y toda espiga, si se parten en dos, son como el sexo de la diosa, y este saber los santifica. Mientras duran las celebraciones no pecan al entregarse al desenfreno orgiástico.

Rescate de Helena. Andaba Theseo en la aventura de raptar a la diosa que primaveralmente renace todos los años y alegra a su madre, y que cuando tiene que volver a las lóbregas moradas del Infierno llena a la tierra de dolor, cuando los hermanos de Helena tomaron su ciudad. Æthra misma volvió a Atenas entonces y se humilló delante de Cástor y de Póllux y les entregó la doncella, asegurándoles estar inviolada, y cuando se convencieron de ello los gemelos radiantes, convocaron a los atenienses y dijeron:

La Misericordia. —No vinimos a traeros la guerra destructora de hombres sino sólo a recobrar la vaquilla de nuestra manada y que vuestro ambicioso rey nos codiciaba. Salva la hemos hallado y no sería bien visto que, puesto que a ésta ningún daño se le ha hecho, hiciéramos nosotros daño alguno a la ciudad de la preclara diosa. Además, en medio a vuestro mercado habéis elevado altar a la Misericordia, divinidad entre todas la más útil en la vida de los mortales y en las vicisitudes de su fortuna, pero que vosotros los atenienses sois los únicos entre los helenos que honráis, siendo conspicuos por vuestra humanidad y vuestra devoción religiosa. Justo es que quienes sobresalen en piedad tengan correspondiente premio de buena suerte. No haya, pues, entre vosotros y nosotros

rencor ni malquerencia. Ni tome a mal Theseo, cuando regrese, que le rehusemos la princesa. Si esposa quiere, búsquela de edad que acuerde con sus prudentes años, pero para ésta seguramente que el mejor será un joven que pueda satisfacer su juventud.

Quedaron admirados y agradecidos los atenienses, colmaron de honores a los príncipes, y a Esparta, al palacio de Týndaro, enviaron los luminosos gemelos heraldos de hermosas voces, caballeros en veloces corceles, para llevar las excelentes nuevas.

Los lacedemonios en Esparta no tenían ciudadela que se alzara a altura prominente como la Acrópolis de Atenas, o como la Acrocorinto, o como la Cadmea en Tebas beocia, o como el Larisa en Argos. Había, sin embargo, colinas en la ciudad, y a la más elevada la llamaban ciudadela. Aquí empezó a edificar Týndaro un santuario a Minerva, en conmemoración del retorno de Helena raptada por Theseo, y a la diosa le elevó hermosa plegaria de acción de gracia llamándola protectora de ciudades y Señora de la Broncínea Casa, pues pensaba cubrir el santuario con láminas de bronce, empleando para ello el botín que trajesen de Atenas y de Efidne los gemelos. Pero botín ninguno habían querido Cástor y Póllux porque creían que si tomaban algo, ello redundaría en demérito de su preclara hermana.

—Helena —declararon— es botín suficiente, botín incomparable, riqueza más que la de príncipe o de ciudad alguna.

JUNTÁRONSE los jefes de familia de Atenas, libre ya la ciudad del gobierno de Cástor y Póllux, y

*Primera
constitu-
ción de
Atenas.*

convocaron a los señores de los demás poblados del Ática y dieron a su organización la constitución que después aprobó Theseo bajo el nombre de *sympoliteia*, encaminándose hacia el sistema democrático de un Estado, pero siempre bajo la dirección de los eupátridas o nobles. Los que alegaban descender de dioses o de héroes, y los que de diversas maneras desde los tiempos de Anfictyón venían acaparando en poder de sus familias las mejores tierras y edificando las mejores casas, establecieron un rey, pero si le dieron puesto preeminente en las festividades populares y le reconocieron, como representante de Júpiter, el derecho de presidir los sacrificios a los dioses, a su vera sentaron a dos funcionarios más, electos entre su propio número, y en manos de uno de ellos, a quien designaron *arconte*, colocaron el gobierno civil, y en manos del otro, denominado *polemarca*, pusieron el ejército, y estatuyeron que estos funcionarios pudiesen ser sustituidos por otros en elecciones libres, cuando el pueblo por mayoría lo quisiera, y que también fuera el pueblo quien determinara si los gobernantes debían seguir mandando por término indefinido. Los cargos de gobierno no podían declinarse ni eran susceptibles de renuncia o abdicación. Bajo el arconte nominaron a nueve *thesmothetas* encargados de dirimir las contiendas entre los ciudadanos y de administrar la justicia, y siempre recordaron que este adelanto en la forma de gobierno había sido cuando el rapto de Helena por Theseo.

*Soberanía
popular.*

*Preten-
dientes
de
Helena.*

Con todo esto la fama de incomparablemente hermosa de la hija del Cisne habida en Leda, mujer de Týndaro rey de Esparta, se esparció por los ámbitos de Grecia, y a la lacedemonia tierra concurrieron los

príncipes más ilustres de la Hélade en son de aspirantes de su mano.

Así llegaron a Esparta, en este orden: Ulises, igual a Júpiter en prudencia, varón abundoso en palabras, que reinaba en Ítaca, la isla rica en ganado y famosa por el Nérito, río de frondosas márgenes, Elefenor, magnánimo hijo de Calcodonte, vástago de Marte, rey de los belicosos abantes de Eubea que se dejaban crecer la cabellera en la parte posterior de la cabeza y se armaban de fuertes lanzas de fresno. Esquedio, hijo de Ifito naubolida, rey de los pobladores del Cipariso, de Pytho pedregoso, de Crisa divina, de Dáulide y Panopeo, y señor de la ciudad de Lílea que se alzaba en las fuentes del Céfiro. Áyax, hijo de Óileo el argonauta, ligero en la carrera, bajo de cuerpo, superior a todos los príncipes de su época en el manejo de la lanza, rey de Cino, de Opunte, de Caliaro, de Besa, de Escarfa, de Augías amena, de Targa, y de Tronio situada a orillas del Boagrio. Ascálafo y Yálmeneo, hijos de Marte habidos en Astýoque que les había dado a luz un mismo día en el palacio de Áctor Azida. Astýoque, virgen ruborosa, había subido al piso superior del palacio, donde las mujeres tenían sus moradas, y allí el terrible dios que se complace con la violenta mortandad de muchos hombres se unió con ella secretamente, en Orcómenos de Minia donde reinaron sus hijos. Menestheo, hijo de Píttheo y llamado príncipe en Atenas, porque era hermano de Æthra, electo para guiar los ejércitos por los sabios varones a quienes Minerva protegía, pues nadie como él en la Hélade, sino sólo Néstor, caballero gerenio, amigo de Piríthoos y de Theseo, sabía poner en orden de batalla así a los que combatían en carros con espada como a los peones armados de lanzas y de

*Ulises.
Elefenor.*

Esquedio.

Áyax.

*Ascálafo
y
Yálmeneo.*

*Historia
de
Astýoque.*

Menestheo.

- Diomedes.* escudos. Diomedes, valiente en la pelea, caudillo de muchos pueblos, de Tyrina amurallada, de Hermione situada en profundo golfo y de Epidauro rica en vides.
- Esthénelo.* Esthénelo, hijo del famoso Capaneo, igual a un dios.
- Menelao.* Menelao el rubio, hermano de Agamemnon rey, que residía en la honda y cavernosa Lacedemonia como príncipe de muchos pueblos. Antíloco, hijo de Néstor rey de Trías, vado del sagrado Alfeo, y de Arena deliciosa.
- Antíloco.* Antíloco, hijo de Néstor rey de Trías, vado del sagrado Alfeo, y de Arena deliciosa.
- Agapenor.* Agapenor, rey de la Arcadia, hijo de Ankeo, señor de Mantinea, la preciosa ciudad, y de Enispie, azotada por los vientos, y de toda la tierra al pie del monte Cylene.
- Anfiloco.* Anfiloco hijo de Cleato, rey de los que habitaban la divina Élide. Nires, barbilindo y tímido, hijo del rey Fá-
- Nires.* Nires, barbilindo y tímido, hijo del rey Fá-
- Polypetes.* ropro de Sima, habido en una de las Gracias. Polypetes intrépido, hijo de Piríthoos, y nieto de Júpiter inmortal. Podalirio, excelente médico, hijo de Esculapio, que
- Podalirio.* reinaba en Ítoma de quebrado suelo. Filoctetes, hábil
- Filoctetes.* arquero, rey de Melibea y de Olizón fragosa. Aquiles
- Aquiles.* divinal, el de ligeros pies, rey de Phtía y de la Hélade primitiva, región famosa por la lindura de sus mujeres: Peleo lo había engendrado en Thetys, madre fecunda de
- Patroclo.* las Oceánidas, diosa de blancos pies. Patroclo, hijo de Menecio, que amaba y era amado de Aquiles en amistad irreprochable. Leonteo, hijo del animoso Corono,
- Leonteo.* vástago de Marte, rey de la blanca ciudad de Oloösón.
- Eurypilo.* Eurypilo, hijo del preclaro Evemón. Protesilao hijo de Ificlo rey de la Tesalia. Áyax y Téucro, hijos de Telamón, príncipes potentes, iguales a dioses, señores de
- Protesilao.* Salamina: a Téucro lo había tenido Telamón en Hesione,
- Los Telamónidas.* hija de Laomedonte rey de Troya cuando Hércules devastó la torreada ciudad y mató al rey y a los hijos del
- Historia de Príamo.* rey, excepto al príncipe Podarces y a la princesa y no quiso a la princesa para sí sino que la dio en matrimonio

a Telamón, en premio de la ayuda recibida: la princesa, con dulces ruegos a Júpiter el día de sus bodas, obtuvo de Hércules derecho a devolverle la libertad a uno de los prisioneros troyanos, y ella escogió a Podarces, su hermano, quien entonces asumió el nombre de Príamo, que significa “el redimido”, y continuó en Ilión la raza de Dárdano. Pero Hesione había sido la tercera esposa de Telamón. La primera fue la hija de Cychrea, rey de Salamina, con quien casó cuando huyó de Egina donde Eaco lo había engendrado, y a la muerte de Cychrea heredó el reino y casó con Peribea, hija de Alcáthoos, rey de Megara, y en ella hubo a Áyax antes de acompañar a Hércules a Troya, y Hércules había cargado al pequeño príncipe en sus brazos y había invocado sobre él el favor de Júpiter. Además de estos brillantes hermanos cortejaban a Helena Meges hijo de Fileo, Talpio hijo de Eurito, Polyxeno hijo de Agásthenes, Anfíloco hijo de Anfiarao, Eumelo hijo de Admeto de Ferea, que guiaba yeguas divinas y a quien Alcestes había dado a luz, mortal hermosa como una diosa, la más bella de las hijas de Pelias, el que le robó el cetro a Jasón: era Alcestes la más virtuosa de las esposas, y murió por su marido, bajando en vez de él a las sombrías moradas subterráneas cuando ni la madre ni el padre del ferente quisieron sacrificarse por el fruto de sus largos abrazos. Y además de estos príncipes llegaron a Esparta, por Helena, Thoas, Idomeneo cretense hijo de Deucalión el hijo de Mino, Merión, y, en fin, cuanto vástago de los dioses divinos y de los héroes había en soltería.

Meges y Talpio.

Polyxeno, Anfíloco y Eumelo.

Historia de Alcestes.

Thoas, Idomeneo y Merión

Cada pretendiente iba acompañado de espléndido séquito, y dando de comer a tanto príncipe hartón empobrecíase Týndaro al grado de no poder dejar concluido el santuario de Minerva que había comenzado a edificar



en el alcor más elevado de Esparta. Ni hallaba manera de escoger esposo para Helena en esa multitud.

Aquiles.

A diario, en el banquete, mostrábase la princesa y la miraban los ilustres jóvenes coronados, y cada quien urgía, en las pausas de los cánticos, la demanda de su mano, enardecidos por la ambición de poseer doncella tan codiciada, pero entre todos quien la amaba con el amor que pone mudos los labios era Aquiles. El hijo de Thetys la amaba por toda ella, mientras que los demás se habían prendado los unos de sus ojos, los otros del brillo que daba su cabellera suelta, o de sus brazos, o de las rosas de su fresca mejilla, o de sus incomparables pechos fáciles de adivinar debajo del fino peplo que vestía, o la deseaban sólo porque la celebraban los cantores al son del barbitos y en cantos acompañados por la dulce flauta lídica.

Aflición de Týndaro.

Temía Týndaro que si mostraba preferencia por cualquiera de los rivales, a cambio de sólo un nuevo yerno tendría tremenda hueste de enemigos resentidos y vengativos. Y así pasaban los días. Aumentaba la belleza de Helena de brillante cabellera, y crecía la ambición de sus muchos pretendientes. Týndaro se afligía, abatido en su ánimo el soberbio orgullo que antes tuvo de ser entre los hombres padre de los hijos de un dios.

Ulises.

Sólo Ulises el itacense comprendió, en la abundancia de su prudencia semejante a la del padre de los dioses, que para él no había esperanza efectiva, pues razonaba que a pesar de ser capaz de edificar su propia casa y hacerse un lecho propio, ni Týndaro lo escogería, porque había príncipes más poderosos y más ricos con quien sin duda procuraría aliarse, ni Helena, que a todos miraba con igual coquetería, iba a darle preferencia a él,



que era bajo de cuerpo y ancho de espaldas y de ojos sin pestañas, sobre tantos jóvenes de galana estatura y bellos miembros, entre quienes sobresalía, porque era alto como una torre, Aquiles.

Mas no se retiró el hijo de Laërtes habido en Anticlea hija de Autólico, Ulises, que había heredado la sagacidad minuciosa de su abuelo, el más mañoso ratero que registra la historia, sino que puso amorosa mirada en Penélope, hija de Icario y de Polycasta, doblemente sobrina de Týndaro y de Leda, cuya hermosura se escondía en gran recato, princesa hábil bordadora. Acercándose a Týndaro habló Ulises diciéndole convincentes razones, para que le apoyase en el ánimo de Icario. Así obtuvo la mano de la nieta de Thespio. Y Týndaro halló, por consejo del Laertiada sagaz, la solución a su difícil problema.

Autólico.

Penélope.

—Junta —le dijo Ulises— a todos los pretendientes, y razona con ellos, y convéncelos de que presten juramento firmísimo de acatar la selección de marido que Helena misma haga, y de aprestarse, armados todos y con la mayor fuerza que les sea dable congregar, para castigar, sea quien fuere, a quien en cualquier tiempo intente contra la persona de Helena o contra el honor del esposo que haya escogido ella libremente.

Consejo de Ulises.

En la vasta sala de artesanado de oro, de marmóreo piso resbaloso, y de hermosos trípodes de bronce, se reunieron los brillantes príncipes al llamado de Týndaro. En el fogón se asaban grandes cuerpos de caballos, y su sabrosa carne fue devorada en el banquete. Luego las doncellas sirvieron las copas relucientes, y vertieron el vino sagrado de Baco, y dulce impulso impelente surgió de las copas y atemperó con calidez los



*Virtud
del
vino.*

corazones. La esperanza del amor correspondido subió a los cerebros, con los dones del dios hijo de Sémele, elevando los pensamientos a la mayor altura. Porque el vino pronto abate las guarniciones de las ciudades y hace que cada quien se crea rey y más que rey. Su casa brilla de oro y de marfil, barcos cargados de trigo le traen sobre el relumbroso mar riqueza egipcia. Así sobresalta con fantasía el corazón del bebedor. Y los príncipes, pensando cada quien ser el favorecido, juraron todos, en voz alta, atronando el palacio de Týndaro, poniendo por testigo a los dioses.

Ifigenia.

CLYTEMNESTRA, tiempo atrás, había logrado que Agamemnon la creyera doncella, porque esto es más fácil de lo que los hombres se imaginan y hay mil tretas, que las mujeres saben, para lograrlo, y le había dado una hija, en Argos cuyos campos regaba el Inaco sagrado, y la criatura tenía loca de contento a la mamá que sabía que era de Egistho. Pero al rey que la creía suya le hubiera agradado más que hubiera sido varón.

—No soy estéril —le decía Clytemnestra a su marido—, ni estamos tú y yo tan desganados el uno del otro que nos sea repugnante el abrazo fecundo que Juno, protectora del lecho nupcial, bendice. Tiempo habrá para que te dé hijos varones. Ahora alégrate, porque es sobremanera hermosa tu hija.

*Zozobra
de los
tronos.*

—Vosotras las mujeres —le respondió el ilustre marido— todo lo arregláis a base de sólo sentimiento. Con rey casaste, oh Clytemnestra, y no me quejo de ti en lo mínimo, porque en majestad de porte y en conciencia de tu estirpe eres semejante a Juno, la que

comparte el áureo trono de Júpiter. Por eso mismo conviene que medites alguna vez en las razones por las que el Destino quiso que de todos los mortales fuese yo quien blandiera el cetro del padre de los dioses: y qué, ¿te gustaría abandonar el palacio donde están nuestras moradas, y no recibir más el tributo de los ciudadanos ni ser el constante desvelo de las divinidades protectoras? A buen seguro que caer en posición inferior a la que ocupas te amargaría la vida. Sabe, pues, que los cetros y las coronas y los ínclitos tronos, por más que estén sobre la tierra firme, zozobran a toda hora como si tuviesen por asiento la desasosegada mar. Atenas es prueba de ello, la ciudad que fundó la diosa misma. Allí, después que tus brillantes hermanos recobraron a Helena, se ligaron los eupátridas bajo la dirección de Menestheo, y se dieron constitución disolvente de los privilegios reales. Cuando regresó Theseo de su sacrílega aventura subterránea, en la que pereció Piríthoos, lo obligaron a ratificar los graves cambios realizados, y luego lo desterraron a Esquiro donde traídoramente el rey Lycomedes le dio muerte cruel. Demofonte, hijo de Theseo, se esfuerza en vano por recobrar las prerrogativas que los dioses acordaron a los reyes de Atenas. ¡Afortunado andaré si le conceden la sombra siquiera de la majestad real!

*Muertes
de
Piríthoos
y de
Theseo.*

—Terribles cosas me cuentas —dijo alarmada Clytemnestra.

—El contarlas cuando a otros atañen no es lo doloroso que sería experimentarlas nosotros mismos —repuso Agamemnón—. Para salvar el cetro que ostento precisa que refuerce mi trono. Necesito poderosos aliados, pero que no lo sean tanto que pueda temer de ellos. Antes al contrario, mi poderío debe ser tal que

*Ambición
de Aga-
memnón.*

me reconozcan todos por príncipe entre los príncipes, y gran alegría hubiere tenido yo de un hijo. Sea esto, empero, como Juno soberana lo ha querido. Pero vamos a Esparta, a la casa de Týndaro, tu padre, donde se ha reunido la flor de los que rigen las numerosas ciudades de la Hélade, porque a nosotros nos importa, más que a nadie, estrechar, con el esposo de Helena, los lazos naturales que unen a los reyes en fuerte parentesco. Quien con ella se case heredará el trono de Týndaro, porque sus hermanos se niegan a ser reyes, prefiriendo la vida de aventuras. ¡Ni se tiene noticia de ellos! Sabe que por consejo de Ulises itacense, a tu hermana le corresponde elegir ella misma su marido.

En la casa de Týndaro derramó alegría la pequeña Ifigenia, linda primogénita de Clytemnestra. Los pretendientes la mimaban. Ulises le hacía barquitas de papel que echaba a flotar en la suave corriente del Eurotas, donde Leda, la abuela, había sido poseída por el más grande de los dioses. Los Áyaces se ponían en cuatro patas y ella los montaba y les decía “Mis caballos”.

Aquiles
e
Ifigenia. Todos se encantaban de jugar con ella. Pero Aquiles la tomaba en brazos, y la alzaba, y la llamaba hermosa, y le decía: “¿Te quieres casar conmigo?”. Clytemnestra comprendía que el hijo de Thetys, tímido ante Helena, a la pequeñuela le daba razones que eran para la hija del Cisne. Y cuando Ifigenia respondía que sí se casaba con él, Aquiles suspiraba profundamente y le besaba las mejillas y la apretaba en sus brazos.

Clytemnestra se encariñó con el joven rey de Phtía.

Plan de
Agamem-
nón.

—¿No te parece —le dijo a Agamemnon— que Aquiles es quien le conviene a Helena? De todos los

pretendientes ilustres, él es sin duda el más bello, hijo de diosa como es. Helena necesita hombre que la llene. ¡Tan importante que es eso!

—Te olvidas de lo que ya hemos discutido y resuelto —le respondió Agamemnon Atrida—. Usa ahora de todo el cariño que Helena te consagra, por hermana suya que eres, e influye en ella para que escoja a Menelao. Porque si prefiere a Aquiles, dejándose seducir por la belleza del mancebo, que no niego, o admirada de su valentía, que todos celebran, verás cómo ella misma influirá en él de manera que quiera sobresalir entre los reyes griegos y echarme sombra a mí. Mientras que Menelao será todo lo contrario. Querrá sentir el apoyo de mi poderío y será, en cierto modo, más que aliado, mi vasallo. Trabaja por Menelao.

Así aleccionada, Clytemnestra apretó en su regazo a Helena y habló y le dijo:

—Aunque nacimos juntas, no sé por qué me siento yo la mayor de las dos, dulce Helena. Siempre me he sentido así. Desde que de mozuela te cuidaba cuando ibas alborotera por las calles. Pero ahora que soy madre, y de hija, y que la pequeña Ifigenia se te parece tanto, porque es igual a ti de rubia y tiene tu sonrisa y tu dulzura de ojos, madre tuya me siento, y te quiero más que nunca. No podría decir que a Ifigenia la quiero más.

Helena agradecía el cálido cariño de la hermana y se dejaba acariciar y lisonjear.

—Si me quieres, pues —continuaba Clytemnestra—, dime ahora a quién de los pretendientes prefieres.

—¿Yo? —respondió Helena sonriendo—, yo a ninguno. Me gustan todos por igual. Soy la misma, oh Clytemnestra, que cuando jugaba con los muchachos y me reñas tú. A ninguno prefería. La travesura era lo que me gustaba. Y ahora me gustaría que toda mi vida fuese como es. No ando con prisa.

La elección de marido para Helena. —Pero ello no podrá ser, Helena. Los pretendientes arruinan a nuestro padre. Los años vuelan. Ya Ulises se cansó y ha pretendido a nuestra prima.

—Ulises no me gusta. Odioso es, como lo dice su nombre de Odiador. Todo lo quiere hacer en serio, y para todo anda en conferencias y conspiraciones. Y qué ojos fríos, sin brillantez, son los que tiene. ¡Que se case en buena hora! Sería el último a quien yo escogiera.

—Confesarás sin embargo que nadie habla más bonito que él.

—Allá las que quieran esposo que les cuenten cuentos. Yo quisiera otra cosa.

—¿Cómo qué?

—No sé cómo expresarlo. Quiero expansión, alegría, libertad. ¡Yo quiero fuego!

—Te comprendo, te comprendo, hermanita. Cuídate, pues, de escoger marido demasiado apasionado, porque te celará y te hará la vida insufrible. Ni marido guerrador prefieras, porque andará de continuo exponiendo la vida y llenándotela a ti de inquietudes constantes. Quedan descartados Aquiles y los Áyaces y casi todos.

—¿Qué tú crees que Aquiles me ama apasionadamente? —preguntó Helena.

Se alarmó Clytemnestra.

—Tanto como decir que te ame tan siquiera, no. Pero si te amase te amaría con pasión de dragón, te cercaría de monstruos veladores, te aislaría del mundo, mataría tu sonrisa a fuerza de preguntar y de espirar por qué sonríes.

—Pero es el más hermoso, ¿verdad?

—Si de hermosura se trata, otros príncipes habrá en el mundo que lo superen en eso. Dicen que en Troya los hijos de Príamo son iguales a los inmortales dioses, y las diosas mismas los toman para amantes. Pero de lo que nos ocupamos ahora es de marido para ti, y la belleza física en este caso es cosa secundaria. Yo le tenía miedo a Agamemnon cuando me casé con él, ¿sabes? Y cuando lo vi desnudo la primera vez, oh dioses, casi echo a correr. El susto me paralizó las piernas, y no corrí. Creí no poderlo amar nunca, pero lo amo. Siempre se ama al que por primera vez nos hace sentir la dulzura del abrazo de amor. Por belleza, pues, no te preocupes, eso les importa a los varones en las esposas que escogen.

—Entonces, ¿a quién escoger? ¿No podría pretenderme un troyano? —preguntó Helena, y le miró los ojos a Clytemnestra.

—Mira —le dijo ésta—, sé prudente. ¿Te has fijado en Menelao? En estatura le ganará Aquiles, pero en nada más. Y Menelao es de índole suave, te lo digo yo que conozco muy bien a mi cuñado. Se podrá amoldar a tu carácter, no te mantendrá encerrada como haría cualquiera de esos otros que no sé por qué no se llaman bárbaros en vez de helenos. *Menelao.*



—Menelao es simpático —dijo Helena. ¿Lo escojo?

—¡Por supuesto, mujer! Y harás sabia elección. Hoy mismo declaras tu voluntad, y yo me encargaré de hacer una fiesta alegrísima como nunca te la has imaginado.

Helena brincó de alegría.

*Casa-
miento de
Ulises.*

Pero primero fueron las bodas de Ulises y Penélope. Al ser pedida la doncella, su padre, Icario, rey de Amyclæ, propuso carrera a pie entre quienes la pretendían, y fácilmente venció Ulises. Sobre ese camino en que triunfó por la destreza de sus piernas, el itacense erigió un santuario a Minerva, llamándola Señora del Camino, reconociendo que había sido inspiración de ella pretender a Penélope.

*Modestia
de
Penélope.*

A treinta estadios de la ciudad de Esparta mucho tiempo vieron los viajeros alzarse bella imagen consagrada a la Modestia. Pausanias la describe. Allí los piadosos se detenían un momento y regaban ora miel, ora flores, y recordaban que Icario había dedicado el monumento. Porque cuando Icario dio Penélope a Ulises en matrimonio, intentó que el itacense sagaz se estableciera en la Lacedemonia, pero no aceptó Ulises la oferta, y entonces Icario se dirigió a Penélope, y le rogó quedarse porque no resistía separarse de ella, que era hija única. Y todavía, cuando ella iba de viaje a Ítaca, Icario la siguió, aturdiéndola con ruegos. Ulises lo soportó un rato, pero finalmente ordenó a Penélope o que le acompañara de grado, o si prefería a su padre, regresase a la Lacedemonia. Nada replicó Penélope sino que se cubrió el rostro con un velo. Icario entonces comprendió

que ella quería irse con Ulises, y la dejó en paz, y dedicó ese santuario a la Modestia, porque Penélope había llegado a este paraje cuando se cubrió el rostro para no descubrir cuánto amaba a su marido.

Ahora Helena iba a anunciar su decisión. Otra vez se congregaron los príncipes al llamado del thaliarco, y otra vez escanciaron las doncellas el vino embriagador en las tazas hermosas, y con eso los esclavos vertieron, de ánforas policromadas, agua lustral en las manos de todos, con polvos de jabón mezclados con el olor de la raíz del lirio, derramando cuanta agua suavemente tibia quería cada quien. Toallas también dieron, paños limpios tejidos flojamente de sediento lino, y repartieron ungüentos olorosos a ambrosía, y floridas coronas de violetas.

Después, mancebos y doncellas de Esparta se movieron, dentro del ancho círculo que formaban los príncipes, y con paso rítmico como la rueda que el alfarero agita, bailaron en dos filas, la una enfrente de la otra, alternando una danza en redondo y otra en ristre. En el centro de este coro se sentó el cantor con la forminge y le acompañaban juglares que seguían con sus contorsiones la cadencia del canto.

Y culminó el festín con la declaración, por Helena en persona, de que escogía al blondo Menelao.

*Helena
escoge
esposo.*

En el bullicio que siguió a este anuncio, corriendo todos a dar los parabienes al hermano de Agamemnon, nadie advirtió que Aquiles se había puesto pálido con palidez mortal y que tambaleante se alejaba del palacio seguido de sus negros myrmidones.



LAS FIESTAS que acompañan a los esponsales adormecen el pesar de los que no fueron favorecidos al escogerse esposo para la bella pretendida. Después del festival en que Helena anunció su decisión, no se daban descanso en la casa de Týndaro ni las escanciadoras de vino ni las que bailaban en coro ni las que acompañaban ora la danza, ora el canto, ora danza y canto juntos.

Bodas de Helena. En Esparta, donde convino Menelao en suceder al trono de Týndaro si los hermanos de Helena no volvían, por fin estuvo preparado el palacio que ocuparían los recién casados, y llegada la tarde de las bodas, las matronas de edad sacaron del gineceo del palacio real a la doncella Helena. Grupo de mancebos recibió a la novia y la montó en carro de cuatro hermosas ruedas, tirado por jóvenes adornados en guisa de caballos con lustrosas crines, para llevarla y entregarla al marido. Oyose al mismo tiempo el alegre himenal —¡oh Hymen, Hymen!— mientras que a lo lejos las antorchas llevadas por adolescentes de uno y otro sexo lanzaban destellos que se avivaban con el anochecer.

Las doncellas que iniciaron el canto marchan delante. Van radiantes de hermosura y de gracia, y tendido sobre sus lindos brazos llevan el velo nupcial tejido por hábiles tejedoras de la industriosa Cos, maestras de Helena que era fina en ese arte.

Historia de Hymen. Unos y otras, los mancebos que guían el carro y las vírgenes cantoras, van seguidos por bulliciosos coros. El que forman los adolescentes canta y danza, al jocundo son de la flauta de Pan, diciendo con voz dulce cómo Hymen argivo, hijo de Apolo engendrado en Calíope, la Musa, siguió a la doncella ateniense a Eleusis,



y los demás coros, formados por doncellas que ejecutan al son de la cítara, cara a Apolo, encantadora danza, cuentan que los piratas raptaron a la amada de Hymen y cómo el valeroso doncel, lampiño como su padre y con ojos que heredó de su madre, hija de Júpiter, la rescató y es guardián de las esposas bien amadas.

Recibió Menelao a Helena, a la puerta de su casa, y de la mano la llevó al tálamo fragante, y allí la desnudó, mientras afuera continuaban las danzas y los cantos y crepitaban las antorchas olorosas, dando una luz de oro. Y Menelao cubrió a Helena desnuda con un fino velo transparente, y Helena no respondía palabra a las frases ardientes que el esposo le dirigía. Ante la total belleza de Helena, que el velo hacía resaltar, quedó Menelao deslumbrado.

—¿No serás tú Venus misma? —le decía— Belleza así consumiría a un mortal, porque lo bello es fuego, y por eso la pasión que lo bello provoca se representa fulgurante en forma de brasa o en forma de llama o en forma de relámpago. Divina eres, y me lo achacarán a orgullo los dioses inmortales si antes de juntarme contigo no les ofrezco debido sacrificio. Y a los keres también les temo, Helena, porque debimos haber esperado a celebrar la Anthesteria en honor de los muertos, agasajándolos decentemente y despidiéndolos luego con toda cortesía para que nos dejen en paz.

*Canción
nupcial
de
Menelao.*

—Aquiles no se hubiera andado con tantas razones —se dijo Helena en sus adentros—. En cambio, Ulises hubiera hecho un discurso más largo. ¡Me gustaría saber cómo le fue a Penélope! A lo mejor todavía le está hablando su marido, sin tocarla, dándole lecciones sobre las costumbres itacenses.

Vulcano y Helena. Mientras Menelao derramaba libaciones en el ara y sacrificaba palomas a Venus, Vulcano, que estaba solo, despertó en el Olimpo, hasta donde llegaron el armonioso rumor de los cánticos nupciales y el dulce olor de los sacrificios de Menelao. Curioso como era, se cubrió de oscuridad el dios orfebre y bajó a ver a Helena. La doncella, recostada de espaldas en el lecho, había alzado un brazo con que se tapaba los ojos. A Vulcano, poseído de su oficio, le llamaron poderosamente la atención los pechos incomparablemente bellos de la hija de Leda, y tomó la cera con que hacen sus panales las abejas silvestres, y la entibió con el calor de fragante hachón, y con esmero, para no perturbar a la virgen acabada de desposar, le alzó el velo y untó de esa cera una y otra teta que eran iguales, y sacó moldes perfectos que usó para vaciar en oro reluciente las copas de los dioses olímpicos. Mientras Vulcano laboraba, los pensamientos de Helena, se le iban a sus mocedades en Esparta y el cosquilleo que le hacía el dios le parecía, más que sentirlo, tenerlo en la memoria, de cuando los muchachos espartanos la acorralaban para palparle el cuerpo, y de cuando la llevaba Theseo en su caballo sin darse descanso de la mano con que la abrazaba. Y Menelao oraba, pero no lo oyó Venus.

Historia de Adonis.

Andaba la dulce diosa rubia perdida en milenarios bosques índicos, infestos de jabalíes salvajes, viendo de conquistar a Adonis, el precioso mancebo cazador, hijo de Cinyras rey de los chipriotas, habido en Medarme, la Ninfa cara a Venus. Adonis no soportaba las caricias de la diosa, como no había soportado las de Baco que se lo había llevado al Asia porque, rival de Venus, también lo codiciaba carnalmente, tan lindo era el mancebo.

—¿Quién dijo —decíase Venus inmortal—, quién dijo que nosotras las diosas jamás envejecemos? Ajada debo de estar, marchito el delicado primor de mi juventud, puesto que este mocoso que me arrebató el alma prefiere ir tras las fieras antes que deleitarse en mi regazo.

Y luego en voz alta reñía al rogado galán:

—¿Será de hiena mi sonrisa? Mis manos, ¿serán garras de Harpía? ¿Crecerán espinas en el jardín delicioso de mi pecho, que así me huyes? —Y le agarraba del brazo y forcejeaba con él por abrazarlo.

Adonis sólo contestaba:

—¡Suelta! ¿quieres? Que me sueltes, digo. Mira que te vas a hacer daño con la punta de mi dardo.

Un beso le pidió la chipriota por soltarlo y dejarlo ir de cacería, y se lo dio desganadamente Adonis, y huyó de ella en pos del jabalí feroz. Pero ya que se acercaba para atacar al animal, Adonis resbaló en la verdosa lama que cubría el lecho húmedo de barro, y cayó, y la fiera alimaña lo embistió de lado, agachando el hocico guarnecido de largos colmillos curvos y filosos y se los hundió entre el estómago y el pecho, arriba del hoyuelo del ombligo, y le hurgó las entrañas, ensañándose. Falleciente lo halló Venus, que había ido detrás de él, y como no le era dado, ni a los otros dioses, aspirar aliento de moribundo ni mirar rostro en estertor de última agonía, con el velo de gracia que la cubría a ella lo cubrió a él, y llorando corrió al trono de Júpiter soberano y le rogó salvar al adorado niño.

—Si te fui propicia —decíale— cuando te prendaste de Sémele, la divinal hija de Cadmo que concibió

en sus entrañas a Baco, alegría de los dioses y de los hombres, si te ayudé a raptar a Europa, si yo misma te llevé al regazo de Leda, ayúdame tú ahora en mi insufrible aflicción.

Y el dios meneó la testa relumbrosa y accedió a la plegaria de la diosa diciendo:

—En el Hades está, donde la hija de Deméter, pero volverá con Proserpina a la tierra, en la estación cuando todo renace y reverdece y las praderas se enfloran y las nieves de los altos montes sienten moverse sus virginales entrañas con cálida emoción y corren, licuefactas, cantándote a ti, buscándote hacia las playas del mar. Pero me hablabas de Leda, la que guareció en su abrazo al cisne divino. ¿Sabes que se casó Helena, la hija que hube en ella? Anoche te invocó con sacrificios Menelao, su marido. Vulcano respondió a las preces que te hacía.

—¿Vulcano? ¿Pero qué sabrá el pobre de lo que conviene a desposados en su primera noche?

Y así recordada de su esposo, se dirigió la diosa a su morada. Llevaba los ojos enrojecidos por el reciente llanto.

—¿Qué ha sido de ti, oh Venus? —le dijo Vulcano.

Astucia de Venus. Sintióse culpable de haberle sido infiel una vez más al más paciente y tolerante de los maridos, y pesarosa de que sólo a dolor la había conducido la infidelidad esta vez, la linda Venus asumió, como tenía costumbre de hacer en tales casos, el papel de ofendida.

—Me interrogas —respondió— para que yo no te interrogue. ¿No te da vergüenza, oh Vulcano, hacer lo que anoche hiciste?

—Te juro —le replicó el esposo— que nada le hice a la doncella sino tomarle el molde de los pechos.

—¿Cómo?

—Ni se movió siquiera, de modo tan sutil unté en sus divinales senos la cera que delicadamente trabajan las abejas. ¡Mira qué preciosidad! Ahora verteré en este molde el oro derretido y extenderé la punta del pezón virginal como quien forma tallo de perfecta rosa, y labraré el pie de cada copa adornándolo con delfines y pequeñas nereidas y tritones que soplarán entre revueltas olas retorcidos caracoles.

—Ya, ya. Harás maravillas. ¿Pero qué más hiciste, entrometido, en la morada de Menelao?

—No sé si deba decírtelo. Hacer, no hice nada, pero vi cosa extraordinaria. Mejor nada te digo. Pero si insistes...

—¡Insisto!

—Chorreó el vino espumoso Menelao en el ara sagrada y te invocó —dijo Vulcano—. Y sacrificó palomas blancas de rosadas patas y rojo pico y ojos de oro. Y dirigiéndose a ti alzó el rostro piadoso y dijo: “Senos propicia, oh diosa que endulzas el himeneo. Inspírale pasión de mí a la doncella que me espera tendida sobre el lecho como esta paloma sobre el ara. Al unísono álcese y decaiga nuestro aliento, pues nada hay tan desagradable como que marido y mujer respiren en desacordes ritmos. ¡Vuelve a nosotros tus azules ojos

*Noche
nupcial
de
Helena.*



y tiende sobre nuestro abrazo tu velo de infinita gracia!”. Así te imploró Menelao, rubio de carnes y áureo de cabellos, desnudo en el tálamo. Y se acercó al lecho. Esperándolo se había quedado adormecida Helena, hija de Júpiter, y cuando él la abrazó ella despertó sobresaltada, y lo rechazó. Volvió él a la tarea y por segunda vez fue rechazado, pero a la tercera Helena comprendió que debía someterse, y soportó su empuje como quien cumple deber que es poco grato, porque tú estabas lejos. Satisfecho Menelao, con sólo eso, cuidadosamente se acostó al lado de su esposa y haló la hermosa sábana bordada para cubrirse bien, y al rato el sueño le venció los ojos. Pero Helena se incorporó y apoyó el cuerpo sobre un codo, con la mejilla en la palma de la mano, y largo espacio se quedó despierta. Hasta que, casi al amanecer, se estremeció con el primer frío de la alborada, y bostezó, y se metió debajo de la sábana nupcial, quitándose a Menelao, arrojándose ella bien, como si se amortajase para desposarse con la muerte.

*Historia
de los
Dióscu-
ros.*

CÁSTOR y Póllux, a quienes seducía toda empresa noble, por arriesgada que fuese, acompañaron en diversas aventuras a Meleagro, el hijo de Hércules habido en la Théspiade Althea, a quien Ceneo, rey de Etolia, que casó con su madre, quiso tener por hijo propio, pero en la cacería famosa del jabalí de Calidonia, que culminó en tragedia, ninguno de los tres jóvenes se distinguió eclipsados por Atalanta corredora. En compañía de Jasón, en cambio, en la gloriosa hazaña de robarse el vellocino de oro, se cubrieron de gloria. ¡Canta, oh Musa, y cuenta esta aventura!

Atalanta.

En Eolia, la isla misteriosa de los vientos, que hombre ninguno ha hollado, Eolo, el rey de todo soplo que agita el aire sacrosanto y riza el lomo del mar y sacude las hojas de los árboles, hubo en raptada mortal, la princesa Enarete, un hijo, Athamas, que fue rey de la Minye con trono de oro en la ciudad de Yolco. Athamas casó primero con Néfele, vaporosa doncella de peplo que en el viento flotaba como nube, y en Néfele hubo dos hijos, Frijol, bello como los aguaceros que fertilizan la tierra, y Hele, radiante como un rayo de sol después de larga lluvia. Pero vástago del viento que era, de ánimo variable, Athamas se cansó de su esposa, llegó a odiar por hastío la dulzura del tálamo, se volvió irascible y borrascoso, y cuando ya sus hijos se dolían del escaso sosiego que reinaba en su hogar, determinó hacer a Néfele a un lado para llevar a la morada real nueva desposada, Ino, hermana de Sémele, hija de Cadmo, rey de Thebas la griega, ciudad que ese insigne fenicio fundó cuando recorría el mundo para hallar a Europa, su hermana, raptada por Júpiter pujante. *Athamas.*

Acompañado de Telephassa, su madre, esposa de Agenor, rey de Fenicia, Cadmo había llegado a Tracia en búsqueda de Europa, y de allí pasó a Delfos donde los versos del oráculo, que la pythia enunció, le ordenaron abandonar la pesquisa y seguir las huellas de un toril que en cada flanco llevase impresa la seña de la luna creciente, y edificar ciudad donde el toril se echara. Cadmo halló en la Fócida el toril vaticinado y lo siguió a Beocia donde el agorero animal se echó a descansar en un verdozo declive de la tierra. Allí determinó Cadmo fundar la ciudad que el oráculo le había ordenado. Pero quiso solemnizar la ocasión sacrificando el toril a los inmortales dioses, y para lavar el ara envió a traer *Cadmo.*

agua lustral de una fuente cercana donde un dragón de Marte, que guardaba el manantial, mató con su fatídico aliento a los fuertes aguadores de anchos hombros.

Fue, pues, Cadmo en persona por el agua para las lustraciones, y emprendió combate con el dragón y le dio muerte. Luego, por consejo que le inspiró Minerva, le arrancó al dragón los dientes prodigiosos, y los sembró en la tierra. De cada diente surgió un guerrero armado, de feroz aspecto, y los guerreros trabaron furesta lucha fratricida y se dieron muerte los unos a los otros hasta quedar en pie sólo cinco guerreros, entre la multitud de cadáveres regados. Estos cinco acataron de grado el mando de Cadmo y le ayudaron a edificar la ciudad de Tebas y fueron jefes de las familias tebanas.

Fundación de Tebas.

Harmonía.

Pero Cadmo hubo de pagar a Marte por la muerte del dragón, y le sirvió ocho años como siervo, al final de los cuales Marte perdonó la ofensa y le dio para esposa su hija Harmonía, que Venus le había concebido. De Harmonía nacieron en el palacio cadmeo cuatro hijas radiantes, Autóneo, Ino, Sémele y Agave. Largas y maravillosas son las historias que se cuentan de ellas. De Ino se enamoró Athamas y la desposó y la llevó a la Minye, al lecho que obligó vacar a Néfele, a quien ahora aborrecía.

Ino, Athamas y Néfele.

Pero las lluvias se negaron a regar las tierras del rey ingrato. La sequía asoló los sembradíos y reseco el suelo y lo agrietó. Los vientos levantaban remolinos de polvo que mataban a los ganados sedientos. Ino, mal aconsejada, porque sus hijastros no la amaban, urgió entonces a Athamas que sacrificara a Frijol y a Hele en el ara sagrada a Júpiter, señor del vasto cielo que da los días de sol y señala los de lluvia. Pero Mercurio se apiadó de Néfele, la esposa injustamente repudiada,

Frijol y Hele.

y le dio para la salvación de sus criaturas un hermoso carnero alado, recubierto de vellón de oro. Montaron Hele y Frijó el divino animal, y antes de que Ino pudiera echar manos sobre ellos para que Athamas los sacrificara a Júpiter, el carnero voló sobre la mar a la tierra de Cólquida, poblada de hombres de egipciaco origen. Pero antes de llegar, volando sobre el océano, Hele, habiéndose soltado de la lana del carnero para quitarse de sobre los ojos el pelo que el viento le aventaba, resbaló y cayó dando tumbos, y le dio su nombre a aquellas aguas en las que se ahogó, que aun hoy se llaman Helesponto o Mar de Hele. Sólo Frijó llegó salvo a la bárbara tierra de su refugio, y allí casó con la princesa Calíope, hija del rey, y en las fiestas de sus bodas —¡oh Hymen, Hymen!— sacrificó el carnero de oro a Júpiter Salvador, y colgó el vellocino relumbrante en un bosque sagrado a Marte y le puso de guardián un dragón eternamente insomne.

El Helesponto.

El vellocino de oro.

Athamas enloqueció después de haber obrado muchos males, y quiso matar a Ino y a los hijos que en ella había engendrado. Al mayor, Learco, lo tomó por los pies y lo alzó en alto, y girando sobre sus propios talones parà coger fuerza, lo lanzó contra una roca y lo estrelló. Pero Ino abrazó a Melicertes, el menor, y para salvarlo se lanzó, con él en brazos, al mar de inquietas olas. Huyó entonces Athamas a Epiro, y su trono lo heredó Cretheo, su hermano. Y Cretheo desposó a Tyro, la hija del tercero de los vástagos de Eolo, a saber, Salmoneo, rey de la Élida. Y Tyro le dio a Cretheo tres hijos de los cuales el mayor, Esón, heredó el cetro real, y a Esón, lo destronó Pelias, su medio hermano, hijo de la reina Tyro habido fuera del lecho conyugal en amores adúlteros con Neptuno. Y cuando Pelias derrocó a

Locura de Athamas.

Historia de Esón y Jasón.



Esón, apenas pudo este desventurado príncipe salvar al pequeño Jasón, hijo suyo y de Alcimede, y lo llevó a la ilustre cueva de la cumbre de Pelión donde el Centauro, hijo de Cronos y de la Oceánida Phillyra, educaba a Aquiles hijo de Peleo, y a los gemelos que llamaban madre a Leda.

Ahora, cuando Jasón, bello en extremo y amado de los dioses y de los hombres, cumplió los veinte años, se presentó en Yolco ante el trono de su padre que Pelias ocupaba. A Pelias lo rodeaban hermosas hijas. Y el usurpador no se atrevió a mentir acerca de la legítima sucesión, pero antes de entregar el cetro real al heredero exigió que Jasón le pagase las mejoras que había introducido en todo el reino.

—Me tienes que dar —dijo Pelias— el vellocino de oro que brilla bien guardado en Cólquida.

*Historia
de los ar-
gonautas.*

Y Jasón, para demostrar su valentía, porque ardía en deseos de exhibir su valor ante las hijas de Pelias, su enemigo, y porque le agradaban las lisonjas, convino en la dura exigencia. En la rada de Yolco hizo que el arquitecto Argo, natural de Arcómenos, le construyera ancha nave de cincuenta remos. Jamás hubo nave más hermosa ni construida con tanto esmero de tablas finamente dobladas en triple grosor, tendidas a lo largo las exteriores y las interiores pero las de en medio colocadas a lo alto, y el palustre labrado en bronce lo mismo que la quilla, y de bronce las basamentas de los altos mástiles, pinos de muchos años que habían sido el orgullo de los bosques, despojados ahora de sus ramas. Convocó Jasón a los radiantes héroes de la Hélade, y llamaron Argo a la nave para honrar a su armador, y se embarcaron los argonautas con sed de empresa y hambre de

gloria. Junto con Jasón, entre numerosa compañía de príncipes famosos, iban Cástor y Póllux, los gemelos argivos, hermanos de Helena y Clytemnestra.

De Yolco en la Minye partió la nave rumbo a Lemnos, la isla sagrada de Vulcano, y de Lemnos zarpó para cruzar el Helesponto sobre cuyas aguas derramaron piadosas libaciones en memoria del hijo de Néfele, y llegaron a Cyzco donde el rey Doliones los agasajó hospitalariamente. Luego, de Cyzco, hicieron vela para la región salvaje de Bithynia, y aquí los afrentó Amyco el rey, varón fuerte, de puños poderosos, retándolos a luchar con él a golpes.

*Afrenta
de
Amyco.*

Pidió Póllux el honor de aceptar en nombre de todo el desafío grosero. Revistió sus manos, grandes como las de Hércules, con el cesto resistente, y en el pugilato valeroso recibió sin cesar los puñetazos tremendos que le asestaba Amyco. Mas cuando a su vez soltó golpe, se lo sembró a Amyco en las costillas con tal empuje que le quebró los huesos y le llegó al corazón.

Después del pugilato en Bithynia se dieron a la vela otra vez los héroes, y al día de navegar les sobrevino negra tempestad. Rompiáanse las velas desgarradas por el viento de filosos colmillos que aullaba como perro infernal. Astillábanse los largos remos flexibles, hechos cada uno del tronco de un abeto verdeante. Las indómitas olas se alzaban encrespadas como dragones enormes, rugían, sacudiendo cien lenguas espumosas cada ola, y se echaban sobre la nave anegándola y amenazando hundirla.

—Debe ser —dijeron ciertas voces entre los argonautas— que por causa de la muerte de Amyco

las Furias, ilustres diosas implacables, nos persiguen. Mejor que perecer todos fuera echar al mar a Póllux regicida.

*Epifanía
de los
Dióscu-
ros.*

Pero volvieron los ojos mientras hablaban, y vieron a los hermanos preclaros, los gemelos de Leda, que jamás se separaban el uno del otro, cómo sostenían ellos solos, con fuertes brazos, el mástil crugidor. Parecían dioses. Sobre sus cabezas, en la tiniebla de la tormenta, brillaban maravillosas lenguas de fuego. Y a rato la revoltosa mar se aquietó y le relumbró la superficie con relumbres de espejo en la devuelta claridad del día.

Comprendieron entonces los argonautas que la divinidad velaba sobre aquellos hermosos jóvenes, los hermanos de Helena, y que más bien a ellos se debía la salvación de todos y de la nave. Y los argonautas, después de vencer todavía un obstáculo más que a la entrada del pronto le interponían las rocosas Symplégades, navegaron sobre tranquilo mar a la tierra de Cólquida donde reinaba Eëtes hijo de Frijo. Medea, la bárbara hija de ese rey, ayudó a Jasón a robarse el vellocino de oro, aconteciendo después las ingratitudes y los crímenes que Eurípides llevó al teatro.

Medea.

DE REGRESO de acompañar a Jasón, los hijos de Júpiter habidos en Leda se aburrían en Esparta. En vano se esforzaba Týndaro por avivarles el interés en las cosas de gobierno, alegando que a ellos les correspondía heredar el trono ilustre de la ciudad sin muros, una vez que Helena determinase, cosa que podía hacer cualquier día, más nunca hizo, que Menelao regresara a Argos. Les recordaba, como prudente padre, lo que

había costado mantener la soberanía tyndarida, y el trabajo de Hércules divino por devolver a sus legítimos dueños la tierra que les había arrebatado el ambicioso Hippocoonte.

—¿Pero reinó Hércules alguna vez en algún lugar? —le preguntaban los héroes gemelos— Pues como Hércules queremos ser nosotros. Que Menelao te ayude en el gobierno.

Menelao era el apoyo de Týndaro. Los Dióscuros ilustres se despidieron de sus padres y se establecieron en Caria, ciudad de Arcadia. Como eran bellos, las doncellas carianas suspiraban por ellos. Pero sin pensar en tomar esposa, ávidos de conservar perfecta su libertad, entre las doncellas se solazaban retozando los mancebos, y mientras ellas bailaban, ellos, ora en monólogo, ora en diálogo, en guisa de pastores cantaban bucólicas, género de su invención. Cástor se deleitaba también domando potros y enseñándoles ese arte peligroso a los jóvenes, y Póllux en refinar su habilidad con los puños, que tan caro le costó a Amyco el engreído, haciendo que más que la fuerza bruta pudiera la inteligencia directora. Así se divertían, los gemelos de Leda, amados de los jóvenes de ambos sexos, dejando vida tan regalada sólo para embarcar en negra nave al saber de piratas, yendo contra ellos, porque sentían vocación de limpiar de malas gentes los caminos del mar.

*Inven-
ción de
la poesía
bucólica.*

Ahora iba a casarse Febe y Talaïra, las brillantes hijas de Leucippo, señor de corceles radiantes, preclaro príncipe, hermano de Týndaro y rey de Messenia. Los hermanos de Helena que la habían rescatado cuando niña la raptó Theseo, fueron invitados a la doble boda meseniense. Eran los novios Lynceo e Idas, hijos de

*Historia
de
Lynceo
e Idas.*

Alfareo y de Arene la Ninfa, príncipes famosos, el primero por la penetrante agudeza de su vista con que solía detener a medio vuelo a los pájaros y hacía retroceder a las serpientes, el segundo por la calidad de su visión a la que no había detalle que pudiera esconderse.

Pero vieron a las ilustres novias los gemelos de Leda y se prendaron de ellas, sus primas hermanas, porque Venus, madre de los dulces deseos, había tendido sobre las princesas manto de finísimo oro, y Cupido flechador, por sentirse señor de héroes tan renombrados, disparó sobre Cástor y Póllux saeta inescapable. De modo que, mirándose los Tyndaridas sin decirse palabra, comprendiéronse a perfección, y al anochecer, cuando se encendían las antorchas del palacio de Leucippo y en sus moradas propias esperaban Lynceo e Idas a las esposas, cuando los tocadores de cítaras afinaban los hermosos instrumentos caros a Apolo, y mientras las princesas se ataviaban para presentarse, deslumbradoras de belleza, ante la concurrencia de principescos huéspedes, los gemelos osados penetraron, rápidos, en el turbulento gineceo, semejantes a un rayo que al estallar repentino en el sagrado cielo se bifurca sobre la oscuridad, y tomando Cástor a la linda Talaira en sus fornidos brazos y Póllux a la preciosa Febe, huyeron a caballo, y en despoblado las violaron porque no podían contenerse el anhelo de pasión.

*Rapto de
Febe y
Talaira.*

Llenos de vergüenza, hacia el amanecer, pálidos de ira, Lynceo e Idas, viéndose burlados, se despojaron de las vestes de novio, y se armaron de relucientes armas, y salieron a vengar la afrenta que habían recibido. Lynceo divisó a los raptos antes de que éstos pudieran percatarse de que enemigo venía sobre ellos, y dio aviso

a su hermano. Pero Cástor oyó la voz de Lynceo, y por la voz se guió, y levantó la formidable lanza que empuñaba. Adelantando un pie como en carrera, la arrojó con fuerza irresistible. Un instante vibró en el aire la magnífica vara que rectamente se clavó en el pecho de Lynceo y lo mató.

*Muerte
de
Lynceo.
Muerte
de Idas
y de
Cástor.*

Idas se había dado cuenta, por la voz de su hermano, del lugar donde estaban los pérfidos gemelos, y apuntó a su vez la fatídica jabalina y no erró el blanco: Clavó a Cástor en el polvoso suelo. En tanto Póllux había disparado dardo barbado contra Idas, e Idas mordió la amarga tierra al mismo tiempo que Cástor.

Miró entonces Póllux a su hermano, sembrado en él el largo fuste del arma que temblaba con los estertores agónicos del herido, y comprendiendo que ya no tenía curación, así Macaonte o Podalirio, médicos ilustres, lo atendiesen, y que ni las hierbas prodigiosas de Medea podrían contener la sangre que le brotaba a Cástor de la boca en borbotones, esperó Póllux a que el aliento hubiese dejado el cuerpo de su hermano y entonces invocó a Júpiter, su amantísimo padre, y le pidió, o que le retirase la inmortalidad que le había concedido al engendrarlo, o devolviese la vida e hiciese inmortal también a Cástor.

A Júpiter benigno plugo consolar a su hijo y repartió entre los gemelos, por iguales partes, la inmortalidad y la mortalidad de uno y otro, y los subió a los cielos, donde, turnándose, mientras uno de ellos brilla en el vasto azul, lucero de la tarde o lucero del alba, el otro languidece en las lóbregas mansiones subterráneas del Hades.

Los Dióscuros no dejaron descendencia.

*Naci-
miento de
Electra.*

VOLVIÓ a dar a luz Clytemnestra, y de nuevo se entristeció Agamemnon, porque en vez de varonzuelo el esmirriado fruto del doloroso parto fue mujer.

Nació dando alaridos y toda la noche y todo el día siguiente no calló.

—Dale el pecho, Clytemnestra —decían las mujeres que la habían ayudado.

Pero la criatura se negaba a pegarse.

—Es que el papá no se ha alegrado de que haya nacido —afirmó una de las viejas asistentes del parto. Y Agamemnon que la oyó, sintió punzadas de remordimiento en sus entrañas y como si el hígado se le derriese en ternura.

—¿Que no me alegro yo? —preguntó airado— Alegre estoy. La criatura llora porque desea estar en mis brazos. ¡Dádmela!

Y la pequeña, ceñida contra el amplio pecho protector del noble padre, trocó su llanto en vaborosas sonrisas que como sombra de luz le recorrían los húmedos labios delicados.

Desde ese instante Electra, que así llamaron a la nueva princesa, fue la preferida de Agamemnon, su consentida. En vano Clytemnestra la amenazaba con atizarle nalgadas cuando hacía demostraciones de malacrianza la pequeña. Electra le sacaba la lengua y huía a refugiarse en el regazo del rey, y era lo contrario de la mayor, Ifigenia, que no se le despegaba a la reina.

Y por tercera vez alumbró Clytemnestra, y los dioses oyeron su plegaria y le concedieron la gracia de parir varón.

—Tarde o temprano tenía que ser —dijo orgulloso el rey—, y si no hubiera sido esta vez, pues forzosamente tendría que ser en las que vienen. *Nacimiento de Orestes.*

—Te equivocas —le replicó la reina—. Ya tienes quien te herede y de sobra quienes te den hermosos nietos. Estoy harta de partos. Si más engendros quieres, vete al monte y clama en despoblado. Alguna Ninfa te oirá, o diosa, con cuya ayuda puedes hacer muñequitos de barro como les dicen a los niños que hicieron Deucalión y Pyrrha. Infla entonces los carrillos y sopla sobre las figulinas. Dales vida. Pero conmigo no cuentas más.

—¡Vamos, mujer! —exclamó el rey— Haz el favor de no excederte de lengua delante de tus hijas.

—No te escudes en ellas para defenderte de oír la verdad —replicó Clytemnestra— bastante ajado tengo el cuerpo ya, y no ambiciono en lo mínimo llegar a parecerme a esas monstruosas diosas-madres de los pueblos asiáticos, cargadas de tetas colgantes y desastrosas de caderas.

—¡Ya, ya, basta! —gritó Agamemnon— Hablemos de otras cosas. Le pondremos al príncipe Orestes, ¿te parece?

—Ponle lo que te dé la gana. Orestes no es feo nombre.

—Y respecto de su educación, ¡lástima grande que ya Quirón esté ciego de tan viejo! El hermoso Centauro hubiera sido el maestro ideal para mi hijo, maestro que fue de Hércules y de Jasón y de tus hermanos ilustres, los Dióscuros, y del incomparable Aquiles.

—¿Aquiles mi novio, mamacita? —preguntó Ifigenia.

—¿Qué cuentos son éstos? —interrogó Agamemnon.

—Aquiles levantaba en brazos a tu hija —replicó Clytemnestra—, cuando vino de pretendiente de Helena, y como la hallaba parecida a mi hermana la llamaba noviecita y se la comía a besos.

—¿Ya ves, papá? —dijo la princesa.

—Sólo de insulseces os llenáis la cabeza vosotras las mujeres, desde pequeñas —dijo el rey—. Pero tú eres distinta, ¿verdad, Electra? Vamos, atended al príncipe.

—¿Lo atiendo yo, papacito? —gritó Electra—
¿Me lo das a mí, que sea mío?

*Gravidez
de
Helena.*

En medio de tan plácida vida hogareña normal, en Argos la bien guardada, se presentó la majestad de Esparta, Helena, esposa de Menelao. Venía grávida.

—Hija —le había dicho Leda—, el parto que yo tuve no fue de mujer sino que de ave. Llegada tu hora no sabría ayudarte. Pero Clytemnestra ha sido madre tres veces. Ella te ampare, porque es dulce deber que las hermanas se deben entre sí el auxiliarse en tales casos.

Y Leda, ante la perspectiva de asistir a un alumbramiento, palidecía y temblaba y se helaba y quería llorar, como en aquella noche cuando Hércules mozo desfloró a sus hermanas una a una y se acercaba el turno de ella. Por eso Helena acudió adonde su hermana.

—¿De qué te afliges? —dijo Clytemnestra, abrazando a Helena— Una vez que hayas dado a luz, ni recuerdo guardarás del dolor que se siente.

—¿Pero no miras lo deforme que estoy? —exclamó la embarazada.

—En habiendo parido, te ceñiré fuertemente con anchas bandas de resistente lino, y quedarás como antes del embarazo.

—Tienes que hacerlo. ¡Por ti estoy así!

—¿Por mí?

—Tú me indujiste a tomar a Menelao.

—Para que no fueras a tomar un cualquiera. Agradezca me debieras estar, Helena, con los años que has pasado sin que tu marido te empreñase. Hubieras sido mujer de otro, ya tendrías el chorro de hijos. Yo, malhaya mi suerte, a los siete meses de casada daba a luz.

Los inmortales dioses oían el diálogo de las amorosas hermanas y las divinas Musas inspiraban a los poetas a celebrar el mutuo cariño que se tienen las nacidas de un mismo vientre. Llegado su tiempo, Helena dio a luz. Hermione le puso a la criatura.

*Nacimiento
de Hermione.*

—¿Qué va a decir Menelao? —decía Helena— Varón quería.

Agamemnon, en cambio, estaba contentísimo.

—Mira —le decía a Clytemnestra—, casaremos a Orestes con Hermione, y así juntaremos el cetro y la corona de Esparta con la corona y el cetro de Argos, ¿entiendes? Lo importante es que Helena no le dé más hijos a Menelao. Encárgate tú de ello.



—Peor será entonces —arguyó la reina—, porque Menelao puede ayuntarse fuera del lecho sagrado a Juno, protectora de la fidelidad conyugal, y tener de otra mujer hijos varones que reclamen el reino de su padre.

—No conoces a Menelao, oh Clytemnestra. Está de tal manera loco por Helena que para él no existe ni existirá jamás otra mujer. Eso está arreglado. Ahora hay que pensar con quién casamos a Ifigenia para que apuntale nuestro dominio del Peloponeso todo.

—Aquiles, ¿te parece?

Mala fama de Aquiles.

—Aquiles goza de mala fama. ¿Recuerdas a Patroclo que le hacía compañía? Se dice que se bastan, sin anhelar esposas.

—¿Tú crees eso?

—No, pero de todos modos, es inmoral que un padre no sea cauteloso. Muchos de éstos se casan, para aparentar la hombría que no tienen y encubrir con sus esposas su naturaleza verdadera, y hasta llegan, en este afán de no ser descubiertos, a engendrar hijos e hijas, pero los más no hacen concebir a sus mujeres.

—Han inventado chismes, porque envidian a Aquiles —replicó Clytemnestra—. El corazón me dice que es varón intachable. Verás qué linda pareja hacen Ifigenia y él.

Entre tanto, la mala fama de Aquiles provenía de que nadie lo vio engatusando a doncellas ni embramado con mujeres ajenas ni trapaceando a Ninfas, fijo su deseo en Helena solamente, único que la amaba de raíz, con amor desesperado, amor sin voz. Pero jamás lo supo ella.



LIBRO SÉPTIMO

La Muerte de Helena o Tratado de la Belleza, de la Guerra y de la Muerte

ORDEN eterno ¿dónde lo habrá? Orden que no varíe, acuerdo que no desboque en desacuerdo.

*Canción
del
tiempo.*

Marchítase la flor y donde se agostaron sus pétalos he aquí fruta nueva, tierna y desabrida. Digamos que el cierzo no la hiele, ni sequía le robe savia nutritora, ni la luna la alune y la madure en falso poniéndole amarillenta y flácida la pulpa sino que bien alimentada sazone, endulzándose de sol, y llega a punto: ¡Cogedla entonces, cogedla con premura, antes que pájaro la pique, gusano la taladre, o viento la aviente y abata por el suelo y la estropee! Que nada hay tan efímero como la perfección, difícil de conseguir si acaso se consigue jamás.

Considerad el régimen de Júpiter. Gozoso estaba el padre de los dioses que tiene trono de oro en el Olimpo. Había vencido la índole salvaje de su padre, que ya era mejor que la del abuelo, y abajado y sojuzgado las fuerzas brutas de los primitivos monstruos autóctonos. En la paz de su régimen se elevaron en la cumbre eminente del Olimpo las mansiones de oro, las moradas eternas, y cada dios y diosa le fue asignado trono esplendoroso. Aun están donde prístinamente

*Mutación
y emi-
gración
de los
dioses.*

los sitiales augustos, y las moradas aun se elevan más allá de las nubes, como al principio, en la región del Éter, pero los dioses han escogido, en lugares propicios de la tierra, residencias separadas, y si frecuentan el impercedero palacio donde Júpiter reina, es sólo en homenaje al que todavía es soberano. Porque entre ellos las enemistades son infinitas, las riñas frecuentes, los disgustos afflictivos. Minerva habita en su ciudad, Apolo unas veces en Delos y otras en Delfos, y Venus en Pafos, Chipre y Amatunte, inquieta siempre. Neptuno, que había dejado el mar por la isla de los atlántidas después de destronada la que ya no se nombra, anda sin descanso en busca de reposo, que es lo que ya quieren los dioses, hastiados de la inmortalidad. Y aún así todos viven en eterna pendencia con que se llenan de sinsabor la vida. Sólo Mercurio halla regocijo en estos pleitos que amargan el néctar y agrian la ambrosía.

*El
caduceo.*

El dios que calza las sandalias aladas y lleva en sus infatigables manos el caduceo ilustre que Apolo rubicundo le otorgó —vara de laurel ceñida por doble mechón de lana, insignia de los heraldos de voz fuerte y que es fuente de salud para los dioses y los hombres—, Mercurio, a quien las lenguas de todo animal que los mortales sacrifican son sagradas, porque él es el persuasivo patrón de la elocuencia, se complacía en atizar la rivalidad que había entre Juno ojibovina, de radiantes brazos, Venus riente y la austera Minerva.

*Rivalidad
de
diosas.*

—Si la sobrepasas en belleza y la vences en majestad, oh Juno —decía Mercurio a la esposa del preclaro Júpiter—, ¿por qué toleras que Venus se gloríe de ser la más hermosa de las diosas? ¿Pueden acaso los lúbricos brazos de la infiel esposa de Vulcano compararse con

tus brillantes brazos fidelísimos, o su frente insolente con tu sublime frente diademada?

Y luego a Minerva le hablaba a solas con parecidas razones:

—¿Hasta cuándo, oh Minerva, hemos de tolerar los inmortales dioses que se enseñe a los hombres, que son nuestro cuidado, que es más bella la lujuria que la castidad, y que la soberbia es más hermosa que la prudencia y la razón? ¿No es, pues, hora de que pongas a la descarada Venus y a la deslenguada Juno en su lugar cada una?

Y a Venus decíale:

—¡Deleite de inmortales y mortales, alma Venus! Tal es tu poder que al hombre a quien miras con cariño y a la mujer a quien cubres con la luz de tu mirada los transformas y transfiguras y los haces radiantes como si fueran inmortales. Más aún, ciertamente que los inmortales. Por ti la humanidad vence a la muerte, librando de las moradas subterráneas cada quien una parte de sí, la porción que perdura en la progenie, que por ti se engendra. Tanto puede el solo reflejo de tu belleza, oh diosa, ¿y soportas que Minerva y Juno nieguen tu poder y se juzguen superiores a ti en hermosura y en todo, y te denigren con epítetos difamadores e infamantes?

Inmortalidad en la progenie.

Así sembraba el lenguaraz, amigo de disensiones, la discordia entre las diosas rivales. Nunca les hablaba a las tres juntas, sino siempre separadamente y en secreto. Cuando le ocurría encontrarlas reunidas, dirigiéndose entre sí coléricas miradas y volviendo desabridos con su encono los festines de los dioses, ponía cara de compunción, y cada diosa se decía en sus

adentros: “Mercurio sufre por causa de la insolencia de estas otras”.

Eris y la manzana de la discordia.

Eris, hija de la Noche, que habita en las márgenes del Cocito infernal, deidad de espíritu intranquilo que turba los sueños, vuelve rijosos los matrimonios, alborota la paz, desafina los instrumentos musicales, siembra guerras, y se deleita en luchas insensatas, insignificante de figura pero que, con el aliento de los hombres encolerizados, de súbito se infla y da con la frente en las estrellas rompiéndoles el ritmo de su danza, no fue invitada a las bodas solemnes que celebraron los dioses cuando Neptuno le cedió Thetys a Peleo, amado de los inmortales y semejante a ellos, para gozarla —¡oh Hymen, Hymen!— en el sagrado tálamo. Tomó entonces la desdeñada deidad oscura una manzana de oro, y grabó en ella la inscripción *A la más hermosa*, en medio de la jubilosa fiesta la lanzó. Alargó el brazo Juno y la iba a coger cuando, haciendo lo mismo Venus y Minerva a un tiempo, entrechocaron las manos de las tres. La manzana cayó al suelo. La recogió una de las Gracias y leyó en voz alta la inscripción. Cada una de las diosas rivales reclamó la manzana como suya.

Razón de Juno.

—En sí—decía Juno—, la manzana no me importa, ¿y cómo me iba a importar si yo poseo árbol que da manzanas de oro? Empero, no conviene que coadyuve al engrimiento de esas dos, permitiéndoles apoderarse de lo mío. Lo que mantengo es el principio de la cuestión, justa como soy.

Razón de Minerva.

—No digo yo manzana de oro —alegaba Minerva—, sino que fruta de oro la de mayor tamaño que os ocurra imaginar, la podría tener yo. Hasta los mortales, con ser de por sí pobres, porque sólo escarbando el

miserable suelo se allegan la riqueza, me han erigido casas de oro a mí, y han labrado en oro mis estatuas. Lo que me disgusta es que Juno corajuda y Venus impúdica crean que pueden hacerme trampa, empandillando. ¡Hay que defender la honradez!

Y Venus no se quedaba atrás:

—En todo color fino —decía— observe quien tenga delicada visión la sugestión de oro. Lo áureo es atributo mío. El oro mismo perdería lustre y toda virtud si no me estuviese consagrado. Yo soy la diosa de oro, más preciosa que el oro. Mirad, pues, si puede preocuparme una manzana de mi propio metal, o si con perderla yo, puede en manera alguna decirse que empobrezco. Lo que no permito es que se engañe a los demás, pavoneándose Juno y Minerva con lo mío, creando ilusiones deplorables. Yo, que soy genuina, defiendo la realidad y estoy dispuesta a cualquier extremo porque no se la burle.

*Razón
de
Venus.*

Mercurio empecatado las escuchaba una a una, fingiéndoles separada simpatía, y se hacía el convencido de cada diosa en turno, y agitaba la pendencia con manos libres para ello porque ninguno de los otros dioses quería embrollarse en acriminaciones de enagüillas. Excepto Mercurio, nadie —mortal ni inmortal— pudiera salir ileso de entre tales embrollos de mujeres.

MERCURIO había nacido de Maya, la divina hija de Atlas el de anchos hombros, hermano de Prometeo. En cueva húmeda y musgosa, en el monte Cylene de la Arcadia, vio la luz el despabilado dios que Júpiter había



*Invencción
de la
lira.* engendrado, y revolviendo los ojos, movido a travesura a las tres horas de nacido, saltó del regazo materno y cogió del suelo la resonante caparazón de una tortuga y tendió sobre su lado cóncavo una serie de cuerdas, inventando así la lira, y se puso a cantar —¡oh impúdico!— los amores de sus padres.

Así pasó la tarde, y ya que anocheecía sintió hambre de carne, y dirigió sus firmes pasos a Pieria, hogar nativo de las divinas Musas, donde, en praderas fertilísimas, de verdor que refrescaba la mirada, pacían y engordaban los ganados en Apolo. Allí mató con la fuerza de sus manos dos hermosos bueyes, y se hartó. Pero a Apolo le negó el rabo. Entonces el hijo de Letona lo tomó de los negros cabellos y lo llevó forzado —porque era incomparablemente el más potente de los dos— ante el trono de Júpiter justiciero en la cima del Olimpo. Del enredo de mentiras que urdió la nueva deidad no pudo hallar zafada. Pero le mostró a Apolo la lira, y le cedió el honor de presidir todo ordenamiento de sonidos gratos al oído a cambio de los bueyes de plácidos ojos y sabrosa carne grasa. Así llegaron a ser Mercurio dios pastor, a quien invocan los pastores, y Apolo liróforo, rey y señor de los poetas.

*Paris
Alexan-
dros.* A Mercurio invocaba Paris Alexandros mientras pastoreaba en las faldas del monte Ida caro a Juno. Allí había crecido, entre pastores, el hermoso hijo de Príamo, porque durante su preñez la ínclita Hécuba, su madre, había soñado que daba a luz una tea incendiaria, y los augures vaticinaron que el recién nacido acarrearía desgracias. Por eso lo expusieron en la montaña, a fin de que pereciese y se parase el golpe con que el Destino amenazaba a Troya. Humildes gentes hallaron

al expósito por piedad lo recogieron y lo criaron, y Paris les pastoreaba el ganado. En el corazón del mancebo, sin embargo, se movían elevados sentimientos, y a Mercurio invocaba con frecuencia.

Pero antes de que naciera Paris, Júpiter soberano había concebido varón mortal —¡tan difícil es que la esencia de los dioses arraigue en los mortales vientres que reciben el divino semen!— en Electra, la otra hija de Atlas, hermana de Maya y fue este fruto Dárdano, de lomos vigorosos y de inquietos pies, quien habitó en Italia y en Creta y en Arcadia y en Samotracia, sin fijar la planta en ningún suelo, hasta que, fatigado de recorrer tierras, escogió para sí y para su descendencia un hermoso territorio de Frigia, en las costas asiáticas del Egeo, entre el Helesponto y el monte Ida, en planicie azotada de vientos, fértil para el cultivo de los granos que sustentan al hombre y rica en el pasto de que se nutren los ganados. El rey Teucro que reinaba en toda la región le reconoció soberanía sobre ese país, que entonces se llamó Dardania, y le otorgó la mano de su hija más hermosa. Arisbe de altos pechos, y en ella Dárdano engendró a Tros el epónimo padre de los que por otro nombre se llamaron teucros.

Historia de Dárdano.

Teucro.

Arisbe.

Tros heredó el trono de Dárdano, y casó con Calirrhöe, hija del Escamandro de famosas aguas, padre río fecundo, y en ella tuvo tres hijos renombrados, Asaraco, Ilo y Ganímedes. Del último se enamoró Júpiter, hastiado de encalabrinarse con mujeres que no le saciaban la lujuria. Lo vio desnudo bañándose en un río, calipigio y de pequeño miembro viril que más bien parecía flor de las que las doncellas se ponen sobre el sexo en señal de no haber sido desfloradas, y cuando

Tros y sus hijos.



*Historia
de Gani-
medes.*

Ganímedes salió del agua, Júpiter, asumiendo forma de águila soberbia, porque la lujuria es águila, bajó en rauda vuelo, amordazó con el pico la nuca del adolescente, lo derribó de bruces, le apresó con las garras las lustrosas caderas, tendió las alas y lo poseyó volando. Tanto gozo hubo en él que en el Olimpo lo guardó a su lado, concediéndole inmortalidad y juventud eterna y dándole oficio de copero divino. Y a Tros, que clamaba contra la maldad del padre de los dioses, llamándolo pervertidor de niños, Júpiter lo aplacó con regalo de dos hermosas vacas y un bello toro, por lo que un toro y dos vacas sacrifican a Júpiter los que se han enamorado de garzón, y si Júpiter está de buen humor les concede gozar lo que desean.

Asaraco. Los otros dos hermanos del raptado —Asaraco e Ilo— rigieron pueblos. Asaraco heredó la Dardania y fue padre de Capys, quien fue padre de Anquises. A éste, por su belleza, lo sedujo Venus y lo hizo padre de Eneas, a quien los romanos tienen por fundador de la

Ilo. estirpe de la Roma imperial. Pero Ilo casó con Eurýdice, hija de Adrasto frigio, emigró a los llanos del Escamandro y trazó ciudad que indistintamente se conoce por el nombre de Troya, en recuerdo de Tros, y por el de Ilión, en honor de Ilo mismo, su fundador. Y en Troya, a ruegos de Ilo, Neptuno y Apolo erigieron la ciudadela de Pérgamo, bella estructura y alta. Allí alzó cabeza el orgullo de esa casa real, y este sentimiento se hizo

Fundación de Troya. soberbia en Laomedonte rey, hijo de Ilo, a quien los dioses castigaron armando en contra suya a Hércules de

Laomedonte. formidable maza, hijo de Júpiter. Mas por ruego de recién desposada, de Hesione divinal, hija de Laomedonte, habida en Placia, reina gentil, la compasión triunfó sobre el castigo. Porque Hesione, la noche de sus bodas

—¡oh Hymen, Hymen!— invocó a Júpiter y le ofreció el sacrificio de su virginidad, y no fue Telamón, su desposado, sino el padre de los dioses en la figura de ese compañero de Hércules, quien la hizo verter la fragante sangre de la flor de su sexo. Podarces, hijo de Laomedonte, el asumir el trono, purgado su pecado, cambió de nombre por la piedad de su hermana, y se llamó Príamo, que es decir “el redimido”, y continuó la raza de Dárdano en Ilión.

Telamón.

Príamo.

Prudente Príamo pensó en apuntalar su casa con columnas de valientes hijos, y en Hécuba su esposa y en numerosas concubinas escogidas hubo prole semejante a las estrellas por su número y su brillo. Pero cuando Paris iba a nacer, Hécuba tuvo horrible sueño, y Cassandra, la princesa de radiantes piernas, a quien Apolo irreprochable había dado el don de profecía, gritó que no se le expusiera sino que le dieran pronta muerte. Nadie atendió su voz. El hijo de Letona le había echado maldición a la princesa, para que no se creyese lo que profetizaba, porque ella violó el pacto de entregarle su doncella al dios, en cambio de poder vaticinar, y el amor que Apolo le tenía se trocó en desprecio. Así se salvó Paris, y así sobrevivieron a Troya males infinitos y su destrucción total.

Historia de Cassandra.

Pastor entre pastores vivía el mancebo, y pastoreando un día vio a Énone, la Ninfa de frescos brazos blancos. Cerca rondaba Apolo, en acecho de la doncella en cuyas venas no corría cálida sangre roja de mortal, ni el áureo ícor de los dioses, sino la fría savia de suave olor que da la vida a los árboles y se tiñe de color en las hojas y en los pétalos de las flores. Por huir del dios cayó Énone en brazos de Paris, y se nubló aquel día por

Historia de Énone.

*Agravio
imperdo-
nable.*

el bochorno que sintió Apolo inmortal al verse despreciado por el pastor súbdito de la muerte. Nunca perdonó el dios la afrenta, porque, dioses y hombres igualmente, todo lo pueden olvidar pero no que alguien les quite una mujer deseada, tan rabioso es el celo que Venus les infunde y en tan frágil base fundan el pundonor.

—Aciagos días se acercan, oh Mercurio —dijo Apolo a su hermano dios—, y prueba de ello es que las doncellas mortales nos faltan a la fe dada, y se burlan de nosotros, y los hombres de vida corta y de belleza que dura lo que una primavera nos vencen a los inmortales dioses en lides de amor con las divinas Ninfas.

—Si lo dices por Paris —replicó Mercurio—, votario mío es, y no pastor cualquiera sino que príncipe de linaje que descende de dioses. Ni sabes, oh Apolo, lo agradecido que te estoy de recordármelo, porque precisamente andaba en busca de alguien como él que me ayude en un asunto que ha de ser notable.

No quiso Apolo saber más, teniéndole sin curiosidad la matería de su hermano. Pero Mercurio voló de la tierra al Olimpo envuelto en nubes, y se acercó primero a una y luego a otra y después a la tercera de las diosas rivales, y les propuso el arbitraje de Paris para dirimir su querrela:

*Invencción
del
arbitraje.*

—Cese ya —decía— la guerra que os hacéis. Pero aprovechemos la ocasión para dar a los inmortales dioses, y a los hombres que son nuestra especial solicitud, lección maravillosa, de resolver los pleitos en que se ventilan elevados intereses, por medio de sentencia arbitral que dicte juez aprobado por las partes contendientes.

SE CELEBRABA la sagacidad de Mercurio, su nobleza de espíritu, su alteza de mira. Pero Marte bufaba. Más que nunca atareado andaba el hijo de Maya en conferencias con las diosas, y Marte hijo de Juno les decía:

—¿Qué se quiere? ¿Qué se adormezca el universo? ¿Ajustar con palabras, en vez de en divinal pelea, las diferencias y las riñas? ¡Sois imbéciles! Me retiro del Olimpo y me voy definitivamente a vivir entre los hombres. Debo guardarlos de que Mercurio los corrompa. ¡Ya me llamaréis!

*Astucia
de
Mercurio.*

Las diosas se encogían de hombros, porque Mercurio les había hablado ya.

—El juez —había dicho a Juno— te otorgará el premio, no lo dudes, porque es príncipe segundón y por encima de eso desheredado de antemano. ¿Qué esperanza, pues, tendrá de subir nunca al trono de su padre, Príamo piadoso, rey de Troya la de elevadas torres? Ofrécele a Paris corona de poderoso rey, que es lo más bello que él concibe, y cetro de monarca de muchos pueblos, lo que no te será difícil concederle de tu propio arbitrio aun cuando el mismo Júpiter tuviese otros designios, y porque en la mente de Paris el poderío real es la hermosura verdadera, entenderá que tú, y no otra, eres incomparablemente la más bella de las diosas y que te corresponde la manzana de oro.

*Argumento
a
Juno.*

*Belleza
del
poder.*

—Y a Minerva de tremolante casco le había hablado largo, ordenando razones gratas a la diosa —¿quién más elocuente que él?—, diciéndole:

—Con Paris de juez, ten por seguro que la premiada serás tú, con lo que saldrá triunfante la justicia,



*Argu-
mento a
Minerva.*

porque el padre del príncipe, el preclaro Príamo, rey de Troya, la que se eleva altísima de torres y está rodeada de valles donde eternamente soplan los vientos, lo tiene en oficio de pastor, cuidando rebaños, y el mancebo anhela oír razonado discurso y no continuamente el torpe balar de las ovejas, el mugir de las vacas, el bramar de los toros. Pastor de los dioses piensa él, es un dios, Júpiter, tu padre, a quien tú igualas en prudencia, si no es que lo superas, porque en cuanto Júpiter se encabrita por una Ninfa o una mortal, o una diosa, y hasta por algún buen mozo de lustrosos muslos, nadie hay, me parece a mí, menos cuerdo que él, pero así y todo Júpiter pastorea la grey de los inmortales, conforme Paris lo entiende, quien por eso reconoce que pastor de hombres es un hombre, el que es rey, y razona que a quien es pastor de bestias estúpidas, por borrego lo tendrán. Eso lo tortura. Ve, pues, y ofrécele sabiduría como jamás la tuvo hombre alguno, don que está a tu fácil alcance dar, tan incomparablemente sabia eres, y él comprenderá que, pues la sabiduría es la más noble y la más alta y la más completa manifestación de la belleza, tú, oh Minerva, eres sin igual la más hermosa de las diosas y tuya es en legítimo derecho la manzana de Eris que ha provocado este pleito lamentable.

*Belleza
de la
sabiduría.*

Y a Venus le guiñó primero el ojo, y con movimiento sutil de sus dedos le indicó un lugar apartado donde conversar a solas. La diosa, acostumbrada a señas, se escabulló de entre los inmortales y acudió a la cita.

*Argu-
mento a
Venus.*

—Suertera eres, oh Venus —le dijo Mercurio—, suertera como ninguna diosa. En primer lugar haces lo que te place, te acuestas con quien quieres, inmortal o mortal, sin que tu marido te sea estorbo. Y a quienes te

agradan juntas en estrecho y gozosísimo abrazo, sin importarte qué leyes de los dioses o de los mortales quedan violadas, porque tú misma eres la ley suprema de la vida. Podrá, pues, suceder que los dioses todos desaparezcan. No siempre fuimos, y fuera insulso pensar que habremos de ser siempre, sin fin. Empero, tú prevalecerás, porque sin ti no hay vida. Unos tenemos asiento en las mentes de los hombres, inestable fundamento, y otros en sus necesidades sobremanera variables, pero tú sola en el corazón humano, ilimitadamente. En tus dones se cifra la existencia. Ofrecele, pues, a Paris mujer bella, sin importarte quién, la que él desee o tú escojas, y ya verás cómo te otorga el premio, la manzana fatídica, porque lo bello es inseparable de lo amado, en el juicio de los hombres, y conciben hermosura sólo en lo que les incita deseo de amor.

*Belleza
del
amor.*

Como cuando un comerciante acaudalado, dueño de muchas barcas, las envía, ora a Egipto, ora a Sicilia, o adondequiera, y compra dos o más cosechas cuando son abundantes, dando en cambio de ellas otras mercancías de que ha hecho acopio, vinos o aceite o pieles, y luego almacena los granos en sus anchas trojes bien guardadas y espera, porque puede esperar, hasta que en su propia tierra haya escasez de trigo a causa de sequías o de inundaciones, y entonces los funcionarios que el pueblo ha escogido para el ministerio de este producto, acuden al comerciante y él, pensando en sus adentros que ya tiene hecho el gran negocio, con lo que el corazón le brinca de alegría, nada de ello demuestra, sin embargo, en su exterior, sino que asume aspecto compungido y se hace del rogar y dice que se le pide el sacrificio del penoso trabajo de su vida, aunque le ofrecen oro, así Mercurio, que es el padre de

*Los
comer-
ciantes.*

tales, asumió continente de hombre en el extremo de sacrificarse por los demás, y dirigiéndose a las diosas les habló y dijo:

*Paris,
árbitro
de las
diosas.*

—¡Oh vosotras diosas, superiores a mí las tres, en poder tú, Juno espléndida, tú en saber, Minerva ilustre, y tú en gobernar las emociones dulces, dulce Venus! ¿A qué prolongar este exordio? Diré lo que me duele: Duéleme veros en perpetua riña. Cese ya la rivalidad entre vosotras, mediante la decisión de idóneo juez. ¿Qué decís de Paris Alexandros, el hijo de Príamo tro-yano, que cuida ovejas en los valles al pie del monte Ida de frescas fuentes? Hacedle árbitro de vuestra querella, con poder para dictar fallo inapelable, y vuelva a reinar entre vosotras la concordia.

Así dijo Mercurio, y las diosas convinieron en la proposición del dios y juraron acatar la sentencia del hijo de Príamo, tocador de flauta.

Tres noches seguidas, en tres diversos sueños que le enviaron separadamente, las diosas, quisieron sobornarlo. Ofrecíale Juno el imperio del Oriente, y Minerva sabiduría que fuese eterna luz para los hombres y segura inmortalidad de su memoria. Pero Venus le ofreció que poseería a Helena, la radiante mujer de Menelao de Esparta, a quien habían solicitado los héroes de la Hélade, y le presentaba la figura de esta reina en su magnífica desnudez incomparable.

Helena.

—Digna es del mismo Júpiter, el soberano de los dioses —decíale Venus—, más bella que cuanta mortal él poseyó en sus mejores días. Tengo por cierto que sólo porque es hija suya no la ha codiciado ya. Tan bella es —¡fíjate!— que un beso suyo te inmortalizaría.

Despierto de este último sueño acudió Paris a la cumbre del Ida, adonde Mercurio lo había citado. Después de explicarle la contienda:

—Tú juzga como quieras —le dijo Mercurio.

Bello estaba Paris, de tersa piel que el sol y los vientos habían puesto como de oro y rosa. Sus negros rizos brillaban de juventud. Los ojos oscuros, rasgados y ligeramente oblicuos, le relucían. Con gruesos labios rojos bien formados sonreía. Las tres diosas derramaban su gracia sobre él.

Mortal ninguno vio, excepto sólo Paris Alexander, el seno de Juno, semejante al cielo despejado cuando luce tachonado de constelaciones en las noches perfectas, y sus caderas, blancas como las nubes grandes del otoño que ruedan en el espacio en nobles giros y tienen curvas que llenan de elevada emoción a quien las mira. Ni nadie sino él miró jamás desnudos los pechos de Minerva, comparables sólo a los más bellos poemas de los hombres y a sus más altos pensamientos. Pero Venus, de desnudez que no hay quien no conozca, asumió la figura de Helena y fijó en sí la mirada del pastor.

*Juicio
de
Paris.*

Venus obtuvo el galardón de la hermosura.

HELENA regresó a Esparta. Ser madre no le había restado belleza a la hija de Leda, antes bien parecía ahora más hermosa que nunca. Deslumbraba mirarla.

*En el
hogar de
Helena.*

Menelao no se conformaba con el capricho de ella, de no tener más hijos.

—Un varoncito siquiera —suplicaba Menelao—. Toda buena esposa de rey le debe por lo menos un varón, y si se niega a dárselo el rey tiene derecho a divorciarse de ella.

—Sólo en ti piensas —le respondía Helena—. Divórciate si quieres.

—¡Mentira! —exclamó Menelao— No pienso sino en ti. Tú eres mi diosa, mi todo.

—¡Claro! —replicó la esposa— porque aún estoy pasablemente bella. Pero a fuerza de parir perderé la gracia. Entonces, oh Menelao, te apartarás de mí, me dejarás dormir sola en el lecho. Bastante bien lo sé. Aun ahora se diría que soy un basilisco, Gorgona horrible, porque los más días del año andas de viaje. Debes de tener queridas en Egipto y en Creta. ¡Por ellas me abandonas!

—Razona con juicio —le respondió Menelao—. Gastas un lujo que supera al de Minerva en su santuario de Atenas. ¿Cómo diantre voy a pagártelo si desatiendo los negocios? Una buena esposa debe consideración a su marido.

—Si te pesa que me vista bien —dijo con aspereza Helena—, me conformo. Andaré en cueros. Y no me saques lo que gastas en mí, que ociosa no me has visto jamás. No soy perezosa. Temprano me levanto, y todo el almo día, de jubilosa luz, no descanso dirigiendo la labor de mis doncellas. La lana que traer hay que limpiarla una y mil veces, porque no eres lo listo que te crees y te engañan, dándote por hebra fina pelos de cabra. Tras de cardarla la hilo, tiño lo que ha de teñirse en el baño de púrpura, hasta que toma el deseado color,

y la tejo, y no cesa la lanzadera de ir y venir en mis telares. Por eso mis ropas son como las de la diosa. ¡Bien que a mí me cuestan!

Así reñían las majestades del palacio de Esparta, haciendo resonar los techos de oro con alteradas voces. Pero Menelao no se permitía reposo y hacía nuevos viajes. “Bien está —decíase— ser rey, pero también los reyes tenemos que comprar y vender y revender para tener alguna renta y no vernos obligados a sacar todos nuestros gastos de las costillas del pueblo gobernado”, con que daba que pensar al sabio Júpiter cansado de oír las quejas de los pueblos contra los príncipes extorsionadores. Semejante a Baco cuando el radiante dios, jinete en asno o en camello, o marinero en negra nave, recorrió los caminos del mundo y los del véneo mar que circunda los bordes de la tierra, así tocaba Menelao en playas innumerables y recogía carga de preciosos productos que dan países extraños, la riqueza de que se enorgullecen los hombres que la guardan en las abovedadas cámaras de sus alcázares. Júpiter le brindaba protección, como buen suegro, y en Cyrene Menelao se hacía de cueros de buey, en el Helesponto de macarelo y de toda suerte de pescado salado, en Syracuse de cerdos y de quesos, en Asiria de paños de lana con vistosos bordados, y en Egipto, la divina tierra, de papiro trenzado y macerado, en rollos finos, y de anchas velas de lino bien tejidas para ajustarse al mástil y tendidas oponerse al viento. En Syria adquiría, en vasijas de barro selladas con cera silvestre, el seco incienso grato a los dioses, en Creta trozos de ciprés que chorreaban gomas olorosas, en Libya marfil en abundancia, en Rodas higos secos y uvas pasas que hacen dulce el dormir, en Eubea gordas peras y manzanas, en Frigia esclavos para las labores

*Menelao
comer-
ciante.*

*Cyrene.
El Heles-
ponto.*

Syracusa.

Asiria.

Egipto.

Syria.

Creta.

Libya.

Rodas.

Eubea.

- Frigia.* más pesadas, en Arcadia soldados de alquiler para vigilar a los esclavos, y en Paflagonia brillantes almendras, adorno de las fiestas. En Fenicia compraba púrpura, compraba dátiles y compraba blanquísima harina que iguala en brillo a la nieve que corona el Olimpo. En
- Esquiro.* Esquiro escogía para sus rebaños cabras preeminentes a la hora de la ordeña, que daban la única leche aceptable al paladar de los helenos. En Tebas Menelao alcanzaba, en competencia con otros príncipes, carros para las carreras de los certámenes que los dioses mismos
- Tebas.* se gozan de presenciar. En Sicilia carretas diestramente
- Sicilia.* construidas, en Tesalia reses y panes endulzados con miel, y tronos para cómodo asiento de los huéspedes.
- Tesalia.*
- Mileto.* En Mileto antiquísima y en Quíos, la porteña ciudad
- Quíos.* del hijo de Baco, compraba lechos tallados, gratos al sueño reconfortante, y en la tierra de los etruscos oro amartillado en copas admirables y cuanto se labra en
- Cnido.* bronce y adorna las casas de los reyes. En Cnido jarrones de colorido barro que el horno había fatigado, en
- Atenas.* Atenas aceite de oliva en jarras de lindas formas, cílices, cálices, ánforas y toda preciosa alfarería adornada con figuras ágiles de dioses y de héroes y de hombres.
- Thassos.* Y en Thassos y en Lesbos los vinos que hacen olvidar
- Lesbos.* el dolor y para los que se hizo excepción, por orden de Baco mismo, librándolos de impuesto al importarlos. Y en muchas islas hacía acopio de joyas para el lujo de las mujeres. Servidores de a pie, de negros ojos rasgados,
- La India.* le cargaban hasta la India tesoros incontables, y los trocaban allí por cuanto producen las tierras que baña el Indo sacrosanto, especialmente marfil, más grueso que
- Libya.* el de Libya, para las imágenes de los dioses. Y dondequiera que iban Menelao o sus agentes se celebraba en fama la belleza de su esposa, diestra más que ninguna en

dirigir a las hábiles doncellas en tejer los bellos mantos y los vestidos suntuosos con que los hombres se asemejan a los dioses, ropajes que Menelao vendía siempre caros, al mejor postor en cada plaza. Así servía a Helena Menelao. Pero por entregarse al servicio de la reina la abandonaba en su persona. Helena gritaba que se aburría. Se enfurecía, y pataleaba.

—Poco hombre eres —le decía a Menelao— y aún esa poquedad me la hurtas, gastándola fuera del hogar. Da gracias a los dioses que soy mujer honesta. Pero cualquiera de estos días yo también abordaré barca de muchos remos y de galana vela, y me iré por esos mares. ¡Verás!

*Indignación
de
Helena.*

Pensó Menelao que lo más conveniente era darle una paliza. Diferentes de los lacedemonios, los insig- nes atenienses así domaban a sus esposas, y las tenían sumisas, recluidas en los gineceos, permitiéndoles salir sólo en ocasión de las suntuosas fiestas, o cuando moría algún deudo cercano y en el pórtico de la morada luc- tuosa las mujeres levantaban el lamento sobre el cadá- ver, en señal de dolor.

Látigo en mano la ordenó desnudarse. Helena, la obediente, se quitó las hermosas ropas y se puso de espaldas delante de su marido para que él la castigase a su antojo. Pero Menelao, deslumbrado por la hermosura espléndida de Helena, dejó caer de sus manos el fue- te serenador de los hogares, y doblando la rodilla real adoró a la hija del Cisne. En vez de azotarla le besó el sonrosado trasero luminoso.

—¡Cochino! —le dijo Helena, asqueada. Pero se acordó de aquel perro y le buscó los ojos a su esposo. No brillaban, no ardían, no había divinidad en ellos—.

Ni para perro sirves, Menelao —dijo Helena con la frialdad extrema del desprecio.

*Paris
llega a
Esparta.*

Esa vez Menelao lloró, pero pronto la sal de la brisa marina cubrió la sal de sus lágrimas. Lejos del hogar estaba, rumbo a Creta donde tenía concertado gran negocio, cuando llegó Paris Alexandros a Esparta. Helena le hizo los honores del palacio real.

ODA

ESTROFA

¡SALID, salid de las moradas, salid a ver al príncipe de Oriente que viste peplos de oro, calza sandalias de oro, y va con cingulo de perlas en la frente!

Dejó el ideo los lustrosos bueyes y las testadas vacas que guardaba, y a Esparta vino, para adorar a Apolo, con séquito de frigios sopladores de flauta, y es un amanecer de coloridas nubes su llegada.

Donde el Eurotas a la mar se entrega dando la dulce a las salobres aguas, allí dejó la nave de ancha vela.

¡Salid, salid de las moradas, salid a ver al príncipe de Oriente!

ANTIFESTROFA

¡Entrad, entrad a las moradas, entrad para no ver lo que acontece: la reina embelesada y el palacio rendido, abeja en red de araña que la mece!

*Fuga
de
Helena.*

Por el abrazo del extraño huésped dejó la reina el tálamo sagrado, se fue de Esparta al son de flautas frigias y lleva a sus doncellas bajo el encantamiento de ciega ensoñación que la chipriota vierte de su velo.

*Donde el Eurotas a la mar se entrega dando la dulce
a las salobres aguas, allí subió a la nave que la lleva.*

*¡Entrad, entrad a las moradas, entrad para no ver
lo que acontece!*

ÉPODO

*Por donde Helena va, por donde Paris, en la an-
cha barca, la luz del sol suaviza sus ardores y brilla
como luna en el lomo del mar, y el viento trae olores, y
acaricia. Saltan entre las ondas los delfines.*

MIENTRAS Helena se halagaba los oídos atenta a las razones que Paris Alexandros le decía, fijos sus ojos en los ojos ardientes del pastor, que le recordaban los ojos de aquel perro, los servidores del príncipe troiano allegaban las riquezas de Menelao, gran tesoro, y colocaban en el fondo de la cóncava nave los hermosos pebeteros de cobre, los altos trípodes bronceos, las alhajas gloriosas de oro y brillante pedrería, y los mantos de variada labor, y arrastraban, para llevárselas consigo a las moradas de Paris, en Troya, al otro lado del mar, a las mujeres sidonias que Menelao había traído a Esparta para que laborasen bajo las órdenes de Helena. Y cuando llegaron a Troya, de altas torres, Paris Alexandros entregó a su padre el tesoro de la raptada, y obtuvo para ella y para sí halagüeño recibimiento. Helena, para que el primer cariño de los suegros no se desvaneciera, se apretó a trabajar más que jamás lo hizo en Esparta, y sus esclavas no se daban descanso mientras brillaba el día, aumentando las riquezas que producían sus manos prodigiosas.

*Helena
en
Troya.*

Convite de guerra. Pero Menelao, de regreso en su casa de Esparta, rumió su amargura, y Agamemnon, su hermano, llegó a verlo, sabedor de la fuga de Helena, y no le dejaba de aconsejar venganza. Puestos de acuerdo, los dos Atridas enviaron heraldos de fuertes voces a los príncipes que en el palacio de Týndaro se habían conjurado para no tolerar impunidad a quien hiciera daño alguno a Helena o a su esposo, el juramento sagrado que juraron unánimes cuando el marido de Leda, por consejo de Ulises, les sirvió banquete de carne de caballo en Esparta, la ciudad sin murallas. Al recibirse el convite de guerra, en las casas de los príncipes helenos se recordó la historia de los Atridas y se hicieron fatídicos augurios del futuro de esa raza.

Historia de los Atridas. Tántalo. Recordábase a Tántalo, rey frigio, en su tiempo el más próspero y feliz de cuantos blandían cetro entre los mortales. Júpiter lo había engendrado en el vientre de la Abundancia, doncella mortal, pero a quien por su talante tantos hay que la consideran diosa. Ya hombre Tántalo, su ciudad se elevaba en la cumbre del monte Sípylo. Sus dominios eran ricos prados, abundosos en ganados y en espléndidos trigales que se extendían todo lo que un buen corredor recorre en doce días de jornada, hasta el monte Ida, donde comenzaba el dominio de Téucer, y hasta el Proponcio.

Los dioses mismos se sentían agradados con la amistad de Tántalo, rey de opulencia divinal, y sentábanlo en la sala de banquetes del palacio del Olimpo, y le celebraban el ingenio y la listeza. Jamás otro mortal gozó de tan buena suerte. Pero el engreimiento le trastornó el juicio, y en su necesidad de poderío dudó de la superior grandeza de los dioses, para someter a prueba

cuya omnisciencia mató cruelmente e hizo pedazos a su propio hijo, Pélope epónimo, y les sirvió a los inmortales la carne del pequeño. No se engañaron los dioses y le castigaron terriblemente la soberbia presunción, arrojándolo del mundo. En los pálidos campos subterráneos del Hades, rodea a Tántalo lo más apetecible que pueda concebirse —viandas, frutas, vinos—, pero todo huye y se deshace y desvanece cuando él, atormentado con hambre y sed, alarga el brazo para cogerlo.

Y a su hija, la dolorosa Níobe, a quien hubo en la Pléyade Taygete, le impuso el Destino suerte semejante. Bella como era, brillante más que las nieves vírgenes de los más altos montes, la buscó para esposa Anfión, el príncipe gemelo de Zethos, hijos de Júpiter ambos, habidos en la desdichada Antíope a quien el dios violó. Pero primero es de saber que Nictéo, padre de Antíope se gloriaba de la belleza de la princesa, y hasta la morada de Júpiter llegó noticia alada de la alegría en Tebas que el ilustre mortal había en la hermosura de su hija, para quien buscaba príncipe, ansioso de tener ilustre descendencia, con lo que Júpiter se encendió en deseo, y en apariencia de Sátiro, peludo de muslos, hirsuto de barbas, con retorcidos cuernos en la frente, asaltó a la doncella y la poseyó, y ella, temerosa de la cólera de su padre que vería burlada su ambición de hermosos nietos, huyó a Sicyone donde el rey Epopeo la recibió y la tomó por esposa.

*Historia
de
Antíope.*

En vano le hizo guerra al sicyoneta el poderoso Nictéo, que murió sin recobrar a su hija, pero Lyco, hermano suyo, heredó con el trono de Tebas la reyereta, y asoló a Sicyone, y recobró a Antíope. Prisionera de su tío iba la desgraciada, cuando, fatigada de subir

el Cytherón, se echó en el rudo suelo en Eleuthere, y dio a luz a los hijos del soberano de los dioses, Anfión y Zethos, y ambos niños quedaron abandonados en el sagrado monte cuando la madre siguió por fuerza en el camino de su esclavitud hasta ser entregada a Dircé, la esposa de Lyco, mujer altanera y nada temerosa de los dioses.

Zethos Apolo irreprochable crió a esos hijos de Júpiter,
y
Anfión. y a Zethos le enseñó a tender el arco y a empuñar la clava, pero a Anfión a tañer la lira y a danzar entre las divinas Musas. Y cuando para celebrar el festival de Baco libertador Dircé fue al Cytherón, los gemelos hijos de Antíope, iluminados por el dios justiciero, echaron mano sobre la bacante cruel y la ataron a los cuernos de prodigioso toro y los miembros despedazados de ella regaron el campo de la nocturna fiesta, fatal para los malos. Sobre Tebas cayeron entonces los mancebos y la tomaron y la destruyeron y la volvieron a edificar, juntando Zethos grandes rocas, con esfuerzo que le bañaba de sudor, y tañendo Anfión la divina lira a cuyo son las piedras se alineaban y se colocaban unas sobre otras en orden maravilloso, alzándose en firmes muros inexpugnables. Cuando la ciudad estuvo reconstruida, con puertas más hermosas que las que tenía antaño, Anfión quiso tener descendencia y tomó a Níobe, la hija de Tántalo, por esposa.

*Reedificación
de Tebas
griega.*

Historia Níobe la nívea le dio abundancia de hijos y de
de hijas. Los dioses mismos celebraban su fecundidad. Y
Níobe. cuando Anfión quiso establecer, en honor de Apolo redentor, el culto a Letona, la madre del dios, a Níobe el orgullo maternal la volvió necia así como a su padre lo había vuelto insolente el paternal orgullo.

—¿Por qué a Letona y no a mí quieres, oh Anfión, que se venere en tu ciudad? Mira que yo dieciséis hijos te he dado, y dieciséis hijas, porque soy fecunda en realidad, en tanto que Letona, con haberse acostado con Júpiter y todo, sólo dos criaturas pudo tener, Apolo esplendoroso y su hermana la Cazadora.

Diana y Apolo no sufrieron la afrenta hecha a su madre por la deslenguada reina. Tendieron ambos los arcos y soltaron las estiradas cuerdas, disparando violentas flechas que sonaron con alarido de rabiosos lobos al romper el éter sacrosanto, y cayeron sobre los hijos y las hijas de Níobe. La sangre de estas víctimas del demasiado orgullo de su madre corrió, junto con las lágrimas de Níobe, como corren de los altos montes las nieves derretidas. Ni había quien diese sepultura a los hijos de la castigada reina, hasta que los dioses se apiadaron de ellos y los enterraron, y Júpiter trocó a Níobe en blanca roca. Aun así el dolor no la dejó jamás.

Pero cuando el funesto banquete que hizo Tántalo para probar, ¡oh insulso!, la sabiduría de los dioses, Mercurio recogió los pedazos del cuerpo de Pélope y los juntó de nuevo, artificiosamente. Sólo faltaba un pedazo de hombro, y Vulcano, el orfebre, se lo repuso de marfil, y en el Olimpo, mimado de los dioses inmortales, se crió el hijo de Tántalo, y cuando ya fue de edad para desear mujer, Pélope se enamoró de Hippodamia, la preciosa hija de Enomao rey de la Élide.

*Banquete
de
Tántalo.*

Enomao había prometido la mano de su hija a quien lo venciera a él en carrera de carros. A Neptuno le rogó Pélope entonces y Neptuno, criador de hermosas bestias, le dio tronco de caballos alados. Pero, para más afirmar su victoria, Pélope le prometió a Myrtilo,

escudero de Enomao, hermoso premio, un trípode de bronce de gran valor, si traicionaba a Enomao, su rey, y Myrtilo, por creer en la fe de Pélope, burló la que le debía a su señor, y quitó las pezoneras de hierro fuerte de las ruedas del carro de Enomao, que él cuidaba, y las sustituyó en los ejes por piezas de cera, de modo que en la carreta, al coger velocidad, se abrieron las ruedas mal sostenidas y se volcó el carro y arrojó a Enomao con violencia contra la ingrata tierra.

Myrtilo. A Myrtilo no le dio Pélope recompensa ninguna, porque a los traidores nunca se les paga si no es en anticipo de su traición, y para borrar toda huella de su soborno lo despeñó al insondable mar desde alta roca de promontorio. Allí Mercurio, que era el padre del desdichado Myrtilo, recogió sus restos y los trocó en hermosa constelación para adorno del luminoso cielo, porque a los padres les es dado que todo le perdonen a los hijos.

Hippodamia y sus hijos. Casó Pélope entonces con la hermosa Hippodamia, y engendró en ella dos hijos varones, Atreo y Thyestes. Pero lo aburrieron los abrazos de la esposa y llegó a detestarla porque la voz de ella tenía a veces dejos de la voz de Enomao, cosa que le provocaba disgusto. Fuera del hogar engendró Pélope un tercer vástago a quien amaba mucho, Crýssipo de cabellera de oro. Hippodamia y sus hijos no pudieron sufrir de grado el menosprecio de Pélope, y para herirlo en lo más tierno asesinaron a Crýssipo, y no ocultaron su crimen, y fueron arrojados de la Élida cuyo trono Pélope había ocupado cuando casó con Hippodamia huérfana.

La esposa asesina y sus fraticidas hijos hallaron hospitalario abrigo en Mycenas, en el palacio de

Esthenelo, el hijo de Perseo, y allí habitaron hasta que Eurystheo, que los albergaba, dejó vacante, al morir, el trono pérsida, y Atreo se erigió en soberano de Mycenas y construyó altas puertas, guardadas por leones tallados en roca, para defensa de la ciudad. Quiso entonces Thyestes compartir con Atreo la majestad real, y su hermano nada deseoso de esto con finos modos lo expulsó del reino. Fingiendo igual cariño entonces se llevó consigo Thyestes a Pléisthenes, el menor de los hijos de Atreo, habido secretamente en grave incesto, y lo crió en el exilio como hijo propio, y por cuanto modos le inspiraba su sagacidad perversa le infiltró odio insaciable contra Atreo, y lo adiestró en el manejo de la espada. Cuando llegó el mancebo a edad de portar armas, Thyestes lo envió a matar al rey, su propio padre.

Atreo.

Ambición de Thyestes.

Pléisthenes se presentó en el palacio de Mycenas, portador de rama de laurel, y cuando Atreo lo llamó a su lado para brindarle la hospitalidad ordenada por Júpiter, Pléisthenes se negó a tomar la copa que el huésped le ofrecía, y de entre los pliegues de su manto sacó espada reluciente y atacó a Atreo. Pero el vástago de Pélope era el más fuerte, y asiendo del brazo a su hijo le arrebató la espada y con ella misma le dio terrible muerte, porque no lo reconoció, atravesándole primero el hermoso cuello y luego el pecho y las entrañas.

Historia de Pléisthenes.

Lavaron los esclavos el cuerpo del extranjero, para darle sepultura, y el más viejo de ellos, que había servido desde cuando Pléisthenes había nacido, y que había tenido a su cuidado al niño príncipe, reconoció al hijo de Atreo, y cuando Atreo supo que había dado muerte a su propia carne, doblemente cara por ser fruto de incesto, juró venganza amarga, pero primero alzó alarido de lamento y vertió largas lágrimas.

Entonces envió heraldos a su hermano con razones tiernísimas, llenas de falsedad, y lo atrajo a su lado, y le decía:

Añagaza de Atreo. —Reconozco que tú eres mejor que yo, oh Thyestes, porque yo he muerto a mi propio hijo, mientras que tú a los tuyos los amas y los cuidas.

—En efecto —le respondió Thyestes—, más cara es para mí la tierna prole que mi vida propia, y antes prefiero sufrir horribles males que ver sufrir a éstos el más leve dolor.

Así se jactaba Thyestes, pensando que profundamente hería a su hermano con semejantes razones. Pero Atreo, madurando su venganza, se gozaba de oírlo.

Dos clases de deidades. —Consuélate —le decía Thyestes—, porque no con mucho lamentarte podrás devolverle la vida al desdichado Pléisthenes. ¿Qué divinidad infernal lo habrá poseído cuando quiso, como dices, matarte a ti que lo engendraste? Hay dioses de la luz, aquellos que nuestra familia ha tenido siempre como amigos, pero también hay deidades infernales que jamás se cansan de inventar y suscitar perversidades. Pero vamos, ahoguemos en vino tu pesar, y que Baco te sea propicio.

—¿Crees que la fiesta me aliviará el dolor? —preguntó Atreo.

—Para eso instituyeron los divinos dioses los festines —respondió Thyestes.

—¿Pero será hogareño convite o banquete solemne, oh Thyestes, el que tú me aconsejas? ¿Prenderemos las antorchas, invitaremos convidados, y descolgarán los cantores las cítaras, y medirán sus pasos

las danzarinas en baile de coro jubiloso, o privadamente, solos nosotros, los de casa, asaremos un cerdo de medio año y después de comerlo haremos libaciones a los dioses locales y probaremos el endulzado vino en mesuradas copas?

—¡No! Por Júpiter —respondió Thyestes—. Alumbremos la casa hasta que, como el día, resplandezca con fragantes antorchas, y cítaras y flautas y alegres coros viertan júbilo que disfruten los amigos de la casa, y tú sacrifica toros a los dioses, y dispón que nos sirvan en hermosos platonos de reluciente plata las carnes más sabrosas del cerdo, y ordena que corra el vino como conviene a la liberalidad de ilustres reyes.

—Así será —dijo Atreo—, y tenga yo consuelo y regocijo de ello.

Dispuso el rey el festín, y Thyestes se vanagloriaba de tener dominado a su hermano. Pero Atreo escondidamente dio muerte a los pequeños hijos de aquél, halagándolos con golosinas hacia sí, tomándolos luego por los tiernos cuellos y apretándolos hasta ahogarlos, y les cortó la tierna carne en lonjas como se corta la carne de los puercos, y en manteca de cerdo coció la humana vianda. Cuando todo estaba dispuesto en el festín, hizo que le sirvieran a Thyestes el plato con la carne de sus hijos.

*Banquete
de
Atreo.*

—Feliz estoy —dijo entonces Atreo—, feliz, oh Thyestes, y así anhelo que lo estés tú también. En verdad que Baco es misericordioso y el vino hace olvidar las penas. ¿Qué te parece esta carne?

—Deliciosa, Atreo hermano —respondió Thyestes—. Me dirás después si no fue con leche que criaste a este marrano.



—Eso, Thyestes regocijado, lo sabrás tú mejor que yo —dijo secamente Atreo.

—No te comprendo —repuso Thyestes— Sea ello como fuere, exquisito es el plato.

Y haciendo éste y más elogios, seguía engullendo la delicada carne, revolviendo la vasija con la diestra mano, hasta que en el fondo halló, medio cocido, un pie de niño, y lo examinó aterido, y reconoció que era de hijo suyo, y llamando a sus hijos por su nombre en alta y descompuesta voz se levantó gritando. Y Atreo entonces dijo:

—Responderán, oh Thyestes, si por ventura eres ventríloco, porque los has engullido.

Hacíase ya tarde. El banquete había comenzado al mediodía. Horrorizado el Sol acertó la rienda a sus corceles, y los hizo retroceder, espantado de haber visto su luz venganza tan terrible.

Thyestes lanzó tremebundas maldiciones a toda la raza atrida, y huyó a Epiro donde el rey Thesproto le brindó ayuda, y allí creció el único hijo que le quedaba, Egistho, y cuando Egistho fue de edad para estirar el arco, llegó a Mycenas sigilosamente y desde lejos lanzó barbada flecha sobre Atreo, y no erró el disparo sino que lo hirió en el corazón, vengando así la muerte de sus hermanos y la afrenta hecha a su padre. Y se hizo soberano de Mycenas el hijo de Thyestes, pero los hijos de Atreo, Agamemnón y Menelao, se ampararon en la fuerza de Týndaro en Esparta, y Agamemnón asumió el trono de Argos mientras que Menelao residió en Esparta y heredó el cetro del marido de Leda.

*Muerte
de Atreo
y maldición
de
Thyestes.*



Y ahora, raptada Helena, en Esparta y en Argos se aceleraron los preparativos de guerra, pero se recordaba la maldición de Thyestes.

ULISES fue el alma de la empresa. A él el primero se dirigió Agamemnon y nada letrado de entendimiento el itacense vio oportunidad gloriosa para ganar riquezas y atesorarlas en su palacio. Pero Penélope la hija de Icaro, su esposa, no era de su acuerdo.

—Cuando me casé contigo, Ulises —le decía Penélope—, creí en tu prudencia y se alegró mi corazón. Otros príncipes eran más bellos que tú, y todos más ricos, y con alguno de ellos pude haberme unido en los lazos —¡oh Hymen, Hymen!— que Juno santifica, pero me juzgué la más feliz de las mujeres cuando pediste mi mano, porque reconocí en ti un hombre amado de los dioses que estrecharía su vida con mi vida y me haría dichosa más que de común lo son las mujeres mortales. ¿Por qué ahora, pues, quieres separarte de mi y lanzarte en aventura arriesgada? Jamás te sedujo la tentación de cazar leones, ni jabalíes, ni robar vellocinos, ni degollar dragones, ¿y vas a entregarte a feroz guerra por una mujer a quien pretendiste, es cierto, pero a quien dejaste de pretender antes de conjurarse los demás príncipes que ambicionaban acostarse con ella?

*Razones
de
Penélope.*

—No haya, oh Penélope —respondió Ulises—, dos albedríos en nosotros que desde que probamos la dulzura del beso nupcial hemos tenido una sola voluntad. Mi abuelo tuvo dificultades sinnúmero que vencer, viéndose en la disyuntiva de pedir limosna pública o robar, y lo primero le hubiera oscurecido el nombre para

siempre y lo segundo le hubiera acarreado la malquerencia de los inmortales dioses. Se aguzó el seso entonces Autólico sagaz y halló manera de que le dieran sin humillarse a pedir, y de pillar sin que llegara a robo su rapiña, valiéndose en todo de la gracia, pues por quien les cae en gracia los príncipes, ellos mismos, roban a sus pueblos. Y Laertes, mi padre, me transmitió la virtud del astuto Autólico, y me enseñó a ser industrioso y despabilado y a valerme yo mismo por la astucia en todo aprieto. Mi palacio lo levanté solo, gimiendo bajo el peso de las enormes vigas. El tálamo que me has endulzado lo labraron mis manos, que tú ves encallecidas, y la barca de hondo calado y anchas bancas para dar asiento a los remeros, yo también me la hice. Divinidad ninguna me dijo jamás, “Alégrate, oh, Ulises, porque he movido a tales y cuales hombres a elevar insigne trono para ti y darte tributo y a venerar tu majestad”. No, sino que, valido de sólo mi elocuencia, convencí a los pueblos que rijo de la mutua conveniencia de ser yo rey, súbditos ellos, y mi trono lo tallé con estas manos. Empero no me olvidé jamás de venerar a los dioses, y don que los dioses me otorgan juzgo que es esta guerra contra Troya, porque los inmortales suelen juntar muchos problemas y hacer que un único suceso los resuelva todos, el castigo para unos, el galardón justamente merecido para otros. En falta ninguna he incurrido, por lo que no temo pena que los dioses me deparen, antes al contrario ahora resplandecerá mi nombre, y volveré al hogar, que dejo en tu custodia, trayendo buena parte del abundoso botín que ha de rendirnos la ciudad de Príamo. Porque si bien Helena vale más, no es tanto Helena la causa de esta guerra como el tesoro que Paris Alexandros se llevó del palacio de Menelao con la raptada reina. Ni es injusto

*Autólico.**Laertes.**Piedad
de
Ulises.**Motivos
de la
guerra.*

que quienes se exponen por causa de justicia, requieran, junto con recobrar lo robado, el tesoro del culpable. Por otra parte, quien como yo no reina en rica tierra ni tiene manadas incontables de ganado, difícilmente, excepto en fortuna de guerra, acrecienta sus caudales, y creo que los dioses permiten que los hombres se revuelvan en horrísono torbellino de batalla para dar ocasión de hacerse ricos los valientes. El trabajo sólo rinde medianía, cuando la suerte es favorable, y nadie enriqueció con su sólo trabajo. No quieras que deje pasar la oportunidad de hacer próspero a mi heredero.

Penélope agachó la cabeza en señal de sumisión, y abrazó fuertemente al pequeño Telémaco, su hijo. Y Ulises abandonó el parco y frugal hogar isleño y se dirigió a convencer a Aquiles, a quien buscaba y no hallaba en parte alguno el soberbio Agamemnon.

Porque Thetys, la diosa, cuando nació el hijo que engendró en ella Peleo, quiso que fuese inmortal, y se abrazó a las rodillas de Júpiter en ruego ardientísimo de madre, y Júpiter le concedió que Aquiles fuese invulnerable.

*Historia
de
Aquiles.*

—Empápalo en las aguas del Leteo —dijo el soberano de los dioses—. Ellas le impartirán a su piel la virtud de rechazar dardo o flecha o golpe de mazo o de puño o de espada, que pudiera quebrantarle los huesos o magullarle la carne o desgarrarle los delicados órganos vitales.

Tomó Thetys, la de divinos pies, al infante, y lo zambulló en la virtuosa linfa teniéndolo agarrado de un talón, sin reparar en que, donde sus dedos lo asían, el agua no lo mojaba. Y al mozo Aquiles fue Quirón quien lo educó, el maestro de Hércules, pero cuando llegó a

edad de hombre, Thetys preguntó al oráculo cuándo moriría su hijo, y el oráculo respondió que después de Héctor, el hijo de Príamo rey de Troya. De manera que al saber la diosa que los Atridas se empeñaban en sitiar la ciudad que Ilo había fundado, temió por su hijo y lloró abrazándolo y lo indujo a rehuir el cumplimiento del compromiso jurado cuando pretendía a Helena.

Engaño de Thetys. Vistió Thetys a Aquiles con ropas de doncella, y como él era bello y lampiño y de brillante cabellera, doncella parecía, y en la corte de Lycomedes, rey de Esquiro, escondió la diosa al héroe, en los aposentos de las mujeres, donde con manos diestras movía la rueca alegremente. Pero allí lo halló Ulises sagaz. Arrojando una manzana al regazo del disfrazado varón miró cómo cerraba las piernas para cogerla, siendo que por instinto las mujeres las abren para que lo que se les arroja les caiga en el regazo.

Rubor de Aquiles.
Los myrmidones. Cuando Aquiles se vio descubierto más que nunca pareció doncella, tan hermoso se puso al sonrojarse, pero no se negó a ir en contra de Troya. sino que alegremente se aprestó para cruel guerra juntando fuerte ejército de sus súbditos vestidos de negro capotín y a quienes por eso y por su abuelo apodaron myrmidones, que es decir hormigas.

—Pensabas escaparte —le dijo Ulises riendo.

—Consentía a mi madre, que es llorona —le replicó el Pelida—. Y por lo demás, no es de mi agrado ir al rescate de Helena en el montón, sino que solo quisiera ir y ganarla yo solo. Pero ya que me descubriste, oh astuto Ulises, vamos sin tardanza adonde vayan todos y buena suerte nos acompañe en esto.



Luego Ulises convenció a Áyax Telamónida, descendiente de Eaco como Aquiles, y al otro Áyax, el locriano, y a Néstor, caballero de Pylo, prudentísimo varón cuyos consejos escuchaban todos los helenos reverentemente, y a Diomedes de Sicyone, y a todos los que se habían juramentado y a muchos más que no obligados de ese modo creyeron, sin embargo, que la aventura era digna y sería fructuosa. Pero en esta labor preparativa se emplearon diez años, largos y penosos para Helena a quien el blando Paris Alexandros no llenaba. ¿Quién podrá decir el dolor de la reina?

*Helena
insatisfe-
cha.*

EN ÁULIDE se reunieron los caudillos, para partir juntos contra de Troya, pero recia tempestad les impedía zarpar.

Crecíanse prodigiosamente las olas encrespadas y amenazaban con llegar hasta donde las barcas estaban, sobre la ancha faja de arena que es el cinto del mar, y arrebatárlas y hundirlas. Calcas, entonces, el adivino grave que había de morir de risa, sacerdote de Diana, la terrible cazadora, hombre terco a quien Agamemnon llevó de Megara prometiéndole erigir a la diosa santuario que fuese renombrado, consultó en las entrañas de las víctimas y haciéndose escuchar por toda la hueste, habló y dijo:

*Calcas
adivino.*

—Oíd vosotros todos, que la diosa que se corona con la luna creciente y rige las mareas del mar exige que le sea sacrificada doncella hija de rey, de otro modo no zarparán las barcas porque ella no dará una marea propicia.

Turbáronse los hijos de Atreo, Agamemnon y Menelao, porque eran los únicos de la armada de rango real a la vez que padres de princesas, Menelao de Hermione, de dulces ojos, y Agamemnon de Ifigenia y de Electra lindas una y otra.

*Dolor
de Agamemnon.*

Como cuando un labriego fatigado se echa en pleno bosque a descansar, y el sueño le cae en los párpados y lo domina, y acontece que una sierpe, en frío de su cambio de piel, halla grata la tibieza del hombre y se le enrosca en el cuerpo, y el hombre siente ahogarse, y despierta, y la sierpe entonces azorada lo suelta y el hombre respira, así se había sentido Agamemnon con el dolor de padre que le apretaba la garganta, hasta que una idea le llenó la mente, que fue para él como el despertar de pesadilla, y respiró hondo, y volviéndose hacia donde su hermano estaba sumergido en pesar, le habló y dijo:

—Me duelo por ti, oh Menelao, porque te toca perder a la hija para recobrar a la madre. Así es evidente que lo quiere el Destino.

*Discurso
de
Menelao.*

Pero Menelao volvió en sí, se le quedó mirando con fieros ojos y respondió:

—Ponerte a salvo quieres, oh Agamemnon, y por eso de la tribulación de tu alma lanzaste las palabras que todos, no sólo yo, hemos oído. No eras tú de los príncipes conjurados de antemano para esta empresa, pues nunca fuiste pretendiente de Helena, hombre casado que eras. A nosotros te has sumado para obtener el mando de todo y sobresalir entre todos como sobresalen Júpiter el soberano de los dioses entre los inmortales y el toro patriarcal de alto testuz en medio a la

manada. Satisfaces así tu avidez de poderío, pues no te anima el cumplir juramento sagrado ante los dioses. El mando que tienes sin duda que le corresponde a alguno de nosotros, amado de los dioses, a Idomeneo, quizá, el príncipe cretense cuyas ochenta barcas son las más hermosas de la armada, o a Diomedes semejante a un dios, o a Aquiles hijo de una diosa, no de las deidades menores del Olimpo sino de Thetys, divinidad del mar, por quien el mar se ha embravecido viendo que no le ha sido dado el mando a él, y a ruego de Thetys la casta Diana estará airada junto con los demás inmortales que nada hacen para favorecerte. Conviene, pues, que quien esta pérdida de hija sobrelleve, seas tú. Honor ninguno se logra, grande como el que ambicionas, sino a costa de la propia sangre. Paga, pues, por el honor que te hemos concedido de mandar la numerosa hueste. Por otra parte, considera y consideren todos que el fin de las guerras es incierto. ¿Quién dirá si Helena vive aún, o si la recobramos? Tú tienes esposa, la obediente Clytemnestra, a quien, marido duro, le quebrantaste la índole altanera reduciendo su natural a mansedumbre, y tienes dos hijas y un hijo. Yo, en cambio, sólo a Hermione tengo, de tiernos años. Y si se me dice que por mí vais todos a pelear, atravesando el mar en las cóncavas naves para lanzaros sobre Troya riquísima y saquearla, os digo que antes vais, unos de vosotros, por cumplir lo jurado, compromiso no contraído para conmigo sino que para con los dioses, y a los demás os pica el amor de la pelea y el ansia de gloria y la codicia de botín cuantioso, cuando no os empuja la vergüenza de no parecer hombres. Por esto los hombres van a matar y a que los maten. Saqueada Troya no me diréis, por cierto: “Ea, Menelao, toma tú todo este tesoro, que para

Costo de los grandes honores.

Ambición de los guerreros.

enriquecerte vinimos solamente”. Ni el honor que logremos lo habré yo solo. Dejadme, pues, a mi hija.

Vertía tristes lágrimas Menelao apelando a un tiempo a la razón y al corazón, y conmovía a todos.

La tempestad en tanto no amainaba. Crecía la marea y lamían las lenguas de las estrepitosas olas las quillas bronceínas de las tendidas naves, como queriendo devorarlas.

Habló entonces Ulises, semejante a Júpiter en prudencia, varón de suave y lisa lengua, el más persuasivo de los griegos.

Discurso de Ulises.

—Muchas fueron las razones de Menelao —dijo—, como sin duda muchas fueron también las emociones que le embargaban el ánimo. Una razón, empero, debiera convencerte, oh Agamemnón. Que dudoso es ciertamente el fin de toda guerra, y hasta los mismos dioses ignoran quién vencerá. Considera cuánto príncipe guerrero salió orgulloso, antes de ahora, en orden de batalla, seguro de victoria, marcialmente, ordenando a sus llorosas hijas alegrarse, prometiéndoles botín de gran valor para sus dotes, y la suerte le fue adversa por más que su valor era como el de cien leones, y no volvió jamás a su amada patria, y en su hogar se enseñoreó la pobreza que se ceba en el honor de las casas, y sus hijas por hambre se vendieron a la lujuria de mercaderes ricos. Piensa en esto, y en si no será clemencia más bien que crueldad, misericordia mejor que inhumano sentimiento, que a Diana sacrifiques doncella a tu hija mayorcita y con el corazón en paz nos conduzcas a todos hacia Troya. No habrá entonces quien se atreva a poner en duda que eres entre todos el primero,

Incertidumbre de las guerras.

a quien debemos respeto y obediencia, porque ya ves que hay quienes te disputan el derecho del mando.

Pero como hombre que se ahoga y que de endeble tabla que ve flotando se agarra para no hundirse, como cree, así Agamemnon replicó de esta suerte, diciendo:

—Lo difícil está en convencer a Clytemnestra, porque no es cierto, Menelao hermano, que le haya quebrantado la soberbia.

Urdió entonces el sagaz Ulises un convincente plan, y fueron al instante a Argos los ilustres heraldos, mensajeros de Júpiter, con recado para la reina de enviar a Ifigenia sin demora para desposarla con Aquiles. Y Clytemnestra se alegró sobremanera de saberlo y con sus propias manos atavió a la princesa con ropaje de novia, y la dulce doncella no hallaba más palabras que las de “Aquiles, mi novio, mamacita”, porque la emoción la enmudecía y la ahogaba el recuerdo, ni supo que era engañada hasta que, tendida en el ara frente al furioso mar, vio brillar sobre ella el filoso cuchillo sacrificador en mano de su padre.

Engaño de Ifigenia.

Abrió el terror desmesuradamente los ojos de Ifigenia y le arrancó del pecho agudo grito. Oyó la diosa cazadora la queja suprema de la víctima y se llenó de compasión y la tomó en sus brazos dejando en su lugar hermosa cabra. Sobre la cabra cayó el cortante golpe del bronce que Agamemnon blandía.

Salvación de Ifigenia.

Voló la diosa, invisible para los ojos de los hombres, y se llevó a Ifigenia a la distante Táurida salvaje y la ordenó sacerdotisa suya. Calmó la tempestad, y los aqueos gozosos empujaron las naves al mar e izaron las anchas velas y enderezaron las elevadas quillas hacia la



Tróade donde, en la ciudad de Príamo, en palacios suntuoso, Paris Alexandros hallaba frío el lecho de marfil de Helena, la hija del Cisne.

Egistho. Pero Egistho, el matador de Atreo, corrió a Argos, y le reveló a Clytemnestra cómo Agamemnon la había burlado sacrificando él mismo con sus manos a Ifigenia.

Tra-
bajosa
guerra. EN DERREDOR de la fornida Troya, sobre los vastos llanos que barría sin cesar el viento, y cabe los términos del mar en las playas de maciza arena donde innúmeras barcas de negro casco y dorados palustres, inmóviles en seco, apuntaladas por gruesos trozos de madera, relucían en el sol, y alrededor de las picudas tiendas enfiladas donde las mujeres, botín de guerra todas, se atareaban con hogareñas labores que jamás daban descanso, los guerreros de uno y otro bando luchaban día a día, fatigados en el alma por la guerra inacabable, hediondos de sudor. Y en el aire había pestilencia de carroña, cara a los buitres que graznando revolaban en bandadas, olor dulzón cuando algún cadáver era disputado para quitarle las armas o para haber por él rico rescate, y día y noche y otro día y otro peleaban los troyanos y aqueos, mientras la sangre del ilustre muerto se secaba en su redor y el mosquerío negro le cubría la cara y la hediondez se esparcía en largo ambiente.

Faccio-
nes de los
dioses. Subía al alto cielo la fetidez de la guerra, de manera que a los mismos dioses enloquecía el mal, dividiéndolos en bandos, llenos de odio entre sí y para con estos o con aquellos mortales. Venus era la natural aliada de la ciudad de Príamo. Minerva y Juno le achacaban la

guerra. Por ella Paris Alexandros había abandonado en las praderas al pie del Ida las reses que guardaba y tomando nave hermosa había zarpado rumbo a Grecia a la desembocadura del Eurotas, y de allí había seguido a pie en son de ir a venerar en Amyclæ el santuario de Apolo erigido sobre la tumba de Jacinthos. Paris se detuvo en Esparta, y en el palacio de Menelao rey Helena le había hecho los honores debidos a los huéspedes ilustres. Entonces Venus recubrió a Helena con su velo de engaños, alumbrándole los ojos para que no viera en Paris sino el reflejo del anhelo de sí misma, de manera que Helena le vio al hijo de Príamo el sagrado furor que de niña la había dominado, y nada supo más sino que en la ciudad de Príamo encendían para ella las antorchas olorosas y Hécuba y las hijas de Hécuba casadas y las nueras de Hécuba, Andrómaca la primera de todas, la conducían —¡oh Hymen, Hymen!— a tálamo colgado de ropones magníficos. Pero además Minerva, porque muchos de los héroes que fueron contra Troya le eran gratos, tramaba de continuo la manera de que la ciudad cayese en manos de los sitiadores, sus amigos.

*Ilusión
de
Helena.*

—Con apropiados sacrificios aplaca tú, mujer —le dijo Príamo piadoso a Hécuba la reina—, la cólera de la hija de Júpiter.

Y Hécuba obediente le respondió diciendo:

—Mas que a diosa alguna, oh Príamo, le son caras las ropas a Minerva. Le ofrendaré el más precioso manito del tesoro real.

Descendió a los sótanos del torreado palacio la prestante reina, madre de héroes, y entró en la cámara abovedada donde se guardaban los tesoros de Troya y

*Ofrenda
a
Minerva.*

escogió entre los mantos de divinal labor que diestras manos de tejedoras sidonias habían labrado y que Helena había llevado consigo cuando huyó de la casa del esposo. Hécuba tomó el más hermoso, el más brillante, y fue a ofrecérselo a Minerva en sacrificio de llamas. Pero antes se lo mostró a Príamo y Príamo llamó a sus consejeros del senado troyano para que vieran y admirasen la suntuosa ofrenda, y entre ellos se mezcló, disfrazada de senador, la diosa portadora de la égida, y pensó y dijo:

Consejo de Minerva. —¡Cómo, oh Príamo, ciega la riqueza a los mortales! Acepto le sería a la virgen diosa el espléndido sacrificio que Hécuba va a hacerle, si fuera labor de Hécuba y de sus hijas y de sus doncellas. Pero ésta es prenda robada, habida junto con Helena, y mejor que acudir en esta forma a la deidad justiciera, debieras, rey, devolverle su mujer a Menelao y que haya paz en Troya.

Incomprensión de Príamo. Quiso el Destino que Príamo no entendiese que era la diosa misma quien le hablaba, porque el fulgor de la preciosa prenda, el manto que Hécuba iba a sacrificar, le había cegado, tan fácilmente los tesoros materiales empañan la visión de los hombres, aun de los más poderosos. De manera que dominando la ira que la reconvención le había encendido, porque las palabras de la diosa le habían llegado a la parte más suave y más sensible de la conciencia, alzó Príamo la voz y dijo:

—Malo es, oh ancianos, compañeros de mi abolida juventud, que haya más de un rey, porque entonces los consejos divididos destrozan la defensa de la ciudad. ¡No debéis contrariarme! Por otra parte, en esta guerra, son, creo yo, mis propios hijos los que pelean

para la gloria de todos los troyanos, y los aliados han venido por voluntad propia, también en busca de provecho y no a sacrificarse por sólo el amor que nos tienen. Y no negaré que haya sido malo robarle Helena al rubio Menelao y traer a Troya, con ella, los tesoros que el burlado marido había acumulado, empeñada su vida en amasar caudales sin darse reposo para gozarlos. La experiencia me ha enseñado que hombre o pueblo que posee riqueza que no sabe gozar, pierde el derecho a ella a favor de quien la necesita y sabe usarla, y así a los civilizados les es dado arrebatárselos a los que no lo son los recursos que aquellos no pueden explotar y que estos codician, con lo que se forman los imperios. Por eso vosotros todos celebrasteis la hazaña de Paris cuando creísteis que pasaría impune. Sólo yo tuve temor de ello y ahora no hallo modo ni manera de ponerle remedio, pues sería vergüenza arrepentirnos. Pero sabed que Aquiles, el ínclito hijo de Peleo, se ha retirado del combate, porque Agamemnon en demasía de su índole altanera ha querido humillarlo, y los nuestros están a punto de llegar hasta las naves a prenderles fuego para cortarles la retirada a los aqueos y que podamos degollarlos, pues faltándoles Aquiles son más débiles sus fuerzas que las nuestras.

*Tesis imperia-
lista.*

Entonces la diosa, en guisa de senador troyano, respondió a Príamo diciendo:

—Amado de los dioses eres, oh Príamo, porque la piedad de tu hermana hubo del propio Júpiter, el que da el cetro y la corona a los ilustres reyes, cariño para ti y para tu ciudad, y la hija de Júpiter, Minerva, de ningún modo la última de las inmortales que habitan en el alto Olimpo, también te favorece y favorecerá a tu ciudad

El Paladio. mientras en el templo guardes el Paladio que atestigua su amistad. Pero neciamente has hablado para acallar mis razones, porque te digo que en verdad es malo haber imperio un pueblo sobre otros pueblos, o cualquier forma de dominio y señorío que no sea la que por la voluntad de los gobernados ejercen los que gobiernan. Pero una vez que el imperio se ha creado difícil es soltarlo. *Tesis democrática.* No creerán en nuestra amistad los pueblos a quienes hemos hecho daño, sino que nos considerarán caídos en debilidad y pretenderán tomar venganza. Si, pues, no estás dispuesto a devolver a Helena, por no sufrir la humillación de la derrota, no pierdas más el tiempo y ve y alienta y da ánimo a tus hijos y a tus aliados para que presionen fuertemente contra los aqueos ahora que, iracundo, Aquiles se ha retirado del combate y lame y relame su rencor en la tienda que le guardan los oscuros myrmidones.

Ira de Aquiles. Porque Aquiles, con la pasión oculta que le inflamaba el corazón, era de índole intratable y odiaba cordialmente a los Atridas, y cuando Agamemnon pretendió ejercer sobre él el privilegio de los reyes, de dividir el botín entre los súbditos, y quiso quitarle a la cautiva Briseida, Aquiles se enfureció, y habiendo Agamemnon prevalecido en esto, se retiró del combate el hijo de Thetys que hasta entonces, porque sólo él peleaba por Helena, había sostenido sin contar con los demás y más que todos juntos fiero en la matanza.

Entre tanto, en el alto Olimpo congregados, sobrepujaron los dioses protectores de los aqueos a los inmortales antagónicos, y por su voluntad se pactó entre aqueos y troyanos que en singular combate se disputasen con sus lanzas Paris y Menelao la posesión de

Helena, para que si triunfaba el hijo de Príamo ella se le quedara, pero si ganaba Menelao le fuesen devueltos la reina y sus tesoros y de cualquier manera la guerra terminase.

Iris entonces, la de lindos vestidos, asumió la figura de Laodicea, la más rosada de las hijas de Príamo, y fue donde Helena de blancos brazos y la halló en su palacio tejiendo ancha tela de lino con bordes de púrpura, figurando con hilos multicolores los combates que los teucros y los argivos sostenían en guerra cruel. Habló la diosa y dijo:

*Helena
de
Troya.*

—Paris de dulces labios ardorosos y el belicoso Menelao que fue tu caro esposo en la lejana Esparta, combatirán en singular pelea, oh Helena. Ya miden las largas lanzas, y tú serás de quien venza.

Y así hablando la diosa le infundió dentro del corazón a la hija del Cisne un dulce deseo de su primer esposo y de su patria y de ver a su hija, y al oírla Helena con un velo transparente se cubrió el rostro y de su regío alcázar salió con presurosos pasos, e iba vertiendo lágrimas. Sus doncellas le seguían y con ellas llegó a la puerta Escea donde ya estaban reunidos Príamo y los eupátridas troyanos quienes, así que vieron acercarse a Helena, en voz baja unos a otros se dijeron:

*Nostalgia
de
Helena.*

—No tengamos a mal que los troyanos y los aqueos por tan bella mujer lleven diez años de terribles males sufriendo dura guerra. Pero por hermosa que sea, semejante a una diosa, vuelva ya a su país y no quede entre nosotros para ruina de nuestros hijos.

Mientras los ancianos hablaban, en secreto llamó Príamo a Helena por su nombre, y tiernamente, como

*Caridad
de
Príamo.*

los padres amorosos les hablan a sus hijas, le habló y dijo:

—Tú no tienes la culpa de mis males. En mi ancianidad yo te bendigo.

Pero los jóvenes odiaban a Helena, deponiendo, por saber que no podrían alcanzar sus favores, la dulce pasión que podía infundirles. Héctor mismo, el más ilustre de los hijos de Príamo, y el más oído en los consejos de la ciudad, no escondía su deseo de que jamás hubiera dejado la reina infiel la casa de su esposo y traído tan apremiante daño a Troya. Por ello, sin embargo, nunca a Helena sino a Paris increpaba sin cesar.

*Combate
singular
de Paris
y
Menelao.*

Ahora en ancho campo se enfrentaron los rivales, bellos como dioses, y Helena deseaba profundamente el triunfo de Menelao, y Menelao hubiera triunfado porque ya las piernas le flaqueaban a Paris, cansado de la rudeza del combate y de los formidables golpes recibidos, cuando Venus fácilmente —¡tanto puede una diosa!— lo arrebató por los aires y lo volvió invisible cercándolo de espesa niebla oscura, y al tálamo oloroso, donde humeaban gratos aromas, lo llevó y lo dejó asentado en el blando lecho y salió presurosa a buscar a Helena.

Asumió la diosa sonrosada la forma y la manera de una antigua esclava cardadora, de las que Menelao había llevado a su palacio, y halló a Helena en la torre sobre la puerta Escea, rodeada de matronas, y la tiró suavemente del velo, oloroso a néctar, y cuando Helena volvió el rostro Venus habló y le dijo en secreto:

—Paris quiere que vuelvas a tu alcázar. Allí acabo de dejarlo, sobre el ebúrneo lecho, más hermoso que nunca.

Pero Helena, al oír a la diosa, y comprendiendo de sobre quien le hablaba, sintió cólera terrible y fue presa de honda consternación, y respondiéndole le dijo:

—¿Es que deseas, oh cruel divinidad, seducirme otra vez? ¿Me quieres llevar ahora de la Frigia a la Meonia o a alguna otra gran ciudad adonde habita mortal favorecido tuyo? Mira bien que Menelao ha vencido en el combate. ¿No quieres que le siga? ¿Preparas en mi contra nuevo dolo? Si Paris te es tan caro, quédate tú en su morada, abandona los caminos de las deidades y no vuelvan a pisar tus pies el suelo de oro del Olimpo. En torno del amado, gime, llora, y en prolongada agitación no apartes de él la vista hasta que quiera hacerte o su esposa o su esclava. Pero a mí no me es dado compartir su lecho. Sería reprehensible, y las troyanas todas culparían mi liviandad. Ya bastante me detestan.

Queja de Venus.

Encendiose entonces Venus en ira irreprimible.

—¡Ah, Helena infeliz! —dijo—, no quieras irritarme con tu desobediencia, no sea que te abandone y te aborrezca ahora tanto como un tiempo te amé!

Y Helena tembló de miedo. Parecía en su temblor agua de estanque que riza un vientecillo. El miedo le dio frío. Y se envolvió en el cándido velo transparente y en silencio se apartó de las damas teucras sin que la viesan, y siguió adonde la diosa la guiaba.

—¿VIENES de pelear? —le dijo Helena a Paris— Mejor fuera que allí hubieras quedado muerto.

—Oye, Helena —le replicó Paris—, no te me aborotes, ¿eh? Si alguien sabe que nosotros los mortales no somos más que figuras que por hilos sutiles mueven

Motivos de Paris.

los dioses como a títeres, tú debieras saberlo. ¿A qué me echas en cara que Menelao ya me tenía vencido? No era él quien me vencía sino los inmortales que le daban auxilio. ¿Serás tan boba que quieras que venza yo a los dioses? Pero dioses tengo que velan por mí, y la diosa que nos protege me salvó.

—Así quisiera —respondió Helena— que algún inmortal se apiadara de mí y me salvara de vivir a tu lado. Me contentara con ser la esposa de algún labriego honrado, y más gratas me fueran las estrecheces de la vida del campo que este vacío y vano boato de palacio.

Desventajas de los súbditos.

—Dices eso —le contestó Paris—, porque no sabes lo penoso que es vivir labrando el suelo. ¡Yo sí que lo sé! Pongamos que se es dueño de amplitud de tierra. Hay que levantarse antes que el sol, y a tientas, mientras brillan todavía las estrellas, uncir los bueyes y salir a arar. Después viene el sembrar la semilla. Y mientras germina en el surco, no hay contento sino el azorado mirar a los cielos a todas horas, por si se levanta alguna nube que prometa lluvia. ¡Guay entonces si sobreviene sequía y la cosecha no se da, como acontece! Para comer hay que malbaratar los bueyes y parte del campo. Así la heredad se angosta. Otros la poseen. Y llega el día cuando se ha perdido toda la tierra poseída antes, y el hambre no cesa, y se vende la libertad por un pedazo de pan pequeño y mal cocido. Ansía uno entonces tener destreza de brazo y oportunidad para levantarse en rebeldía y arrebatar lo propio de las manos que se valieron de nuestra miseria para quitárnoslo. Ésos son los sentimientos en que se agita y revuelve quien vive de labrar el suelo. Por desagradable que te parezca, mucho mejor

es ser príncipes como somos. En medio de la guerra, ya ves, no nos falta ningún regalo. Hagamos, pues, las paces, y cariñosos sólo pensemos en placeres.

—Todo placer me es detestable —respondió Helena, doblando sobre el cándido pecho el lindo cuello que heredó del Cisne, sin moverse del trono de marfil que en frente de Paris le había colocado Venus.

—Nunca mi corazón, oh Helena —dijo Paris—, sintió como siente ahora el poderoso imperio del amor. Ni aquel día en que robada te embarqué en la nave y dejamos las costas de la fértil Lacedemonia y me hiciste venturoso dueño de tu amor y tu belleza en la isla de Cránae. Sirio brillaba entonces, ardiente en la noche de ambrosía, y tú debajo de mí eras pequeñita y tibia como la estrella.

*Pasión
de
Paris.*

Se levantó Paris y la tomó por debajo de los brazos, y la alzó y la estrechó y la condujo al tálamo nupcial, y ocupó él el primero el lecho. Helena se dejó atraer, y los dos sus querellas olvidaron.

Fácilmente satisfizo Paris su pasión, porque no era de índole que largo abrazo lo retuviera, de modo que soltó a Helena cuando ella apenas empezaba a sentirse la perrita de su infancia que el metagón violó, inmenso encima de ella. Hasta la perfumada cámara llegaban los fragores del combate, porque, fracasado el singular encuentro entre el marido y el raptor de Helena, el batallar general se había vuelto a encender.

—Si me echan de menos los troyanos —dijo Paris—, será cuento de nunca acabar. Gozoso me quedaría a tu lado, Helena, pero mejor para ti y para mí es que me arme otra vez y salga de las puertas.

—Me es igual —respondió secamente la hija de Leda.

Y se levantó Helena, y se vistió, y llamó a sus doncellas y se dispuso a emprender de nuevo el trabajo abandonado cuando Iris la había ido a distraer.

Paris se ajustaba la hermosa loriga, y requería el escudo y el arco, cuando entró Héctor buscándole.

Ira de Héctor. —¡Holgazán! —dijo el primogénito de Príamo, mirando a Paris con ceñudo rostro— me parece que tu cobardía sobrepasa todo límite.

Queja de Helena. —Entra, oh Héctor —dijo entonces Helena, hablándole con cariñoso acento—, y siéntate a descansar. ¡Hubiera querido que al nacer un remolino de borrascoso viento me hubiera arrebatado y arrojado a las montañas, o a las olas del estruendoso piélagos, antes que, viviendo, llegara a ser la causa de los estragos que sufre la ciudad de tu padre, por lo que me detestáis todos los troyanos! Mas ya que en su cólera los dioses decretaron que estos males llegasen, debía ser yo la esposa de un guerrero valeroso, sensible al odio de los hombres. Pero Paris ni tiene ni tendrá jamás valor. Pronto cogerá el fruto de su vileza. Y para ti y para mí, ¡ay de nosotros!, también tejen las Parcas triste suerte, para que seamos fábula de los hombres en las generaciones venideras.

Y Héctor le respondió con suaves razones, sin aspereza, convencido de la profecía de Helena, con saber que le desgarraba el alma, presintiendo que Andrómaca su querida esposa sería botín de guerreros rudos, humillada, y Astyanacte, su hijo pequeño idolatrado, se

criaría como esclavo de enemigos y maldeciría el día cuando fue engendrado.

Cuando Aquiles, para vengar la muerte de Patroclo, depuso la ira que lo había alejado del combate, y se vistió la armadura reluciente que Vulcano le hizo a ruegos de Thetys, y se lanzó contra las apretadas filas de los troyanos que huían de él como hojarasca delante del vendaval, Héctor comprendió que había llegado el día que Helena había vaticinado, y le huyó al hijo de Peleo. Pero Aquiles de rápidos pies lo alcanzó y derribó, y lo insultó cruelmente, y le dio muerte a sabiendas de que, después de a Héctor, a él las inexorables Parcas destruirían, y lo arrastró detrás de su carro en derredor de los muros altísimos de Troya. Príamo piadoso, tras pasado de cruel dolor, se vistió entonces de mansedumbre, despojándose de la divinal realeza y acudió a la tienda de Aquiles y se humilló delante del hijo de Peleo y se abrazó a sus rodillas y le suplicó como se suplica a los dioses.

*Muerte
de
Héctor.*

—Muerto Héctor, tu hijo, el Hado me tiene señalado morir yo —respondió Aquiles— mi anciano padre te envidiará, que no podrá rescatar mi cadáver ni mojarme el muerto rostro con sus amargas lágrimas. ¡Ea, pues, llévate el cadáver de tu hijo! Y a Helena dile que se lo envío yo.

Volvió a Troya el abatido rey con el cuerpo de Héctor, y después de que lavaron y ungieron el cadáver, Andrómaca, la viuda del héroe, inició el lamento con gritos penetrantes, y le siguió Hécuba, la madre desolada, y la última fue Helena, plañidera también por razón del mensaje de Aquiles, que a ella envió el cadáver, sin

comprender por qué lo hacía, tomándolo a agravio y a amenaza.

Planto de Helena. —De todos mis cuñados, oh Héctor —dijo—, eras el que yo más amaba. Veinte años hace vine a Troya. ¡Ojalá antes hubiera perecido! Pero nunca escuché de tus labios razón ninguna que pudiera ofenderme. Y si *Gentileza de Héctor.* alguno de mis otros cuñados o cuñadas, o si mi suegra, porque mi suegro siempre me trató benignamente, como un padre, me insultaba con voces injuriosas, tú le calmabas el enojo con dulces razones varoniles y obligabas a todos a contener la lengua. ¡Muerto tú, ya no me queda en la anchurosa Troya ni defensor ni amigo, porque todos sus moradores me detestan!

Penthesilea. EN VANO Penthesilea, reina de las Amazonas, vino en apoyo de Príamo cuando Héctor había perecido, porque, aunque era hija de Marte la guerrera temible, Aquiles la venció, atravesándole el femenino pecho, de costillas delicadas, con dura lanza de bronceína punta hábilmente ajustada al astil de roble con anillo de oro. Y la misma lanza, de tres codos de altura, abatió a *Memnón.* Memnón, rey de Etiopía, hijo de la Aurora, atrevido a dejar su patria lejana para sustituir a Héctor en lucha contra Aquiles.

—Es invencible Aquiles —dijo Príamo—, y acabará con todos los de Troya y los aliados. Pero no hallo en mi corazón rencor para con él, porque es gentil y fiero a la vez, y aun más gentil que fiero, con todo y que en fiereza ningún mortal le iguala.

—Lo atrajeras a ti —se aventuró a decir Helena. Detesta a los insolentes Atridas, y ya no le importa el

juramento que prestó en la casa de mis padres aquel día lamentable cuando mal aconsejada por mi ambiciosa hermana escogí para esposo a Menelao. Ofrécele a Polyxena, tu hija la más bella, y hazlo yerno tuyo, oh Príamo.

Consejo de Helena.

—Prudente me parece tu consejo —le respondió el rey, y secretamente envió mensaje a Aquiles diciéndole: “Cese la guerra cruel entre nosotros dos. La más bella de mis hijas será tu esposa si aceptas a Príamo por suegro”.

Pensó Aquiles que no se atrevería Príamo a ofrecerle galardón por debajo de Helena, y que Helena era ésta, la hija más bella, que el rey de Troya le ofrecía, porque excepto en Helena en nadie concebía la belleza Aquiles, ni en Venus misma, y por esto la diosa le había sido adversa. Y al comenzar el día se acercó a la puerta Escea el hijo de Thetys trémulo de júbilo, y dio voces diciendo:

Engaño de Aquiles.

—Llamado por ti vengo, Príamo sabio, a que me des a Helena. Así no caerán los elevados muros de Troya abatidos por la pujanza de mi lanza.

Pero lo oyó Paris, y súbita cólera se le encendió en el corazón al troyano. Asiendo dardo de largas barras lo arrojó desde lejos, porque de cerca no se hubiera atrevido, y el dardo silbaba en el viento, y perdía la fuerza, y no tocó a Aquiles en los hombros, ni en el cuerpo, ni en las piernas, sino que lo hirió donde únicamente era vulnerable, en el talón del pie, donde no lo había mojado el agua del Leteo, y le rompió el tendón de modo que no pudo sostenerse el héroe herido y cayó por tierra. Entonces Paris se echó sobre él

Muerte de Aquiles.

y le hundió el puño en la boca abierta en grito, hasta cerrarle la garganta y ahogarlo. Aquiles no pudo dar voces, y murió.

Briseida. Ulises que recorría las tiendas de los aqueos llegó a la del Pelida, y preguntó por él, y Briseida, devuelta por Agamemnon al hijo de Thety, llorosa le mostró al itacense la tableta que Príamo había enviado:

—Se ha ido a la puerta Escea a recibir esposa
—dijo Briseida.

—Príamo —dijo Ulises—, le ha ofrecido a Polyxena, porque es incomparablemente la más bella de sus hijas. Evitemos que esas bodas se cumplan.

*Lucha
por las
armas
y el
cuerpo
de
Aquiles.*

Alarmó a los jefes el rey de Ítaca, y a carrera llegaron frente a la puerta Escea, donde Paris se cebaba —parecía chacal— en el cuerpo yerto de Aquiles. Viéndose acosado, Paris dio grandes voces, y acudieron los príncipes hijos de Príamo, y los aliados de Troya, y todo el día se luchó por el cadáver y la armadura de Aquiles. Hacia el atardecer vencieron los aqueos. Y ahora Ulises y Áyax Telamónida se disputaron las brillantes armas. Pero en la tienda de Aquiles las doncellas que él había capturado gemían sobre su cuerpo, y se rasgaban las dulces carnes de juventud, y se maceraban los tiernos pechos, llorando del alma al perfecto gentilhomme que honraba hasta a las hijas de sus enemigos.

*Planto
de
Briseida.*

Y más que todas de dolor transida, Briseida, compañera de su lecho, sobre el cadáver se inclinaba, y loca, con lindos dedos de afiladas uñas, heríase los senos delicados, aullando su pesar, y tan cruelmente se desgarraba la preciosa carne que parecía como que sobre leche cayese su sangre púrpura, y no obstante su

desesperación se veía linda y la envolvía la gracia como un velo.

—¡Ay, ay de mí —lloraba—, que esta pena las sobrepasa a todas y esta angustia no la sentí por pérdida de hermanos ni cuando vi asolar mi cara patria! ¡Eras mi día, Aquiles, y mi calor y mi dulzura de la vida y mi esperanza, y mi defensa contra todo daño, más para mí que mi propia hermosura, más que mis padres fueron! Eras todo, tú solo, para mí, que aunque tu esclava, me librate de toda servidumbre y como esposa compartí tu vida. Empero, ahora, ¿quién será el aqueo que a Esparta fértil o a la estéril Argos me lleve, donde el amargo cáliz de esclavitud apuraré hasta el fondo, tú faltándome, Aquiles? Mejor fuera que antes que a ti me hubiese el hado velado el rostro a mí bajo la tierra.

Así lloró Briseida, con armoniosas voces. Y en la casa de Príamo Paris no tuvo honor por haber muerto al más valiente de los helenos, antes con imprecaciones le echaban en cara su cobardía. Y Príamo decía:

—Dos hijos he perdido que más que a todo lamento, a Héctor y a Aquiles.

*Lamento
de
Príamo.*

Y vestida de novia, Polyxena lloraba dulcemente. Y Helena abrazaba a la princesa y lloraba también, por más que no sabía que nadie sino Aquiles la había amado nunca.

INEO caro a Baco cultivaba viñedos en Etolia, pero más preciosa que sus vides era Deyanira, su hija, hermana de Meleagro y de Tydeo, héroes renombrados. Hércules cortejó a la princesa y luchó por ella

*Historia
de
Deyanira.*

contendiendo con Aquelo, el río sinuoso, su rival, vencíendolo en hazaña que los poetas han celebrado bellamente. Así ganó a la doncella Deyanira el hijo de Alcmena la fuerte, y ahora vivía rodeado de abundancia, en el palacio de su suegro, y allí engendró a Hylas. Pero viéndose obligado a partir a la corte de Céyx, rey de Tráquida, que tenía hermosa ciudad al pie del monte Eta, llevó consigo a Deyanira, porque Hércules tenía fama de gran amador, y de olvidadizo de sus esposas, y Deyanira no quiso dejarlo ir solo. En el camino hubo de atravesar el río Eveno, y habiéndose juntado en el trájín con el Centauro Neso, vástago de Ixión, Hércules confió al lomo de la bestia medio humana su bella esposa, mientras él atravesaba a nado la corriente.

*Codicia
adúltera
de Neso.*

Faltó Neso al pudor que se debe a los amigos, no pudiendo resistir la tentación de la cálida carga que llevaba, e intentó robarla. Pagó por ello con la vida, atravesado su corazón por la flecha del héroe. Sangraba mortalmente Neso, tiñendo las márgenes del Eveno, pero aun tuvo aliento para decirle a Deyanira que tomase una gota de su sangre y con ella hiciera un unguento de amor para untar a Hércules, que así el marido le sería fiel. Esa fue la venganza del Centauro, porque Deyanira acató el consejo del felón.

Iola. Después de visitar a Céyx y de obtener su ayuda, fue Hércules contra Euryto, su enemigo de antaño, y al frente de poderoso ejército, asoló la ciudad de Ecalia, y mató a Euryto y a los hijos de Euryto, pero de Iola, la princesa, se apiadó, porque era sobremanera bella. Con todo su rico botín regresaba Hércules victorioso a la casa de Ineo, su suegro, cuando en Ceneo se detuvo frente a la costa locrense, donde levantó un altar para hacer un

hermoso sacrificio en honor de Júpiter, su padre, señor de la victoria. Y aquí Deyanira sintió encenderse en su pecho la llama de los celos, por causa de Iola, y recordó el don de Neso, y untó una bella túnica con el unguento de la sangre del Centauro, y urgió a Hércules para que se adornara con la brillante prenda. Hércules admiró la túnica y se la puso alegremente, porque esa noche cenaría con Iola, en la tienda de la princesa cautiva.

*Venganza
del
Centauro.*

Nada sospechaba Hércules, pero cuando el fuego que prendió en el ara calentó el unguento de la túnica, la ponzoñosa sangre de Neso le penetró en el cuerpo veneno ardiente que le desgarraba la piel y le consumía la carne viva produciéndole dolores indecibles, volviéndolo rabioso. En su furia tomó Hércules al desdichado Licas, a quien Deyanira la celosa había mandado de espía, y lo arrojó contra una gran roca que había frente al mar y lo despedazó. Y ordenó que a él en carne viva, lo llevasen a la Tráquida, y aquí supo que desesperada al saber el funesto suceso, Deyanira se había hundido filoso cuchillo en la blandura del dulce cuello. Entonces Hércules mandó que levantaran alta pira funeral, y subió a la cumbre de la leña amontonada, y pidió que le prendiesen fuego.

Nadie se atrevía, hasta que Pœas piadoso, que había sido uno de los argonautas, aconteció a pasar por allí, tuvo compasión del sufrimiento de Hércules, y acercó la tea a la pira y levantó la llamarada que purifica a los muertos. En premio de ello Hércules le hizo presente de su torcido arco poderoso y de sus flechas incomparables. Y entonces vieron los hombres cosa que jamás habían visto: entre la humazón de la pira se retorcían las brillantes llamas, y de pronto, de lo más elevado del

*Piedad
de
Pœas.*



*Asunción
de
Hércules.*

cielo, cayó rayo deslumbrante, y entre furiosos truenos se apareció Minerva conduciendo hermoso carro luminoso y arrebató a Hércules de las llamas y lo condujo al Olimpo donde los dioses lo recibieron con júbilo, y Hebe, la hija de Juno, de lindas mejillas, le fue dada por esposa en la morada imperecedera de los inmortales, porque compañera para su lecho fue lo primero que Hércules pidió una vez curado del veneno. Pero Deyanira había bajado al Hades tenebroso y allí se confundía con las demás esposas de número incontable que había tenido Hércules en la dulce tierra que el sol nutre.

*Historia
de
Filoctetes.*

Pœas piadoso dio a Filotectes, su hijo, la dádiva de Hércules, y Filoctetes se unió a los héroes que partieron para Troya bajo el mando de Agamemnón, llevando las ilustres armas del endiosado hijo de Júpiter. De Áulide salió la ilustre armada, después de que se calmó la mar, y el primer lugar en que tocaron fue en las playas de Tenedo, frente a la costa de Troya. Aquí bajaron los héroes. Y sucedió que venenosa serpiente picó a Filoctetes en un pie, y Filoctetes no cesaba de quejarse del cruel encono de la mordida. Vuelto a la nave, por la ponzoña de la serpiente se engangrenó el hijo de Pœas, y se le apestó la carne, despidiendo pútrido olor insoportable, por lo que la barca hizo puerto en Lemnos, la isla sagrada de Vulcano, y allí los aqueos abandonaron a Filoctetes a su suerte. Pero después de la muerte de innumerables héroes, cuando habían perecido Héctor y Aquiles, y Áyax Telamónida había enloquecido de cólera porque Minerva acordó que a Ulises le correspondían las armas que Vulcano había hecho para el hijo de Thetys, adivinaron los adivinos que para que Troya fuese tomada precisaba primero disparar contra sus torres una de las flechas de Hércules. Ulises

entonces emprendió el viaje de Lemnos, y rescató allí a Filoctetes, y Macaón, el médico de los helenos, hijo de Esculapio divino, lo curó de la pestilente mordedura de víbora. Y Filoctetes disparó en el arco de Hércules la potente flecha, sobre Troya, y alcanzó al azar a Paris sobre un hombro. Y ahora Paris yacía agonizante.

Heleno entonces, el hermano del herido príncipe que más lo quería, y que era vaticinador, sacrificó matando un ave, y leyendo en las entrañas abiertas de la víctima supo que sólo Énone, la Ninfa que fue la primera esposa de Paris, podría salvarle. Temeroso de morir acudió entonces Paris a la compañera abandonada, porque en el hígado tenía ardor y temblor de llama, y su alma, apenas trémula en sus labios ardientes, ya meneaba las alas para volar, y él sufría sed, de manera que era su pecho un solo fuego de dolor torturante.

*Agonía
de
Paris.*

—Oh respetada esposa —comenzó diciendo en débil balbuceo, a los pies de Énone—, no con odio me rechaces a mí que en años idos te dejé viuda. Que no fue de grado sino impelido por destinos fuertes que me arrastré hacia Helena. ¡Hubiera muerto mejor, esposa, en tu regazo, antes de haber probado abrazo suyo! Por estulto pequé. ¡Mas tú de garras de la muerte sálvame!

Así rogaba Paris, pero el pecho de Énone se endureció, hecho adamantino el antiguo dolor que soportaba, y en befa del agónico clamor le dijo:

—¡Vienes, tú que me dejaste llorosa esposa en hogar desolado! ¡Tú que me abandonaste por la linda hija de Týndaro! ¡Corre y en sus brazos muere, de dicha ahora sonreído! Ella es mejor que tu esposa legítima, y la voz del rumor dice que corre el ícor de los dioses en sus venas. Sus rodillas abraza, no las mías, ni me

*Razones
de
Énone.*

llores ni ruegues, que quisiera tener de fiera el corazón, y garras clavarte ahora, sí, lamer tu sangre! ¡Mi puerta deja y a tu Helena vete! ¡En su lecho agoniza noche y día, y llora allí y moquea, hasta que curen sus manos tu dolor!

*Las
Parcas.* Entre tanto, en la mansión divina del Olimpo, junto a Juno solemne, las ilustres Parcas —Clotho, Láque-sis y Átropos— que nacieron del Sol habidas en Sele-ne y que se dividen entre ellas tres las estaciones de la vida del hombre, tejieron nuevos destinos para Helena, y mientras tejían, Paris moría, y nunca más lo volvió a ver Helena.

*Remordi-
miento
de
Helena.* Doblegado sobre el cadáver de Héctor, Príamo no fue el primero en saber la muerte de Paris: Hécuba reci-bió la infausta nueva, y levantó el lamento, y a su lado Helena en larga y alta voz se quejó, pero sus quejas eran sólo para oídos troyanos. El alma la tenía preocupada con otros pensamientos. Mucho menos que por Paris, por sí misma se lamentaba, recordando su vida insatis-fecha.

*Dolor
de
Énone.* Pero enloquecida, saltando como gamo los torren-tes, buscando la pira de Paris para quemarse en ella, Énone, única que lo había amado, corría en la oscuridad de la noche, y tropezaba, y se le rasgaban las delicadas carnes. La diosa Luna entonces, desde arriba la miró y recordó su propia pasión vieja, el príncipe Endymión, y tuvo lástima de Énone en su carrera trastornada, y brillando redonda en claro cielo le alumbró aquel sen-dero.

PENSÓ Príamo que ya tenía el alma harta de pesares, y que convenía devolver Helena a los aqueos y pactar la dulce paz con ellos. Pero Heleno, su hijo, el vaticinador, le habló y dijo:

—No podrán contra Troya los que vinieron de lejos conjurados, en tanto no se cumplan las condiciones que impusieron los inmortales dioses. ¿A qué, pues, pensar en devolver a Helena? Antes dámela a mí, y engendre yo en ella, lo que no pudo Paris Alexandros, porque con tal deseo se mueven mis secretas entrañas que de seguro sembraré en la mujer de Menelao semilla de nueva vida.

Heleno pide a Helena.

Príamo se enrojeció de cólera al escuchar a su hijo, y con fruncido ceño le respondió diciendo:

—¡Ay de vosotros que no pensáis en el linaje real sino como en festín, libidinosos, y no os cuidáis de los males que amenazan a la ciudad sino a guisa de nuevos motivos para hartaros de lujuria! ¡Apártate de mí, Heleno, y no te vea yo con el fuego de la brama incestuosa ardiéndote los ojos!

Entonces Heleno se apartó de Príamo, y en secreto amamantó su dolor.

Pero Helena no cesaba de querer bajar de las altas torres, sobre la muralla altísima, y fugarse hacia las naves. Y hasta ahorcarse intentó.

—Si la cautiva se fuga —dijo Príamo—, o si por su propia mano corta el hilo de su vida, ventaja ninguna habremos obtenido. Habremos sufrido en vano la larga guerra desastrosa. Mejor será, Déifobo, hijo mío, que la tomes y la lleves a Menelao, y que heraldos, mensajeros

de Júpiter, te procedan y proclamen que mediante viva prenda pedimos paz en Troya.

Pero Deífobo le respondió:

*Discurso
de
Deífobo.*

—Preclaro padre, y vosotros mis hermanos, diestros en la pelea, y vosotros también nuestros aliados, me parece infantil creer que los aqueos de fuertes lanzas vinieron a sitiarnos por sólo recobrar a la mujer de Menelao. A ello, ciertamente, estaban conjurados quienes fueron sus pretendientes en la casa de Týndaro, pero, entre las huestes de Agamemnón, el imperioso jefe, ¿cuántos más hay que no aspiraron jamás a poseerla? Considerad, pues, esto, y convenid conmigo en que Helena fue sólo pretexto que hallaron a mano y que lo que en verdad mueve a nuestros enemigos es nuestra riqueza y nuestro comercio. Anhelan los argivos extender sobre el Asia sus dominios. Y vencernos, como se han propuesto, no es sino el principio con que comenzarán a hacer sentir su poderío sobre la tierra toda. De manera que ya es tarde para lograr la paz devolviéndoles a Helena, y con ello sólo habremos dado, me parece, muestra de debilidad y cobardía, con lo que recobrarán los bríos que ya vienen perdiendo. No pretendamos con tardíos ademanes de caballerosidad sacar las ventajas que con ayuda de los dioses que nos son propicios obtendremos por nuestra fuerza si proseguimos en la lucha sin desmayo y sin pensar en tregua ni rendición. Pronto habrán de verse Agamemnón y Menelao solos, sin jefes de hombres a su lado, y aunque mucho hayamos perdido nosotros, habremos salvado al Asia de gemir conquistada.

—¿Más qué hacer con Helena? —preguntó Príamo—. Mientras vivía Paris sufría que la gozara el

príncipe, y manteníase contenta cardando lana, oficio que aprendió de ancianas laboriosas en las pobladas tierras lacedemonias, y dirigía a sus doncellas en la labor de hilar, tejiendo ella misma con industria hacendosa de que todos habéis sido testigos, pues es sobremanera excelente en discreción y hábil de dedos, sabia en estampar en la trama de la tela, en alto telar, figuras relumbrosas de troyanos domadores de caballos y de aqueos de larga cabellera abrazados en guerra por su causa. Pero desde la muerte de Paris se ha vuelto taciturna, nostálgica de su patria, quizá, y por volver a Esparta al lado de la hija y del esposo, podría, ¡los dioses no lo quieran!, traicionarnos.

*Inquietud
de
Helena.*

A lo que respondió Deífobo:

—Quítale el aire al ave y el ave perecerá, o el agua al pez, o el amor a quien como Helena es criatura del dulce sentimiento. Otórgamela a mí, padre, y volverás a verla riente como te place verla.

*Deífobo
obtiene a
Helena.*

Olvidó Príamo que antes se la había pedido Heleno, y consintió que Deífobo la condujese, al son de cánticos y a la luz de antorchas —¡oh Hymen, Hymen!— del palacio de Paris a su palacio propio, y Helena se dejó de Deífobo quien toda una semana no se apartó de ella en el ancho tálamo ni vistió las relucientes armas para lanzarse al combate, tan grande era su pasión, sin poder satisfacer a Helena, sin embargo.

Pero Heleno, enojado, concibió odio profundo por Príamo, su propio padre, y por la ciudad de Príamo, que antes había amado tanto, y amargado salió sin que nadie lo notase, y se dejó capturar de Ulises, fuera de las puertas, y dócil la sagacidad y astucia del itacense le reveló el designio de los inmortales respecto de Troya,

El Paladio. que jamás sería capturada la ciudad en tanto no se quitase de rico pedestal en el fastuoso templo de Príamo la imagen de Minerva —el Paladio, presente de los dioses— defensora de la ciudad predestinada. Y ayudó él mismo a que Ulises escalara los altísimos muros y, bajo manto de la oscura noche, en sacrílega hazaña dejase sin amparo divino a la ciudad.

Historia de Casandra. Y AHORA en vano clamaba Casandra, anunciando inmediata destrucción, echada sobre las gradas del altar de Apolo a quien, en cambio del don de profecía, había prometido su virginidad. Apolo se humedeció los dedos con saliva, y así ungió a la hija de Príamo, pero faltó a la fe dada la doncella, y el dios la maldijo que nadie le creyese. A grandes voces pronunciaba Casandra el vaticinio fatídico. En la casa de Príamo la oían de lejos y decían:

—A la pobre Casandra le ha vuelto a dar la histeria.

Y Hécuba se empeñaba en ponerle paños calientes sobre el vientre a la virgen y hacerla tomar pócimas de hierbas refrescantes.

Laocoonte, el sacerdote de Apolo, sintió también que el dios lo poseía, y comenzó a dar gritos en tanto que los troyanos batían los altísimos muros y llevaban al seno de la ciudad al inmenso caballo de madera que Epeo había construido por consejo de Ulises.

Ardía el campamento de los aqueos, incendiadas las tiendas, y se alejaban de la playa los guerreros en las naves. Sólo quedaba, proclamado como monumento

de su derrota, el prodigioso caballo de madera, alto con la altura de cinco hombres y montado sobre ruedas. Y ahora los troyanos, creyéndose salvos, amarraron largas cuerdas de las piernas y del cuello del caballo, y haciendo grandes fuerzas lo arrastraban dentro de la ciudad, entre gritos jubilosos de victoria. Y a Laocoonte le decían:

*El
caballo
de Troya.*

—A tu edad y siendo varón que ha tenido hijos, raro es que sufras el mal que acongoja y hace chillas a la triste Casandra que sufre lo que sufre por no haber probado varón. Vamos, ve y báñate en el mar, y cálmate para que mañana sacrifiques en honor de la victoria.

*Historia
de Lao-
coonte.*

Y al mar empujaron a Laocoonte, sacerdote de Apolo, a quien acompañaban sus dos hijos, y allí súbitamente surgieron de las olas que se arrastran sobre la playa y se deshacen en espuma dos terribles serpientes que se enroscaron en los cuerpos de los tres desgraciados y los estrangularon.

—Castigo es de los dioses —dijeron los troyanos—, por haber querido inspirarnos desconfianza en el instante del triunfo. Los adivinos sólo males saben adivinar. ¡Así perezca toda esa ralea! Pero nosotros entreguémonos a fiestas, porque nada es más dulce que verse salvos quienes largo tiempo estuvieron amenazados de terribles males.

*Los
adivinos.*

Príamo ordenó abrir las bodegas de los vinos, y la ciudad entera se embriagó, y corrían de noche los troyanos con antorchas por las calles, cantando y danzando, y mujeres y hombres se entregaban a todos los deleites de la carne.

*Júbilo
fatuo.*

Entonces, del vientre del caballo que Epeo había forjado clavando tablas sobre ancha tramazón de fuertes



Toma de Troya. vigas, salió un centenar de guerreros escogidos que se lanzaron hacia las puertas y las abrieron, y de la playa acudieron a una señal determinada los aqueos, de vuelta sobre Troya, armados todos, y a la luz de trémulas teas de rojo esplendor entraron a degüello en la ciudad y le prendieron fuego, y no respetaron los altares de los dioses.

Violación de Casandra. Áyax el locrio halló a Casandra, enfurecida delante del altar de Apolo, sueltas las ropas cándidas de profetisa consagrada, echada en lúbrica postura. Ansioso de mujer entonces arrojó a un lado el escudo y se abalanzó sobre ella y la violó, manchando con sangre de doncellez deshecha el antes impoluto mármol del altar.

Y detrás de Áyax vino Agamemnón, y vio a la virgen desflorada, y ahora tenía ella el pecho descubierto, rasgado el fino peplo por los dientes de Áyax, y ante la blancura de las piernas de Casandra se enterneció y la tomó de esclava y la llevó a su tienda para gozarla en calma y en delicia de lecho cómodo entre cojines abrigadores.

Menelao mata a Deífobo. Y Ulises, más que los demás aqueos atareado, juntó a Hécuba y sus hijos y sus doncellas, y las apartó para botín de los jefes de hombres, a fin de que no las mancillaran guerreros cualesquiera. Pero Menelao, en la mano la reluciente espada, andaba frenético entre las moradas buscando a Helena, y la encontró en el palacio de Deífobo, y la vio que huía más adentro de la cámara nupcial, hacia el gineceo. En vano Deífobo quiso atajarle el paso al esposo vengador, porque Menelao le dio terrible muerte hundiéndole en el vientre la puntiaguda hoja de dos filos. Y en el gineceo iluminado Menelao halló a Helena que se escondía de la ira de él, terrible

de bufidos. Él la miraba como con hambre de saciar en ella los furibundos celos.

Pero la diosa que salió del mar, vertedora de amor que los odios aplaca, la dulce Venus, le refrenó los ímpetus violentos y de la mano le arrancó la espada y dissipó el nublado de su furia y en el pecho lo hirió con la blandura del deseo y abrió en sus ojos las recónditas y tibias fuentes del cariño.

Menelao entonces, ante la esplendidez de la hermosura de Helena, a quien la diosa desnudaba, no tuvo fuerzas para volver a tomar el arma. Como tronco de un árbol sin ramaje en medio a la montaña, que no mueven ni Bóreas rudo ni Aquilón salvaje, así permaneció por largo espacio Menelao, de súbito robado del aliento. Miró a su esposa y repentinamente sus faltas conyugales dio al olvido, porque la diosa que parejos rige mortales corazones e inmortales, todas las abolió. Ella no obstante, alzó los puños y como quien ataca hizo que se lanzaba sobre ella, en fingimiento, sin tener intención de hacerle daño, para engañar los ojos de los griegos. Agamemnon, su hermano, le contuvo el arrojo, diciéndole palabras por ver de apaciguarlo, temeroso de que fuera a perderse aquella por quien todos se habían esforzado, y le decía:

*Flaqueza
de
Menelao.*

*Agamem-
nón con-
tiene a
Menelao.*

—La cólera contiene, Menelao, pues vergonzoso fuera que matases a tu mujer sacramentada, Helena, por quien sufrimos aflicción en tanto que en Príamo buscábamos venganza. No fue la culpa de ella, como piensas, sino de aquel que en nada tuvo al sumo guardián hospitalario y los deberes de huésped de tu mesa, a quien el dios con muerte castigó.

*Saqueo
de
Troya.*

Del otro lado de la tierra surgió en los cielos la hermosa diosa que tiene trono de oro, Aurora. La noche se hundió en caos. Y ahora los argivos saquearon Troya, la de extendido cerco, haciendo botín de sus inagotables tesoros. Como torrentes parecían, como torrentes que se desgajan, henchidos por la copiosas lluvias, tronando monte bajo, y hacia la mar van arrollando los elevados árboles de ancha copa y cuanto más crece en las montañas, y el suelo fértil de las vegas, revolcándolo todo con las ruinas de acantilados y de rocas: así las largas filas de dánaos que destruyeron Troya a fuego, parecían raudales, llevando lo saqueado hacia sus barcas. Y en medio de todo esto, en bandas dispersas, arrastraban a las hijas de Troya hasta la playa, vírgenes aun no desposadas y las que apenas habían celebrado bodas, y matronas de cabellera de plata y madres de cuyos pechos los enemigos arrancaban la cría que por última vez apretaba con tiernos labios los pezones.

En medio de todas éstas, Menelao conducía a su esposa. Cada héroe arrastraba a su nave una llorosa trojana. Aquí y allá surgía el llanto desgarrador de estas mujeres. Pero ningún lamento lloró Helena.

*Helena
rescatada.*

En sus ojos se había asentado el pudor y derramaba rubor en sus mejillas primorosas. El corazón le palpitaba fuertemente, de miedo de que al paso hacia las barcas echaran mano sobre ella los aqueos. Por esto trémula tenía el alma, y se cubría los cabellos de oro con el oscuro velo y le seguía al esposo los pasos huella a huella, y su rostro brillaba enrojecido igual que el de la diosa soberana del amor cuando todos los que habitan el Empíreo la vieron en los brazos de Marte, desnuda, mancillando el lecho nupcial, cogida en redes que eslabonó para atraparla Vulcano. En agonía de

bochorno estaba Venus, sin poder libertarse, entre las risas de los divinos dioses que la veían, Vulcano en medio de ellos, que es vergüenza que las supera a todas que a la esposa el marido la atrape en el pecado. Así, bella como la diosa en los rubores y en la forma, pasó Helena cautiva hacia las naves de los argivos. Pero de verla se quedaba suspendida la gente, tan grande era la gloria de su hermosura. Ni hubo quien se atreviera, ni abiertamente ni en secreto, a reprocharle nada. La contemplaban todos como a diosa, rindiéndole homenaje y elevando su adoración hacia ella. Como cuando a náufragos en ponto tempestuoso, después de largo tiempo de congoja, les es dado mirar las patrias playas, y de haber escapado rinden gracias con ánimo de júbilo, así todos los dánaos mirábanla y ninguno se acordó más de penas de la guerra.

*Vergüenza
de
adúltera.*

*Belleza
de
Helena.*

JUNTO a las naves tendidas en la playa habían vuelto a levantar los aqueos sus tiendas. Allí celebraban, cantando y bebiendo, la victoria. De entre ellos surgió un arpista hábil y cantó el peán del triunfo y de la paz. A la mención que hizo de Aquiles, la tierra se estremeció fuertemente y el sólido elemento pareció mar, de tal manera se sacudía en oleadas furiosas. Los escudos que colgaban de clavos en los palos que sostenían las tiendas, se agitaron y produjeron fuerte ruido.

*Angustia
de
Aquiles
en el
sepulcro.*

—Es Aquiles —clamaron muchas voces—, es Aquiles que exige, agitándose en su ira en las moradas subterráneas, parte del glorioso botín.

La voz corrió por todo el campamento, y los myrmidones, semejantes a hormigas con sus capuchas

negras, levantaron sus lanzas y extendieron delante de sus cuerpos los redondos escudos, y pidieron que no fuese olvidado el hijo de Peleo, y amontonando largos trozos de leña alzaron hermosa pira.

Sobre los maderos destinados al fuego caro a los muertos cada quien fue poniendo votivo don a Aquiles, quién un trípode sacado de rico templo troyano, quién vistoso peplo de que desnudara a doncella del palacio de Príamo, quién larga lanza frigia arrebatada a hijo del rey vencido, y así todos. Pero los jefes oyeron la opinión de los adivinos, y Calcas, odiado de las madres, declaró que Aquiles reclamaba a Polyxena.

*Sacrificio
de
Polyxena.*

De brazos de Hécuba, donde la cautiva reina yacía en tierra, agobiada de dolor frente a la tienda de Agamemnon, arrastraron los myrmidones a la más bella de las hijas de Príamo, y con fuertes lazos la amarraron en lo más alto de la elevada pira, sordos a los gritos de la infeliz doncella cuya belleza era su pecado. Toda la noche ardió el fuego que en honor de Aquiles prendieron los myrmidones, pero en la región del Hades Aquiles vio pasar a Polyxena sin detener en ella la mirada, porque era por otra que la pasión lo estremecía.

En las tiendas de los Atridas victoriosos se escanció el vino en libaciones a Venus Niké, la que corona las frentes de los guerreros invictos y enciende en el ánimo de las mujeres el amor para los vencedores. Menelao amoroso con Helena de radiante cabello, en la ancha tienda conversó, porque en sus ojos todavía no había caído el sueño, y la chipriota les embargaba el alma, renovando el viejo amor y disipando penas. Rompió el silencio Helena la primera y dijo:

—¡Oh, Menelao, no me guardes ira, que no de grado abandoné tu lecho! Llegaron Alexandros y los hijos de Troya y me atacaron, llevándome en violentos brazos, tú estando lejos. Cuantas veces quise apretarme la soga al tierno cuello o bajo el fresco seno hundirme el filo de amarga espada, ellos lo impidieron.

*Excusas
de
Helena.*

—Olvida —le dijo Menelao— todo pesar: séllalo en las mansiones del olvido.

Y Helena se alegró entonces, y huyó de su pecho el temor, y se llenó de dulce esperanza de que la cólera de su esposo hubiera desaparecido. En torno de él enguainó los brazos, los ojos de los dos brotaron lágrimas, y el uno junto al otro se acostaron temblando del renuevo jubiloso del desposado amor. Como la viña y la hiedra se abrazan, de manera que nunca el viento puede separarlas, así éstos se unieron en abrazo de pasión, y llegando en su barca de muchos remos a Cránae, en tierra firme frente a la isla Menelao derribó el altar a Venus que Paris Alexandros había edificado cuando raptó a Helena, y en su lugar erigió las imágenes de Themis y de las diosas praxídicas, exigidoras de justicia, y como allí se había unido Paris a Helena, el lugar se había llamado Migonio, y Menelao consintió en que se conservara ese nombre pero en memoria de haberse reunido con su esposa.

Migonio.

Agamemnón, menos tierno pero más enardecido, sin pensar todavía en embarcarse, gozaba a Casandra, y todo grito de ella lo tapaba con besos ardientes de sus labios, y lo apagaba bajo sus espesas barbas de ensortijados rizos rubios. Cuando en los espasmos del amor el cuerpo de la cautiva profetisa se sacudía convulso, estremecidos todos sus nervios, y él temblaba apretado

*Locura
de
Casandra.*

al cuerpo de ella, mordiéndole los hombros, Casandra, atribulada por visiones, decía en alaridos:

—¡Oh muerte, oh muerte, oh muerte! ¡Oh fatídico baño ensangrentado!

Gran goce hubo de esos gritos Agamemnon, y al separarse de Casandra le dijo:

—Vosotras las novatas, que no tenéis costumbre de amor, llamáis muerte a lo que es intensidad de vida.

Y Casandra se cubría el rostro con las manos.

*Meta-
morfosis
de
Hécuba.*

Entonces fue visto de los que celebraban fuera de las tiendas la victoria y danzaban cantando alrededor de la pira erigida en honor de Aquiles, un maravilloso portento, pues la reina de Príamo, Hécuba la toda-desdichada, se transformó en perra lamentable que aulló un aullido desgarrador. La rodearon, maravillados, los aqueos, viéndole la larga lengua en el jadeante hocico, las muchas tetas colgantes, las caídas orejas, y oyéndole el lamento canino en medio de la noche. Pero los dioses se apiadaron de Hécuba y le sacaron el ánima del cuerpo y éste lo transformaron en insensible piedra.

*Triunfo
de Aga-
memnon.*

AGAMEMNÓN tenía conciencia clara de su ambición. Escapó la tempestad que a los demás helenos dispersó en el mar cuando salieron de playas de Troya, después de izar los bellos mástiles y tender las amplias velas, y llegó pomposamente a Argos, la de ciclópeos muros, gallardo en su carroza tirada por caballos ilustres. A su lado iba Casandra, de hermosas piernas que al mismo Apolo habían llenado de lujuria. También

pomposamente lo recibió su esposa, Clytemnestra, hija de Leda. Sobre la gradería que de las batientes del palacio bajaba hasta donde la carroza del estratego victorioso se detuvo, la reina hizo tender alfombra de púrpura, para que no pisara el triunfador el suelo.

Río de sangre le pareció a Casandra la brillante tela, y gritó enfurecida incoherentes súplicas a Apolo y trastornadas advertencias a su dueño mortal. Y los argivos también, los ancianos que se habían quedado cuidando los hogares de los guerreros que fueron a Troya, y que habían soportado horrible tiranía, quisieron aconsejar a Agamemnon. Pero no oía nada el rey sino una como música bulliciosa en sus oídos, el peán de su propio engreído corazón, olvidadizo de que misteriosamente se marchitan las coronas con que se engalanan las frentes los mortales.

*Visión
de
Casandra.*

Porque cuando Clytemnestra supo que las bodas de Ifigenia con Aquiles habían sido engaño, y que el embaucamiento fue para arrancar de su lado a la hija predilecta, nacida de su primer amor, y sacrificarla, el mismo padre que la engendró, porque Agamemnon así lo creía, en aras de una ambición excesiva, entonces odió a Agamemnon con toda el alma, ella que jamás le había amado, y llevó al lecho del marido ausente esposo ilícito, Egistho, el matador de Atreo, verdadero padre de Ifigenia, y odió también al pueblo que en Agamemnon cifraba gloria, y con mano férrea lo rigió.

*Odio de
Clytem-
nestra.*

Y ahora que Agamemnon volvía a las moradas hogareñas, ciego de victoria, soberbio al grado de insolencia, arrastrando en esclavitud a príncipes y princesas de ciudad vencida, y que descaradamente exhibía a la hija de Príamo destinada a hacerle amable el tálamo,

*Muerte
de Aga-
memnon.*



Clytemnestra no titubeó un momento, ni vacilaron sus pasos, ni le tembló la mano. Ella misma le clavó negra espada por la espalda mientras él daba su cuerpo, fatigado del viaje, a la tibia voluptuosidad del baño.

*Electra
salva a
Orestes.*

Entonces Electra, que para ver a su padre desnudo espiaba cuando Agamemnon se bañaba, y que miró cómo se hundía el filoso cuchillo en las amadas carnes y el noble cuerpo divinal se doblaba y caía pesadamente, y la sangre chorreaba en borbotón fatídico, desmereciendo con publicarse, temió que Orestes pereciera también, a manos de la madre vuelta furia vengadora, y corrió y entregó Orestes a fiel servidor y lo envió a la Fócida al cuidado de Estroffio, rey amigo de Agamemnon. Así se salvó Orestes.

Electra no sufrió cruel muerte, pero la degradó Clytemnestra prohibiéndole el rango real, arrojándola entre la servidumbre esclava del palacio, donde la vigilaba. Y la princesa, si cesaba de deplorar su suerte con gemebunda voz, era sólo para maldecir con palabras hirientes a la madre detestada.

*Muerte
de
Clytem-
nestra.*

Pero cuando llegó a edad varonil Orestes prófugo, furtivamente regresó a la casa de su padre, fingiéndose mensajero que traía noticias de la muerte de sí mismo, para engañar a la reina uxoricida y regicida. Electra lo había llamado y lo guiaba, y siendo fuertemente a Clytemnestra desnudó el pecho que la había amantado, para que el hijo vengador le desgarrara hundiendo espada inexorable a los gritos maternos. Así vengaron Electra y Orestes a Agamemnon Atrida, despertando a las Furias que dormían de antaño en los aleros del palacio maldito. Y no volvieron a envolverse en sábanas de sueño las deidades que

guardan la justicia: despiadadamente persiguieron a Orestes, aguijoneándolo con ataques de locura.

Se le desorbitaban los ojos al desdichado, revolvíasele el hermoso pelo de áureos rizos, le temblaba todo el esbelto cuerpo, y arrojaba de entre los desfigurados labios baba burbujeante. Con las manos crispadas luchaba por quitarse de encima a las diosas a quienes el Destino les prohibió perdonar. En vano Electra lo acostó en su lecho de doncella, y cubrió el cuerpo de él con el suyo virginal, para resguardarlo del acecho de las Furias. En vano con sus labios selló la boca del hermano, y con la cabellera hermosa le veló el rostro. Hasta que se recogió el manchado con la sangre de su madre en el santuario de Apolo, el dios a quien él había invocado en su venganza, y el Flechador irreprochable le auguró perdón y sueño imperturbado. Minerva también se apiadó de él y lo condujo a la ciudad que ella había fundado, y convocó allí a los más ilustres ciudadanos al Areópago, porque ya no había monarca soberano en Atenas, y creó la diosa la corte suprema de justicia ante la cual fue Orestes acusado por las augustas Furias. Declararon los testigos. Apolo defendió al reo trastornado. Deliberaron los jueces. Y la mitad de ellos votó que Orestes fuese muerto, pero la otra mitad sentenció que merecía absolución, porque Apolo, en guisa de magistrado del pueblo, señaló que el Destino había impelido al acusado, para dar lección a los hombres de que es mala la venganza. Y Orestes fue salvo.

*Locura
de
Orestes.*

*Juicio de
Orestes.*

Libre de mácula, redimido y cuerdo, volvió a Argos, y reinó hasta que, de edad de noventa años, hubo muerte violenta, cuando de la tumba de Clytemnestra, su madre, salió víbora ponzoñosa que cebó en él el colmillo venenoso y le mató.

*Muerte
de
Orestes.*

Hermione.



Y Hermione, la hija de Helena, fue su esposa, pero jamás tuvo Orestes ayuntamiento con la triste princesa, habiéndosele secado a Orestes el impulso sexual cuando, él demente, Electra lo abrazaba. Fuego incestuoso le consumió las ocultas fuentes seminales. Como flor que no se riega, y se aja en el tallo, así Hermione se fue marchitando hasta morir. Y por su parte Electra ni siquiera tuvo cánticos de boda. Como la amapola, esplendorosa flor de llama con cáliz que guarda las semillas del sueño, que abre el botón, desenvuelve los pliegues sutiles de sus pétalos que Flora misma con cuidadosos dedos, o Proserpina quizá, dobló en capullo comprimido, y un tiempo conserva señal de los apretados dobleces y luego brilla con incomparable hermosura entre las hileras de los trigales en la estación cuando el trigo madura, y con dorada esplendidez anuncia la riqueza que hinchará las trojes, así había florecido Electra, hija de Agamemnon. Y como cuando han segado los trigales la amapola queda sola y se deshace y primero los bordes de sus pétalos se arrugan y ennegrecen consumidos en su propio fuego, y se enrollan hacia dentro, y toda la flor se vuelve menudo carbón frágil, así se consumió Electra, consumiéndosele el cuerpo antes de haber probado agotamiento su corazón, y murió virgen con muerte a la vez de brasa y de flor, por los incestos que no llegó a consumir.

INTERLUDIO

EN TODA región del mundo habitable, amado de los inmortales, ocupan eminente lugar sobre los demás hombres los héroes que descienden de los eternos dioses, fundadores de ciudades. Cada hijo de Júpiter o de Marte o de cualquiera de las demás deidades olímpicas

da nombre glorioso a una familia cuyo jefe es rey en paz y en guerra, a quien se debe tributo. En Atenas él preside en alto trono los nobles sacrificios, ordena las fiestas tradicionales, conduce las huestes en orden de batalla.

Luego cada ciudad se divide en hermandades de carácter religioso a la vez que militar, formando las fra-
trías, unidas por lazos de sangre y de común destino. Y por debajo de la familia real, protectora de las ciudades, está el pueblo, en cuyas venas no corre sangre de héroes epónimos, y que se gradúa conforme con la tierra que cada quien posee, las artes a que se dedica, los ganados que pastorea. Los de rango más bajo aún, carecen de propiedad inmueble, y laboran en campos ajenos sirviendo a cambio de pan, de techo y de protección, o en talleres en las ciudades, bajo la dirección de maestros de oficio dueños de industria propia.

*La
fratria.
Los
terrate-
nientes y
los arte-
sanos.
La plebe.*

Pero como los héroes son aguerridos, y como la suerte del vencido es perder su tesoro y aun su libertad, hay, finalmente, en la jerarquía social, la clase de los esclavos que forman la servidumbre de los palacios, que laboran en las aciagas minas, escondidos del sol, hurgando las entrañas de la tierra para sacarle los metales valiosos, o que, en campos dedicados a los dioses, se industrializan bajo la dirección de sacerdotes en toda suerte de labores. Ellos son los remeros de las barcas.

*Los
esclavos.*

A los esclavos los héroes los trajeron de lejanas tierras conquistadas, o los redujeron de elevado estado cuando volvieron de guerrear, y en las hermosas casas donde fueron amos se les obliga a levantarse antes que el sol y se les fatiga todo el día. Por eso cantan alegres himnos victoriosos los aqueos, al embarcarse

de Troya, de regreso a los hogares largos años abandonados. Porque van las naves repletas de riquísimos trofeos y llevan multitud de esclavos, jóvenes fuertes para toda labor, doncellas dulces para los lechos y hábiles con la rueca y al telar.

Y primero las tareas campesinas dividíanselas la
El agro. agricultura y la ganadería, pero Minerva introdujo la
El aceite. horticultura y Baco fue gratisimo. Los olivares y los viñedos se esparcen en tierra helénica, y el aceite alumbra las moradas, encendido de noche, y se unta al cuerpo y lo asea, y sustituye a la grasa del cerdo en la cocina. Poco se compra, poco se vende, y de mala gana. Satisfacción es que en los campos propios engorden las parras porcinas, se críen fuertes los bueyes, den abundosa leche las cabras, surtan de lana las ovejas, y que en las propias moradas manos hacendosas hagan los quesos, labren las ropas, conduzcan el animal hermoso al ara
Los ganados. del sacrificio. La religión y la costumbre juntamente endulzan la condición penosa de los más pobres, y hasta los esclavos nacidos en la casa gozan de la protección de los dioses tutelares que aman a sus amos.

Los oficios no carecen de bella recompensa. Grande honor tiene el que es hábil para construir la útil nave, para edificar amplia casa de prestante decoro, para tallar la piedra infundiéndole forma vital. La sabiduría misteriosa de profetas, sacerdotes o físicos da renombre y riqueza a quien la posee, porque es don de los dioses, y la voz fuerte del heraldo se atribuye a bienquerencia de Júpiter, la voz hermosa de los poetas y su destreza con la lira o con la flauta, a inspiración directa de Apolo y de las divinas Musas.

Pero surgió nueva clase, la de los mercaderes, a quienes Mercurio protege. Melenao había preferido

ese trabajo a los marciales ejercicios, si bien el trueque comercial era piratería desde antes de nacer ese príncipe de Esparta. A los comerciantes se les recibe con alegría en las ciudades caras a los dioses olímpicos: traen metales, escasos en las tierras que el Egeo baña, traen vasos para guardar el aceite y el vino, y estos artefactos sirven de modelo y dan impulso a las artes nativas. Cuando los vinos fueron abundosos y había aceite en copiosa cosecha, la urgencia de trocarlos por tesoros extranjeros hizo surgir, con poderío como de reyes, a los grandes traficantes propietarios de viñedos y de olivares y señores de factorías y fábrica, insaciablemente ávidos de tierras, hombres que se proponen ganancia y para quienes lo que es santo vale menos que lo que es ganancioso. Estos prosperaron en Grecia mientras la hueste de Agamemnón atacaba a Troya en largo sitio.

Comerciantes.

Airados los inmortales dioses negaron su auxilio en todas partes a los que se envanecieron demasiado porque pudieron arrasar las altas torres de Príamo olvidando el respeto debido a los altares consagrados. En vano soñó Ulises con la riqueza segura para su hijo. En vano Agamemnón soñó consolidar su poderío sobre todas las ciudades y ser el Júpiter de la tierra. Las cosas humanas y cuanto los humanos se proponen, la fatalidad las oscurece en la forma en que el limo esconde el guijarro. A no soportar reyes decidíase la población de las ciudades. Contra el régimen de los ungidos por el que da los cetros e impone las coronas, los que se quedaron en casa cuando aquellos zarparon de Áulide, y los que habían crecido mientras en Troya se luchaba, oponían ideales diferentes. En Atenas el que llamaron democracia, porque era el régimen del pueblo.

Vanidad de los héroes.

Rebelión de las masas.

Democracia.



Los atenienses.

Los comerciantes y los industriales dondequiera fomentaron las nuevas ideas, pero torciéndolas y tergiversándolas en su provecho y egoísmo. Ellos crearon a Calypso, la Ninfa que enamora locamente, y a Circe que hace cerdos a los hombres. Ellos sembraron el loto que hace olvidar la bondad del hogar. Ellos fueron Polifemo de brazos más potentes que los de cien hombres pero de frente estrecha y un solo ojo, no imposible de cegar. Mas con ello y todo, los atenienses obtuvieron grandeza mediante la democracia porque sobresalían por talento innato y eran quienes menos irrespetaban las leyes.

Imperialismo y despotismo.

Con el comercio en preponderancia, la esclavitud cobró auge. Esclavos trabajan las minas, labran la tierra, recogen las cosechas, preparan el aceite y los vinos. Esclavos reman en las naves mercantes. El comercio vuelve demasiado populosas las ciudades con relación a lo que produce la tierra que puede repartirse entre sus habitantes. Se impone dominar nuevos suelos, aumentar el número de los esclavos, contar con mercados más amplios así para comprar barato como para vender caro. El pescado sustituye a la carne en las mesas del pueblo. Los más aventureros se van en barcas y forman colonias lejanas. En Esparta los más fuertes se juntan y despojan a los demás y crean señoríos para sí donde los débiles son reducidos a condición de siervos adscritos a la gleba. En todas partes las antiguas familias han olvidado sus sagrados lazos, y se forman ahora dos clases únicas, la de los pocos pero fuertes que poseen y dominan el comercio y aprietan en sus puños el gobierno, y la de los muchos pero débiles que no poseen nada y que para vivir dependen de los primeros. La democracia perdura sólo como idea.

Para aliviar la situación se inventa el dinero, pero es escaso y caro y nada alivia. Las propiedades se hacen cada vez más reducidas. Los olivos y las viñas dan riqueza, conforme lo demuestran los grandes olivares y viñedos de los dueños de latifundios, pero esta nueva empresa requiere capital contante, y éste es invención de los mercaderes y manufactureros de las ciudades. ¡Ay de quien tome prestado! Porque corre el riesgo, si no puede pagar, de perder las cosechas, de perder las tierras, de perder la propia libertad.

Invención del dinero.

Antes que ser esclavos, muchos emigran. Mileto, Kymé y Clazomene arrojan de sí hordas de colonizadores. Del Peloponeso en tierra firme y de Eubea y de otras islas van inúmeros exilados a buscar la conmisericordia de los dioses en otras tierras. La costa sureña de Italia y la mitad de Sicilia pronto se pueblan de helenos, y crecen Tarentos, Síbaris, Cronota, la locria Epizefiria, Rhegium, Elea, Cuma, y Nápoles, en Italia, y Agrigento, Gela, Syracuse, Tauromenio y Messena en Sicilia. Ligurios e iberos —los primeros conquistadores de la Galia del Sur— se regocijaron con la llegada de los helenos, y Gádir, fundada de antaño, fue el centro de aquella colonización que se extendió desde Massilia hasta la costa sur de Hispania.

Dispersión de los pueblos.

Magna Grecia.

Al lado del oriente, caro a Apolo, los helenos pueblan la región del mar de Mármara. La península de Calcídice, rica en minas, se cubre de ciudades helénicas. Se fundan Cízico, Bizancio, Calcedonia. Florecen Heráclea, Amiso, Sínope y Trapezo en la playa inferior del mar Negro. Levantan templos y edifican casas los más atrevidos y los más atribulados a lo largo de la Crimea, en el Bósforo cimerio, en la costa caucásica. Surgen Apolonia, Mesembria, Tomi, e Íster. En la

Grecia oriental.



desembocadura el Dniéper, Tyras se hace ciudad, en la del Bug se ensancha Olbia, y en las playas crimeanas crecen Táuride, Cercinites, Quersonesso y Teodosia. Tanaís contempla donde el Don se arroja al mar. Dióscuras y Fasis adornan el Cáucaso, Panticapeo y Fanagoria el Bósforo.

Y con este crecimiento de ciudades, más fiera se hace la rivalidad comercial, más intensa la actividad en toda la Hélade cuya riqueza aumenta como a saltos gigantescos. Con la riqueza se olvidan los hombres de cuanto tienen de común, del nacer en dolor y perecer penosamente, del destino que a todos abate por igual, y se diferencian en clases sobre base de capital, no importando si ha sido bien o mal habido. De esto resultan las luchas clasistas y los odios. Contra la aristocracia de la cuna y contra la nobleza del saber se yergue la arrogancia del dinero, y contra las tres juntas se hincha en rencor la plebeya mayoría que no acepta de grado el boato, ni la sabiduría ni la abundancia de los pocos mientras los más sufren penuria de toda la vida. Terrible es entonces el conflicto. En Mileto ganó primero el pueblo oprimido, y dio muerte inmisericorde a las mujeres y a los hijos de los aristócratas, pero éstos pronto se repusieron de la derrota, y embistieron furiosamente contra las masas levantadas y las vencieron. Antorchas humanas, empalados vivos a quienes prendieron fuego, iluminaron las plazas de la ciudad. Theognis alienta en sus poesías el odio implacable de la lucha que no acaba. Pero los poetas más antiguos revistieron todo esto en fábulas de vicisitudes míticas de los héroes.

DE LOS QUE combatieron contra Troya, Teucro aqueo llegó a Salamina sano y salvo, pero Telamón, su ilustre padre, lo arrojó de las moradas reales acusándolo de no haber sabido resguardar a Áyax cuando, rival infortunado de Ulises por las armas de Aquiles, enloqueció de ira y se mató. Teucro volvió a su noble nave y abandonó la patria donde un tiempo pensó que reinaría, y se estableció en Chipre donde elevó a Venus el más suntuoso de sus templos y una bella estatua en que se la presentó armada, como conviene que la adoren los guerreros, y al escultor le ordenó que para el rostro de la diosa se inspirase en las facciones de Helena. Después fue a Hesperia.

*Los
retornos.*

*Teucro
aqueo.*

*Pobla-
dores de
España.*

Diomedes, Filoctetes e Idomeneo también alcanzaron la dicha de volver a ver la tierra natal, pero no fue dicha duradera porque grandes cambios habían ocurrido en su ausencia, y quienes se habían hecho fuertes los despojaron de su parte del botín troyano y los echaron fuera de las ciudades. Cada quien volvió a la mar entonces, y encaminó sus naves hacia Italia y junto a los etruscos, hábiles para forjar el hierro, fundaron ciudades que largo tiempo guardaron su recuerdo venerable, y a Helena la maldijeron siempre.

*Pobla-
dores de
Italia.*

Al otro Áyax, el locrio, que a los pies del santuario de Apolo había desflorado a Casandra, la virgen consagrada, los dioses le enviaron tempestad y naufragio frente al cabo Cefareo cuando con las barcas henchidas de tesoro volvía orgulloso al hogar de sus mayores. Pudo haberse salvado, porque, fuerte nadador, venció a las olas en hermosa contienda y alcanzó con las manos una roca, pero cuando sus compañeros le gritaban que invocase a los dioses, Áyax respondió que no

*Impiedad
de Áyax
locrio.*

necesitaba ayuda de los inmortales. Lo oyó Neptuno, y airado por el insolente desprecio, golpeó con su tridente la roca salvadora, y la roca se abrió, y las aguas furiosas se lanzaron en la brecha formidable y con sus muchos brazos abrazaron al mortal y lo arrastraron entre espumas a las oscuras profundidades del mar.

Ulises. A Ulises, cuando ya creía poder gozar en la madura edad del dulce reposo hogareño que, ambicionando riqueza para su morada, había abandonado al emprender la guerra contra Troya, desatendiendo las razones de Penélope, triste muerte le depararon las augustas Parcas: Telegono, el hijo que hubo en Circe la encantadora, le dio muerte.

Tlepolemo. Tlepolemo, que en Rodas había dejado a Pólíxa, su esposa recién desposada, para ir a rescatar a Helena, no volvió jamás al lecho conyugal. Durmió sueño sin despertar sobre la tierra mísera, frente a los muros de

Pólíxa. Troya que él no miró derribados jamás. Y Pólíxa no quería abandonar su suelo, sino que día a día crecía el odio que sentía por Helena, porque creía que Tlepolemo, el que había engañado a Theseo poniéndolo hermoso con bocados de peces hechiceros, a ningún otro hombre ni a mujer había vuelto a amar, excepto solamente a Helena, y a ella, Pólíxa, no la había ni abrazado para consumir las bodas. Virginidad de casada y de viuda le agrió el alma.

Pasión espectral de Aquiles. Tranquilo dormía en las mansiones del Hades Tlepolemo, sin embargo. No así Aquiles, muerto por designio de Apolo y en cumplimiento del destino. En vano lo había amado Briseida. En vano muerto él le habían consagrado los aqueos a la más bella de las hijas de Príamo, Polyxena, sacrificándola viva sobre noble

pira de fragantes leños, en medio de grandes solemnidades. A muchas leguas en derredor del túmulo del héroe, en la playa del Helesponto, noche a noche temblaba la tierra que su ira sacudía, y los hombres decían ver entre las oscuras sombras el espectro del hijo de Thetys, terrible en su locura de ultratumba, semejante a una lívida llama, seguido siempre de los myrmidones, de negra capucha, que perecieron para honrar sus funerales. Lo llamaban Ligyronte porque lloriqueaba como lloriquean los perros fuertes en el goce, que es a la vez sufrimiento, del coito.

Menelao, feliz porque había recobrado a Helena, y vuelto impío por su felicidad, que no se basaba en nobleza de acción, se olvidó de hacer hermosos sacrificios, en acto de gratitud, a los inmortales dioses. Presuroso para volver a Esparta, a la molicie de su palacio, se embarcó y lo azotó formidable tormenta cuando doblaba el cabo Malea. El fuerte viento rasgó las velas de su nave y tronchó el bien sembrado mástil. Las corrientes lo llevaron a la deriva a Egipto, en cuyas playas vagó siete años, hasta que pudo construirse barca nueva y volver donde el Eurotas en plácida bahía se da al mar. En Esparta contó, y muchos lo creyeron, que en la isla del Delta del Nilo, desde entonces llamada Helena, y no en Troya, había recobrado a su mujer. La leyenda ha encontrado creyentes. No fue Helena raptada por Paris Alexandros, ni en la hermosa nave frigia cruzó el mar, ni habitó nunca en las moradas del hijo de Príamo, ni durmió en el lecho adúltero con dos maridos que no eran el legítimo, sino que Mercurio, por mandato de Júpiter, la tomó en un sueño y la condujo a tierras de Egipto, pero devastada la ciudad de Ilo que alzaba altiva torres en el valle espléndido del Escamandro, el

*Impiedad
de
Menelao.*

*Leyenda de
Helena
egipcia.*

Destino condujo a Menelao hasta ella y la devolvió casta y divinal como en el día de sus primeras bodas en la casa de Týndaro.

Riqueza de neutral. En prueba de ello se aduce la riqueza que Egipto atesoró en los años cuando los helenos se ocupaban de la guerra, y con esto se formaron dos partidos. El que hace de Helena símbolo y sustancia de bienestar, de prosperidad, de paz, y el que recurre a la significación silábica del nombre de la reina y la llama destrozadora de hombres, hundidora de naves, asoladora de la ciudad.

Telémaco. Telémaco, hijo de Ulises, fue a Esparta, en busca de señales de la ruta que su ilustre padre, azotado por calamidades incontables, podría haber tomado, porque la fiel Penélope estaba sitiada de pretendientes que consumían la sustancia de Ítaca, y era urgente que el marido se presentase y los dispersara y defendiese a la esposa leal. Veinte años tenía Ulises de haberse embarcado para Troya y su casa sufría con la dilatada ausencia del señor. Helena agasajó a Telémaco y no desmintió entonces la versión de su fuga a Troya con el príncipe hermoso.

Orestes. También fue Orestes, yerno de Helena, a Esparta, a solicitar el auxilio de Menelao contra los que tiranizaban a Argos después de haber dado Clytemnestra muerte a Agammenón, y si bien Menelao recibió a Orestes con frialdad y lo despidió sin concederle lo pedido, tampoco le reveló que Helena no había estado en Troya.

Piratería de Menelao. Fatigado de guerras y de las calamidades innumerables que la guerra acarrea, Menelao volvió a sus prístinas aficiones, y se entregó, más que antes de la aventura

troyana, a la piratería comercial en los mares helénicos. Pero piratas más aventajados que él, más jóvenes y en mejores naves, lo asaltaron cerca de Creta. La vejez agobiaba a Menelao y la resistencia que ofreció fue triste simulacro. Piratas lo asesinaron y con mensaje de escarnio enviaron a Esparta su cabeza.

Entonces Megapenthes y Nicostrato alzaron el planto de los muertos: los mancebos se decían hijos de Menelao, habidos en Pieris, la linda sierva etolia, cuando aun no se preparaba la guerra contra Troya, después de haber quedado sin esposa el rey en su palacio, obligado por esta circunstancia a calmar con esclavas las ganas amorias. Megapenthes y Nicostrato acusaron a Helena de que por su mucho lujo Menelao se había arriesgado a la mar en su vejez y había perecido. Codi-ciaban el trono y halagaban con promesas a la plebe, y a Helena la insultaron y la expulsaron de la ciudad.

*Bastardos
de
Menelao.*

*Exilio
de
Helena.*

Voz ninguna se alzó en defensa de la desvalida reina. Viéronla a pie, sangrándole las delicadas plantas, regando el suelo con oleaje de lágrimas más preciosas que perlas, y antes se solazaban los villanos dirigiéndole denuestos, colmándola de improperios, haciéndole injurias graves, porque es natural en el vulgo envidiar y odiar a la belleza.

Pero miró el prepotente Júpiter la ignominia que en la Lacedemonia se arrojaba sobre su hija, y se acordó entonces de los descendientes de Hércules que erraban sin patria, y los condujo de nuevo a la tierra de Pélope de donde echaron a los bastardos de Menelao y donde impusieron duro yugo a la población entera, y asentaron sus reales.

*Retorno
de los
Heráclidas.*



Helena
en
Rodas. HELENA, mientras tanto, en su dolorosa peregrinación llegó a Rodas donde la ínclita Pólíxa, reina doria, pariente suya, anciana ya y vetusto su rencor por la muerte de Tlepolemo, regía con mano dura de amargada solterona.

El arribo de Helena produjo asombro, que nada hay bajo el vasto cóncavo del cielo que tanto mueva a cara compasión el sentimiento como la belleza caída en desgracia. La habían dejado abandonada en la playa marineros de sus verdugos espartanos y a unas mujeres que la hallaron les pidió que se conmisearan de su suerte.

Corrieron las mujeres con voces implorantes al palacio de Pólíxa, pero la reina cerró su corazón a la clemencia, pensó en la justicia de los dioses que le deparaba, por fin, dulzura de venganza, y ordenó a sus servidoras que disfrazadas de Furias, las venerables deidades implacables, asieran a Helena con violencia y la colgaran de árbol alto, o la ataran a ríspida roca y allí la estrangularan.

—Con vuestras manos toscas, oh siervas—les decía Pólíxa—, magullad las lindas carnes de la divinal Helena. Que vuestros infames dedos, torcidos de mucho trabajar, se atrevan a hundirse en el cuello delicado de la hija de Leda. ¡Dadle muerte horrible, y con ella perezca su linaje y empiece un mundo nuevo de mortales normales!

Entre tanto, adonde estaba Helena bajó Venus la diosa, la de ojos como estrellas, y le habló a la hija del Cisne palabras empapadas de ternura y misterio,

diciéndole cosas fluidas y tibias como lágrimas. Las mejillas de la diosa estaban húmedas como cuando salió del mar y los suaves aires de la primavera aun no le habían oreado el agua amarga. Y habló y dijo:

—Alguna vez, Helena, con voz áspera te hice sentir mi fuerza. Nada enciende la cólera de una diosa o de un dios como que opongán un ser mortal su feble voluntad a lo que ellos quieren. Tiranía es lo que los inmortales ejercemos, y no estamos exentos de sufrirla, sino que el mismo Júpiter, por fuerza superior a su fuerza, ha de inclinarse al déspota que está sobre los dioses, ciego y sordo y sin voz. ¿Qué nos movemos en un más alto plano? ¿Qué la muerte no puede doblegarnos a su yugo? ¿Qué es luminoso el aire que respiramos? ¡Ay, pero igual que a las bestias de los campos nos limita el Destino, y somos sólo lo que somos, y dios ninguno puede ser excepto lo que es, y, horrible cosa, todo ser inmortal se ve cercado, limitado, acosado! Esto le oprime el corazón, le roe y corroe y tortura, y el universo se le vuelve amargo. Más allá de la luz y en la luz misma advierte oscuridad, y su ojo dice “Para mirar no sirvo” y el oído se le entorpece, y nada palpa el tacto. Yo, diosa del amor, que te he querido como a mí misma, Helena, y que te he guiado desde que eras mozuela, conduje al dios que te engendró hasta el regazo de la radiante Leda, y tú naciste, y porque nunca tuve niñez propia quise vivir en ti los tiernos años, y más que óvalo de oro bien bruñido mi espejo fuiste tú, y más que en el cofre donde mis joyas guardo, en ti he guardado las alhajas que exaltan mi belleza. Y hemos llegado aquí, a playas hoscas donde el humor agriado de una reina, que por amor nos odia, filtra veneno de rencor y trama darte odiosa muerte.

*Misterios
de
Venus.*

*Carencia
de omni-
potencia.*



Y dijo Helena:

—¡Ay, ay, que al fin he de morir!

—La reina ordena que te cuelguen como fruta, y quienes quieran vengan y maduros vean tus lindos pechos, o que aprieten tu suave vientre y tu cuello delicado rudas ligaduras contra roca insensible, y así mueras.

Y Helena respondió gimiendo:

*Planto
de
Helena.*

—¡Ah, Venus, fruta madura dices, soy, y es cierto, o gavilla de trigo que de un tajo ha de cortar la hoz. Pero jugo y dulzura nadie habrá de mí, no, ni espiga de rico grano para el pan que alegra las mesas de los hombres!

Y la diosa le preguntó:

—¿Pues qué te falta, Helena, para sentirte dulce?— Y la miraba con maternales ojos derretidos en tiernísimas lágrimas de ambrosía, y Helena apenas sollozaba.

Entonces Venus la hizo alzar el rostro luminoso y le miró a los ojos y le dijo:

El amor.

—¿Amor quieres? ¿Amor? ¡Ay, mi paloma! ¡Pobrecita de ti, que amor es muerte, y yo la diosa del amor no tejo para la vida sino larga mortaja, pues ése es mi destino!

*Letania
doliente.*

—Sea, oh madre —respondió Helena—, pero amor me brindas o soy vaso vacío, de alabastro, fuente sin agua, rama sin retoño, jardín sin flor, llama sin luz, espectro, fantasma, aparición, sombra de sombra, palabra sin sentido pronunciada por labio idiota, insustancial enigma sin solución.

Y Venus amorosa, la radiante deidad, le ciñó a Helena su propio cinturón, y con el velo que las Gracias tejieron, de oro puro, para cubrirla cuando surgió adulta de la onda ensanguinada, tiernamente la envolvió como a muerta en mortaja, y como a muerta, con saliva más preciosa que unguento, le fue untando los párpados, la boca, las dos manos y los pies, y levantó el lamento:

—Por mí y por ti lloro, yo, Venus, la diosa que promete júbilo y da un hondo pesar, único don que es perdurable. Por mí y por ti, oh Helena, derramo olas de lágrimas, que no morimos, no, porque una muerte única y decisiva en que terminen dolor y angustia nos está vedada, a ti como a mí por igual, que en muchas bocas exhalamos el alma muchas veces, y nos desgarramos el dolor de multitudes de mujeres sagradas al amor, sacerdotisas de misterios prevaledores, víctimas que entre cánticos se inmolan en aras de las castidades sacrosantas.

*Lamento
de
Venus*

Con las manos se enmarañaba el cabello la diosa, el llanto le enrojecía los párpados, y el dolor parecía agobiarla. Cuando acabó el lamento semejava mujer de lupanar. Y en esa guisa, hendiendo el aire se alzó por su propia voluntad, sin esfuerzo, y se perdió en la claridad del éter.

Cuando la vio llegar a las moradas del Olimpo, exclamó Juno, la irreprochable esposa del padre de los dioses:

*Incom-
prensión
de Juno.*

—Debiera de haber una ley que arrojase de las viviendas virtuosas a las hembras inquietas, sin freno, impúdicas, que vuelven de las orgías desgredadas y traen los labios sucios de los besos obscenos.

Venus no quiso contestarle palabra, pero Minerva que todo lo entendía —¡tan sabia es!— habló y dijo:

—Mucho te vanaglorias, oh Juno, de tu virtud, y no dudo que al fin conseguirás ver establecida la ley que anhelas. Echarás a Venus del hogar de los dioses, y te apartarás de las moradas donde habite. Pero ella, que no tu voluntad y engreimiento, será siempre tu escudo. Y escudo para mí y para Diana y para Hestia, y para todas las diosas que nos gloriamos de mantener la limpieza del tálamo conyugal o de guardar intacta la virginidad, que, excepto por Venus, que por todas nosotras se sacrifica ella sola, pues no creas que me olvido de Vulcano, no habría en el Olimpo reluciente ni en los hogares de los hombres la pureza que nos envanece. Por ella los varones nos respetan.

Pero en las playas de Rodas, donde Helena había quedado semejante en todo a Venus misma, amortajada en mortaja de oro, cuando llegaron las mujeres que disfrazadas de Furias había enviado Polyxa para darle muerte, quedaron estupefactas presenciando lo que preenviaron, de lo que dieron cuenta al pregonero que en tono de plañido cantó el pregón de la muerte de Helena.

Colección Cultural de Centro América

Obras publicadas

SERIE ESTUDIOS ARQUEOLÓGICOS

1. Nicaragua Antiquities - Carl Bovallius (Edición bilingüe) - Traducción: Luciano Cuadra.
2. Investigaciones Arqueológicas en Nicaragua - J.F. Bransford - (Edición bilingüe) - Traducción: Orlando Cuadra Downing.
3. Cerámica de Costa Rica y Nicaragua vol. I - Samuel K. Lothrop - Traducción: Gonzalo Meneses Ocón.
4. Cerámica de Costa Rica y Nicaragua vol. II - Samuel K. Lothrop - Traducción: Gonzalo Meneses Ocón.
5. Quetzalcóatl - César Sáenz.

SERIE FUENTES HISTÓRICAS

1. Diario de John Hill Wheeler - Traducción: Orlando Cuadra Downing.
2. Documentos Diplomáticos de William Carey Jones - Traducción: Orlando Cuadra Downing.
3. Documentos Diplomáticos para servir a la Historia de Nicaragua - José de Marcoleta.
4. Historial de El Realejo - Manuel Rubio Sánchez - Notas: Eduardo Pérez Valle.
5. Testimonio de Joseph N. Scott 1853/1858 - Introducción, Traducción y Notas: Alejandro Bolaños Geyer.
- 6a. La Guerra en Nicaragua según Frank Leslie's Illustrated Newspaper (Edición bilingüe) - Selección, Introducción y Notas: Alejandro Bolaños Geyer - Traducción de Orlando Cuadra Downing.
- 6b. La Guerra en Nicaragua según Harper's Weekly Jour

- nal of Civilization (Edición bilingüe) - Selección, Introducción y Notas: Alejandro Bolaños Geyer - Traducción: Orlando Cuadra Downing.
7. El Desagüadero de la Mar Dulce - Eduardo Pérez Valle.
8. Los Conflictos Internacionales de Nicaragua - Luis Pasos Argüello.
9. Nicaragua y Costa Rica en la Constituyente de 1823 - Alejandro Montiel Argüello.

SERIE LITERARIA

- 1 Pequeñeces...Cuiscomeñas de Antón Colorado - Enrique Guzmán - Introducción y Notas: Franco Cerutti.
- 2 Versos y Versiones Nobles y Sentimentales - Salomón de la Selva.
- 3 La Dionisiada - Novela - Salomón de la Selva.
- 4 Las Gacetillas - 1878/1894 - Enrique Guzmán - Introducción y Notas: Franco Cerutti.
- 5 Dos Románticos Nicaragüenses: Carmen Díaz y Antonio Aragón - Introducción y Notas: Franco Cerutti.
- 6 Obras en Versos - Lino Argüello (Lino de Luna) - Introducción y Notas: Franco Cerutti.
- 7 Escritos Biográficos - Enrique Guzmán - Introducción y Notas: Franco Cerutti.
- 8 Los Editoriales de la Prensa 1878 - Enrique Guzmán - Introducción y Notas: Franco Cerutti.
- 9 Poemas Modernistas de Nicaragua (1880-1972) - Introducción, Selección y Notas: Julio Valle-Castillo.
- 10a. Darío por Darío. Antología Poética de Rubén Darío - Introducción: Pablo Antonio Cuadra.
- 10b. Cartas Desconocidas de Rubén Darío - Compiladores: José Jirón Terán y Jorge Eduardo Arellano. Cronología de Julio Valle-Castillo.
- 11 El Movimiento de Vanguardia de Nicaragua. Análisis y Antología. Pedro Xavier Solís.
- 12 Literatura Centroamericana - Diccionario de Autores Centroamericanos - Jorge Eduardo Arellano.
- 13 El Siglo de la Poesía en Nicaragua - Tomo I - Modernismo y Vanguardia (1880-1940) - Selección, introducción y notas: Julio Valle-Castillo.
- 14 El Siglo de la Poesía en Nicaragua - Tomo II - Posvanguardia (1940-1960) - Selección, introducción y notas: Julio Valle-Castillo.
- 15 El Siglo de la Poesía en Nicaragua - Tomo III - Neovan-

- guardia (1960-1980) - Selección, introducción y notas: Julio Valle-Castillo.
16. Antología de Salomón De la Selva - Acroasis y selección: Julio Valle-Castillo. I tomo.
17. Antología de Salomón De la Selva - Introducción y edición: Julio Valle-Castillo. II tomo.

SERIE HISTÓRICA

- 1 Filibusteros y Financieros - William O. Scroggs - Traducción: Luciano Cuadra.
- 2 Los Alemanes en Nicaragua - Göetz Freiherr von Houwald - Traducción: Resi de Pereira.
- 3 Historia de Nicaragua - José Dolores Gámez.
- 4 La Guerra en Nicaragua - William Walker - Traducción: Fabio Carnevallini.
- 5 Obras Históricas Completas - Jerónimo Pérez.
- 6 Cuarenta Años (1838-1878) de Historia de Nicaragua - Francisco Ortega Arancibia.
- 7 Historia Moderna de Nicaragua - Complemento a mi Historia - José Dolores Gámez.
- 8 La Ruta de Nicaragua - David I. Folkman Jr. - Traducción: Luciano Cuadra.
- 9 Hernández de Córdoba, Capitán de Conquista en Nicaragua - Carlos Meléndez.
- 10 Historia de Nicaragua - Tomás Ayón - Tomo I.
- 11 Historia de Nicaragua - Tomás Ayón - Tomo II.
- 12 Historia de Nicaragua - Tomás Ayón - Tomo III.
- 13 Reflexiones sobre la Historia de Nicaragua - José Coronel Urtecho.
- 14 Colón y la Costa Caribe de Centroamérica - Jaime Íncer Barquero y otros autores.
- 15 Un Atlas Histórico de Nicaragua - Nicaragua, an Historical Atlas (Edición bilingüe) - Francisco Xavier Aguirre Sacasa - Introducción: John R. Hébert.
- 16 Nicaragua en la Independencia - Chéster Zelaya Goodman - Presentación: Carlos Meléndez.
- 17 Investigación Económica de la República de Panamá - George E. Roberts.
- 18 Un Atlas Histórico de Honduras (edición bilingüe) - William V. Davidson - Traducción: Jaime Íncer Barquero.



SERIE CRONISTAS

- 1 Nicaragua en los Cronistas de Indias, Siglos XVI - Introducción y Notas: Jorge Eduardo Arellano.
- 2 Nicaragua en los Cronistas de Indias - Siglo XVII - Introducción y Notas: Jorge Eduardo Arellano.
3. Nicaragua en los Cronistas de Indias: Oviedo - Introducción y Notas: Eduardo Pérez Valle.
- II - Introducción y Notas: Eduardo Pérez Valle.
4. Centroamérica en los Cronistas de Indias: Oviedo - Tomo I - Introducción y Notas: Eduardo Pérez Valle.
6. Descubrimiento, Conquista y Exploración de Nicaragua - Selección y comentario: Jaime Íncer Barquero.
5. Centroamérica en los Cronistas de Indias: Oviedo - Tomo I - Introducción y Notas: Eduardo Pérez Valle.
7. Piratas y Aventureros en las Costas de Nicaragua - Selección y comentario: Jaime Íncer Barquero.

SERIE CIENCIAS HUMANAS

1. Ensayos Nicaragüenses - Francisco Pérez Estrada.
2. Obras de Don Pío Bolaños vol. I - Introducción y Notas: Franco Cerutti.
3. Obras de Don Pío Bolaños vol. II - Introducción y Notas: Franco Cerutti.
4. Romances y Corridos Nicaragüenses - Ernesto Mejía Sánchez.
5. Obras vol. I - Carlos Cuadra Pasos.
9. Muestrario del Folklore Nicaragüense - Pablo Antonio Cuadra - Francisco Pérez Estrada.
6. Obras vol. II- Carlos Cuadra Pasos.
10. Nicaragua - Investigación Económica y Financiera (1928) - W.W. Cumberland - Traducción: Gonzalo Meneses Ocón.
7. Memorial de mi Vida - Fray Blas Hurtado y Plaza - Estudio Preliminar y Notas: Carlos Molina Argüello.
11. El Sendero Incierto - The Uncertain Path (Edición bilingüe) - Luis Poma - Traducción: Armando Arias - Prólogo: Ricardo Poma.
8. Relación Verdadera de la Reducción de los Indios Infieles de la Provincia de la Tagüisgalpa, llamados Xicaques - Fray Fernando Espino - Introducción y Notas: Jorge Eduardo Arellano.
12. La difícil transición nicaragüense: en el Gobierno con doña Violeta - Antonio Lacayo Oyanguren - Presentación: Violeta Barrios de Chamorro.

SERIE GEOGRAFÍA Y NATURALEZA

1. Notas Geográficas y Económicas sobre la República de Nicaragua - Pablo Lévy - Introducción y Notas: Jaime Íncer Barquero.
2. Memorias de Arrecife Tortuga - Bernard Nietschmann - Traducción: Gonzalo Menses Ocón.
3. Peces Nicaragüenses de Agua Dulce - Jaime Villa.

SERIE VIAJEROS

1. Viaje por Centroamérica - Carl Bovallius - Traducción: Dr. Camilo Vijil Tardón.
2. Siete Años de Viaje en Centro América, Norte de México y Lejano Oeste de los Estados Unidos - Julius Froebel - Traducción: Luciano Cuadra.
3. Piratas en Centroamérica - Siglo XVII - John Esquemeling - William Dampier - Traducción: Luciano Cuadra.
4. El Naturalista en Nicaragua - Thomas Belt - Traducción y notas: Jaime Íncer Barquero.
5. Apuntamientos sobre Centroamérica - Honduras y El Salvador - Ephraim George Squier - Traducción: León Alvarado - Prólogo: Jorge Eduardo Arellano - Notas: William V. Davidson.
6. Nicaragua en el siglo XIX, Testimonio de Funcionarios, Diplomáticos y Viajeros - Compilación y Presentación de Jorge Eduardo Arellano.
7. Nicaragua de Océano a Océano - Ephraim George Squier Traducción: Luciano Cuadra. Waters Lillian Levy; introducción: Jaime Íncer Barquero. Cinco semblanzas de Squier - Francisco Xavier Aguirre Sacasa, Jaime Íncer Barquero, Jorge Eduardo Arellano, Jimmy Avilés Avilés, Ligia Madrigal Mendieta.

SERIE COSTA ATLÁNTICA

1. Narración de los Viajes y Excursiones en la Costa Oriental y en el Interior de Centroamérica - 1827 - Orlando W. Roberts - Traducción: Orlando Cuadra Downing.
2. Waikna; aventuras en la costa de la Mosquitia - Ephraim George Squier, José Francisco Buitrago, Jorge A. Fiedler - Introducción: Jaime Íncer Barquero.



SERIE BIOGRAFÍAS

1. Larreynaga: Su Tiempo y su Obra - Eduardo Pérez Valle.

SERIE TEXTOS

1. Declaraciones sobre Principios de Contabilidad Generalmente Aceptados en Nicaragua - Colegio de Contadores Públicos de Nicaragua.

SERIE MÚSICA GRABADA EN DISCO

1. Nicaragua: Música y Canto BALD 00-010 - (Con comentarios grabados) - Salvador Cardenal Argüello.
2. Nicaragua: Música y Canto BALD 011-019 - (Sin comentarios grabados, con folleto impreso bilingüe) - Salvador Cardenal Argüello.

SERIE EDUCACIÓN

1. La Poesía de Rubén Darío - José Francisco Terán.

SERIE TESIS DOCTORALES

1. La República Conservadora de Nicaragua, 1858-1893 - Arturo Cruz S. - Traducción: Luis Delgadillo - Prólogo: Sergio Ramírez Mercado.
2. Misión de Guerra en el Caribe - Diario de Don Francisco de Saavedra y de Sangronis, 1780-1783 - Manuel Ignacio Pérez Alonso, s.j. - Prólogo: Guadalupe Jiménez C.

SERIE PABLO ANTONIO CUADRA

1. Poesía I - Compilación y Prólogo: Pedro Xavier Solís.
2. Poesía II - Compilación: Pedro Xavier Solís - Prólogo: Jaime Íncer Barquero.
3. Ensayos I - Compilación: Pedro Xavier Solís - Prólogo: Alejandro Serrano Caldera.
4. Ensayos II - Compilación: Pedro Xavier Solís - Carde-

- nal Miguel Obando Bravo.
5. Narrativa y Teatro - Compilación: Pedro Xavier Solís - Prólogo: Sergio Ramírez Mercado.
 6. Crítica Literaria I - Compilación: Pedro Xavier Solís - Prólogo: Nicasio Urbina Guerrero.
 7. Crítica Literaria II - Compilación: Pedro Xavier Solís - Prólogo: Nicasio Urbina Guerrero.
 8. Folklore - Compilación: Pedro Xavier Solís - Prólogo: Carlos Mántica Abaunza.
 9. Crítica de Arte - Compilación: Pedro Xavier Solís - Prólogo música: Carlos Mántica Abaunza; Prólogo arquitectura: José Francisco Terán; Epílogo artes plásticas: Jorge Eduardo Arellano.

SERIE ETNOLOGÍA

1. Mayangna - Apuntes sobre la Historia de los Indígenas Sumu en Centroamérica - Götz Freiherr von Houwald - Traducción: Edgar Castro Frenzel - Edición: Carlos Alemán Ocampo y Ralph A. Buss.
2. Estudio Etnográfico sobre los Indios Mískitos y Sumus de Honduras y Nicaragua - Eduard Conzemius - Traducción y Prólogo: Jaime Íncer Barquero.



SALOMÓN DE LA SELVA / ANTOLOGÍA MAYOR
NARRATIVA

Introducción y edición de Julio Valle-Castillo

DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN
PAVSA (Managua, Nicaragua)
pavsa@munditel.com.ni

TIPOGRAFÍA

Texto: secciones: times 22, 17; títulos: times 14;
cuerpo de texto: times 12.5, cuerpo de texto 13
Notas: times 8.

Enero 2008



Pueblo desnudo o (*La guerra de Sandino*), al parecer la comenzó en Panamá, en los años del Digesto Latinoamericano y de *Las hijas de Erectheo* (1933), y la finalizó acaso en 1935, ya en México. Esta novela pertenece al ciclo de la novela latinoamericana antiimperialista y, por tanto, con dimensiones políticas; es acaso la mejor novela de De la Selva, breve, casi esquemática y eficazmente estructurada.

Julio Valle-Castillo

La Dionisiada escrita en 1941 y editada en 1975 (...) pretendió infundir a la convulsa realidad política-social de la Nicaragua de finales del siglo XIX el sentido grandioso de la epopeya homérica, (...). Sin embargo, tuvo aciertos y elaboró páginas que no desdeñaría ningún narrador moderno.

Jorge Eduardo Arellano.

“Ilustre Familia... biblia de sensibilidad e inteligencia, de amores e informaciones caudalosamente decantados en años de años, y luego sublimados por la temperatura de altísima poesía... al mismo tiempo joya bibliográfica y obra de madurez gloriosa...”

Agustín Yáñez.

ISBN 978 99924 53 52 0



9 789992 453520



COLECCION CULTURAL
BANCO DE AMERICA
NICARAGUA, C.A.

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS
FUNDACION
www.enriquebolanos.org